ELLA NACIÓ PARA DETENERLE,
ÉL PENSÓ QUE SERÍA FÁCIL.



FUEGO DE LOS CAÍDOS

LIGHLING TUCKER

Fuego de los caídos

LIGHLING TUCKER

Copyright © 2026 Tania Castaño-Lighling Tucker

1ªedición: Julio 2026

Fotos portada: Shutterstock.
Diseño de portada: Tania-Lighling Tucker.
Maquetación: Tania-Lighling Tucker.

Queda totalmente prohibido la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, y ya sea electrónico o mecánico, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del Copyright.

Todos los derechos reservados. Registrado en copyright y safecreative.

Siempre seréis mis dos corazones favoritos.

ÍNDICE

Fuego de los caídos
ÍNDICE
MAPA DEL MUNDO
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
EPÍLOGO
EPÍLOGO 2
¿HAS DISFRUTADO DE LA LECTURA?
BÚSCAME
OTROS TÍTULOS

MAPA DEL MUNDO



SINOPSIS

Ella nació para destruirle.

Él pensó que sería fácil. Que siempre acabaría con cualquiera que viniera a buscarle.

Jen Delay lleva veintiocho años encerrada en una cueva, entrenada a sangre y dolor por unos padres que la miran como una herramienta y no como una hija. Su único propósito en la vida es infiltrarse en Drakheim y eliminar a Kaeros, el señor de las sombras que gobierna Draevorn con mano de hierro desde hace cuatrocientos años. Pero cuando Jen cruza la puerta de la ciudad más temida de Elyrion, descubre que nada es lo que le contaron: ni la ciudad, ni su misión, ni el hombre que debería matar.

Kaeros lleva siglos destruyendo a cualquiera que se atreva a desafiarle. Nada ni nadie le ha dado miedo desde que el Conquistador le arrebató todo lo que amaba. Hasta que una chica de ojos grises y manos sangrantes se cruza en su camino y despierta en él algo que creyó muerto para siempre.

Jen deberá decidir entre cumplir su destino de arma o convertirse en algo que nadie esperaba: la única persona capaz de enfrentarse al villano que controla el mundo desde la oscuridad.

Una historia épica de fantasía oscura donde el amor nace en la adversidad, la verdadera familia se elige y los monstruos suelen ser quienes menos lo parecen. Para fans de la fantasía romántica.

Fuego de los caídos es una historia de oscuridad, lealtad y pasión donde el agua y la sombra, dos fuerzas opuestas, se encuentran para desafiar al mundo entero.

PRÓLOGO



"El día que el mundo dejó de soñar"

Antes de que la niebla lo devorara todo, Elyrion había sido un continente que soñaba.

Soñaba despacio, como sueñan las cosas viejas, con el peso de los siglos encima y la paciencia de quien sabe que el tiempo no tiene prisa.

Soñaba con el hielo de Vonderia, donde los glaciares guardaban en su interior criaturas atrapadas en el azul del tiempo detenido y los vientos aullaban nombres que nadie recordaba ya.

Soñaba con las dunas de Zyrah, extensas como mares volcados, donde la arena se tragaba ciudades enteras en una noche y al amanecer solo quedaban los minaretes asomando entre la arena, como dedos señalando un cielo que no escuchaba.

Soñaba con los bosques de Sylvaen, tan profundos que los elfos que habitaban en su centro no sabían dónde terminaba el árbol y dónde empezaba su propio corazón, cantaban canciones tan antiguas que nadie recordaba la primera nota.

Soñaba con las llanuras de Valcorin, doradas bajo un sol paciente, donde los humanos sembraban trigo y enterraban a sus muertos con la misma mano, los niños aprendían a contar estrellas antes de aprender a contar monedas.

Soñaba con las aguas de Eloria, cristalinas y traicioneras, donde las sirenas nadaban tan profundo que olvidaban cómo era el aire, los tritones construían ciudades de coral que parecían sueños solidificados.

Soñaba con los cristales de Theralis, montañas que brillaban con una luz que nadie recordaba haber encendido, donde el silencio tenía textura de vidrio y cada paso resonaba como una campana rota.

Y soñaba con Draevorn.

Draevorn era la región más oscura. No porque el sol no llegara, llegaba, pero lo hacía de mala gana, como un invitado que cumple una obligación, sino porque las montañas eran tan altas y tan juntas que la luz se colaba en tiras estrechas entre las cumbres, como si alguien hubiera cortado el cielo con un cuchillo. La capital, Drakheim, estaba encaramada en la ladera de la montaña más alta como un cuervo posado en un hombro: inmóvil, vigilante, con los ojos medio cerrados, pero sin dormir nunca. Las calles eran empinadas, los tejados de pizarra negra el aire olía a metal frío y a humo de chimenea. Los niños de Drakheim jugaban a escapar de monstruos en los callejones. Los monstruos siempre ganaban.

Ese era el Elyrion que soñaba.

Un día, el continente despertó. Y el sueño se acabó.

Nadie supo decir cuándo empezó. No hubo un momento preciso, no hubo un estruendo ni un amanecer distinto ni un presagio que los sabios pudieran señalar después con el dedo y decir: "Fue aquí, fue entonces, fue esto."

Lo que hubo fue lo contrario: un silencio. Un silencio que no era paz ni calma, sino algo más parecido al vacío que queda cuando alguien te arranca una palabra de la boca antes de que la pronuncies.

Una mañana, los historiadores debatirían durante siglos qué mañana exactamente sin llegar a ponerse de acuerdo, cada habitante del continente supo, con la misma certeza con la que sabía que el corazón le latía, que ya no era dueño de sí mismo. Fue un pensamiento ajeno, suave como la seda y frío como el acero, que se clavó en la mente de cada persona sin avisar. No dolía. No sangraba. Simplemente estaba ahí, como una puerta que se ha cerrado y de la que alguien ha tirado la llave al mar.

Los reyes que llevaban décadas gobernando despertaron con la certeza de que sus decisiones no les pertenecían. Los generales que habían planeado batallas durante años se encontraron moviendo piezas en un tablero que no era el suyo. Los niños que lloraban en la cuna callaron de pronto, como si una mano invisible les hubiera tapado la boca. Sus madres supieron, sin que nadie se lo dijera, que ese silencio no era paz. Era rendición.

La niebla vino después. Negra, espesa, con una densidad que no correspondía a ningún fenómeno natural conocido.

Subió de las Tierras Desconocidas, de Kaelthar, la región que ningún cartógrafo había logrado mapear, la región que aparecía en los mapas como un borde blanco, un espacio vacío donde el mundo se acababa y empezaba algo que no tenía nombre. La niebla cruzó fronteras como si las fronteras fueran sugerencias. Inundó valles, trepó montañas, se enredó en los bosques de Sylvaen como una enredadera negra. No destruyó nada. No mató a nadie. Simplemente estaba ahí, recordándole al mundo que ahora le pertenecía.

Y del centro de la niebla, nadie salió.

Esa fue la parte que más aterró a los sabios de Elyrion. No hubo un conquistador visible, no hubo un rostro al que odiar, no hubo una

espada contra la que lanzarse. Solo había una voluntad. Una voluntad enorme, antigua, desprovista de nombre y de rostro, que se instaló en el centro de la conciencia de cada ser vivo del continente como un huésped que no paga alquiler. Los estudiosos la llamaron "El Conquistador", no porque hubiera conquistado territorios, eso habría sido fácil, casi aliviador, sino porque había conquistado algo peor: la certeza de que el mundo te pertenece.

El Conquistador no habló. No dio discursos. No publicó edictos ni repartió manifiestos. Su poder era silencioso, por eso mismo era absoluto. No necesitaba que lo temieran. Solo necesitaba que lo obedecieran. Y el continente obedeció.

Siete regiones. Siete comandantes. Siete cadenas con forma de personas.

El Conquistador no se molestó en elegir reyes. Los reyes tenían voluntad propia. La voluntad propia era exactamente lo que había que eliminar. En su lugar, nombró comandantes: uno por región, elegidos por razones que nadie comprendió del todo. No eran los más fuertes ni los más sabios ni los más leales. Eran los más rotos. Personas a las que el Conquistador podía controlar porque ya no tenían nada que perder, o porque les había arrebatado exactamente lo que necesitaban para negarse.

Aceptaron. Cada uno a su manera. Cada uno con su propia rendición.

En Valcorin, un humano llamado Aldric aceptó el mando de las llanuras con la expresión de un hombre que firma su propia sentencia.

En Eloria, un tritón llamado Naeris hundió las ciudades de coral tres metros más profundo antes de asentir, como si quisiera que el agua se lo tragara.

En Zyrah, una semihumana llamada Zahira aceptó con una sonrisa que no llegó a los ojos, los mercaderes de las dunas supieron que nunca volverían a fijar sus propios precios.

En Sylvaen, una elfa llamada Lirael dejó de cantar el día que aceptó. Los bosques guardaron silencio durante una semana entera, como si los árboles estuvieran de luto.

En Vonderia, un semihumano llamado Fenris aceptó en la cima de un glaciar, el hielo se agrietó bajo sus pies, como si la montaña misma quisiera tragarlo.

En Theralis, un ser de cristal aceptó sin pronunciar una palabra, los cristales de las montañas empezaron a vibrar con una frecuencia que dolía en los dientes.

Y en Draevorn, Kaeros aceptó.

De los siete, Kaeros era el más antiguo. Un elfo de las sombras que, el día de su nombramiento, tenía 38 años y ya parecía haber vivido demasiado. Nadie supo qué le arrebató el Conquistador aquel día. Nadie supo qué trato se cerró en la oscuridad entre la niebla y el elfo.

Lo que supieron fue esto: Kaeros salió de la niebla con los ojos vacíos y la espalda recta" cuando le preguntaron si aceptaba el mando de Draevorn, respondió con una sola palabra que sonó como una puerta cerrándose.

—Sí.

Desde aquel día, Kaeros gobernó Drakheim con una frialdad que nadie vio quebrarse en cuatrocientos años. No sonreía. No levantaba la voz. No castigaba con placer ni perdonaba con ternura.

Era eficiente como una máquina y frío como la piedra de las montañas que rodeaban su ciudad. Los soldados lo temían porque nunca sabían cuándo habían cometido un error: Kaeros no corregía, simplemente observaba.

Esa observación silenciosa era peor que cualquier castigo. Los ciudadanos lo odiaban porque no les daba razones para odiarlo: no era cruel por deporte, no humillaba por placer, simplemente

gobernaba como si el mundo fuera un problema que resolver y las personas fueran números en una ecuación.

Cuatrocientos años después, Kaeros tenía 438 años y su cuerpo no había envejecido un día. Las sombras lo envolvían como una segunda piel, se movían con él, respiraban con él, se retorcían cuando él se retorcía. Nadie sabía si las sombras eran suyas o si él era de las sombras. A esas alturas, la distinción probablemente no importaba.

A su lado, como su sombra más fiel, la ironía no se le escapaba a nadie, estaba Malachi.

Malachi era un semihumano de fuego de 418 años con apariencia de veinteañero y el humor de un niño que nunca había aprendido a leer la habitación.

Tenía el cabello rojo como brasas, los ojos como carbones encendidos. Una sonrisa torcida que prometía problemas antes de abrir la boca. Olía a humo, a tabaco barato y a algo que recordaba vagamente a las hogueras de los campamentos de verano, esas que los niños construían antes de saber que el fuego quema.

Los soldados de Drakheim lo llamaban "*el perro de fuego*" a sus espaldas. Malachi lo sabía. Les devolvía el favor llamándoles "sacos de carne con opiniones" a las suyas. Su lealtad a Kaeros era absoluta y, para cualquiera que observara desde fuera, completamente incomprensible. No era la lealtad de un sirviente. Era la lealtad de alguien que había decidido, con plena consciencia, que había una persona en el mundo que valía más que él mismo, que esa persona merecía que alguien se quedara a su lado, aunque el mundo se incendiara.

Malachi llevaba cuatrocientos años al lado de Kaeros. Había visto pasar imperios. Había visto nacer y morir a generaciones de humanos como quien ve crecer la hierba. Había visto a Kaeros toser niebla negra en las noches más frías, cuando el comandante creía que nadie lo miraba, había fingido que no lo veía para no obligarlo a

admitir que estaba enfermo. Había visto a Kaeros mirar al horizonte con esa expresión que no era tristeza ni esperanza sino algo intermedio, algo que dolía más que cualquiera de las dos cosas porque era ambas a la vez y había decidido no preguntar qué buscaba ahí fuera.

Malachi reía para no llorar. Llevaba cuatrocientos años riendo. A esas alturas, probablemente ya no sabía el motivo.

Cientos de leguas al sur de Drakheim, junto al Lago Espejo, había una cueva.

El Lago Espejo se llamaba así porque sus aguas eran tan quietas, tan absurdamente cristalinas, que reflejaban las montañas con una fidelidad que resultaba inquietante. No era un lago bonito. Era un lago que obligaba a mirarse. Los viajeros que pasaban cerca decían que a veces, en el reflejo, se veían cosas que no estaban en la orilla: sombras que no correspondían a ningún árbol, figuras que se movían cuando nadie se movía. Los más supersticiosos creían que el lago guardaba los recuerdos de quienes se acercaban. Los más racionales creían que era efecto de la humedad. Ambos tenían razón y ninguno a la vez.

La cueva estaba a pocos metros de la orilla, oculta entre rocas cubiertas de musgo. Si no sabías que estaba ahí, no la veías. Si la veías, no entendías por qué alguien viviría en un agujero húmedo cuando el mundo era tan grande. Si entendías por qué, probablemente ya era demasiado tarde para ti.

Dentro de la cueva, en aquel preciso momento, había una niña.

Tenía seis años. Se llamaba Jen Delay. Tenía el pelo oscuro, enmarañado, lleno de hojas secas que nadie se había molestado en quitarle. Los ojos eran grandes y del color del agua cuando el cielo estaba nublado: no azules, no grises, sino algo intermedio, algo que cambiaba según la luz. La piel tenía el tono pálido de quien no sale

al sol. Las manos eran pequeñas, huesudas, con los dedos enrojecidos y las uñas rotas.

Estaba llorando.

No era el llanto escandaloso de un niño que quiere atención. Era el llanto silencioso de un niño que había aprendido que llorar en voz alta traía consecuencias. Las lágrimas le caían por las mejillas sin ruido, como si incluso el dolor tuviera miedo de ser escuchado.

Los dedos le sangraban. El entrenamiento de esa mañana había sido especialmente brutal: su madre, una sirena de ojos claros y voz que podría haber sido hermosa si no la hubiera usado como un látigo, la había obligado a mover el agua del lago durante tres horas seguidas. No agua en calma.

Olas que golpeaban las rocas con la fuerza de un puño. La niña no tenía fuerza para eso. No la tenía. Pero su madre no aceptaba esa respuesta. Su canto de control, una melodía que sonaba a sirena pero que se sentía como una cadena, empujaba el agua a través de las venas de Jen con una brutalidad que hacía que los dedos le sangraran por dentro.

Su padre era peor. Era un elfo, alto, de mirada ausente y manos que parecían diseñadas para empuñar un palo de corrección más que para acariciar. Era más duro que su madre. Siempre lo había sido. Cuando Jen caía al suelo exhausta, su padre la levantaba con una mano y la colocaba de nuevo frente al lago. Cuando temblaba, le golpeaba los nudillos con la vara. Cuando lloraba, se quedaba inmóvil, con los brazos cruzados, como si el llanto fuera una debilidad que debía ser eliminada antes de que infectara al resto del cuerpo.

La niña nunca entendió por qué su padre la miraba así. No entendía por qué había algo en sus ojos que no era amor. Había otros padres en el mundo, los había visto en las escasas incursiones a pueblos cercanos. Esos padres miraban a sus hijos de otra manera. Con calor. Con miedo. Con algo que Jen no tenía nombre

pero que reconocía como lo opuesto a lo que sentía cuando su padre la corregía.

Su madre al menos tenía momentos. Pequeños, rápidos, como destellos de luz que se colaban por una grieta en un muro. Cuando el padre no miraba, ella le acariciaba el pelo. Cuando el padre se iba a dormir, ella le cantaba algo diferente: no el canto de control, sino algo más suave, más antiguo, algo que sonaba a canción de cuna, pero con notas que Jen no había escuchado nunca en ninguna otra melodía. Eran gestos que duraban segundos. Luego la madre apartaba la mano, apartaba la voz y volvía a ser lo que tenía que ser: una entrenadora, no una madre.

Jen no sabía para qué servía el agua que podía mover. No sabía contra quién lucharía algún día. No sabía por qué sus padres la habían concebido, por qué la habían criado en una cueva, ni tampoco por qué le habían negado todo lo que otros niños tenían. No sabía qué había más allá de las montañas, como tampoco sabía qué era un amigo. No conocía el mar, aunque su madre era una sirena y el mar era su casa. No sabía nada de lo que debería saber una niña de seis años.

Pero sabía una cosa.

En la pared de la cueva, a la altura de sus ojos, había un cartel. Era un trozo de papel viejo, descolorido, con las esquinas dobladas y una mancha de humedad en el centro que había difuminado los colores. Pero la imagen todavía se distinguía: un helado de fresa. Rosado, con motas rojas, servido en un cono de galleta crujiente. Debajo del helado, una palabra que Jen no sabía leer pero que había memorizado por la forma de las letras.

Jen no sabía quién había pintado ese cartel en la pared. Sus padres nunca se lo habían explicado. Cuando preguntaba, su madre apartaba la mirada y su padre apretaba la mandíbula. Jen había aprendido a no preguntar dos veces.

Pero cuando el dolor era demasiado, cuando los dedos sangraban, el agua se negaba a moverse y el palo del padre le había dejado marcas en los antebrazos, Jen se sentaba frente al cartel y miraba el helado. Cerraba los ojos e imaginaba el frío en la lengua. Imaginaba el dulzor en la garganta. Imaginaba el crujido del cono entre los dientes. No sabía si sabía así. No había probado nunca un helado. Pero imaginaba que sabía a algo bueno. A algo que no dolía. A algo que nadie podía arrebatarle.

Y eso la mantenía viva.

Ahora mismo, en la cueva, Jen estaba sentada en el suelo de tierra con las rodillas contra el pecho y las manos ensangrentadas apoyadas en las rodillas. Las lágrimas le habían dejado surcos limpios en las mejillas sucias. El cartel del helado estaba a su derecha, descolorido y paciente, como un amigo que no tenía prisa.

Jen miró el helado.

Pensó en el frío.

Pensó en el dulzor.

Y por un momento, solo un momento, el dolor se alejó lo suficiente para que pudiera respirar.

Entonces cerró los ojos y se durmió.

Esa niña de seis años no lo sabía entonces. No podía ni imaginar que dentro de veintidós años cruzaría la puerta de la ciudad más temida del mundo. Que el hombre que vivía en la torre de cristal negro la estaba esperando, aunque él tampoco lo supiera en ese momento.

No sabía que el perro de fuego se convertiría en su amigo más leal y más molesto. No sabía que el agua que corría por sus venas escondía un secreto que ni sus padres conocían. Y tampoco imaginaba que el helado de fresa, ese capricho imposible que

alguien había pintado en la pared de su cueva, sería el hilo del que tiraría para salir de la oscuridad.

No sabía nada de eso.

Solo sabía que tenía frío, que tenía hambre y que algún día iba a probar ese helado.

El mundo entero podía esperar.

CAPÍTULO 1



"La forja de la espada"

En la actualidad, en algún lugar de Elyrion:

Jen se despertó antes del amanecer, como siempre.

No necesitaba que nadie la despertara. El cuerpo lo hacía solo, como un animal amaestrado que ha aprendido a obedecer incluso en sueños. Los ojos se abrían, los pies tocaban el suelo frío de la cueva y las manos, aún entumecidas, aún doloridas del entrenamiento del día anterior, buscaban la ropa doblada en la esquina. Todo eso sucedía antes de que la mente estuviera lista. Antes de que Jen fuera realmente Jen.

Tenía veintiocho años. Los había cumplido tres semanas atrás, aunque la palabra "cumplir" implicaba una celebración que nunca había existido. Nadie le había dicho feliz cumpleaños. Nadie le había dado un regalo. Su madre había murmurado algo esa noche, una frase en la lengua de las sirenas que Jen no entendió del todo y su

padre no había dicho nada, porque su padre nunca decía nada que no fuera una corrección.

Veintiocho largos años viviendo en una cueva junto a un lago que no era su hogar sino su prisión. Entrenando un poder que no pedía, siendo una herramienta afilada por dos manos que nunca la acariciaron con cariño de verdad o al menos no con la frecuencia que una niña necesita para creer que merece ser querida.

Jen se estiró con cuidado, sintiendo cómo los hombros le crujían como ramas secas bajo el peso de la tensión acumulada. Se miró las manos: los nudillos todavía tenían las marcas del palo del día anterior, líneas rojizas que cruzaban la piel como surcos de arado. Las uñas estaban rotas a ras. Los dedos, hinchados en las articulaciones.

Eran las manos de alguien que ha trabajado hasta romperse, pero no de alguien que ha elegido trabajar.

Jen no había elegido nada en su vida.

Se vistió con la misma túnica gris de siempre, esa tela áspera que le llegaba hasta las rodillas y que olía a humedad permanente porque nunca se secaba del todo en la cueva. Se ató el cinturón de cuerda a la cintura y calzó las botas de cuero desgastado que habían pertenecido a alguien más antes que a ella. No tenía joyas. No tenía adornos. No tenía nada que fuera solo suyo, excepto el cartel del helado en la pared y eso tampoco era suyo: alguien lo había pintado ahí sin pedirle permiso, igual que todo lo demás en su vida.

Salió de la cueva y el aire de la mañana le golpeó la cara como una bofetada educada: frío, limpio, con ese olor a piedra mojada y a musgo húmedo que era el único perfume que conocía. El Lago Espejo extendía ante ella su superficie inmóvil y Jen se vio reflejada en el agua: una figura pequeña, delgada hasta la delgadez sospechosa de quien come lo justo para no morir, con el pelo oscuro recogido en un moño apretado que le tiraba de las sienes y los ojos del color del cielo nublado.

No se reconoció. Nunca se reconocía. El reflejo le parecía el de una desconocida, alguien que podría ser cualquiera, alguien que no tenía rasgos que la distinguieran de cualquier otra semihumana de veintiocho años.

Eso era, pensó Jen con esa frialdad consigo misma que había desarrollado como caparazón, lo más triste de todo. No el dolor. No el hambre que nunca se iba del todo. No las noches llorando en silencio para que el padre no viniera a corregirla por hacer ruido. Era esto: verse en el agua y no verse.

Su madre apareció primero.

Emergió del lago como si el agua fuera una extensión de su cuerpo, mojada, con el pelo pegado a la cara y los ojos del color del fondo del mar: claros, transparentes, con algo oscuro escondido en las profundidades que Jen nunca había podido nombrar. Era una sirena hermosa. Jen lo sabía porque lo había calculado, no porque lo sintiera. Las proporciones de su madre eran correctas: la mandíbula afilada, los pómulos altos, los hombros estrechos, la piel con ese brillo húmedo que tenían las sirenas cuando salían del agua. Era una belleza funcional, como la de un cuchillo bien forjado.

—Agua —dijo su madre con esa voz que siempre conseguía helarle la sangre.

Era toda la instrucción que necesitaba. Ni más ni menos. Como quien dice "pásame la sal" o "llueve". Un solo empaquetado para sílabas que contenía horas de trabajo y montañas de dolor.

Jen se acercó al borde del lago, se arrodilló en las rocas mojadas y metió las manos en el agua. El frío le mordió los dedos, pero eso no importaba. Lo que importaba era lo que venía después.

Su madre empezó a cantar.

Era el canto de control. Una melodía que sonaba como sirena, con esas notas largas y vibrantes que hacían que el aire temblara, pero que se sentía como una cadena. Jen conocía cada nota, cada pausa,

cada subida y bajada de tono. La había escuchado todos los días de su vida. La conocía mejor que la voz de su propia madre cuando hablaba, porque su madre casi nunca hablaba. Cantaba.

El canto hacía algo con el agua. No era magia, al menos no como Jen entendía la magia. Era más bien una orden, una frecuencia que el agua obedecía igual que un perro obedece al silbido de su amo. Cuando la madre cantaba, el agua se movía y cuando eso pasaba, algo dentro de Jen también resonaba, aunque no quisiera.

Las manos empezaron a temblar. El agua subió por sus brazos como una corriente inversa, trepando por la piel, colándose por los poros, llenándole las venas de un peso que no era suyo. Jen apretó los dientes. El dolor era conocido: un ardor en los antebrazos, como si le estuvieran inyectando plomo derretido. Era el dolor del poder que no le pertenecía, del agua que el canto de su madre forzaba a circular por un cuerpo que no estaba diseñado para tanta presión.

—Más —ordenó sin emociones.

Jen obedeció. Convocó una ola pequeña, un levantamiento de la superficie del lago que levantó espuma y cayó de nuevo como un suspiro acuático. No era suficiente. Nunca era suficiente.

—Más.

La ola creció. Golpeó las rocas con un ruido húmedo que resonó en las paredes de la cueva. Jen sintió que los dedos le sangraban por dentro, que los vasos pequeños de las manos se rompían bajo la presión del agua que no era agua sino poder, el poder de su madre filtrado a través de su cuerpo como un veneno que cura y mata al mismo tiempo.

Tres horas. Tres horas de oleadas, de olas que golpeaban las rocas con la fuerza de un puño, de agua que subía y caía según el capricho de una melodía que Jen odiaba con cada fibra de su ser. Cuando su madre dejó de cantar, Jen cayó al suelo de bruces, con las manos extendidas hacia el lago, con los dedos sangrando y los brazos temblando como cuerdas de un instrumento que alguien ha

tensado demasiado. Se quedó ahí, con la cara contra la tierra húmeda, respirando el olor a musgo y a sangre seca. El lago volvió a su calma. El reflejo volvió a ser perfecto.

Como si nada hubiera pasado.

Su padre apareció al mediodía.

Era un elfo. Jen lo sabía porque se lo habían dicho, no porque lo pareciera. Los elfos, según lo que Jen había leído en los pocos libros que su madre le había dejado, eran seres de gracia y longevidad, con movimientos fluidos y ojos que guardaban la sabiduría de los siglos. Su padre no se parecía a eso. Su padre era alto, sí. Delgado, sí, tenía las orejas ligeramente puntiagudas que marcaban su linaje. Pero sus ojos no guardaban sabiduría. Guardaban algo más parecido al agotamiento, o a la resignación, o a esa forma particular de vacío que tienen las personas que han dejado de esperar algo de la vida.

Tenía las manos grandes. Jen lo había notado desde niña, cuando esas manos la levantaban del suelo después de una caída, no con suavidad sino con eficiencia, como quien recoge una herramienta del suelo. Las manos grandes sostenían el palo. Un trozo de madera desnudo, liso por el uso, con marcas oscuras que podrían ser sudor o podrían ser algo peor.

El padre la miró como un carpintero examina una tabla antes de tallarla. Sin aprobación, sin orgullo, solo con el cálculo de qué falta, qué sobra, qué hay que cortar.

—Los pies —concluyó.

Jen separó los pies hasta la anchura de sus hombros.

—La espalda.

Jen enderezó la espalda.

—Las manos.

Jen extendió las manos, palmas arriba, como le habían enseñado. El padre recorrió su postura con la mirada, buscando el defecto y Jen conocía esa mirada tan bien que ya no le dolía. Bueno, le dolía, aunque de una manera sorda y familiar, como un dolor de muelas que llevas meses arrastrando y que has aprendido a ignorar porque ir al dentista duele más.

—Tu equilibrio ha empeorado —explicó con dureza. El tono era neutro, como quien constata que ha llovido—. La ola del tercer intento te desplazó dos palmos hacia la izquierda. Si hubieras estado en combate, estarías muerta.

—Estaba cansada —murmuró Jen con cierto recelo.

Fue un error. Lo supo en el instante en que la palabra salió de su boca, como quien pisa una baldosa suelta sabiendo que debajo hay agua sucia. El padre no aceptaba excusas. Las excusas eran grietas y las grietas se corrigen con repetición.

—Cansada —repitió el padre, como si probara la palabra y la encontrara desabrida—. Cuando estés en combate, ¿le dirás a tu enemigo que estás cansada? ¿Esperarás a que descanse?

Jen no respondió. No tenía sentido responder. El padre no hacía preguntas; hacía trampas. Cualquier respuesta era incorrecta, porque la respuesta correcta no existía. Lo que el padre quería no era una respuesta. Quería silencio. Quería obediencia. Quería que Jen tragara las palabras y las convirtiera en algo útil: disciplina, concentración, dolor que no se queja.

El palo golpeó sus nudillos. No fuerte. No con ira. Con precisión. Jen supo dónde iba a caer el golpe antes de sentirlo, porque siempre caía en el mismo sitio: los nudillos de la mano izquierda, donde los tendones están más cerca de la superficie y el dolor se sentía más nítido. La piel se enrojeció. Un escalofrío le subió por el brazo hasta el hombro.

Jen no hizo un sonido.

—De nuevo —ordenó sin miramientos.

Jen volvió a la postura. Los pies separados. La espalda recta. Las manos extendidas. El padre caminó a su alrededor, observando, midiendo, buscando el defecto que justificara el siguiente golpe. Jen mantuvo la respiración. El lago, a sus espaldas, permaneció inmóvil.

La golpeó tres veces más: una en los nudillos, otra en el antebrazo, otra en la parte trasera de las rodillas, donde las piernas amenazan con ceder. Jen no cayó. No porque fuera fuerte, no lo era. Tenía el cuerpo delgado, los músculos tensos, los huesos marcados bajo la piel, sino porque había aprendido, a lo largo de muchos años de correcciones, que caer traía más golpes que quedarse de pie.

—Bien —concluyó finalmente.

Era lo más cerca de un elogio que Jen había escuchado en su vida. Una sola palabra, dicha con el mismo tono con el que se dice llueve o se ha acabado. Jen no sintió orgullo. Solo sintió alivio y una punzada de algo que se parecía a la rabia pero que no era lo suficientemente grande para ser rabia. Era más bien una astilla en el centro del pecho, algo que no puedes sacar porque está demasiado profundo y que aprendes a ignorar porque ignorar es la única habilidad que tu padre te ha enseñado de verdad.

Pasaron las horas. El sol cruzó el cielo sobre el Lago Espejo y el agua cambió de color, del gris de la mañana al plateado del mediodía al dorado pálido de la tarde. Jen se sentó en la entrada de la cueva, con las piernas cruzadas y las manos apoyadas en las rodillas, mirando el reflejo de las montañas. Las manos le dolían. Los hombros le dolían. La espalda le dolía. No obstante, el dolor era un compañero viejo, tan viejo que ya casi formaba parte de ella, como una cicatriz que deja de molestar cuando la piel se acostumbra a su presencia.

Pensó en el helado.

Siempre pensaba en el helado cuando el cuerpo le dolía demasiado y la mente necesitaba anclarse en algo que no fuera

sufrimiento. Cerraba los ojos y veía el cartel: el cono de galleta, el helado rosado, las motas rojas de la fresa. Imaginaba el frío en la lengua, ese primer contacto entre el helado y el paladar, cuando el cuerpo entero se estremece porque algo es frío y dulce al mismo tiempo.

Imaginaba el sabor: no lo conocía, nunca lo había probado, sin embargo, lo construía con los pedazos de lo que sí conocía. El dulzor de las bayas silvestres que recogía en primavera. La textura del hielo que se formaba en los charcos durante el invierno. La sensación de algo bueno que se derrite antes de que puedas retenerlo.

Eso era el helado para Jen: una fantasía construida con retazos de realidad. Un deseo que no podía cumplirse porque cumplirlo implicaría salir de la cueva, llegar a una ciudad, encontrar un puesto de helados, tener dinero, tener libertad, tener una vida.

Y Jen no tenía nada de eso.

A veces pensaba en quién había pintado el cartel. No podía ser su madre: su madre no había visto un helado en su vida, al menos no que Jen supiera. No podía ser su padre: su padre no hacía nada que no fuera estrictamente necesario, un cartel de helado no era necesario. Alguien más había estado en esa cueva antes que ella. Alguien que sabía lo que era un helado. Alguien que había decidido, por razones que Jen no podía imaginar, dejar un pedazo de felicidad pegado a la pared de un agujero húmedo junto a un lago que nadie visitaba.

Ese alguien era, para Jen, la única prueba de que el mundo fuera de la cueva contenía algo bueno.

Su padre la llamó al atardecer.

Estaban en la parte más profunda de la cueva, donde el techo era tan bajo que el padre tenía que agacharse para no golpearse. Unas velas de sebo iluminaban el espacio con una luz temblorosa que proyectaba sombras largas en las paredes. Su madre estaba de pie junto a la pared del fondo, con los brazos cruzados y la expresión

que Jen solo le había visto en momentos importantes: los labios apretados, los ojos fijos, la mandíbula tensa.

Su padre estaba sentado en una roca plana que hacía de asiento, con un mapa desplegado sobre las rodillas, un trozo de pergamino viejo con manchas de humedad y bordes deshilachados. Jen reconoció el mapa: lo había visto antes, de niña, cuando todavía le permitían mirar cosas sin preguntar qué eran. Era el mapa de Elyrion. Las montañas de Draevorn estaban dibujadas en el centro como dientes negros.

—Siéntate —dijo el padre.

Jen se sentó en el suelo. El frío de la piedra le caló a través de la túnica.

El padre miró el mapa durante un largo momento sin decir nada. Jen conocía esos silencios: no eran pausas, eran preparativos. Su padre hablaba como quien construye un muro, piedra a piedra, sin prisa, sin adornos, sin espacio para que entre el aire.

—Mañana partes —declaró, finalmente.

Jen sintió que el estómago se le cerraba como un puño. No de miedo. De algo anterior al miedo, algo que no tenía nombre porque Jen nunca había necesitado ponerle nombre: la sensación de que algo grande se acerca y no puedes esquivarlo. La sensación de que el suelo que pisas ya no es seguro y que lo que viene después no te ha pedido permiso.

—¿Adónde? —preguntó y su propia voz le sonó extraña, como si perteneciera a otra persona.

—Drakheim.

La palabra cayó en el silencio como una piedra en un pozo.

Drakheim.

La capital de Draevorn. La ciudad más temida del continente. La ciudad donde vivía Kaeros, el comandante de las sombras, el elfo que llevaba cuatrocientos años gobernando con una frialdad que nadie había visto quebrarse. Jen había oído hablar de Kaeros en susurros, en las escasas conversaciones que su madre tenía con su padre cuando creían que ella dormía. Había oído palabras como "monstruo" e "inmortal" y "no se le puede matar". Nunca había puesto rostro a esas palabras, pero las sentía como un peso en el pecho cada vez que alguien mencionaba Draevorn.

—Tu misión —continuó su padre, con el tono de quien da instrucciones para arar un campo— es infiltrarte en la ciudad. Observar. Aprender. Buscar a un contacto de la resistencia en una taberna llamada "El Último Trago". Preguntar por Durnan. Decirle que vienes del lago. Entenderá. Darle información sobre los movimientos de Kaeros. Volverás cuando hayas recabado lo suficiente.

Jen tragó saliva. La resistencia. Había oído hablar de ella en susurros, en las pocas veces que su madre había mencionado algo del mundo exterior. Un grupo que se oponía al Conquistador. Un grupo que quería liberar Elyrion. Jen siempre había pensado que la resistencia era una idea, no una cosa real, como los dioses o la justicia: algo en lo que la gente cree porque necesita creer en algo.

—No estoy preparada —susurró Jen.

—Nunca lo estarás —respondió su padre. El tono no era cruel. Era factual, como quien dice que el agua moja o que el fuego quema—. Pero la misión no espera a que estés preparada. La misión espera a que estés lista. Y ahora estás lista.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque yo te lo digo.

Jen cerró la boca. No tenía sentido discutir. Su padre no debatía. Su padre dictaminaba. Era como discutir con la lluvia: puedes quejarte todo lo que quieras, pero vas a mojarte igual.

Su madre habló por primera vez desde que Jen había entrado en la cueva profunda. La voz era suave, como siempre, pero había algo debajo que Jen no supo identificar. ¿Miedo? ¿Culpa? ¿Algo más oscuro que cualquiera de los dos?

—Cuidado con las sombras —instruyó su madre—. Kaeros controla las sombras. Si te ve, si te siente, si detecta el agua en tus venas… no podrás escapar.

—Entonces, ¿para qué voy? —preguntó Jen y la pregunta le salió antes de poder morderse la lengua.

Ambos se miraron. Fue un cruce de miradas breve, apenas un parpadeo, no obstante, Jen lo captó. Había algo en esa mirada que no era un acuerdo. Era una despedida. Era algo que habían discutido antes, en voz baja, cuando creían que Jen dormía. Algo que habían decidido juntos y que ninguno de los dos quería decir en voz alta.

—Porque es tu propósito —declaró su padre.

Jen se levantó. Las piernas le temblaban, no de cansancio sino de algo que se parecía a la rabia pero que no era lo suficientemente grande para ser rabia. Era más bien una punzada, un pinchazo pequeño y agudo en el centro del pecho, como una astilla que no puedes sacar porque está demasiado profunda.

—Mi propósito —repitió Jen. La palabra le supo a ceniza.

Salió de la cueva sin esperar respuesta. El lago la recibió con su calma habitual, su superficie inmóvil, su reflejo perfecto. Jen se arrodilló en el borde y metió las manos en el agua. El frío le mordió los dedos, pero esta vez no había canto de control, no había orden, no había nadie que le dijera qué hacer con el agua. Solo estaba ella.

Convocó una ola pequeña. Una ola inútil, sin propósito, que se levantó unos centímetros y cayó de nuevo como un suspiro. No servía para nada. No golpeaba rocas, no demostraba poder, no impresionaba a nadie. Era solo agua moviéndose porque Jen quería que se moviera.

Era, pensó Jen con una claridad que le asustó un poco, la primera vez en su vida que hacía algo solo porque quería.

De noche, Jen no pudo dormir. Se quedó mirando el techo de la cueva, que era roca desnuda, fría, con gotas de humedad que brillaban a la luz de una vela moribunda. Su madre dormía en la parte interior de la cueva, recogida sobre sí misma como una ostra. Su padre no estaba: a veces se iba por las noches, sin explicación y volvía al amanecer con los ojos más vacíos de lo habitual.

Jen se levantó. Fue al cartel del helado. Se sentó frente a él, con las piernas cruzadas y lo miró. El rosado del helado se había desvanecido hasta casi desaparecer. Las motas rojas de la fresa eran apenas manchas pardas. La palabra de debajo era ilegible. El cartel estaba muriendo, igual que todo lo que rodeaba a Jen: lentamente, sin que nadie lo notara.

Pasó los dedos por la pared, debajo del cartel. No buscaba nada. Solo quería sentir algo que no fuera dolor.

Los dedos se engancharon en algo.

Jen apartó el cartel con cuidado. El papel viejo se despegó de la roca con un sonido húmedo, como una venda arrancándose de una herida. Debajo, en la pared de la cueva, había algo grabado.

Dos fechas.

Estaban talladas en la piedra con algo afilado, probablemente un cuchillo o un clavo. La primera fecha estaba borrada: alguien la había raspado con insistencia, hasta dejar solo un surco profundo en la roca donde habían estado las cifras. Ya no se podía leer. Pero la segunda fecha era clara.

Veintiocho.

Dos números. Tallados con más cuidado que la primera fecha, como si quien los había grabado quisiera que permanecieran. Que

alguien los encontrara.

Jen pasó los dedos por los números. La piedra estaba fría. El dos era elegante, con una curva pronunciada. El ocho era perfecto, un círculo cerrado sobre sí mismo. No había más: no había palabras, no había símbolos, no había nada que explicara qué significaban.

Veintiocho. ¿Veintiocho qué? ¿Veintiocho años? ¿Veintiocho días? ¿Veintiocho algo que Jen no podía imaginar?

Miró el espacio raspado donde había estado la primera fecha. Alguien la había borrado deliberadamente. Alguien no quería que Jen la viera. Pero la segunda fecha, el veintiocho, alguien la había dejado. Alguien quería que Jen la encontrara.

—¿Qué estás haciendo?

La voz de su madre sonó detrás de ella como un latigazo. Jen se giró. La sirena estaba de pie en la entrada de la parte interior de la cueva, con el pelo suelto y los ojos brillando en la oscuridad con esa luz tenue que tenían las sirenas cuando estaban asustadas.

Jen no se movió. Señaló los números en la pared.

—¿Qué es esto?

La madre se acercó. Vio los números. Y Jen vio algo que nunca había visto en el rostro de su madre: miedo. No el miedo contenido y disciplinado que su madre mostraba durante los entrenamientos. No el miedo que disfrazaba de dureza. Era un miedo desnudo, animal, el miedo de alguien que ve algo que no quería ver.

Se puso pálida. Literalmente pálida: el brillo húmedo de su piel se apagó, como si alguien hubiera soplado una vela dentro de ella.

—No te preocupes por eso —dijo.

Las manos le temblaban. Jen lo vio. Las manos de su madre, que nunca temblaban durante los cantos de control, que nunca temblaban cuando le golpeaba los nudillos con el palo, que nunca

temblaban para nada, temblaban ahora, frente a dos números tallados en una pared.

—¿Mamá?

—No te preocupes por eso —repitió la madre.

Esta vez la voz no era suave. Era una orden. Una orden disfrazada de calma, como una espada envuelta en seda.

Arrancó el cartel del helado de las manos de Jen y lo volvió a pegar sobre los números, tapándolos. Presionó el papel contra la roca con ambas manos, como si quisiera que se fusionara con la piedra, como si quisiera que los números desaparecieran de la existencia.

Luego se dio la vuelta y se retiró a la parte interior de la cueva con pasos rápidos, con los hombros tensos, con las manos todavía temblando. No dijo buenas noches. No dijo duérmete. Se fue, como quien huye de algo que no quiere enfrentar.

Jen se quedó frente al cartel, mirando el helado descolorido, sabiendo que debajo había algo que su madre no quería que viera.

Veintiocho.

La palabra le quedó grabada en la mente como un tatuaje invisible. No sabía qué significaba. No sabía por qué su madre se había puesto pálida al verlo. No sabía por qué alguien había borrado la primera fecha y había dejado la segunda. Solo sabía que esos números estaban ahí por una razón y que la razón tenía algo que ver con ella.

Además, estaba convencida de que probablemente no le gustaría descubrir cuál era.

Volvió a su rincón. Se acostó. Cerró los ojos y no durmió.

No obstante, cuando el amanecer filtró la primera luz grisácea por la entrada de la cueva, Jen ya tenía la ropa puesta, el cinturón atado

y las botas calzadas. Se miró las manos una última vez: los nudillos seguían marcados, las uñas seguían rotas, los dedos seguían hinchados. Pero las manos se sostenían. Las manos funcionaban. Las manos eran suyas.

Y por primera vez en veintiocho años, iban a hacer algo que nadie les había ordenado.

No sabía qué. Todavía no. Pero algo dentro de ella, algo pequeño y terco que había sobrevivido a muchos años de correcciones y a más años de silencio previos, algo que se alimentaba de helados imaginarios y de carteles viejos, ese algo le decía que cruzar la puerta de Drakheim no era el final de su historia.

Era el principio.

Jen salió de la cueva sin mirar atrás. El lago la despidió con su calma habitual, su superficie inmóvil, su reflejo perfecto. Pero esta vez Jen no buscó su reflejo en el agua.

Esta vez, buscó el camino.

CAPÍTULO 2



"Las sombras de Drakheim"

Drakheim olía a metal, a humo viejo y a algo que Jen no supo identificar hasta que una mujer pasó junto a ella cargando un cesto de pan recién horneado y comprendió que era eso: la vida. La vida de las personas que no vivían en cuevas, que no entrenaban hasta que los dedos les sangraban, que no se despertaban cada mañana con la certeza de que el día sería exactamente igual al anterior. Olía a gente. A gente real, con nombres y rostros y problemas que no tenían nada que ver con ella.

Jen se quedó parada en medio de la calle principal, con la boca ligeramente abierta y los ojos tan grandes que le dolían las cuencas. A su alrededor, el bullicio era ensordecedor: vendedores gritando el precio de las verduras, herreros martilleando el acero con un ritmo que parecía el latido de un corazón enfermo, niños corriendo entre las piernas de los adultos con esa energía salvaje que solo los niños poseen y perros ladrando a todo lo que se movía, incluyendo a Jen,

que probablemente parecía una presa fácil con su túnica gris y sus botas desgastadas.

**Esto es el mundo*,* pensó Jen, sintiendo que el suelo se movía bajo sus pies aunque no se moviera. **Esto es lo que hay fuera de la cueva. Esto es lo que mis padres me negaron durante veintiocho años*.*

La calle era tan empinada que Jen tuvo que inclinar el cuerpo hacia adelante para no caerse hacia atrás. Los edificios se apiñaban a ambos lados como dientes en una boca demasiado pequeña, con tejados de pizarra negra que parecían aplastar el cielo hasta dejarlo en una tira estrecha de gris. Las ventanas eran estrechas, como si los edificios cerraran los ojos contra el mundo y las puertas de madera oscura tenían aldabas de hierro oxidadas que parecían sonrisas torcidas.

Jen avanzó con la cautela de quien camina sobre cristales rotos. Cada paso era una aventura, cada esquina un descubrimiento, cada rostro un enigma.

Un hombre con una barba que le llegaba al pecho la miró con desconfianza desde el umbral de una tienda de cueros. Una mujer joven con un bebé en brazos le dedicó una sonrisa que a Jen le pareció el gesto más bonito que había visto en su vida. Un grupo de soldados pasó junto a ella con las armaduras tintineando y los ojos fijos al frente. Jen sintió que el corazón se le aceleraba no por miedo sino por la simple novedad de ver a personas que no eran su padre o su madre.

Se perdió tres veces en la primera hora.

La primera vez fue culpa de las calles, que no tenían lógica.

No iban de un sitio a otro como los caminos del lago, que al menos se molestaban en conectar dos puntos con algo parecido a la razón. Las calles de Drakheim serpentean, se bifurcan, se estrechan hasta el punto de que dos personas no podían pasar juntas y de

pronto se abrían en plazas pequeñas donde hay fuentes secas y gatos que te miraban como si les debieras dinero.

La segunda vez fue culpa de un vendedor de pescado que le indicó la dirección equivocada con una seguridad que habría convencido a un general.

La tercera vez fue culpa de un grupo de niños que la siguieron durante cinco calles, riendo de sus botas, hasta que Jen se giró y los miró con la misma expresión que su padre usaba cuando corrige su postura.

Los niños huyeron como si hubieran visto un fantasma.

**Tal vez esa expresión es contagiosa*,* pensó Jen con algo que se parecía peligrosamente a una sonrisa.

El callejón del Surdo resultó ser un pasillo tan estrecho que Jen tuvo que caminar de lado, como un cangrejo, entre dos paredes de piedra húmeda que olían a cerveza rancia y a algo que prefería no identificar.

El suelo estaba cubierto de un líquido viscoso que hacía un ruido desagradable cada vez que sus botas lo pisaban. A mitad del callejón había un gato negro dormido sobre una caja de madera. El gato abrió un ojo, la miró con un desprecio que solo los gatos pueden expresar con un solo ojo y volvió a cerrarlo.

—Encantada de conocerte también —murmuró Jen.

Se sorprendió de sí misma. Nunca había hablado con un gato. Nunca había hablado con nadie que no fuera su padre o su madre. La palabra le había salido sola, como un reflejo, tenía un tono que no reconocía.

¿Ironía? ¿Humor? No estaba segura de qué era, pero sabía que no le disgustaba.

La taberna "El Último Trago" estaba al fondo del callejón, hundida medio piso bajo el nivel de la calle, como si el edificio se estuviera

tragando el suelo poco a poco. La puerta era de madera oscura, con bisagras oxidadas y un letrero colgado de una cadena que decía, con letras torcidas:

***El Último Trago — Si estás buscando el primero, vete a otro sitio*.**

Jen se quedó mirando el letrero durante un momento, preguntándose si eso era un chiste o una advertencia. Probablemente ambas cosas.

Empujó la puerta y el interior la recibió con una oleada de calor, humo y el murmullo de voces que se solapaban como olas en un lago agitado. Era una estancia baja, con vigas de madera oscura que parecían troncos de árboles muertos, mesas manchadas de cerveza y un mostrador detrás del cual un hombre enorme y calvo limpiaba un vaso con un trapo que parecía más sucio que el propio vaso. La taberna olía a tabaco, a grasa, a sudor y a algo dulce que Jen no pudo identificar, pero que le recordó vagamente al olor de las bayas silvestres que recogía en primavera.

Había quizás quince personas dentro. Todos eran hombres. Todos la miraron cuando entró. No con hostilidad, sino con esa curiosidad plana y desganada que tienen las personas que llevan demasiado tiempo bebiendo y que han visto demasiadas caras nuevas para que ninguna les importe ya.

Jen se acercó al mostrador con la determinación de quien se lanza al agua fría sin saber si hay fondo. El hombre calvo la miró sin dejar de limpiar el vaso.

—¿Qué quieres? —preguntó. El tono era el de alguien que no espera una respuesta interesante.

—Busco a Durnan —contestó Jen y su voz le sonó extraña, como si perteneciera a otra persona.

El hombre calvo dejó de limpiar el vaso. La miró un poco más de cerca, como si la estuviera reconsiderando, evaluándola con esos

ojos pequeños y desconfiados que parecían haber visto demasiado. Luego señaló con el trapo hacia una mesa del fondo, donde una figura redonda y temblorosa estaba medio desplomada sobre un barril vacío.

—Ahí —dijo—. Pero si esperas que te diga algo útil, te recomiendo que vuelvas mañana. O la semana que viene. O en otra vida.

Jen no supo si eso era una broma o un consejo real. Decidió asumir que era ambas cosas.

Caminó entre las mesas con la cautela de quien atraviesa un campo de minas. Los hombres que la miraban apartaban la vista cuando ella los miraba de vuelta, como si el contacto visual fuera algo que cobrara dinero. Jen llegó a la mesa del fondo y se quedó de pie frente a la figura desplomada.

Era un enano.

No un enano en el sentido vago de la palabra, sino un enano de verdad: bajo, ancho como un barril, con los brazos gruesos como troncos y las manos grandes como platos. Tenía la barba larga, trenzada en tres coletas que le caían sobre el pecho, cada una de un color diferente: una roja, una gris y una que probablemente había sido rubia en algún momento de su juventud pero que ahora tenía el color de la cerveza rancia. La cara era redonda, colorada, con una nariz bulbosa que parecía un tomate que alguien hubiera pegado a la fuerza. Los ojos estaban cerrados. De su boca salía un ronquido que sonaba como un gato tragando piedras.

—¿Durnan? —preguntó Jen.

El enano no se movió.

—¿Durnan? —repitió, un poco más fuerte.

El enano abrió un ojo. Era un ojo pequeño, brillante, del color de la miel vieja y la miró con la expresión de alguien que ha sido

interrumpido en algo importante y que considera que lo importante era dormir.

—¿Qué? —dijo. La voz era grave, ronca, con un acento que Jen no reconoció.

—Vengo del lago —explicó Jen, repitiendo las palabras que su padre le había enseñado.

El enano cerró el ojo. Abrió el otro. La miró de nuevo, esta vez con un poco más de interés, como si la palabra "lago" hubiera activado algo en su memoria.

—¿Del lago? —repitió—. ¿Qué lago? ¿Hay más de uno?

Jen se quedó paralizada. Su padre no le había dicho qué hacer si el contacto hacía preguntas. Su padre le había dicho que dijera "vengo del lago" y que el contacto entendería. Pero el contacto no estaba entendiendo, o estaba fingiendo no entender, o estaba demasiado borracho para entender. Jen se encontró de pie frente a un enano dormido en una taberna de Drakheim sin la menor idea de qué hacer a continuación.

—El Lago Espejo —dijo, porque no sabía qué otra cosa decir.

El enano la miró durante un largo momento, evaluándola con esos ojos de miel vieja que parecían leer más de lo que deberían. Luego se incorporó en la silla, se restregó los ojos con los puños como un niño, bostezó con una amplitud que le mostró una cantidad alarmante de encías" dijo:

—Ah. Del lago. ¿Y bien? ¿Te mandaron aquí para quedarte de pie como un poste o para sentarte y pedir algo de beber? Porque si vas a quedarte de pie, al menos hazlo allí, que no me tapas la luz.

Jen se sentó. No porque quisiera, sino porque sus piernas lo decidieron por ella. El enano la observó con esos ojos de miel vieja, evaluándola de una manera que, por alguna razón, le recordó a su

padre, aunque el enano tuviera más calor en la mirada que su padre en veintiocho años.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el enano.

—Jen.

—¿Jen qué?

—Jen Delay.

El enano frunció el ceño. El ceño de un enano, pensó Jen con esa claridad repentina que a veces tiene cuando está nerviosa, es un acontecimiento geológico: arrugas profundas como surcos, pelo áspero como raíces y una intensidad que sugiere que la montaña está considerando erupcionar.

—Delay —repitió el enano—. No conozco a ningún Delay. ¿Quién te manda?

—Mis padres.

—¿Y quiénes son tus padres?

—Una sirena y un elfo.

El enano la miró como si hubiera dicho que era hija de una piedra y un rayo de sol. Luego soltó una carcajada. No una risa educada ni una sonrisa cortés, sino una carcajada de verdad, de esas que sacuden el cuerpo y hacen que la cerveza en los vasos de las mesas cercanas vibre. Los otros hombres de la taberna giraron la cabeza para ver qué era tan gracioso. El enano no les hizo caso.

—Una sirena y un elfo —repitió, todavía riendo—. Vaya combinación. ¿Y qué sale de eso? ¿Alguien que moja las orejas puntiagudas?

Jen no supo si ofenderse o reír. Eligió no hacer ninguna de las dos cosas. Se quedó mirando al enano con la expresión más neutra que pudo reunir, que probablemente no era muy neutra porque el enano dejó de reír y la miró con algo parecido al respeto.

—Vale —dijo, pasando de la risa a la seriedad con una velocidad que resultaba inquietante—. Vienes del lago. No eres de aquí. No conoces a nadie. No sabes dónde estás. Y buscas a Durnan.

—Sí.

—Pues Durnan se fue hace tres años. Se mudó a Valcorin. Dice que aquí no se puede respirar y que la cerveza es mala.

Jen sintió que el suelo se le hundía un poco. La única conexión que tenía con el mundo exterior, el único nombre que le habían dado como salvavidas, se había ido. Se había mudado. Se había ido a otro lugar del mundo sin avisarle, sin dejar una nota, sin pensar ni un segundo que una niña de la cueva del Lago Espejo vendría a buscarlo algún día.

—Entonces, ¿con quién hablo? —preguntó Jen.

Su voz sonó más pequeña de lo que quería.

El enano se señaló con el pulgar.

—Conmigo. Me llamo Brokk. Soy el que se quedó cuando Durnan se fue, porque yo soy el que no tiene a dónde ir y además la cerveza no está tan mal si bebes suficiente para olvidar que no está tan bien. ¿Quieres una cerveza?

—No bebo cerveza.

—¿No bebes cerveza? —Brokk la miró como si hubiera confesado un crimen—. ¿Y qué bebes? ¿Agua? ¿Estás en una taberna y bebes agua? Eso es como ir a un incendio y pedir más fuego.

—Agua está bien —concluyó Jen.

Brokk suspiró con el peso de un hombre que ha visto cómo sus esperanzas se derrumban una a una durante décadas. Pidió un vaso de agua al hombre calvo del mostrador. El hombre calvo lo miró como si le hubiera pedido la cabeza de un rey, pero sirvió el agua.

Jen bebió. Estaba tibia y sabía a metal, no obstante, era agua y Jen conocía el agua mejor que a cualquier otra cosa en el mundo. Brokk la observaba beber con la expresión de alguien que contempla a un animal exótico en un zoológico, con esa mezcla de curiosidad y ternura que solo los viejos saben mostrar sin que parezca condescendiente.

—Bien —dijo Brokk, apoyando los codos en la mesa y acercando la cara a la de Jen—. Vienes del lago. Tus padres te mandan aquí. Buscas información sobre Kaeros. ¿Correcto?

Jen asintió.

—¿Y qué quieres saber exactamente? ¿Su horario? ¿Su comida favorita? ¿Si está soltero?

Jen parpadeó. No estaba segura de si la última pregunta era una broma. La cara de Brokk no ayudaba: tenía la expresión de alguien que podría estar bromeando o podría estar completamente serio y la ambigüedad era, supuso Jen, parte de su encanto.

—Quiero saber cómo es —pidió Jen—. Qué hace. Dónde vive. Cuáles son sus debilidades.

—Sus debilidades —repitió Brokk, como si saboreara la palabra—. Vaya. Directa al grano. Me gusta eso en una persona. No me gusta en general, pero en ti me gusta.

Se rascó la barba. Las tres trenzas se movieron como serpientes dormidas.

—Kaeros es el comandante de Draevorn —dijo Brokk, cambiando el tono al de alguien que cuenta una historia que ha contado muchas veces, pero que todavía le parece inverosímil—. Lleva cuatrocientos años en el cargo. Cuatrocientos. ¿Sabes lo que es eso? Es que tú nacieras, vivieras, murieras, nacieras otra vez, murieras otra vez y así cinco veces y que él siguiera ahí, sentado en su torre, con la misma cara. Los elfos son viejos, sí, pero este elfo es viejo de

una manera que a los elfos les da miedo. Y a los elfos no les da miedo nada fácilmente.

Jen escuchaba sin pestañear, con la atención de quien bebe agua después de días de sed.

—Gobierna con mano de hierro —continuó Brokk—. Pero no de la manera en que esperas. No grita. No amenaza. No ejecuta gente en la plaza para que aprendan. Simplemente… está. Su presión es como el peso del techo: no lo ves, no lo piensas, pero está ahí todo el rato, aplastándote un poco más cada día hasta que te acostumbras y piensas que así es como se siente el mundo. ¿Me explico?

Jen no estaba segura de entender, aunque asintió. Algo en la descripción le resultó familiar, como si Brokk estuviera describiendo no a un tirano sino a alguien que ella conocía, alguien que la miraba todos los días con esa misma presión silenciosa.

**Tal vez*,* pensó Jen con una amargura que le sorprendió*, *todos los hombres que mandan se parecen al final*.*

—Tiene un segundo al mando —continuó Brokk—. Un tipo de fuego llamado Malachi. Ese sí que es peligroso, pero de la manera estúpida. De la manera en que un borracho con una espada es peligroso: no porque sepa usarla, sino porque no sabe dejar de moverla. Malachi hace bromas en los momentos más inapropiados. Una vez le dijo a un general que parecía un saco de patatas con bigote. El general no lo tomó bien. Malachi se rio. Kaeros no hizo nada. Eso es lo peor de Kaeros: nunca hace nada cuando debería hacerlo y siempre hace algo cuando no debería.

Brokk pidió otra cerveza. El hombre calvo se la trajo sin que la pidiera, como si supiera que la segunda era inevitable.

—¿Y las sombras? —preguntó Jen.

—Ah, las sombras. —Brokk bebió un trago largo, se limpió la barba con el dorso de la mano y puso los ojos en blanco con el

gesto de alguien que ha visto demasiado y ha entendido demasiado poco—. Las sombras de Kaeros no son como las sombras normales. Las normales se quedan quietas. Las de Kaeros se mueven. Se retuercen. Se arrastran por las paredes como raíces negras. Cuando Kaeros entra en una habitación, las velas se apagan. No porque sople: porque las sombras se las comen. Es un espectáculo, si te gustan los espectáculos que te dejan sin ganas de dormir durante una semana.

Jen pensó en su padre. En cómo su padre la miraba. En cómo su padre nunca la tocaba con cariño, solo con corrección. Y pensó: tal vez las sombras de Kaeros no son tan distintas de las de mi padre. Las dos te rodean. Las dos te oscurecen. La diferencia es que las de Kaeros son mágicas y las de mi padre son de otra cosa.

—¿Dónde vive? —preguntó Jen.

—En la torre. La de cristal negro. La que se ve desde cualquier punto de la ciudad. No puedes perderla: es la única cosa en Drakheim que es más deprimente que el clima.

Jen casi sonrió. Casi. La sonrisa llegó hasta la comisura de sus labios y se quedó ahí, como una invitación que no terminaba de aceptarse. Brokk la notó y le dedicó una sonrisa propia, una sonrisa ancha y desdentada que le iluminó la cara como una vela en una habitación oscura.

—Mira —dijo Brokk, bajando la voz—. No sé quién eres realmente, ni por qué tus padres te mandan aquí, ni qué pretendes hacer con la información sobre Kaeros. Pero te voy a dar un consejo gratis, que es lo único gratis que vas a encontrar en esta ciudad: no intentes matarlo. No porque no puedas, que probablemente no puedas, sino porque ya lo han intentado antes. Muchos. Y aquí seguimos, bebiendo cerveza y hablando de él como si fuera el tiempo: todos sabemos que está ahí, nadie puede hacer nada al respecto y lo mejor que podemos hacer es no pensar demasiado en ello.

Jen guardó silencio durante un momento. Luego preguntó algo que no tenía previsto preguntar:

—¿Tiene debilidades?

Brokk la miró largamente. La expresión de su cara cambió, como si estuviera decidiendo algo importante. Algo que podía cambiar el curso de la conversación, o tal vez el curso de la vida de Jen. Finalmente, suspiró.

—Una —dijo—. Hay una estatua en la plaza del Mercado Viejo. Una mujer. Se llama Aelith. Fue su esposa. Murió hace más de cuatrocientos años. Kaeros no habla de ella. Nadie habla de ella. Pero la estatua sigue ahí y una vez al mes, cuando nadie lo ve, Kaeros baja de su torre y se queda de pie frente a ella durante una hora. Sin sombras. Sin guardias. Solo él y la piedra.

Jen sintió algo frío recorrerle la espalda. No era miedo. Era reconocimiento. Era la misma sensación que tenía cuando miraba el cartel del helado: el dolor de desear algo que ya no existe. El dolor de alguien que ha perdido algo y que no puede recuperarlo pero que tampoco puede dejar de buscarlo.

—¿Murió joven? —preguntó Jen.

Su voz sonó más suave de lo que pretendía.

—Tenía veintiocho años —dijo Brokk.

La palabra cayó en la mente de Jen como una piedra en un pozo. Veintiocho. El mismo número que estaba tallado en la pared de la cueva. El mismo número que su madre había tapado con el cartel del helado con las manos temblando. Veintiocho años. La esposa de Kaeros había muerto con veintiocho años.

Su misma edad.

Jen tenía veintiocho.

No sabía por qué esa cuenta le produjo un escalofrío. No sabía por qué el número veintiocho parecía perseguirla como un perro que ha olfateado sangre. Solo sabía que algo estaba conectado, que algo estaba tejido entre la cueva y la torre y el lago y la estatua y el helado y los números en la pared y que esa red era demasiado grande para que ella la viera entera desde donde estaba.

—¿Dónde está la plaza? —preguntó Jen.

Su voz sonó más urgente de lo que quería.

—Sigue recto por la calle del Herrero, gira a la izquierda en la fuente seca y cuando veas una estatua de una mujer que parece más viva que cualquiera de los que estamos aquí, para. No puedes perderla. Es lo único bonito en toda Drakheim, lo sabrás porque es lo único que Kaeros no ha dejado que se pudra.

Jen se levantó. Dejó unas monedas sobre la mesa, las mismas que su padre le había dado y Brokk las miró con la expresión de alguien que ve un milagro pequeño y decide no hacer preguntas.

—Volveré —dijo Jen.

—Eso dicen todos —respondió Brokk—. Y algunos vuelven. Los que no están muertos, al menos.

Jen caminó hacia la puerta. Cuando estaba a punto de salir, Brokk gritó desde el fondo:

—Oye, niña del agua.

Jen se giró.

—Tu vaso de agua —bromeó Brokk, señalando el mostrador—. ¿Lo vas a dejar a medias? Aquí no desperdiciamos nada. Ni siquiera el agua mala.

Jen volvió, cogió el vaso y bebió el resto de un trago. El agua seguía tibia y seguía sabiendo a metal, pero esta vez le supo un poco menos peor. Tal vez porque alguien se había fijado en que lo

dejaba a medias. Tal vez porque alguien, por primera vez en su vida, le había dicho que no desperdicie algo que es suyo.

Brokk le dedicó otra sonrisa desdentada.

—Así me gusta —dijo—. Vuelve cuando quieras. La cerveza seguirá siendo mala, pero la compañía mejora contigo aquí.

Jen salió de la taberna con algo que no había tenido cuando entró: la sensación de que alguien la había visto. No como un arma. No como una herramienta. Sino como una persona.

Jen se marchó.

La plaza del Mercado Viejo estaba a diez minutos a pie de la taberna, en una zona de Drakheim donde las calles eran un poco menos empinadas y los edificios un poco menos grises. Había puestos de comida cerrados a esa hora, toldos de tela raída que colgaban como banderas derrotadas y un silencio relativo que contrastaba con el bullicio del resto de la ciudad. Era el tipo de plaza que había sido importante en algún momento del pasado y que ahora sobrevivía por inercia, como un árbol que sigue en pie, aunque las raíces estén podridas.

La estatua estaba en el centro.

Jen la vio antes de entrar en la plaza. La vio desde el otro lado de la calle, a través de un arco de piedra que enmarcaba la plaza como un cuadro. Y se detuvo.

Era una mujer. Mármol blanco, esculpida con una precisión que resultaba inquietante: cada pliegue de la ropa, cada mechón de pelo, cada línea del rostro estaba tallada con el cuidado de alguien que quería que la piedra pareciera viva. La mujer tenía los brazos extendidos, no en un gesto de súplica ni de bienvenida, sino en algo intermedio, como si estuviera a punto de abrazar a alguien o a punto de soltar algo. La cara era joven. Los ojos estaban tallados mirando al horizonte, hacia algún lugar que no estaba en la plaza, hacia algún lugar que probablemente no existía ya.

Jen se acercó. Se quedó de pie frente a la estatua, con la cabeza ligeramente inclinada, mirando el rostro de mármol. La placa de la base decía, con letras que alguien había cuidado para que no se borrasen: ***Aelith. El mundo no te merecía*.**

Jen leyó la inscripción tres veces. Cada vez le dolía un poco más, aunque no sabía por qué. No conocía a Aelith. No sabía quién era, ni cómo había muerto, ni por qué alguien había decidido que el mundo no la merecía. Pero había algo en la estatua, algo en la forma en que los brazos estaban extendidos, algo en la inclinación de la cabeza, algo en la expresión del rostro que era, de alguna manera imposible, familiar.

No era que se pareciera a ella físicamente. No era eso. Era algo más sutil, más profundo, algo que no estaba en la piedra sino en el espacio entre la piedra y Jen. Era la sensación de que esa mujer, en algún momento de su vida, había querido algo que no podía tener. Y Jen sabía, con una certeza que le salía de algún lugar que no era la mente sino el cuerpo, lo que se siente cuando quieres algo que no puedes tener.

El helado de fresa.

El cartel en la pared.

Los números debajo del cartel.

Veintiocho.

Jen se quedó frente a la estatua durante mucho tiempo. No sabía cuánto tiempo. El sol se movió sobre la plaza, las sombras cambiaron de dirección, los puestos de comida empezaron a abrir y el olor a pan caliente invadió el aire. Jen no se movía. Miraba a Aelith y Aelith miraba el horizonte. Las dos estaban ahí, juntas en algo que no tenía nombre pero que era más real que cualquier cosa que Jen hubiera sentido en veintiocho años de vida.

Cuando finalmente se apartó de la estatua, Jen tenía los ojos húmedos. No estaba llorando. No sabía por qué tendría que llorar

por una mujer que no conocía. Pero los ojos estaban húmedos, como si algo dentro de ella se hubiera abierto una rendija, una grieta pequeña por la que se colaba algo que no era dolor ni tristeza sino algo anterior a ambas cosas, algo que estaba ahí antes de que Jen supiera lo que era el dolor.

Caminó de vuelta hacia la calle del Herrero con los pasos lentos de alguien que ha visto algo que no puede olvidar. La ciudad seguía a su alrededor con su bullicio habitual: los vendedores, los herreros, los niños, los perros, el ruido constante de una urbe que no se detiene nunca. Pero Jen ya no la veía. Veía los brazos extendidos de Aelith. Veía la expresión de su rostro. Veía los ojos mirando el horizonte.

Y pensó: ella también estaba esperando algo.

Algo que nunca llegó.

Jen se detuvo en medio de la calle. La gente la esquivaba con impaciencia, murmurando cosas que ella no escuchaba. Tenía la cabeza llena de imágenes que no encajaban: el cartel del helado, los números en la pared, la cara de su madre cuando los vio, la estatua de Aelith, los veintiocho años, Kaeros en su torre de cristal negro, Malachi con su sonrisa torcida en la taberna, Brokk con su barba de tres colores y su consejo gratis.

Algo estaba conectado. Algo estaba tejido entre todas esas cosas, un hilo invisible que Jen podía sentir, pero no podía ver, como una telaraña que tocas con los dedos en una habitación oscura: sabes que está ahí, sientes los hilos, pero no puedes ver la araña.

Jen apretó los puños. Respiró hondo. El aire de Drakheim le supo a ceniza y a pan caliente y a algo que podría ser el principio de algo, aunque no sabía qué.

No sabía qué hacer a continuación. No sabía si volver a la taberna de Brokk, o buscar un lugar donde dormir, o ir a la torre de Kaeros y tocar a su puerta como una idiota. No sabía nada. Pero por primera

vez en su vida, no saber no le daba miedo. Le daba algo que se parecía a la libertad.

—Voy a necesitar más agua —murmuró para sí misma y la frase le sonó a promesa.

Y siguió caminando.

CAPÍTULO 3



"El perro de fuego"

Jen volvió a "El Último Trago" al día siguiente porque no tenía a dónde más ir.

Había pasado la noche en un albergue que Brokk le había recomendado, un sitio llamado "La Cama Dura" que cumplía su promesa con una literalidad que resultaba casi poética. La habitación era un cuadrado de tres pasos por tres, con una cama que tenía más nudos que un marinero borracho y una ventana tan pequeña que la luz entraba de lado, como si tuviera vergüenza de asomarse.

Jen durmió mal, pero estaba acostumbrada a dormir mal, así que la diferencia entre dormir mal en una cueva y dormir mal en un albergue de Drakheim era, en el mejor de los casos, una cuestión de decoración.

Al amanecer, se lavó la cara en un cuenco de agua oxidada que olía a hierro viejo, se peinó con los dedos hasta que el pelo dejó de parecer un nido de pájaros abandonado y se puso la misma túnica gris de siempre. No tenía otra. La túnica olía a humo de la taberna, a

la niebla de la noche anterior y a algo indefinible que podría ser la ciudad misma empapándose en la tela.

Se miró en el espejo opaco del albergue y vio lo mismo que siempre: una cara que no reconocía del todo, unos ojos que cambiaban de color según la luz y una expresión que estaba a medio camino entre la determinación y el estupor de alguien que se ha lanzado al vacío sin comprobar primero si hay red.

—Vale —se dijo en voz alta, porque hablar sola era algo que hacía desde niña y a esas alturas no tenía intención de dejarlo.

—Vas a una taberna. Buscas información. Hablas con gente. Es fácil.

No era fácil. No tenía la menor idea de cómo se habla con gente que no es tu padre o tu madre o un enano borracho que se llama Brokk. Pero Jen había decidido algo durante la noche, mientras miraba el techo de "La Cama Dura" y contaba las grietas como si fueran constelaciones: iba a volver a la taberna, iba a hablar con Brokk y le iba a pedir más información sobre Kaeros, sobre la torre, sobre Malachi, sobre todo lo que Brokk supiera. Y después iba a decidir qué hacer. No antes. Después.

Llegó a "El Último Trago" a la hora en que la taberna abría, que era una hora sorprendentemente temprana para un sitio que parecía diseñado para gente que no tiene prisa por empezar el día. El hombre calvo del mostrador la miró con la misma expresión que el día anterior: la de alguien que no espera una respuesta interesante.

—Agua —dijo Jen, sentándose en el mismo taburete de antes.

—Otra vez agua —murmuró el hombre calvo, sirviéndola con la resignación de un sacerdote que administra un sacramento en el que no cree.

Jen bebió. El agua seguía tibia, seguía sabiendo a metal, pero esta vez Jen la bebió sin pestañear porque tenía otras cosas en las

que pensar. Miró hacia la mesa del fondo. El barril estaba vacío. La silla estaba vacía. Brokk no estaba.

—¿Dónde está Brokk? —preguntó al hombre calvo.

—Durmiendo —respondió, como si la respuesta fuera obvia—. Brokk no se levanta antes del mediodía. —Brokk no se levanta antes de que el sol esté directamente sobre su cabeza y no tenga excusa para seguir acostado. Brokk es, con diferencia, el ser más perezoso que ha pisado este local y mira que aquí entra gente que se toma su tiempo.

Jen sintió una punzada de algo que podría haber sido decepción o podría haber sido alivio. Se quedó en el taburete, con el vaso de agua entre las manos, mirando la taberna vacía. No sabía qué hacer.

En la cueva, siempre había algo que hacer: entrenar, comer, dormir, entrenar de nuevo. La cueva no dejaba espacios vacíos. La cueva no te ponía delante de una hora entera sin nada que hacer y te decía “arréglate". Pero Drakheim sí y Jen se encontró sentada en una taberna a primera de la mañana sin un solo plan en la cabeza, sintiéndose como un pez que alguien ha sacado del agua y ha dejado en una mesa: vivo, sí, pero sin la menor idea de qué hacer con las patas.

La puerta de la taberna se abrió.

Jen no le prestó atención al principio. Estaba ocupada intentando decidir si pedir otra agua o simplemente quedarse mirando el fondo del vaso hasta que algo pasara. Pero entonces el aire cambió. No fue un cambio sutil: fue algo físico, algo que se sintió en la piel como el paso de una brisa caliente en un día frío. El olor de la taberna, humo, grasa, cerveza rancia, se mezcló con algo nuevo: un olor a brasas, a madera ardiendo, a algo que estaba entre el fuego y el tabaco y la mañana de verano.

Jen levantó la vista.

El hombre que había entrado no se parecía a nadie que Jen hubiera visto en su vida. Era alto, más alto que ella, con el cuerpo delgado, aunque no frágil: delgado como una llama, con esa sensación de que la energía está contenida en un espacio mínimo y podría salir disparada en cualquier dirección. El cabello era rojo. No rojo como el otoño ni rojo como el atardecer: rojo como las brasas de una hoguera cuando el fuego se está muriendo, pero todavía no ha decidido si quiere apagarse. Tenía los ojos del color de los carbones encendidos: oscuros, brillantes, con algo que parpadeaba en el fondo como una chispa que se niega a morir. La piel era pálida, demasiado pálida para alguien con ese pelo y tenía marcas oscuras en los antebrazos que podían ser cicatrices o podían ser algo peor.

Pero lo que más llamó la atención de Jen fue la sonrisa.

La tenía puesta cuando entró, como quien lleva un abrigo: no porque haga frío, sino porque es lo primero que te pones al salir de casa. Era una sonrisa torcida, asimétrica, con un lado más alto que el otro, que le daba al rostro una expresión perpetua de estar a punto de decir algo inapropiado. Era la sonrisa de alguien que ha decidido que el mundo es un chiste malo y que su trabajo es reírse de él antes de que se ría de ti.

El hombre caminó hasta el mostrador con un paso que era mitad andar y mitad rebotar, como si el suelo fuera un trampolín y él estuviera considerando seriamente usarlo. Se sentó dos taburetes más allá de Jen, pidió una cerveza al hombre calvo con un gesto de la mano que sugería que era un ritual habitual” entonces giró la cabeza y la miró.

Jen sintió que algo se movía dentro de ella. No era miedo, aunque había miedo. No era curiosidad, aunque había curiosidad. Era algo más parecido a la sensación que tiene un animal pequeño cuando detecta a un depredador: un estremecimiento en la columna, una alerta en la sangre, una voz interna que dice "esto es peligroso" al mismo tiempo que otra voz, más pequeña, no obstante, más terca, dice “pero es interesante".

—Agua —dijo el hombre, mirando el vaso de Jen. La voz era cálida, ronca, con un tono que sugería que estaba a medio camino entre la broma y la confidencia—. Estás en la peor taberna de Drakheim, a primera hora de la mañana, bebiendo agua. Eso o significa que eres muy valiente o significa que no tienes ni la menor idea de dónde estás.

Jen no respondió. El hombre no pareció ofendido por el silencio. De hecho, pareció disfrutarlo, como si el silencio fuera una pelota que le habían lanzado y él estuviera decidiendo si devolverla o quedarse con ella.

—Me llamo Malachi —dijo, extendiendo una mano. La mano estaba caliente. Jen lo supo antes de tocarla: podía sentir el calor desde donde estaba, como si Malachi tuviera una hoguera en el bolsillo—. Bueno, no me llamo Malachi. Todos me llaman Malachi. Mi nombre real es otra cosa, pero ya nadie lo recuerda, incluido yo, así que Malachi está bien. Es corto, es fácil de pronunciar y no tiene letras que se traben en la garganta. ¿Y tú?

—Jen —dijo Jen, porque no sabía qué otra cosa decir.

—Jen —repitió Malachi, como si estuviera probando el nombre, pasándolo de un lado a otro de la boca como quien prueba un vino —. Jen. Sin apellido. Sin adornos. Directa al grano. Me gusta. Los nombres largos son para la gente que quiere parecer importante. Yo prefiero los nombres cortos. Son más honestos.

Jen no sabía qué hacer con todo eso. Era demasiadas palabras a la vez, demasiado calor, demasiada sonrisa. En la cueva, la comunicación se reducía a órdenes, correcciones y silencios. En la taberna de Brokk, la comunicación se había reducido a frases cortas y pausas largas. Pero Malachi no hacía pausas. Malachi llenaba el espacio entre las palabras con más palabras, como si el silencio fuera un enemigo al que hay que derrotar antes de que te derrote a ti.

Es peligroso, pensó Jen. **Es un hombre de fuego que habla demasiado y sonríe demasiado y huele a brasas. Si mi madre estuviera aquí, me diría que me aleje. Si mi padre estuviera aquí, me diría lo mismo, pero con un palo*.*

Pero su madre no estaba. Y su padre no estaba. Y Jen estaba sola en una taberna de Drakheim con un hombre que tenía los ojos como carbones encendidos y una sonrisa que prometía problemas y por alguna razón que no podía explicar, no quería irse.

—¿De dónde vienes, Jen sin apellido? —preguntó Malachi, bebiendo un trago de cerveza con la misma naturalidad con la que otros respiran.

—Del lago —contestó Jen y se maldijo por dentro. Era la misma respuesta que le había dado a Brokk" empezaba a sospechar que no era una buena respuesta. "Del lago" no decía nada. "Del lago" era como decir "de algún sitio" o "del mundo" o "de ninguna parte que te importe".

—Del lago —repitió Malachi y algo cambió en sus ojos.

No fue un cambio grande: fue un parpadeo, una chispa que se movió un poco más rápido, una sombra que cruzó el carbón encendido de sus pupilas y desapareció. Pero Jen lo vio. O creyó verlo. Era la mirada de alguien que ha detectado algo que no esperaba, algo que huele diferente, algo que no encaja con el resto del tablero.

Malachi la miró un poco más de cerca. No con hostilidad. Con curiosidad. Con esa curiosidad intensa y ligeramente perturbadora que tienen los perros cuando huelen algo nuevo: la cabeza ligeramente inclinada, los ojos entrecerrados, la nariz moviéndose, aunque no huelas con la nariz sino con algo más profundo.

—Agua —dijo Malachi.

Esta vez no se refería al vaso. Se refería a ella. Lo dijo con el tono de alguien que ha identificado un sabor, una textura, una frecuencia.

—Hueles a agua. No al agua del grifo ni a la agua de la taberna. A otra agua. A agua que se mueve. A agua que tiene fuerza.

Jen sintió que los hombros se le tensaban. Eso era exactamente lo que su madre le había advertido: si te detectan, si alguien siente el agua en tus venas, no podrás escapar.

—No sé de qué hablas —contestó Jen rápidamente.

La mentira le supo a ceniza en la boca.

Malachi la miró durante un momento largo. Luego se rio. No fue una risa cruel ni una risa burlona: fue una risa genuina, una risa que le iluminó la cara y le hizo cerrar los ojos y sacudir los hombros, como si la risa fuera algo que le saliera de dentro sin pedir permiso.

—Mientes fatal —dijo, secándose una lágrima de la comisura del ojo—. Mientes con la misma gracia que un toro en una cristalería. ¿Nadie te ha enseñado a mentir?

—No —contestó.

Esta vez dijo la verdad.

Malachi la miró de nuevo. Algo en su expresión cambió. La sonrisa seguía ahí, pero debajo de la sonrisa había algo más: ¿compasión? ¿Reconocimiento? ¿Algo que Malachi había sentido antes y que había decidido, por razones que Jen no podía entender, no nombrar?

—Bien —dijo, dando un golpecito en el mostrador con los nudillos —. Vamos a hacer un trato. Yo no te pregunto de dónde vienes ni por qué hueles a agua ni por qué tienes las manos como si alguien te las hubiera metido en un torno. Y tú no me preguntas por qué estoy aquí ni por qué tengo el pelo de un color que ofende al buen gusto, ni por qué huelo a brasas cuando la taberna no tiene chimenea. ¿Trato hecho?

Jen lo pensó durante un segundo. Luego asintió.

—Trato hecho.

—Estupendo. —Malachi hizo una seña al hombre calvo, que le trajo otra cerveza con la resignación de quien sirve a un cliente habitual—. Entonces, Jen sin apellido del agua, ¿qué te trae a la peor taberna de la peor ciudad de la peor región del peor continente del mundo? Y por favor, no me digas que el paisaje.

Jen casi sonrió. Casi. La sonrisa llegó hasta la comisura de los labios y se quedó ahí, como la vez anterior con Brokk, como una invitación que no terminaba de aceptarse. Pero esta vez se quedó un poco más. Esta vez, la sonrisa se quedó el tiempo suficiente para que Malachi la viera y cuando la vio, algo se movió en su expresión que era más cálido que antes, más suave, como si la sonrisa de Jen fuera un fuego pequeño y Malachi estuviera acercándose para calentarse.

—Busco información —dijo Jen.

—¿Sobre qué?

—Sobre Kaeros.

La palabra cayó entre los dos como una piedra en un lago. Malachi dejó de beber. La sonrisa no desapareció, pero se reconfiguró, como si alguien hubiera movido las piezas de un puzle: la misma sonrisa, pero con un significado diferente. Ya no era la sonrisa de alguien que está pasando un buen rato. Era la sonrisa de alguien que acaba de darse cuenta de que el buen rato se ha acabado.

—¿Sobre Kaeros? —repitió Malachi, con un tono que era mitad broma y mitad algo más serio—. ¿Y por qué querrías información sobre Kaeros? ¿Eres periodista? ¿Historiadora? ¿Asesina a sueldo? Porque si eres asesina a sueldo, te aviso de que el seguro de vida no cubre intentos de homicidio contra elfos de cuatrocientos años con problemas de control de sombras.

—No soy asesina —farfulló Jen.

—Eso es exactamente lo que diría una asesina.

—No soy asesina —repitió Jen y esta vez el tono era más firme, más seguro, como si las palabras mismas tuvieran fuerza propia.

Malachi la miró. La sonrisa se quedó dónde estaba, pero los ojos cambiaron. Los ojos dejaron de ser carbones encendidos y se convirtieron en algo más parecido a ascuas: más fríos, más lentos, con una luz que ya no parpadeaba, sino que observaba. Jen sintió que la mirada de Malachi le atravesaba la piel, no con violencia sino con precisión, como un rayo de sol que se cuela por una rendija y alumbra lo que está escondido.

—Vale —dijo Malachi, después de un silencio que duró lo suficiente para que Jen empezara a sentirse incómoda—. No eres asesina. Entonces eres algo peor. Eres alguien con preguntas. Y las personas con preguntas son más peligrosas que las personas con espadas, porque las espadas solo cortan el cuerpo, pero las preguntas cortan todo lo demás.

Malachi bebió el resto de su cerveza de un trago, dejó el jarro vacío sobre el mostrador con un golpe seco y se giró en el taburete para mirarla de frente. La sonrisa volvió, pero era una sonrisa diferente: más pequeña, más honesta, como la de alguien que ha decidido dejar de jugar y empezar a hablar en serio.

—Kaeros es mi jefe —explicó casi ronroneando—. Mi jefe, mi amigo, mi carga, mi cruz y, cuando la noche es larga y la cerveza es mala, mi única razón para no prenderle fuego a la torre e irme a vivir a una playa. Llevo cuatrocientos años a su lado. Cuatrocientos años de sombras, de silencio, de noches en las que él mira al horizonte y yo finjo que no lo veo. Cuatrocientos años de ser el perro de fuego que ladra cuando hay que ladrar y se calla cuando hay que callarse. ¿Sabes lo que es eso? ¿Cuatrocientos años de ser el lado gracioso de alguien que no tiene gracia?

Jen no sabía qué decir. No porque no tuviera palabras, sino porque las palabras de Malachi eran demasiado grandes para el espacio que tenían entre los dos. Eran palabras que salían de un lugar profundo, de un lugar que Malachi había mantenido cerrado

durante siglos y que ahora se abría frente a una desconocida en una taberna de mala muerte porque, supuso Jen, a veces es más fácil abrirse ante un extraño que ante alguien que te conoce.

**Tiene cuatrocientos años*,* pensó Jen con algo que se parecía al asombro. **Cuatrocientos años riendo para no llorar. Cuatrocientos años de bromas y sonrisas y cerveza, debajo de todo eso, un hombre que está roto*.*

—No quiero hacerle daño —explicó Jen y su voz sonó más suave de lo que pretendía.

—Eso lo deciden todos al principio —respondió Malachi. La sonrisa se volvió triste, lo que era una combinación desconcertante: una sonrisa triste, como una vela que se apaga pero todavía humea—. Pero te diré algo, Jen sin apellido del agua. Si viniste aquí a hacerle daño, te va a salir mal. No porque Kaeros sea invencible, que lo es. No porque yo te vaya a detener, que lo haré. Sino porque Kaeros ya está roto. Lleva cuatrocientos años roto. Romper algo que ya está roto es como patear un cristal que ya está en el suelo: no hace daño al cristal, solo te ensucias los zapatos.

Jen guardó silencio. Miró a Malachi y Malachi la miró a ella. En ese silencio pasó algo que Jen no esperaba: lo entendió. No las palabras, que eran claras, sino lo que había debajo de las palabras. Lo que Malachi no estaba diciendo. Lo que Malachi llevaba cuatrocientos años sin decir a nadie.

Malachi amaba a Kaeros. No de la manera en que los cuentos hablan de amor, con besos y abrazos y promesas bajo la luz de la luna. Era otra cosa. Era la lealtad de alguien que ha decidido, con plena consciencia, que hay una persona en el mundo que vale más que él mismo. Era la devoción de alguien que ha visto lo peor de otra persona y ha decidido quedarse. Era, pensó Jen con una claridad que le asustó un poco, lo más parecido al amor sin que nadie lo llame amor.

—¿Por qué me cuentas esto? —preguntó Jen y se dio cuenta de que sonó más pequeña de lo que quería.

Malachi parpadeó. Por un instante, solo un instante, la sonrisa desapareció del todo y debajo de ella había algo desnudo, algo que Malachi no quería que se viera pero que ya era demasiado tarde para esconder.

—Porque nadie me lo ha preguntado en cuatrocientos años —dijo —. Tú no me has preguntado directamente, pero me has mirado como si quisieras saber. Y yo llevo cuatrocientos años esperando que alguien me mire así.

Jen sintió algo moverse dentro de ella, algo cálido y doloroso que se parecía a la comprensión. No sabía qué hacer con esa sensación. No sabía si abrazarlo o salir corriendo o simplemente quedarse allí, en el taburete, con el vaso de agua entre las manos y el corazón latiendo más rápido de lo habitual.

—Tengo que irme —dijo Malachi, de repente, como si algo le hubiera recordado que el mundo seguía existiendo fuera de aquella taberna—. Kaeros me espera. Siempre me espera. Es lo único que hace bien: esperar.

Se levantó del taburete. Se sacudió la túnica, que no tenía nada que sacudirse y se pasó la mano por el pelo rojo como si quisiera asegurarse de que todavía estaba ahí. Sus ojos de carbón la miraron durante un momento largo, Jen vio en ellos algo que no había visto antes: la misma soledad que ella sentía cuando miraba el cartel del helado.

Caminó hacia la puerta. Jen lo vio alejarse, con ese paso que era mitad andar y mitad rebotar, con esa energía contenida que hacía que cada gesto pareciera un fuego que se niega a apagarse. Cuando llegó a la puerta, se giró.

—Oye, Jen.

—¿Qué?

Malachi la miró con una expresión que era mitad sonrisa y mitad algo que no tenía nombre. Algo que estaba entre la advertencia y la súplica, entre la broma y la verdad, entre el fuego y la ceniza.

—Cuidado con el agua —dijo.

Jen frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Que a veces lo que te salvará —dijo Malachi, con la voz más baja que Jen le había oído, casi un susurro, casi un secreto que se le escapa antes de poder atraparlo— es lo que te destruirá.

Y se fue.

La puerta de la taberna se cerró detrás de él con un golpe suave y el aire caliente que dejó a su paso tardó un momento en disiparse, como si el fuego de Malachi se resistiera a desaparecer del todo. Jen se quedó en el taburete, con el vaso de agua entre las manos, mirando la puerta cerrada.

Cuidado con el agua.

Las palabras le retumbaron en la cabeza como una campana. No eran una broma. No eran un capricho. Eran algo más. Algo que Malachi sabía y que ella no. Algo que Malachi había detectado en ella con esa mirada de perro, con esa nariz que olfatea más que olores, con esa intuición de cuatrocientos años que le había dicho, en el instante en que Jen entró en la taberna, que había algo en ella que no era normal.

El agua. Su agua. El agua de sus venas, el agua de su poder, el agua que su madre le había metido en el cuerpo con el canto de control durante años.

Jen se miró las manos. Las mismas manos de siempre: pequeñas, huesudas, con los nudillos marcados y las uñas rotas. Pero ahora sabía algo que no sabía antes: que alguien podía oler el agua en ella. Que alguien podía sentir el poder que llevaba dentro sin

necesidad de verlo. Que su marca, su secreto, su arma, era para ciertas personas tan invisible como una hoguera en la oscuridad.

Cuidado con el agua.

Jen bebió el último trago de su vaso. El agua estaba tibia. Sabía a metal. Pero esta vez, al bajar por su garganta, Jen no pensó en la sed ni en el sabor ni en el frío que no tenía. Pensó en Malachi. En su sonrisa torcida. En sus ojos de carbón. En la manera en que había dicho "cuatrocientos años" como quien dice "cuatrocientos días" o "cuatrocientos minutos", como si el tiempo fuera una herida que ha dejado de sangrar pero que nunca ha cerrado del todo.

Pensó en Kaeros, en la torre de cristal negro, en el elfo que llevaba cuatrocientos años mirando al horizonte.

Y pensó en sí misma, sentada en una taberna de Drakheim, bebiendo agua, con una misión que no entendía, un contacto que se había ido a Valcorin, un enano borracho que le había dado más información en diez minutos que sus padres en diecisiete años" un hombre de fuego que le había dicho, antes de desaparecer por la puerta, que lo que la salvaría era lo que la destruiría.

Jen dejó el vaso vacío sobre el mostrador. El hombre calvo lo recogió sin mirarla.

—¿Volverás mañana? —preguntó el hombre calvo, con el tono de alguien que ya sabe la respuesta.

—Probablemente —contestó Jen.

—Te serviré agua.

—Gracias.

Jen salió de la taberna. El sol de Drakheim le golpeó la cara, tibio y perezoso, como un gato que se estira. Las calles estaban llenas de gente, de ruido, de olores, de vida. Jen se quedó de pie en el umbral de "El Último Trago", con el sol en la cara y el corazón latiendo más rápido de lo habitual. Pensó que tal vez la ciudad no era tan distinta

del lago. El lago era frío, inmóvil, impredecible. La ciudad era caliente, caótica, impredecible. Las dos te obligaban a estar atenta. Las dos te miraban. Las dos te esperaban.

La diferencia era que el lago nunca le había hablado.

Y Drakheim, a través de un hombre de fuego con una sonrisa torcida y cuatrocientos años de silencio a cuestas, acababa de hacerlo.

Jen apretó los puños. Respiró hondo. El aire de la ciudad le supo a ceniza, a pan caliente, a algo que todavía no podía nombrar pero que empezaba a tener forma.

Caminó hacia la plaza del Mercado Viejo, hacia la estatua de Aelith, hacia la torre de cristal negro que se alzaba en el centro de Drakheim como una pregunta que nadie sabe formular.

Todavía no sabía qué hacer.

Pero por primera vez, tenía a alguien que le había hablado como si ella importara.

Y eso, pensó Jen mientras el sol de la mañana le calentaba la cara y el recuerdo de la sonrisa de Malachi le calentaba algo más profundo, era un comienzo.

CAPÍTULO 4



"La torre de cristal negro"

La torre de Kaeros se veía desde cualquier punto de Drakheim.

No era una exageración poética ni una metáfora de los ciudadanos asustadizos. Era un hecho arquitectónico, tan innegable como el sol que se negaba a asomarse entre las montañas o el olor a metal frío que impregnaba cada calle, cada tejado, cada piedra de aquella ciudad construida sobre la ladera de la montaña más alta como un nido de cuervos. La torre estaba ahí, clavada en el corazón de Drakheim como una espina en la carne y no importaba a dónde fueras ni cuántas esquinas doblaras: siempre estaba ahí, esperándote, mirándote con esa presencia silenciosa y aplastante que tienen las cosas que llevan demasiado tiempo existiendo.

Jen la había visto desde el primer momento en que cruzó los portones de la ciudad, la vio desde la taberna de Brokk, la vio desde la plaza del Mercado Viejo. Ahora la veía desde un callejón estrecho y maloliente que serpenteaba entre los edificios como una herida abierta en el costado de la montaña. Pero verla desde lejos y estar

frente a ella eran dos cosas completamente diferentes, igual que ver el mar en un mapa y sentir el salitre en la cara.

Ahora estaba cerca. Demasiado cerca.

La torre no era bonita. Aunque sospechaba que no pretendía serlo.

Era una estructura brutal, levantada con sillares de granito negro que el tiempo había pulido hasta darles un brillo aceitoso, como la piel de un reptil gigante. La base era ancha, desproporcionadamente ancha, como las raíces de un árbol que se niega a caer y se estrechaba a medida que subía, con una inclinación tan pronunciada que parecía a punto de desplomarse sobre sí misma en cualquier momento. En la parte superior, un balcón de piedra sobresalía como una garrapata asomándose al vacío. Desde allí, las sombras se extendían como raíces negras que se enredaban en los muros y se arrastraban por las grietas de la piedra con una lentitud deliberada, como si tuvieran voluntad propia.

Jen se quedó mirando la torre desde la boca del callejón, con la espalda pegada a la pared húmeda y el corazón latiéndole tan fuerte que temía que los guardias pudieran oírlo desde la muralla.

No era la primera vez que sentía miedo. El miedo era un compañero viejo, tan viejo como el dolor o el hambre o las noches llorando en silencio. Pero este miedo era diferente. No era el miedo de su padre, ese miedo conocido y predecible que sabías exactamente de dónde venía y cuándo iba a llegar. Era un miedo más profundo, más antiguo, un miedo que no venía de fuera sino de dentro, como si algo en el interior de Jen reconociera la torre y lo que contenía, como si su cuerpo supiera algo que su mente ignoraba.

La presión empezó en el pecho.

Al principio fue sutil, como el peso de una mano invisible que se apoya sobre el esternón con cuidado de no hacer daño pero con la firmeza de alguien que no va a moverse. Jen respiró hondo,

pensando que era el nerviosismo, el calor, el olor a piedra mojada que se colaba por las grietas del callejón. Pero la presión no se fue. Se quedó, instalada en su pecho como un huésped que no paga alquiler y con ella llegó algo más: un susurro.

No era un sonido real. No venía de ningún lugar concreto, no se podía señalar con el dedo ni decir "viene de ahí". Era más bien una vibración, una frecuencia que se colaba por los poros de la piel y se instalaba en el oído interno como una campana que alguien ha hecho sonar muy lejos, tan lejos que apenas la oyes, pero que no puedes dejar de oír. El susurro no tenía palabras, no tenía sentido, pero tenía una intención, esa intención era clara como el agua del Lago Espejo: **estoy aquí. Te veo. No te muevas*.*

Jen sintió que los pies se le clavaban al suelo.

**Las sombras*,* pensó, con una claridad que le sorprendió incluso a ella. **Las sombras de Kaeros. Son las que hacen esto. No es miedo mío. Es él. Está aquí, en algún lugar. Sus sombras me están tocando*.*

La idea de que alguien pudiera tocarte sin tocarte, de que alguien pudiera sentir tu presencia desde la distancia y responderte con una presión en el pecho y un susurro en el oído, era tan aterradora como fascinante. Jen no sabía si salir corriendo o quedarse parada hasta que la presión la aplastara como una piedra de molino.

Se quedó.

Porque había algo más. Debajo del miedo, debajo de la presión, debajo del susurro, había algo que Jen no esperaba: curiosidad. La misma curiosidad que había sentido cuando vio la estatua de Aelith, la misma que había sentido cuando Brokk le habló de Kaeros, la misma que había sentido cuando Malachi la miró con esos ojos de carbón encendido. Era una curiosidad terca, testaruda, que se negaba a desaparecer, aunque el resto de su cuerpo le gritara que huyera.

Quiero verlo,* pensó Jen. *Quiero ver al monstruo. Quiero ver si es tan terrible como dicen. Deseo ver si tiene cara de monstruo o si, como todo lo demás en este mundo, resulta ser algo mucho más complicado de lo que parece*.*

La torre seguía ahí, inmóvil, con sus sombras arrastrándose por los muros como serpientes perezosas. Jen respiró hondo, apretó los puños contra los muslos para que dejaran de temblar y avanzó.

El callejón se estrechó hasta el punto de que Jen tuvo que girar de lado para pasar entre las paredes. Las piedras eran frías al tacto, húmedas, cubiertas de un musgo oscuro que olía a tierra vieja y a olvido. El suelo estaba irregular, lleno de baches y charcos de agua estancada que reflejaban fragmentos de cielo gris como espejos rotos. A medida que se acercaba a la torre, la presión en su pecho aumentaba, como si alguien estuviera añadiendo peso a una balanza que ya estaba al límite.

Jen llegó al final del callejón y se detuvo.

Frente a ella, a una distancia que le pareció inmensa y ridícula al mismo tiempo, la torre se alzaba con toda su imponencia. Desde allí, a ras de suelo, parecía más grande, más oscura, más viva de lo que había parecido desde la plaza. Los sillares de granito negro tenían vetas de cuarzo que brillaban débilmente bajo la luz gris del atardecer, como venas de plata en la piel de un gigante dormido. Las sombras se movían a su alrededor con una lentitud hipnótica, ondulando como algas en una corriente submarina y en la base de la torre, justo donde la piedra se hundía en la montaña, había una puerta de hierro negro tan grande que parecía diseñada para un ogro, no para un elfo.

Jen buscó un lugar donde esconderse y encontró un hueco entre dos muros, lo suficientemente ancho para que cupiera su cuerpo delgado pero lo suficientemente estrecho como para que nadie la viera desde la calle. Se acomodó con la espalda contra la piedra fría y levantó la vista hacia el balcón de la torre.

El balcón estaba vacío.

Jen esperó. Un minuto. Dos. Cinco. El sol se movía lentamente detrás de las nubes, cambiando la luz del gris plomizo al gris ceniza y las sombras de la torre se alargaban sobre los tejados como dedos negros que buscaban algo en el suelo. Jen sintió que las piernas le empezaban a doler por la posición incómoda, que los dedos se le entumecían por el frío, que la presión en el pecho se convertía en algo más parecido a una punzada.

**Si no aparece en diez minutos*,* pensó Jen con esa mezcla de resignación y humor que había empezado a desarrollar desde que llegó a Drakheim, **me voy a la taberna, me pido otra agua y le digo a Brokk que el temible Kaeros resulta ser un fantasma que no sale de su torre. Seguro que Brokk tiene un chiste para eso*.*

Y entonces, como si la torre hubiera escuchado sus pensamientos y decidiera responder con la parsimonia de quien lleva cuatrocientos años haciendo las cosas a su propio ritmo, la puerta del balcón se abrió.

No fue un golpe. No fue un crujido. Fue un sonido suave, casi elegante, como el roce de la seda contra la piedra. La puerta de madera oscura se deslizó hacia un lado y de la oscuridad interior emergió una figura.

Jen contuvo la respiración.

La figura era alta. Eso fue lo primero que notó, incluso desde la distancia, incluso con la luz gris del atardecer difuminando los contornos. Alta y erguida, con esa postura que tienen las personas que han pasado tanto tiempo de pie que ya no saben sentarse, o que han aprendido que inclinarse es un lujo que no pueden permitirse. Vestía una túnica oscura, negra o casi negra, que se confundía con las sombras de la torre y hacía difícil distinguir dónde terminaba la tela y dónde empezaba la oscuridad.

El rostro estaba demasiado lejos para verlo con claridad. Jen solo pudo distinguir siluetas: la línea de una mandíbula marcada, el

contorno de unos hombros anchos, la forma de un pelo oscuro que le llegaba hasta los hombros y que el viento movía con una lentitud que parecía deliberada. No podía ver los ojos, no podía ver la expresión, no podía ver nada que le dijera cómo era ese hombre por dentro.

Pero podía sentir las sombras.

Eran diferentes a las que había sentido antes. Antes habían sido una presión, un susurro, una vibración en el oído interno. Ahora eran algo más. Algo vivo. Las sombras se movían alrededor de la figura como un manto, como una segunda piel, como un animal doméstico que se enrosca alrededor de su dueño. Se arrastraban por los barrotes del balcón, se enredaban en las piedras, se extendían hacia abajo como raíces negras que buscaban suelo. Y en algún punto de ese mar de oscuridad, Jen sintió algo que no esperaba: un latido.

No era su corazón. Era otro. Más lento, más profundo, como el latido de alguien que ha estado vivo durante tanto tiempo que su corazón ha aprendido a no tener prisa. Un latido que decía*: *estoy aquí. Estoy cansado. Estoy solo. Pero estoy aquí*.*

Eso es Kaeros,* pensó Jen. *Eso es lo que se siente estar cerca de él. No es solo miedo. No es solo poder. Es soledad. Cuatrocientos años de soledad convertidos en sombras*.*

La figura del balcón no se movió. Se quedó de pie, inmóvil, con las manos apoyadas en la barandilla de piedra y la mirada perdida en el horizonte. Jen no sabía qué miraba. No había nada en el horizonte que valiera la pena mirar: solo montañas grises, nubes plomizas y el borde lejano del bosque de Sylvaen, donde los árboles se perdían en la bruma como fantasmas. Pero Kaeros miraba y en esa mirada había algo que Jen reconoció sin poder explicar cómo.

Era la misma mirada que ella tenía cuando miraba el cartel del helado.

La cara de alguien que añora algo imposible.

La cara de alguien que ha perdido algo y que no puede recuperarlo pero que tampoco puede dejar de buscarlo.

Jen sintió que algo se movía dentro de ella, algo cálido y doloroso que no tenía nombre. No era compasión, exactamente. No era miedo. Era algo más parecido al reconocimiento, como si en algún lugar profundo de su memoria, más allá de los años de entrenamiento y dolor y silencio, hubiera un eco de algo que ella también había perdido y que todavía estaba buscando.

**El helado*,* pensó Jen. **Él busca su helado. Su Aelith. Su algo imposible. Igual que yo*.*

La figura no se movió. Jen no se movió. Las sombras se movían alrededor de la torre con esa lentitud hipnótica que hacía que el tiempo pareciera detenido. El viento soplaba entre los edificios con un sonido que era mitad susurro y mitad lamento y el sol seguía hundiéndose detrás de las nubes, tiñendo el cielo de un gris cada vez más oscuro.

Y entonces, sin previo aviso, sin ningún gesto que delatara lo que iba a pasar, Kaeros se inclinó ligeramente hacia adelante, sacó algo de un bolsillo de su túnica y lo tiró al vacío.

Lo que cayó del balcón fue un hueso de fruta. Un hueso pequeño, redondo, de esos que tienen las ciruelas o los albaricoques, amarillento y ligeramente mordido. Cayó describiendo un arco elegante en el aire, girando sobre sí mismo con una lentitud casi poética. Aterrizó con un golpe seco y exacto en la cabeza de un guardia que estaba de servicio en la puerta de la torre.

El guardia, un hombre corpulento con una barba que le cubría media cara y una expresión de aburrimiento que sugería que llevaba horas sin que pasara nada interesante, se llevó la mano a la cabeza con un gesto de indignación perfectamente justificada. Miró hacia arriba, hacia el balcón, con los ojos entrecerrados y la boca abierta, listo para soltar lo que seguramente habría sido una cadena de improperios digna de un marinero borracho.

Pero entonces vio quién estaba en el balcón.

La boca del guardia se cerró con un chasquido que Jen oyó desde el callejón. La indignación se borró de su rostro como si alguien la hubiera limpiado con un trapo, reemplazada por una expresión que estaba a medio camino entre el terror y la resignación. El guardia se tocó la cabeza, miró el dedo para comprobar que no sangraba, murmuró algo que Jen no alcanzó a oír y volvió a su posición con la espalda más recta y la expresión más vacía de lo que la tenía antes.

Arriba, en el balcón, Kaeros no se había movido.

Jen se quedó paralizada durante un momento largo, con la boca ligeramente abierta y el cerebro intentando procesar lo que acababa de ver. El temible Kaeros, el comandante de las sombras, el elfo inmortal de cuatrocientos años que gobernaba Draevorn con mano de hierro y frialdad impenetrable, acababa de tirar un hueso de fruta a la cabeza de un guardia.

Un hueso de fruta.

A la cabeza de un guardia.

Desde su balcón.

Como un niño aburrido que tira piedras a las flores desde la ventana.

Jen sintió que algo se agrietaba dentro de ella. No era dolor. No era miedo. Era algo mucho más peligroso: era la imagen del monstruo que se rompía. La imagen de Kaeros como ser de pesadilla, como entidad incomprensible, como el mal absoluto que sus padres le habían pintado durante veintiocho años, se agrietó como un espejo al que le lanzan una piedra" a través de esas grietas se coló algo que Jen no esperaba: humanidad.

**¿Este es el temible tirano?*,* pensó Jen.

La pregunta le sonó en la cabeza con una mezcla de incredulidad y algo que se parecía peligrosamente a la ternura.

¿Este es el monstruo que gobierna Draevorn con mano de hierro? ¿El elfo inmortal que aterroriza a los siete reinos? Parece un anciano malhumorado que tira huesos de fruta a los guardias porque no tiene nada mejor que hacer.

La risa le subió por la garganta como una burbuja de aire caliente. Jen la tragó, la contuvo, la empujó hacia abajo con toda la fuerza de su disciplina. No podía reírse. No podía. Estaba espiando al hombre más peligroso de Draevorn desde un callejón maloliente, con el corazón latiéndole a mil por hora y las manos todavía temblando por la presión de las sombras" no podía reírse.

Pero la risa se resistía. Subía por su garganta como el agua sube por una bomba, con esa terquedad de las cosas que quieren salir y no aceptan un no por respuesta.

Jen se tapó la boca con la mano. Los hombros le temblaron. Un sonido ahogado, algo entre un bufido y un sollozo, se le escapó entre los dedos.

Cálmate, se ordenó a sí misma. *Cálmate, Jen. Esto no es gracioso. Esto no es.*..

Pero lo era. Era gracioso. Era absurda, ridícula y estúpidamente gracioso. El hombre que sus padres habían descrito como la encarnación del mal, la figura que le habían pintado como un monstruo sin corazón, el tirano que había mantenido a Draevorn bajo su bota durante cuatrocientos años, acababa de tirarle un hueso de fruta a un guardia desde su balcón.

Padres, pensó Jen, limpiándose una lágrima de la comisura del ojo, *me habéis mentido sobre muchas cosas. Pero la más grande es que Kaeros no tiene sentido del humor. Porque tiene uno. Es terrible, pero lo tiene*.

La risa se fue tan rápido como había venido, reemplazada por algo más serio, más profundo. Porque Jen había visto algo más que un hombre tirando un hueso de fruta. Había visto la mirada de Kaeros antes de tirarlo. No era la mirada de alguien que se divierte.

No era la mirada de alguien que juega. Era la mirada de alguien que lleva cuatrocientos años mirando al horizonte y que ha dejado de esperar que algo cambie, pero que no ha dejado de mirar.

La misma mirada que ella tenía cuando miraba el cartel del helado.

La cara de alguien que añora algo imposible.

Jen se quedó en el callejón un rato más, con la espalda contra la pared fría y la mirada fija en el balcón. Kaeros no volvió a moverse. Se quedó de pie, inmóvil, con las manos apoyadas en la barandilla y los ojos perdidos en el horizonte. Las sombras se movían a su alrededor como un manto vivo. El susurro seguía ahí, en el fondo de la conciencia de Jen, como una campana que alguien ha hecho sonar muy lejos.

Pero el susurro ya no era tan aterrador. Ya no decía *estoy aquí, te veo, no te muevas*. Ahora decía algo diferente. Algo que Jen no podía leer del todo pero que intuía, como se intuye la lluvia antes de que caiga.

***Estoy aquí. Estoy cansado. Estoy solo. Y tú también*.**

Jen apartó la vista del balcón. Miró sus manos: los nudillos todavía marcados, las uñas todavía rotas, los dedos todavía hinchados. Las mismas manos de siempre. Las manos de alguien que ha sido entrenada para matar a un hombre que tira huesos de fruta a los guardias.

**Esto va a ser más complicado de lo que pensaba*,* pensó Jen.

No porque Kaeros fuera más peligroso de lo que esperaba. Sino porque era más humano. Y matar a un monstruo es fácil, al menos en teoría. Matar a un hombre que tira huesos de fruta porque está aburrido y solo y ha dejado de esperar que algo cambie, eso es otra cosa.

Jen salió del callejón con pasos lentos, pegándose a las paredes, esquivando a los transeúntes que pasaban sin mirarla. El sol se había puesto del todo y las primeras antorchas empezaban a encenderse en los soportes de hierro forjado que colgaban de las fachadas. La luz anaranjada bailaba sobre la piedra húmeda, creando sombras que se movían como criaturas diminutas.

Caminó sin rumbo durante un rato, dejando que los pies la llevaran por las calles empinadas de Drakheim sin pensar en adónde iba. La ciudad cambiaba de carácter cuando caía la noche: los vendedores cerraban sus puestos, los herreros apagaban sus fraguas y los guardias encendían las antorchas de las murallas con movimientos mecánicos que sugerían que llevaban años haciendo lo mismo. El bullicio del día se convertía en un murmullo nocturno. El olor a pan caliente daba paso al olor a humo de leña y a la cena de alguien que Jen no conocía.

Jen llegó a la plaza del Mercado Viejo sin proponérselo. La estatua de Aelith estaba allí, inmóvil como siempre, con los brazos extendidos y los ojos mirando el horizonte. La luz de las antorchas bailaba sobre el mármol blanco, creando sombras que se movían como dedos acariciando el rostro de piedra.

Jen se detuvo frente a la estatua. La miró durante un momento largo, sintiendo esa opresión en el pecho que siempre sentía cuando la veía, esa sensación de reconocimiento que no podía explicar.

**Él viene aquí*,* pensó Jen. **Una vez al mes. Solo él y la piedra. Cuatrocientos años de visitas a una estatua de una mujer que murió con veintiocho años*.*

Y entonces pensó algo más. Algo que le llegó sin buscarlo, como una piedra que alguien lanza al agua y que forma ondas que se extienden hasta donde menos esperas.

Tiene la misma cara que yo cuando miro el cartel del helado.

No la cara del monstruo. No la cara del tirano. La cara de alguien que ha perdido algo que amaba y que no puede dejar de buscarlo.

La cara de alguien que mira al horizonte porque ahí fuera, en algún lugar que no puede alcanzar, está la persona que ya no existe pero que sigue siendo la razón por la que se levanta cada mañana.

Jen sintió que los ojos se le humedecían. No sabía por qué. No tenía sentido llorar por un hombre que no conocía, por una estatua que no era suya, por una historia que no le pertenecía. Pero los ojos se le humedecieron igual, como si algo dentro de ella reconociera el dolor de Kaeros y lo hiciera suyo, como si la conexión que había sentido en el callejón, esa vibración en el pecho y ese susurro en el oído, hubiera abierto una puerta que no podía cerrar.

**No puedo matarlo*,* pensó Jen*. *No puedo matar a un hombre que tira huesos de fruta y que viene a visitar la estatua de su esposa muerta una vez al mes. No puedo matar a alguien que mira al horizonte con la misma cara que yo tengo cuando miro un cartel de helado*.*

Pero entonces, ¿para qué estoy aquí?

La pregunta se quedó flotando en el aire, sin respuesta, como el humo de las antorchas que se elevaba hacia el cielo nocturno de Drakheim. Jen miró la estatua una última vez, luego miró hacia la torre de cristal negro, que se recortaba contra el cielo como una espina negra. Luego miró hacia la taberna de Brokk, que estaba a unas calles de distancia y donde seguramente el enano estaría despierto ya, bebiendo su cerveza y contando historias a cualquiera que quisiera escucharlas.

**Tengo que hablar con Brokk*,* pensó Jen. **Tengo que entender qué es esto. Tengo que esclarecer qué siento. Tengo que comprender por qué un hombre que debería ser mi enemigo me hace sentir como si fuera mi reflejo*.*

Jen apretó los puños. Respiró hondo. El aire nocturno de Drakheim le supo a ceniza, a humo de leña, a algo que empezaba a tener un nombre pero que todavía no se atrevía a pronunciar.

Caminó hacia la taberna.

Detrás de ella, en la torre de cristal negro, una figura seguía de pie en el balcón, mirando el horizonte con la mirada de alguien que ha dejado de esperar pero que no ha dejado de buscar.

Y en algún lugar entre la torre y la taberna, entre la sombra y el fuego, entre el monstruo y el hombre, un hueso de fruta rodaba por el empedrado de Drakheim, buscando su lugar en un mundo que no le había pedido permiso para existir.

CAPÍTULO 5



"El ritual de las Crestas de Humo"

La pregunta que Jen se hizo mientras observaba el templo desde la distancia no fue si podía infiltrarse.

Fue si debería.

Contuvo la respiración. El frío de la noche le calaba los huesos a través de la túnica gris*. el aire olía a piedra mojada, a ceniza y a algo más oscuro que no podía identificar pero que le erizaba el vello de los antebrazos. El templo de las Crestas de Humo se alzaba ante ella como una boca abierta en el costado de la montaña: un arco de granito negro, tallado con símbolos que brillaban débilmente a la luz de las antorchas*. detrás de ese arco, una oscuridad que no era ausencia de luz sino presencia de algo más. Algo que se movía. Algo que respiraba.

Debería irme. Debería volver a la taberna, buscar a Brokk, pedirle más información, esperar a tener un plan mejor que "colarme en un templo lleno de sombras vivas a ver qué pasa".

Pero sus pies no se movieron.

Se quedaron clavados en el suelo de piedra fría, anclados por algo que no era miedo ni valentía sino algo intermedio, algo que se parecía peligrosamente a la necesidad. Como cuando tienes sed y sabes que el agua está fría y vas a beber de todas formas porque tu cuerpo te lo exige antes de que tu mente pueda protestar.

La necesidad de verlo.

No de matarlo. No de espiarlo. No de cumplir la misión que sus padres le habían encomendado. La necesidad, simple y desnuda, de ver al hombre que tiraba huesos de fruta a los guardias y que miraba al horizonte con la misma cara que ella tenía cuando miraba el cartel del helado.

Necesitaba saber si era verdad. Si lo que había visto desde el callejón era real o solo un truco de la luz y la distancia y la soledad acumulada de veintiocho años en una cueva.

El templo no tenía guardias visibles. No los necesitaba. Las sombras eran suficiente disuasión: se arrastraban por los escalones de piedra como raíces negras, trepando por las columnas, enredándose en los dinteles, moviéndose con esa lentitud deliberada que sugería que no eran sombras normales sino algo con voluntad propia. Algo que vigilaba.

Jen las observó desde su escondite detrás de una columna caída, con la espalda pegada a la piedra húmeda y el corazón latiéndole con tanta fuerza que podía sentirlo en las muñecas, en la garganta, en las sienes. Las sombras no se acercaban a ella. Se mantenían a distancia, como perros que han detectado un olor extraño y no saben si es presa o depredador.

**Me huelen*,* pensó*. la idea le produjo un escalofrío que le recorrió la columna vertebral como una gota de agua helada. **Me sienten y no saben qué soy*.*

El agua. Su agua. El poder que su madre le había metido en el cuerpo durante diecisiete años de cantos y correcciones. Las sombras lo detectaban, igual que Malachi lo había detectado en la

taberna, igual que la marca del pecho se activaba cuando la niebla estaba cerca. Jen era agua y el templo era sombra. El agua y la sombra no se mezclan bien, como el aceite y el vinagre, como el fuego y el hielo, como dos idiomas que suenan parecido pero que significan cosas completamente diferentes.

**Pero no me atacan*,* pensó, observando cómo las sombras se movían a su alrededor sin acercarse del todo. **No me atacan. Solo me observan. Como si estuvieran esperando a ver qué hago*.*

La idea era aterradora y reconfortante al mismo tiempo. Aterradora porque significaba que las sombras tenían criterio propio, que no eran simples extensiones de Kaeros sino algo más complejo, más vivo. Reconfortante porque significaba que podía entrar. Que las sombras la dejarían pasar.

O eso esperaba.

Jen respiró hondo. Una vez. Dos veces. Tres veces. El aire le supo a metal y a ceniza*. el olor la ancló al momento presente, al aquí y ahora, a la piedra fría contra su espalda y el latido en sus muñecas y el frío en las puntas de los dedos. Luego, sin pensar demasiado, porque pensar demasiado era la mejor manera de no hacer nada, salió de detrás de la columna y caminó hacia el arco del templo.

Las sombras se apartaron.

No fue un movimiento brusco ni violento. Fue un retroceso suave, casi cortés, como el de una multitud que se abre paso para dejar pasar a alguien que no conoce pero que reconoce como propio. Las sombras se retiraron a los laterales, dejando un corredor de piedra desnuda que conducía al interior del templo y Jen avanzó por ese corredor con los pies descalzos —se había quitado las botas para no hacer ruido— y el corazón latiéndole con tanta fuerza que podía oírlo en sus propios oídos como un tambor lejano.

El interior del templo era una caverna.

No una caverna natural, sino algo excavado a propósito en la entraña de la montaña, con paredes de piedra pulida que reflejaban la luz de las antorchas como espejos oscuros. El techo se perdía en la oscuridad, demasiado alto para que la vista lo alcanzara*. el suelo estaba cubierto de símbolos tallados en la roca: los mismos que había visto en la puerta, los mismos que había sentido en las paredes de la cueva junto al Lago Espejo, aunque ahora eran más grandes, más densos, más vivos.

En el centro de la caverna, un círculo de piedra negra.

Y dentro del círculo, Kaeros.

Jen se detuvo.

No porque quisiera. Porque sus pies se negaron a moverse. Porque su cuerpo entero se negó a moverse, como si cada músculo, cada hueso, cada célula de su ser hubiera decidido, de forma unánime y simultánea, que el momento presente merecía ser vivido sin distracciones.

Kaeros estaba arrodillado.

No de la manera en que se arrodilla alguien que reza o que pide perdón. Se había arrodillado como quien se rinde: con los hombros caídos, la cabeza ligeramente inclinada hacia adelante, las manos apoyadas en los muslos con los dedos ligeramente curvados, como si sostuviera algo invisible que se le estuviera escapando. La túnica era negra, tan negra que se confundía con las sombras que se movían alrededor de él*. el pelo oscuro le caía sobre la cara como una cortina que ocultara lo que no quería mostrarse.

Las sombras emergían de su cuerpo.

Jen lo vio y el aire se le escapó de los pulmones como si alguien le hubiera dado un puñetazo en el estómago.

Las sombras no venían de fuera. No eran sombras normales, las que proyecta un cuerpo cuando la luz le da por la espalda. Eran

sombras que salían de dentro de él, que brotaban de su piel como raíces negras que buscaran suelo, que se retorcían y se extendían y se enroscaban sobre sí mismas con una vitalidad enfermiza que era mitad belleza y mitad horror. Salían de sus muñecas, de sus hombros, de la base de su cuello, de cada punto donde la piel se tensaba sobre los huesos. Y a medida que salían, el cuerpo de Kaeros se tensaba, los músculos se marcaban bajo la tela, la mandíbula se apretaba, las venas del cuello se hinchaban como cuerdas a punto de romperse.

Estaba sufriendo.

Era evidente. Innegable. La expresión de su rostro y Jen podía verlo ahora, de cerca, a una distancia que le permitía distinguir cada línea, cada marca, cada surco, era la de alguien que ha aprendido a sufrir en silencio, que ha convertido el dolor en un ritual tan familiar que ya no lo distingue de la respiración.

Jen no se movió. Se quedó de pie en la penumbra del templo, con la espalda contra una columna de piedra y los ojos clavados en Kaeros*. sintió algo que no esperaba.

No era miedo. No era fascinación. No era compasión.

Era reconocimiento.

La misma sensación que había sentido al ver la estatua de Aelith. La misma que había sentido al leer los números en la pared de la cueva. La misma que había sentido cuando Malachi le había dicho "cuatrocientos años" con la voz de alguien que ha dejado de contar pero que no ha dejado de cargar.

Reconocimiento. Como si algo dentro de ella, algo más antiguo que sus años y más profundo que su entrenamiento, supiera exactamente lo que significaba sufrir en silencio. Como si su cuerpo supiera algo que su mente ignoraba.

Y entonces ocurrió.

Las venas de Jen vibraron.

No fue una metáfora. No fue una sensación vaga o ambigua. Fue una vibración real, física, que le recorrió los brazos desde las muñecas hasta los hombros, como si alguien hubiera pulsado una cuerda de arpa dentro de su piel. El agua de su interior, ese poder que su madre le había metido en el cuerpo con el canto de control durante diecisiete años, reaccionó a la presencia de las sombras como un imán reacciona al hierro: con una atracción instantánea, irresistible, que no pedía permiso ni ofrecía explicación.

**No es miedo*,* pensó Jen, con una claridad que le asustó. **No es miedo. Es reconocimiento. Mi cuerpo reconoce el suyo. Mi agua reconoce su sombra. Como si hubieran estado juntos antes. Como si estuvieran hechos para estar juntos*.*

La idea era absurda. Imposible. Jen no conocía a Kaeros. No había estado nunca en el templo. No había sentido nunca las sombras antes de llegar a Drakheim. Y, sin embargo, su cuerpo reaccionaba como si lo hubiera hecho mil veces, como si el agua dentro de ella supiera exactamente qué hacer cuando la sombra estaba cerca: vibrar, resonar, buscar el contacto.

**Esto no es normal*,* pensó Jen*. la voz en su cabeza sonó extrañamente calmada para alguien que estaba experimentando algo que no podía explicar. **Esto no es lo que mi madre me enseñó. Esto no es lo que mis padres prepararon. Esto es algo diferente. Algo más*.*

Las sombras de Kaeros se movieron.

No hacia ella. Alrededor de él. Se aceleraron, se retorcieron con más fuerza, como si el cuerpo de Kaeros estuviera reaccionando a algo que no podía ver pero que podía sentir. La vibración en las venas de Jen se intensificó y por un instante, solo un instante, el agua de su interior y la sombra de Kaeros se encontraron en algún punto intermedio entre los dos cuerpos, chocando, mezclándose, fundiéndose en algo que no era ni agua ni sombra sino algo nuevo.

Jen ahogó un grito.

No de dolor. De sorpresa. De la sensación de que algo dentro de ella se había encendido, como una vela que alguien ha soplado durante años y que de repente decide arder por sí misma. La vibración le subió por los brazos, le cruzó el pecho, le llegó a la garganta.

Por un instante Jen sintió que podía sentirlo todo: el frío de la piedra, el calor de las antorchas, el peso de la montaña sobre su cabeza. Debajo de todo eso, como un latido más profundo que el de su propio corazón, la presencia de Kaeros.

No su cuerpo. No su rostro. Su presencia. La esencia de alguien que llevaba cuatrocientos años sufriendo y que había aprendido a convertir ese sufrimiento en sombras porque no sabía hacer otra cosa.

**Está roto*,* pensó Jen*. la palabra le dolió como un cristal clavándose en la palma de la mano. **Está roto. No como un mueble que se ha caído y se puede pegar. Roto de verdad. Roto por dentro, de una manera que no se puede ver pero que se puede sentir. Roto como yo*.*

El ritual terminó.

No hubo un momento preciso, no hubo un gesto final ni una última nota. Simplemente, las sombras dejaron de salir del cuerpo de Kaeros, se replegaron hacia él como olas retirándose de la orilla. el silencio que llenó el templo fue tan profundo que Jen pudo oír el latido de su propio corazón como si estuviera en una habitación vacía.

Kaeros abrió los ojos.

Jen los vio.

No desde lejos. No a través de la distancia y la niebla y la luz gris del atardecer. Los vio de cerca, a una distancia que le permitía distinguir el color exacto de sus iris: gris, pero no el gris frío y acero

que había imaginado. Era un gris más cálido, más profundo, con motas de plata que brillaban como estrellas en un cielo nublado. Eran ojos cansados. Ojos que habían visto demasiado y que habían dejado de sorprenderse hace mucho tiempo, pero que todavía tenían la capacidad de dolerse.

Las cicatrices. Jen las vio. No las dos o tres que había imaginado, sino muchas más, de diferentes tamaños y profundidades, surcando su rostro como un mapa de una tierra que ha sufrido demasiadas guerras. Una le cruzaba la mejilla izquierda, desde el pómulo hasta la comisura de los labios, gruesa y blanca, como una marca que alguien hubiera dejado a propósito. Otra le atravesaba la ceja derecha, fina como un hilo, partiendo el pelo en dos mitades desiguales. Y debajo de todas esas marcas, debajo de la dureza y la frialdad y los cuatrocientos años de sombras, había algo que Jen no esperaba.

Tristeza.

No la tristeza de alguien que ha perdido algo recientemente. Era una tristeza más antigua, más profunda, una tristeza que se había instalado en su rostro como un mueble que ha estado tanto tiempo en el mismo sitio que ya forma parte de la casa. Era la tristeza de alguien que ha llorado tanto que se le han acabado las lágrimas, pero no el dolor.

No es un monstruo, pensó Jen*. la certeza de esa idea la golpeó con más fuerza que cualquier ola que su madre la hubiera obligado a crear. *Es un hombre. Un hombre roto y triste y cansado que lleva cuatrocientos años haciendo algo que no quiere hacer porque no sabe cómo dejar de hacerlo*.

Y entonces, como si el templo hubiera decidido que Jen ya había visto suficiente para una noche, Kaeros se movió.

Se puso de pie con la lentitud de quien ha estado arrodillado durante demasiado tiempo y cuyas rodillas protestan contra el cambio de posición. Las sombras se replegaron del todo,

desapareciendo bajo su piel como agua absorbiéndose en arena. Kaeros se sacudió la túnica con un gesto mecánico que sugería que lo había hecho miles de veces antes.

Luego levantó la cabeza y miró directamente hacia donde Jen estaba escondida.

El corazón se le detuvo.

No metafóricamente. Literalmente. Por un instante, por un parpadeo, por un latido que faltó y que después llegó con el doble de fuerza, el corazón de Jen dejó de bombear sangre. El aire se le escapó de los pulmones. Los músculos de las piernas se tensaron, listos para huir. Las manos se cerraron en puños, las uñas clavándose en las palmas.

**Me ha visto*,* pensó. **Me ha visto. Me ha visto y ahora voy a morir y todo ha terminado y ni siquiera he probado el helado de fresa*.*

Pero Kaeros no se movió.

Se quedó de pie en el centro del círculo de piedra negra, con las sombras ya replegadas bajo su piel y los ojos grises clavados en ella.

No hizo nada. No avanzó. No retrocedió. No invocó las sombras. No la amenazó. Simplemente la miró, con esa expresión que era mitad cansancio y mitad algo que Jen no supo identificar.

¿Curiosidad? ¿Desprecio? ¿Algo más complicado que cualquiera de las dos cosas?

Jen se quedó paralizada. No podía huir: las piernas no la obedecían. No podía hablar: la garganta estaba seca como el desierto de Zyrah. No podía hacer nada excepto quedarse ahí, de pie en la penumbra del templo, con el corazón latiéndole con tanta fuerza que podía sentirlo en las orejas. Esperar a que Kaeros decidiera qué hacer con ella.

El silencio se alargó. Un segundo. Dos. Cinco. Diez. Cada uno de ellos eterno, cada uno de ellos cargado de una tensión que hacía que el aire entre los dos fuera tan denso que Jen podía casi verlo, casi tocarlo, casi sentirlo como una pared invisible que los separaba y los unía al mismo tiempo.

Entonces Kaeros giró la cabeza hacia su guardia, un hombre corpulento que Jen no había visto hasta ahora, que estaba de pie junto a la entrada del templo con la espalda contra la pared y la expresión de alguien que lleva años haciendo el mismo trabajo y que ha aprendido a no sorprenderse de nada.

Kaeros habló.

Su voz era grave. Más grave de lo que Jen esperaba. No era una voz fuerte ni amenazante, sino una voz que sonaba como si le hubieran pasado papel de lija por dentro, raspada por siglos de silencios no dichos y órdenes dadas sin ganas.

—Esa chica nueva es torpe —dijo Kaeros, con un tono que era mitad observación y mitad algo más suave, algo que Jen no pudo descifrar—. Que no se tropiece con su propia capa.

El guardia no respondió. No se giró para mirar a Jen. Simplemente asintió, con el gesto de alguien que ha recibido una orden que no necesita ser explicada.

Jen sintió que la sangre le subía a la cara.

**Sabe quién soy*,* pensó.

La idea fue tan clara y tan devastadora como un rayo cayendo en un campo seco.

**Sabe que estoy aquí. Sabe que lo he estado espiando. Y en lugar de matarme, en lugar de invocar las sombras, en lugar de hacer cualquier cosa que un monstruo haría, me ha llamado torpe y se ha preocupado por mi capa*.*

La indignación, la vergüenza y algo que se parecía peligrosamente al alivio lucharon dentro de ella como tres perros peleándose por un hueso. Jen abrió la boca para decir algo, cualquier cosa, una excusa, una mentira, un "lo siento" que probablemente sonaría tan patético como se sentía, pero antes de que pudiera articular una sola sílaba, su capa se enganchó en algo.

Una vela.

El borde de la tela gris, esa tela raída y deshilachada que llevaba días arrastrando por el suelo de Drakheim, se enganchó en el soporte de hierro de una vela que estaba apoyada contra la columna donde Jen se había escondido. El movimiento fue torpe, ridículo, exactamente el tipo de movimiento que una persona hace cuando está tan avergonzada que su cuerpo decide cooperar con la vergüenza en lugar de contra ella.

La vela se inclinó.

La llama rozó el borde de la capa.

El tejido se encendió.

No fue un incendio. No fue una conflagración épica que consumiera el templo entero y obligara a todos a salir corriendo. Fue una llama pequeña, ridícula, que saltó del borde de la capa al resto de la tela con la entusiasta rapidez de un niño que ha descubierto que puede hacer ruido con dos palos.

Jen soltó un grito ahogado, algo entre un "¡no!" y un "¡por todos los dioses!" y un sonido que probablemente era una maldición en un idioma que no existía. Agarró la capa con las manos, intentando apagar la llama, pero el tejido estaba seco y la llama estaba contenta de estar viva y no tenía intención de morirse tan pronto.

El guardia se movió primero. Cruzó el templo en dos zancadas, arrancó la capa de los hombros de Jen con un gesto brusco y la estampó contra el suelo de piedra con la eficiencia de alguien que ha apagado más incendios de los que quiere recordar. La llama se

extinguió con un siseo lastimero, dejando tras de sí un agujero negro y humeante en el borde de la tela y un olor a lana quemada que llenó el templo como una acusación.

Jen se quedó de pie, sin capa, con los hombros descubiertos y la cara ardiendo de vergüenza, mirando el agujero en su única prenda de abrigo como si fuera la cosa más triste del mundo.

El guardia la miró. Luego miró el agujero. Luego miró a Kaeros, que seguía de pie en el centro del círculo de piedra negra, con los brazos cruzados y una expresión que Jen no supo interpretar.

—Señor —dijo el guardia, con la voz plana de alguien que informa del tiempo—. La chica ha prendido fuego a su capa.

—Ya lo veo —respondió Kaeros.

El silencio que siguió fue tan denso que Jen podía sentirlo presionándole los tímpanos.

Jen tragó saliva. Miró a Kaeros. Kaeros la miró a ella. El guardia miraba a ambos con la expresión de alguien que preferiría estar en cualquier otro sitio del mundo.

—Lo siento —dijo Jen.

Sonó tan ridícula que se habría dado una bofetada a sí misma si hubiera podido.

—La capa se enganchó. La vela estaba... estaba ahí. Y yo estaba... estaba...

Se detuvo. Apretó los dientes. Las palabras se le atascaron en la garganta como huesos de fruta en un desagüe.

**Brillante, Jen. Verdaderamente brillante. Te has colado en el templo del hombre más peligroso de Draevorn, has espiado su ritual, has sentido que tus venas vibraban como cuerdas de arpa. La manera en que te has descubierto es prendiéndote fuego la capa. Eres la peor espía del mundo. Tus padres estarían orgullosos*.*

Kaeros no dijo nada durante un momento largo. Luego, sin moverse del centro del círculo, sin cambiar de postura, sin alterar en absoluto esa expresión que era mitad cansancio y mitad algo que Jen no podía leer, habló.

—Vete —ordenó.

Una sola palabra. Dicha con la misma voz raspada y grave que había usado para hablar con el guardia. No era una orden amenazante. No era un "vete o te mato". Era un "vete" dicho con el tono de alguien que ha decidido que la noche ya ha tenido suficientes sorpresas y que prefiere que la intrusa se marche antes de que ocurra algo más.

Jen no se movió durante un segundo. Luego, sin decir nada, sin mirar atrás, sin pensar en lo que estaba haciendo, agarró los restos de su capa del suelo, se la echó sobre los hombros —el agujero humeante dejaba pasar el frío, pero eso era lo de menos— y salió del templo con los pies descalzos, la cara ardiendo y el corazón latiéndole con tanta fuerza que podía sentirlo en las puntas de los dedos.

En cuanto salió se puso los zapatos a toda prisa como si las sombras fueran a atraparla.

Las sombras se apartaron a su paso. Igual que al entrar. Como si la estuvieran escoltando. Como si supieran que no era una amenaza. Como si supieran algo que ella no.

Jen cruzó el arco del templo, bajó los escalones de piedra, pisó el suelo frío de la calle descalza y siguió caminando sin rumbo por las calles oscuras de Drakheim. El frío de la noche le calaba los huesos a través de la capa agujereada, pero ella no lo sentía. No sentía el frío, no sentía el suelo bajo sus pies, no sentía nada excepto la vibración que todavía le temblaba en las venas como el eco de una campana que alguien ha hecho sonar muy lejos.

**Mi agua reconoce su sombra*,* pensó.

La idea le pareció al mismo tiempo la cosa más absurda y la más verdadera que había pensado en su vida.

**Mi cuerpo sabe algo que mi mente ignora. Algo que no me enseñaron en la cueva. Algo que no tiene nada que ver con matar ni con espías ni con misiones*.*

**Algo que tiene que ver con él*.*

Jen se detuvo en medio de una calle vacía. El cielo nocturno de Drakheim se extendía sobre ella como un techo de terciopelo gris, salpicado de estrellas que brillaban con una intensidad que nunca había visto en el Lago Espejo. El frío le mordía los pies descalzos. El humo de la capa quemada le llegaba a la nariz. Y en algún lugar detrás de ella, en el templo de las Crestas de Humo, un hombre de cuatrocientos años seguía de pie en un círculo de piedra negra, probablemente preguntándose por qué la chica nueva era tan torpe.

Jen se llevó la mano al pecho. La marca del Conquistador, la marca que le habían implantado cuando era un bebé, estaba fría bajo sus dedos. Pero debajo de la marca, más profunda, más antigua, más suya, había otra cosa. Algo que no tenía nombre pero que vibraba al mismo ritmo que la sombra de Kaeros.

**Esto no es lo que mis padres planearon*,* pensó Jen.

La revelación le produjo algo que se parecía peligrosamente a una sonrisa.

**Esto no es lo que la resistencia espera. Esto no es lo que nadie esperaba*.*

**Esto soy yo*.*

**Y no tengo ni la menor idea de qué hacer con ello*.*

Jen apretó los restos de su capa alrededor de los hombros. Respiró hondo. El aire nocturno de Drakheim le supo a ceniza y a humo de lana quemada y a algo más, algo más cálido, algo que

empezaba a tener un nombre pero que todavía no se atrevía a pronunciar.

Caminó hacia la taberna de Brokk.

Detrás de ella, en el templo, Kaeros seguía de pie en el círculo de piedra negra. Las sombras se movían a su alrededor, lentas, perezosas, como un animal que se despierta después de una larga siesta. Y en algún lugar dentro de esas sombras, dentro de esa oscuridad que era suya y que lo era a él, algo había cambiado. Algo pequeño, casi imperceptible, como la primera grieta en una pared que nadie ha reparado durante años.

Algo que olía a agua.

CAPÍTULO 6



“El agua contra la noche”.

Jen no durmió esa noche.

No porque el frío se lo impidiera, aunque el frío era parte. No porque el agujero en su capa dejara entrar corrientes de aire que le helaban los hombros, aunque eso también. No porque la cama de “La Cama Dura” fuera más incómoda que el suelo de la cueva, aunque lo era y con creces.

No durmió porque no podía dejar de pensar en las venas.

Sus venas. Las que habían vibrado en el templo como cuerdas de arpa pulsadas por unos dedos invisibles. Las que habían resonado con la sombra de Kaeros como si el agua dentro de ella y la oscuridad dentro de él fueran dos notas de la misma melodía, separadas durante siglos y que de pronto se habían encontrado en la misma habitación.

Jen se llevó la mano al antebrazo. La piel estaba fría, lisa, sin ningún signo visible de lo que había sentido. Pero debajo, bajo la

superficie, algo seguía vibrando. Un eco. Un residuo. Como el zumbido que queda en los oídos después de un trueno lejano.

**Mi agua reconoce su sombra*.*

La idea seguía siendo absurda. Imposible. Contradecía todo lo que sus padres le habían enseñado, todo lo que su madre le había cantado durante diecisiete años, todo lo que el canto de control le había metido en el cuerpo a la fuerza. El agua y la sombra no se mezclan. No se buscan. No se reconocen. Son fuerzas opuestas, como el día y la noche, como el fuego y el hielo, como...

Como ella y Kaeros.

Jen cerró los ojos. La oscuridad detrás de sus párpados era diferente a la del templo: más pequeña, más íntima, más segura. Pero en esa oscuridad, las imágenes del ritual se repetían como un ciclo que no sabía detenerse. Las sombras emergiendo del cuerpo de Kaeros como raíces negras. La tensión de sus músculos bajo la túnica oscura. Las cicatrices en su rostro, surcando su piel como mapas de una tierra que ha sufrido demasiadas guerras. Y los ojos.

Los ojos grises, con motas de plata, que la habían mirado desde el centro del círculo de piedra negra con una expresión que Jen no podía descifrar y que tampoco podía olvidar.

No era desprecio. No era amenaza. Era algo más complicado, más profundo, más... ¿Reconocimiento? ¿Curiosidad? ¿Algo que Kaeros sentía pero que no sabía nombrar, igual que ella no sabía nombrar la vibración en sus venas?

**Esa chica nueva es torpe. Que no se tropiece con su propia capa*.*

Las palabras de Kaeros le retumbaron en la cabeza como una campana que alguien ha hecho sonar y que no sabe cómo detener. No eran amenazantes. No eran crueles. Eran...

¿Broma? ¿Observación? ¿Algo que un monstruo diría para desarmar a su presa antes de devorarla?

No es un monstruo, se dijo Jen por enésima vez y la certeza de esa idea le dolía como un cristal clavándose en la palma de la mano. *Es un hombre. Uno que tira huesos de fruta a los guardias y que mira al horizonte con la cara de alguien que busca algo que ya no existe*.

Jen abrió los ojos. El techo de "La Cama Dura" estaba ahí, inmóvil, con sus vigas de madera y sus grietas que parecían constelaciones en un cielo de yeso. El frío de la noche se colaba por el agujero de su capa, que estaba doblada sobre la silla junto a la cama, con el borde quemado recordándole que su principal logro de la jornada había sido prenderse fuego la ropa en el templo del hombre más peligroso de Draevorn.

Brillante, Jen, pensó. La voz en su cabeza sonó sospechosamente a la de Brokk cuando se burlaba de los soldados. *Verdaderamente brillante. Tus padres estarían orgullosos. Su arma definitiva, la que iba a acabar con Kaeros, resulta ser una chica que se incendia con las velas y vomita en las plazas públicas*.

La risa le subió por la garganta. La tragó. No podía reírse. No ahora. No cuando tenía que decidir qué hacer.

Porque tenía que decidir.

La misión seguía ahí, como un peso que no se quitaba. Infiltrarse. Observar. Dar información a la resistencia. Volver cuando hubiera recabado lo suficiente. Las palabras de su padre, dichas con esa voz plana y neutra que era su estado predeterminado, resonaban en su memoria como un eco que no se apaga.

Pero la misión ya no era tan simple. Ya no era "observar a Kaeros y reportar". Ahora era algo más complicado, más peligroso, más...

Personal, pensó Jen. La palabra le supo a algo que no sabía nombrar. *Se ha vuelto personal. Desde que sentí la vibración en el*

templo. Desde que mis venas reconocieron sus sombras. Desde que lo miré a los ojos y vi que no era un monstruo sino un hombre roto que busca algo que ya no existe.*

¿Qué busco yo?

La pregunta llegó sin avisar, como todas las preguntas importantes. Jen la dejó flotar en el aire de la habitación, sin intentar responderla, porque sabía que la respuesta era demasiado grande para una sola noche y demasiado aterradora para una mente que todavía no estaba lista.

Pero había otra pregunta. Más pequeña, más concreta, más inmediata.

¿Qué hago mañana?

Jen se incorporó en la cama. El frío le mordió los hombros a través de la túnica. El agujero de la capa humeaba en la silla como una herida que no termina de cerrar. Y en algún lugar de Drakheim, detrás de las paredes de piedra y las sombras vivas, Kaeros dormía, o no dormía, o hacía alguna de las miles de cosas que un hombre de cuatrocientos años hace cuando el mundo ya no le ofrece sorpresas.

**Voy a luchar contra él*,* pensó Jen.

La idea llegó como un relámpago en una noche sin tormentas: repentina, cegadora, irracional. No era un plan. No era una estrategia. Era una necesidad, tan bruta y tan simple como la necesidad de respirar o de beber agua o de mirar el cartel del helado cuando el dolor era demasiado.

Necesitaba enfrentarse a él. Necesitaba sentir su poder contra el suyo. Necesitaba saber si lo que había sentido en el templo era real o solo una ilusión de la soledad y el miedo y los veintiochoaños acumulados en una cueva junto a un lago que no era su hogar.

¿Y si me mata?

La pregunta era racional. Sensible. El tipo de pregunta que una persona cuerda se haría antes de atacar al hombre más peligroso de Draevorn.

Pero Jen no estaba cuerda. Nunca lo había estado. Había crecido en una cueva, entrenada como un arma, criada por dos personas que la miraban como una herramienta y no como una hija. Había pasado veintiochoaños sin un amigo, sin un deseo cumplido, sin una sola razón para creer que el mundo fuera de su cueva contenía algo bueno.

Y ahora tenía una vibración en las venas y un hombre que tiraba huesos de fruta y una pregunta que necesitaba respuesta.

No me va a matar, pensó Jen.

La certeza de esa idea la asustó más que la posibilidad contraria.

**No sé por qué lo sé. Pero lo sé. Kaeros no me va a matar. No después de lo del templo. No después de mirarme como me miró. No después de llamarme torpe con esa voz que sonaba a... a..*.*

¿A qué?

Jen no lo sabía. Pero sabía que tenía que averiguarlo.

Se levantó de la cama. Se puso las botas. Se echó la capa agujereada sobre los hombros. Y salió de "La Cama Dura" con los pies pisando el suelo frío de Drakheim y el corazón latiéndole con tanta fuerza que podía sentirlo en las muñecas, en la garganta, en las sienes.

La ciudad dormía. Las calles estaban vacías, iluminadas por las antorchas que colgaban de los soportes de hierro forjado, creando sombras danzantes que se movían como criaturas diminutas. El olor a metal frío y a humo de chimenea impregnaba el aire. el silencio era tan profundo que Jen podía oír sus propios pasos como si fueran los latidos de un corazón gigante.

Caminó sin rumbo durante un rato, dejando que los pies la llevaran por las calles empinadas de Drakheim sin pensar en adónde iba. No necesitaba pensar. Su cuerpo sabía adónde ir. Su agua sabía adónde ir. La vibración en sus venas actuaba como una brújula, tirando de ella en una dirección concreta, señalándole el camino con la precisión de alguien que ha estado aquí antes, aunque Jen nunca lo había hecho.

La plaza apareció ante ella como una herida abierta en el costado de la ciudad.

Era grande, desproporcionadamente grande para los edificios que la rodeaban, con el suelo de losas de piedra irregular y una fuente seca en el centro que parecía un esqueleto de metal. Las antorchas estaban apagadas; solo la luz de la luna, filtrándose entre las nubes grises, iluminaba el espacio con un resplandor plateado que hacía que todo pareciera irreal, como un sueño que alguien está teniendo y del que tú eres parte sin haberlo pedido.

Y en el centro de la plaza, junto a la fuente seca, Kaeros.

Estaba de pie. Inmóvil. Con las manos cruzadas a la espalda y la mirada perdida en algún punto del horizonte que solo él podía ver. Las sombras se movían alrededor de él con esa lentitud hipnótica que Jen ya reconocía: no como sombras normales, proyectadas por la luz, sino como extensiones de su cuerpo, como miembros adicionales que obedecían a una voluntad que no era la de nadie más.

No la había visto. O eso parecía. O eso quería parecer.

Jen se detuvo en el borde de la plaza. El corazón le latía con tanta fuerza que podía oírlo en sus propios oídos, como un tambor que alguien ha colocado dentro de su caja torácica y que ha decidido tocar una marcha de guerra. Las manos le temblaban. No de frío, aunque hacía frío. No de miedo, aunque tenía miedo. Temblaban de algo más, algo que no tenía nombre pero que se parecía a la anticipación de quien se lanza al vacío sin saber si hay red.

**Esto es una estupidez*,* pensó Jen.

La voz en su cabeza sonó sorprendentemente calmada para alguien que estaba a punto de hacer algo que probablemente la mataría.

**Esto es la estupidez más grande de mi vida. Mayor que la del templo. Mayor que la de la capa. Mayor que la de haber nacido en una cueva con padres que me miraban como una herramienta*.*

Pero sus pies no se movieron hacia atrás. Se movieron hacia adelante.

Jen entró en la plaza.

Los pasos resonaron en el silencio de la noche como piedras cayendo en un pozo. Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cada uno más decidido que el anterior, cada uno más cerca del centro, cada uno más cerca de Kaeros, que seguía de pie junto a la fuente seca con la misma inmovilidad de una estatua tallada en la noche.

Kaeros no se movió.

Jen avanzó hasta que estuvo a una distancia que le permitía ver las líneas de su rostro, las cicatrices que surcaban su piel, la tensión de su mandíbula bajo la luz de la luna. Las sombras se movían alrededor de él con más rapidez ahora, como animales que han detectado la presencia de algo extraño y no saben si es presa o depredador.

Jen abrió la boca. Cerró la boca. La abrió de nuevo. Las palabras se le atascaron en la garganta como huesos de fruta en un desagüe.

**Di algo*,* se ordenó a sí misma*. *Di cualquier cosa. Di "buenas noches" o "he venido a matarte" o "¿por qué tiras huesos de fruta a los guardias?" Di algo que rompa este silencio antes de que me ahogue en él*.*

—He venido a luchar contra ti —articuló Jen.

La voz le salió más firme de lo que esperaba. Más clara. Más... ¿segura? ¿De dónde había salido esa seguridad? ¿De la vibración en sus venas? ¿De la certeza de que Kaeros no la iba a matar? ¿De algún lugar más profundo, más antiguo, más suyo que todo lo demás?

Kaeros no se movió durante un momento largo. Luego, lentamente, como si el simple acto de girar la cabeza fuera un lujo que se concedía con reluctancia, se volvió hacia ella.

Los ojos grises la encontraron en la oscuridad.

Jen sintió que el aire se le escapaba de los pulmones. No por miedo. Por algo más. Por la intensidad de esa mirada, por el peso de cuatrocientos años de soledad concentrados en unos ojos que brillaban como plata fundida bajo la luz de la luna, por la sensación de que Kaeros no la estaba mirando con los ojos sino con algo más profundo, más antiguo, algo que iba más allá de la vista y llegaba hasta el lugar donde el agua de Jen y la sombra de Kaeros se habían encontrado en el templo y habían vibrado como dos cuerdas de la misma melodía.

—¿Luchar? — interrogó Kaeros.

Su voz era grave. Más grave de lo que Jen recordaba. No era una voz fuerte ni amenazante, sino una voz raspada por siglos de silencios no dichos, una voz que sonaba como si le hubieran pasado papel de lija por dentro.

Jen asintió. No confiaba en su voz para decir otra frase.

Kaeros la miró durante un momento largo. Luego, sin decir nada, se apartó de la fuente seca y se colocó frente a ella, a una distancia que era mitad invitación y mitad desafío.

No dijo “está bien”. No dijo “prepárate”. No dijo nada.

Solo esperó.

Jen respiró hondo. Una vez. Dos veces. Tres veces. El aire le supo a metal y a ceniza. El olor la ancló al momento presente, al aquí y ahora, a la piedra fría bajo sus botas y el latido en sus muñecas y el frío en las puntas de los dedos.

Luego, sin pensar demasiado, porque pensar demasiado era la mejor manera de no hacer nada, levantó las manos y convocó el agua.

No vino del Lago Espejo. No vino de ningún río ni de ninguna fuente. Vino de dentro de ella. Del lugar donde su madre le había metido el poder con el canto de control durante diecisiete años, del lugar donde la vibración del templo había encendido algo que no sabía que existía, del lugar donde el agua y la sombra se habían encontrado y habían resonado como dos notas de la misma melodía.

El agua brotó de sus manos como sangre de una herida: caliente, urgente, imparable. Se formó en látigos, en cintas, en serpientes líquidas que silbaban en el aire nocturno con un sonido que era mitad siseo y mitad canto. Los látigos de agua cruzaron la distancia entre ella y Kaeros con una velocidad que habría cortado la piedra, que habría partido la madera, que habría hecho que cualquier persona normal retrocediera con un grito de terror.

Kaeros no se movió.

Los látigos de agua llegaron a él y se estrellaron contra las sombras.

Las sombras los absorbieron.

No fue un impacto. No fue una colisión. Fue algo más parecido a lo que hace el desierto con la lluvia: la arena abre la boca y bebe, sin esfuerzo, sin prisa, sin agradecimiento. Las sombras de Kaeros se abrieron ante los látigos de agua de Jen como una puerta que se abre para dejar pasar a un invitado esperado. El agua desapareció en su interior sin dejar rastro, sin hacer ruido, sin causar el menor daño.

Jen sintió que el corazón se le detenía.

No. No podía ser. No podía ser tan fácil. No podía ser que todo su poder, todo el entrenamiento de diecisiete años, todo el dolor y el sudor y la sangre que le habían costado esas manos, se estrellara contra las sombras de Kaeros como una ola contra un acantilado y se disipara sin dejar ni una mancha.

**Otra vez*,* pensó Jen. La determinación que sintió al pensar esa palabra le sorprendió incluso a ella*. *Otra vez. Más fuerte. Más rápido. Más..*.*

Convocó más agua. Más látigos. Más serpientes. Más presión. El poder brotó de sus manos con una fuerza que le hizo temblar los brazos y arder los antebrazos, como si el agua estuviera arrancándose de sus venas con la violencia de alguien que no quiere irse pero que no tiene más remedio. Los látigos cruzaron la plaza, silbando en el aire nocturno, golpeando las sombras de Kaeros con una ferocidad que habría hecho temblar a un muro de piedra.

Las sombras los absorbieron.

Otra vez. Sin esfuerzo. Sin prisa. Sin daño.

Jen sintió que la frustración le subía por la garganta como una bilis caliente. Los dientes se le apretaron. Los puños se le cerraron. El agua seguía brotando de sus manos, más y más, como si su cuerpo se negara a aceptar que no era suficiente, como si el poder dentro de ella dijera "una vez más, una vez más, una vez más" aunque la lógica le gritara que era inútil.

Atacó. Una vez. Dos veces. Diez veces. Veinte veces. Cada ataque más feroz que el anterior, cada oleada de agua más grande, más rápida, más poderosa. El sonido de los látigos silbando en el aire nocturno llenó la plaza como una sinfonía de cristales rompiéndose*. las sombras de Kaeros se movían alrededor de él como un manto vivo, absorbiendo todo, devorando todo, sin alterarse ni un ápice.

Kaeros no se movió.

Ni un paso atrás. Ni un gesto de defensa. Ni un cambio de expresión. Se quedó de pie en el centro de la plaza, con las manos todavía cruzadas a la espalda y los ojos grises clavados en ella*. observó. Observó cómo ella atacaba. Observó cómo el agua se estrellaba contra sus sombras. Observó cómo la frustración la consumía. Y no hizo nada.

Nada,* pensó Jen. La palabra le supo a veneno. *No hace nada. Absolutamente nada. Ni siquiera se molesta en defenderse. Ni siquiera se molesta en contraatacar. Me está mirando como quien mira a un niño que tira piedras al mar esperando que el mar se seque*.*

La humillación fue peor que el dolor. Peor que el agotamiento. Peor que la sensación de que sus venas se estaban rompiendo bajo la presión del agua que no encontraba a dónde ir. La humillación fue un golpe seco y directo en el centro de su pecho, un puñetazo invisible que le robó el aire y la fuerza y la determinación en un solo instante.

Jen cayó de rodillas.

El agua dejó de brotar de sus manos. Los látigos se desvanecieron en el aire nocturno como sueños que se disipan al despertar. El silencio que llenó la plaza fue tan profundo que Jen pudo oír su propia respiración como si estuviera en una habitación vacía: entrecortada, temblorosa, rota.

El suelo de piedra estaba frío bajo sus rodillas. Las manos, apoyadas en las losas, le dolían como si alguien las hubiera metido en un torno y las hubiera apretado hasta que los huesos crujieran. El antebrazo derecho le ardía donde los vasos sanguíneos se habían roto bajo la presión del agua. Una línea de sangre oscura le bajaba por la muñeca hasta los nudillos, mezclándose con el sudor y el polvo y la humedad de la noche.

Llevaba toda una vida de dolor y sufrimiento, de entrenamiento perpetuo… Para nada.

Jen no lloró.

Quería. Dios, cómo quería. Las lágrimas le apretaban detrás de los ojos como una presa a punto de romperse, pidiendo paso, pidiendo salida, pidiendo ser derramadas. Pero no lloró. Porque llorar sería admitir que había perdido. Perder sería admitir que todo lo que sus padres le habían dicho sobre ella era verdad: que no era suficiente. Que nunca lo sería. Que el agua en sus venas no era un poder sino una cadena. Que las cadenas no se rompen atacando al vacío.

El estómago se le revolvió. Un espasmo, luego otro, luego una náusea tan violenta que le dobló el torso hacia adelante. Jen apoyó una mano en el suelo y vomitó. Lo poco que tenía en el estómago, agua y pan duro y el residuo amargo de la frustración acumulada de veintiochoaños, salió de ella caliente y ácido, manchando las losas de piedra con algo que olía a derrota.

Se quedó así, con la mano en el suelo y la boca abierta y el estómago vacío, jadeando como un animal acorralado.

Kaeros se acercó.

No con prisa. No con amenaza. Con esa parsimonia que era su marca, su firma, su forma de moverse por el mundo: como alguien que ha aprendido que la urgencia es una ilusión y que todo llega a su debido tiempo si esperas lo suficiente.

Jen lo vio acercarse desde el rabillo del ojo. Las botas de cuero oscuro, los pantalones de tela gris, la túnica negra que se confundía con la noche. Y luego, frente a ella, a una distancia que le permitía sentir el calor de su cuerpo a pesar del frío, se detuvo.

Jen levantó la vista.

Kaeros estaba a un metro de distancia. Las sombras se movían alrededor de él como un manto, lentas, perezosas, como un animal satisfecho después de una comida abundante. Los ojos grises la miraban desde arriba con una expresión que Jen no supo

interpretar: no era desprecio, no era lástima, no era triunfo. Era algo más complejo, más profundo, algo que estaba entre la evaluación y el reconocimiento, como si Kaeros estuviera viendo algo en ella que ella misma no podía ver.

—Tu técnica es impecable — sentenció Kaeros.

La voz le llegó como una piedra cayendo en un lago tranquilo: suave, precisa, con ondas que se expandían hasta llenar el espacio entre los dos. No era una voz amenazante. No era una voz cruel. Era la voz de alguien que ha visto miles de guerras y que sabe exactamente qué decir y cuándo decirlo.

Jen no respondió. No podía. La garganta estaba seca como el desierto de Zyrah. Las palabras se le habían atascado en algún lugar entre el cerebro y la boca. Además, tenía el sabor del vómito en la lengua, lo cual no ayudaba exactamente a la elocuencia.

—Tu técnica es impecable — repitió Kaeros, bajando la voz hasta convertirla en algo casi íntimo—. Pero tu corazón no está en ello.

La frase cayó sobre Jen como un cubo de agua fría. No por lo que decía, que ya era bastante, sino por lo que implicaba. Que él podía ver a través de ella. Que podía sentir la diferencia entre un ataque que viene del entrenamiento y un ataque que viene del corazón. Que sabía, con la certeza de alguien que lleva cuatrocientos años leyendo personas, que Jen no estaba luchando con todo lo que tenía.

**¿Y qué más da?*,* pensó Jen.

La amargura de ese pensamiento le supo a sangre mezclada con ácido de estómago.

¿Qué más da si mi corazón está o no está? ¿Acaso importa el corazón cuando las sombras te tragan el agua como si fuera nada? ¿Acaso importa el corazón cuando cuatrocientos años de poder se ponen delante de ti y te dicen, sin decirlo, que no eres suficiente?

—Mañana vuelve — dictaminó Kaeros —Pero a cenar. A la torre.

Jen levantó la vista. Los ojos grises la encontraron en la oscuridad, brillando como plata fundida bajo la luz de la luna.

—Vuelve — añadió con voz ronca—. Y trae algo que me sorprenda.

Las palabras se quedaron flotando en el aire entre los dos como hojas cayendo en un lago tranquilo. Jen las miró, las procesó, las dejó sedimentar en algún lugar profundo de su conciencia donde las preguntas sin respuesta van a morir.

¿Algo que te sorprenda?, pensó Jen. *¿Cenar con este hombre? ¿Algo que sorprenda a un hombre de cuatrocientos años que ha visto todo, que ha sentido todo, que ha perdido todo? ¿Qué podría yo, una chica de veintiochoaños que se prende fuego con las velas y vomita en las plazas públicas, ofrecerle a alguien que ha vivido lo que tú has vivido?*

Kaeros no esperó respuesta. Se dio la vuelta con esa calma que era su marca y caminó hacia la salida de la plaza, con las sombras moviéndose alrededor de él como un manto vivo, como una segunda piel, como algo que era suyo y que lo era a él de una manera que Jen no podía entender pero que intuía, como se intuye la lluvia antes de que caiga.

Jen se quedó de rodillas en el suelo de piedra fría, con las manos apoyadas en las losas y la sangre seca en la muñeca y el vómito sabiendo a ácido en la boca y el agotamiento pesándole los hombros como una losa. Miró cómo Kaeros se alejaba.

Y entonces lo escuchó.

No con los oídos. Con algo más profundo, más antiguo, más suyo que la audición. Un susurro que venía de la misma dirección que Kaeros, que se mezclaba con el sonido de sus pasos sobre la piedra y con el roce de las sombras contra el suelo.

—Tiene su forma de caer — murmuró Kaeros.

Las palabras llegaron a Jen como un eco lejano, como el sonido de una campana que alguien ha hecho sonar muy lejos, tan lejos que apenas la oyes pero que no puedes dejar de oírla. No eran palabras dirigidas a ella. No eran una orden ni un cumplido ni una amenaza. Eran algo que Kaeros se había dicho a sí mismo, en voz baja, con la voz de alguien que ha visto algo que le ha recordado algo que no quería recordar.

**Tiene su forma de caer*.*

Jen no entendió.

No entendió qué forma de caer tenía ella. No entendía por qué Kaeros había murmurado eso. No entendía por qué la frase le había llegado con tanta fuerza, con tanta precisión, como si alguien la hubiera susurrado directamente al oído.

Pero algo en su interior, algo más antiguo que sus años y más profundo que su entrenamiento, algo que no tenía nombre pero que se parecía peligrosamente al reconocimiento, le dijo que esa frase era importante. Que significaba algo. Que era una pieza de un puzle que ella todavía no podía ver pero que ya estaba ahí, esperando a que alguien la colocara en su sitio.

**Tiene su forma de caer*.*

¿La forma de quién?

El narrador lo sabía. El lector, quizás, también. Pero Jen no. Jen no podía saber que cuatrocientos años atrás, en un bosque que ya no existía, una mujer llamada Aelith tropezaba al caminar entre las raíces de los árboles con exactamente la misma torpeza, con exactamente la misma forma de caer de rodillas con las manos extendidas y la mirada perdida. Jen no podía saber que Kaeros, al verla caer, había sentido algo que no sentía desde entonces: el eco de una vida que le habían arrebatado.

No podía saberlo. Todavía no.

Jen se puso de pie. Las rodillas le dolían. Las manos le dolían. El antebrazo le ardía donde la sangre se había mezclado con el sudor y el polvo. El sabor del vómito le llenaba la boca y el estómago vacío le protestaba con esa sordina que tienen las cosas que llevan demasiado tiempo sufriendo en silencio.

Pero Jen se puso de pie.

Porque caer no significaba quedarse en el suelo. Caer significaba tocar fondo y empujar. Y significaba que el agua se había estrellado contra la sombra y la sombra la había absorbido, pero el agua seguía ahí, dentro de ella, esperando a que alguien le diera una razón para brotar de nuevo.

Mañana, pensó Jen, limpiándose la boca con el borde de la capa agujereada. **Mañana volveré. Y llevaré algo que te sorprenda. No sé qué. No sé cómo. Pero lo llevaré*.*

Porque esa frase que has murmurado, Kaeros, significa algo. Significa que me has visto. No al arma. No a la espía. No a la chica que se prende fuego con las velas y vomita en las plazas. Me has visto a mí. Y si me has visto, entonces hay algo en mí que merece ser visto.

**Y eso es más poderoso que cualquier látigo de agua que pueda crear*.*

Jen se echó la capa sobre los hombros. Respiró hondo. El aire nocturno de Drakheim le supo a ceniza y a sangre seca y a vómito y a algo más, algo más cálido, algo que empezaba a tener un nombre pero que todavía no se atrevía a pronunciar.

Caminó hacia la taberna de Brokk.

Detrás de ella, en la plaza vacía, las sombras de Kaeros se movían lentamente sobre las losas de piedra, absorbiendo las últimas gotas de agua que Jen había dejado. Y en algún lugar dentro de esas

sombras, dentro de esa oscuridad que era suya y que lo era a él, algo había cambiado. Algo que olía a agua. Algo que sabía a algo que Kaeros había olvidado hacía cuatrocientos años.

Algo que tenía su forma de caer.

CAPÍTULO 7



"La marca invisible"

Jen se despertó con la mano en el pecho.

No fue una elección consciente. Se despertó porque algo frío le pulsaba bajo la piel como un segundo corazón que no le había pedido. La mano estaba ahí, presionando contra el esternón a través de la tela de la túnica, como si mientras dormía su cuerpo hubiera intentado proteger algo que estaba debajo.

La marca.

Jen mantuvo la mano donde estaba durante un momento largo, sintiendo el frío a través de la tela. No era un frío normal. No era el frío de la mañana en un túnel húmedo, ni el frío del suelo de tierra contra la espalda. Era un frío que venía de dentro, como si alguien hubiera colocado un cristal de hielo entre sus costillas y lo hubiera dejado ahí para siempre.

La noche anterior volvió a ella en fragmentos. La voz de la niebla. Los hombres arrodillados en el círculo de símbolos. "La pieza está en posición." La sensación de que el suelo se abría bajo sus pies. Y luego, al alejarse, el frío en el pecho. La marca. La prueba de que todo lo que había creído sobre sí misma era mentira.

Jen cerró los ojos. Respiró hondo. El aire le supo a tierra húmeda y a moho y a algo más, algo que empezaba a tener un nombre pero que todavía no se atrevía a pronunciar.

Llevo una marca del Conquistador, pensó. **Desde antes de nacer. Desde que era un bebé. Mis padres lo sabían. La resistencia lo sabe. Todo el mundo lo sabe excepto yo*.*

La rabia le subió por la garganta como una bilis caliente. No la rabia del momento, no la rabia de la noche anterior, sino una rabia más antigua, más profunda, una rabia que se había estado acumulando durante veintiocho años de silencio y de dolor y de manos ensangrentadas y de cantos de control y de un padre que la miraba como una herramienta y no como una hija.

**Veintiocho años*,* pensó Jen.

El número le supo a sangre.

**Veintiocho años siendo una pieza en un tablero que no elegí. Veintiocho años entrenando un poder que no es mío. Veintiocho años creyendo que servía para algo, que mi dolor tenía un propósito, que las manos sangradas y los nudillos marcados significaban algo*.*

**Y resulta que sí significaban algo. Significaban que soy útil. Útil para el Conquistador. Útil para la resistencia. Útil para todo el mundo excepto para mí*.*

Jen abrió los ojos. El techo del túnel estaba ahí, inmóvil, con sus vigas de madera y sus grietas que parecían constelaciones en un cielo de tierra. Las sombras de la mañana se movían en las esquinas, lentas, perezosas, como animales que despiertan después de una larga noche.

Y entonces la marca brilló.

No fue un destello grande ni espectacular. Fue un parpadeo, una pulsación, como el latido de una vela que alguien ha soplado y que se niega a apagarse. La luz era azulada, fría, diferente al calor de las antorchas o al brillo de la luna. Venía de debajo de la piel, de algún punto entre el esternón y el corazón. Se movía al ritmo de algo que Jen no controlaba.

Las sombras, comprendió Jen. *La marca reacciona a las sombras. Se ilumina cuando están cerca*.

Miró a su alrededor. Las sombras de la mañana se movían en las esquinas del túnel, proyectadas por las pocas antorchas que quedaban encendidas. No eran sombras de Kaeros. No eran sombras vivas. Eran sombras normales, las que proyecta cualquier cuerpo cuando la luz le da por la espalda.

Pero la marca no distinguía. La marca reaccionaba a cualquier sombra, como un perro que ladra a todo lo que se mueve, sin importar si es un enemigo o una sombra inofensiva.

Jen se incorporó. El frío del pecho se intensificó con el movimiento, como si la marca protestara por ser despertada. Se bajó la túnica hasta la cintura y miró su pecho a la luz temblorosa de la antorcha.

La marca estaba ahí.

Era un símbolo. No un tatuaje, no una cicatriz, no una marca de quemadura. Era algo más sutil, más profundo, como si alguien hubiera dibujado una línea en el interior de su piel con tinta invisible que solo se veía cuando la luz era la adecuada. El símbolo era una espiral, o quizás una serpiente enroscada, o quizás algo más que Jen no podía descifrar porque cada vez que intentaba fijarlo con la vista, cambiaba ligeramente, como si estuviera vivo.

Es de Kaelthar, pensó Jen, sin saber de dónde le venía la certeza. *Es la marca del Conquistador. La marca que le pone a lo

que le pertenece*.

La rabia volvió. Más fuerte. Más caliente. Jen apretó los dientes y clavó las uñas en la marca.

El dolor fue inmediato. Un dolor blanco, absoluto, que le atravesó el pecho como un cuchillo. Las uñas se hundieron en la piel, rasgando la superficie, buscando debajo algo que pudiera arrancar, algo que pudiera quitar, algo que pudiera devolverle la sensación de que su cuerpo era suyo.

La sangre brotó. Pequeñas gotas oscuras que resbalaron por el esternón como ríos diminutos en un mapa de carne. Jen apretó más fuerte. Las uñas se hundieron más. El dolor se intensificó hasta que le nubló la vista y le llenó la boca de un sabor metálico que era mitad sangre y mitad rabia.

Y entonces el agua se rebeló.

No fue un movimiento externo. No fue un látigo de agua ni una ola ni una corriente. Fue algo más íntimo, más traicionero. El agua dentro de ella, la misma agua que su madre le había metido en el cuerpo con el canto de control durante diecisiete años, la misma agua que vibraba cuando las sombras de Kaeros estaban cerca, esa agua se movió.

Hacia la marca.

Jen sintió cómo el líquido se acumulaba debajo de la piel, alrededor de la espiral, formando una barrera entre sus uñas y el símbolo. No era ella quien controlaba ese movimiento. Era el agua. El agua que respondía a algo que no era Jen pero que estaba dentro de Jen, como un parásito que ha aprendido a moverse con el cuerpo del huésped.

Las uñas se detuvieron. No porque Jen quisiera. Porque el agua no la dejó.

Jen tiró. El agua tiró en dirección contraria. Jen clavó las uñas con más fuerza. El agua se endureció, convirtiéndose en algo más parecido a un cristal que a un líquido, bloqueando el acceso a la marca como un guardia que se pone delante de una puerta.

—No —espetó Jen en voz alta, su voz sonó rota en el silencio del túnel—. No. Es mío. Mi cuerpo es mío. Si quiero arrancarme la marca, me la arranco.

El agua no respondió. Simplemente se quedó ahí, fría, sólida, inamovible, como una pared de cristal entre ella y la marca.

Jen dejó de intentar. Las manos le temblaban. La sangre le bajaba por el pecho en hilos finos que se mezclaban con el sudor y la tierra. El dolor se fue disipando lentamente, como una marea que se retira, dejando tras de sí la huella húmeda de su paso.

Jen se miró las manos. Las uñas estaban rotas, manchadas de sangre y de tierra. Los dedos le dolían como si alguien los hubiera metido en un torno. Y la marca seguía ahí, intacta, brillando con esa luz azulada que era mitad amenaza y mitad burla.

No puedo quitármela, pensó Jen. Con certeza de esa idea le supo a veneno. *No puedo. El agua no me deja. Mi propio poder no me deja. El poder que mi madre me dio, el poder que supuestamente es mío, trabaja para el Conquistador. Cada gota de agua que controlo lleva su voluntad. Cada látigo, cada ola, cada corriente que he lanzado contra Kaeros llevaba la firma de alguien más*.

No soy un arma. Soy una herramienta. Y las herramientas no eligen a quién sirven.

La rabia se convirtió en algo más. Algo más frío, más profundo, más parecido a la desesperación. Jen se dejó caer hacia atrás, con la espalda contra la pared del túnelveintiocho cerró los ojos. La marca pulsaba en su pecho como un segundo corazón. El agua se movía dentro de ella como un animal que se ha despertado y que no sabe dónde está.

Y entonces sintió algo más.

Debajo de la marca. Debajo del agua. Debajo de todo lo que el Conquistador le había puesto en el cuerpo, había algo más. Algo que no era suyo pero que tampoco era del Conquistador. Algo más antiguo, más profundo, más suyo que cualquier marca o cualquier canto de control.

Era como una corriente submarina. No se veía. No se oía. Pero se sentía. Un movimiento lento, profundo, constante, que fluía por debajo de todo lo demás como un río subterráneo que nadie ha descubierto todavía. Una fuerza que no pedía permiso, que no obedecía órdenes, que no pertenecía a nadie excepto a ella.

Jen abrió los ojos. La marca seguía brillando. El agua seguía moviéndose. Pero debajo de todo eso, la corriente seguía fluyendo.

¿Qué es esto?, se preguntó.

No es mío. No es del Conquistador. Es algo anterior. Algo que estaba aquí antes de que me pusieran la marca. Algo que ha estado aquí desde antes de que naciera.

Jen no sabía qué era. No sabía de dónde venía. No sabía qué significaba.

Pero sabía que era real. Y sabía que era suyo. Lo único que era verdaderamente suyo.

Se levantó. Las piernas le temblaron. Las manos le dolían. El pecho le ardía donde las uñas habían rasgado la piel. Pero Jen se puso de pie, porque caer no significaba quedarse en el suelo, porque la corriente subterránea que fluía dentro de ella le decía, con la paciencia de quien ha esperado mucho tiempo, que todavía quedaba algo por descubrir.

Jen se limpió la sangre del pecho con el borde de la capa agujereada. Se subió la túnica. Respiró hondo.

Y salió del túnel en busca de Brokk.

El enano estaba donde siempre: en la taberna, en su mesa del fondo, medio desplomado sobre un barril vacío con una copa de cerveza en la mano y las tres trenzas de la barba reposando sobre el pecho como serpientes dormidas. Cuando Jen entró, Brokk abrió un ojo, la miró con esa expresión de miel vieja que ya le era familiar y dijo:

—Vaya cara traes, niña del agua. Parece que alguien te ha pasado por la piedra de afilar y se ha olvidado de afilar.

Jen se sentó frente a él. No pidió agua. No pidió cerveza. Se quedó mirando al enano durante un momento largo, sintiendo que las palabras se le atascaban en la garganta como huesos de fruta en un desagüe.

—Necesito preguntarte algo —articuló Jen, su voz sonó más pequeña de lo que quería.

—Adelante —respondió Brokk, incorporándose en la silla con un crujido de articulaciones—. Para eso estoy aquí. Para preguntas. Y para la cerveza. Pero sobre todo para la cerveza.

—¿Sabes algo sobre marcas? —preguntó Jen—. Marcas mágicas. Marcas que se ponen en el cuerpo sin que lo sepas.

Brokk dejó de beber. La copa se detuvo a medio camino entre la mesa y la boca. Sus ojos de miel vieja se fijaron en ella con una intensidad que Jen no le había visto antes.

—¿Qué clase de marca? —preguntó el enano, su voz perdió la ligereza habitual.

Jen dudó. Luego, sin decir nada, se bajó la túnica hasta la clavícula y mostró el pecho.

La marca estaba ahí, brillando con esa luz azulada que se intensificó cuando las sombras de la taberna se movieron. La espiral,

o serpiente enroscada, o lo que fuera, pulsaba sobre la piel de Jen como un segundo corazón frío.

Brokk la miró durante un momento largo. Luego dejó la copa sobre la mesa con un golpe seco y murmuró algo que Jen no alcanzó a entender.

—¿Qué has dicho? —preguntó Jen.

—He dicho que estamos jodidos —repitió Brokk, con una voz que ya no tenía nada de humorística—. Eso es una marca de vinculación. Del Conquistador. Las ponía en los primeros comandantes, hace cuatrocientos años. Es un vínculo directo. Le permite sentirte. Seguirte. Controlarte si es necesario.

Jen sintió que el suelo se hundía bajo sus pies.

—¿Controlarme? —tartamudeó.

—Si quiere —respondió Brokk, su voz era grave, seria, sin rastro de la ironía habitual—. Normalmente, las marcas están latentes. Duermen. Se activan cuando el Conquistador quiere. Pero si se activan...

No terminó la frase. No hacía falta.

—¿Hay alguna forma de quitarla? —preguntó Jen.

Brokk la miró con algo que se parecía peligrosamente a la compasión.

—No lo sé —admitió—. En cuatrocientos años, nadie ha conseguido quitarse una marca de vinculación. Pero... hay algo que no entiendo.

—¿Qué?

—Las marcas de vinculación se ponen a los comandantes. A los que aceptan el poder del Conquistador. A los que hacen un trato. ¿Por qué te la pondrían a ti? ¿Qué trato hicieron tus padres?

La pregunta cayó sobre Jen como una piedra en un pozo. No tenía respuesta. No sabía qué trato habían hecho sus padres. No sabía por qué el Conquistador la había marcado. No sabía nada, excepto que su vida entera había sido una mentira.

—No lo sé —respondió Jen y su voz sonó rota.

Brokk la miró durante un momento largo. Luego, sin decir nada, le sirvió una copa de cerveza y se la puso delante.

—Bebe —ordenó—. No va a quitarte la marca. Pero va a hacer que el mundo parezca un poco menos horrible. Y créeme, niña del agua, lo necesitas.

Jen bebió. La cerveza era amarga, fría, con un sabor a grano tostado que le recordó vagamente a algo que no sabía nombrar. No era agua. No era lo que su cuerpo pedía. Pero era algo. Algo real. Algo que no era una mentira.

—Gracias —murmuró Jen.

—De nada —respondió Brokk, por primera vez desde que Jen lo conocía, su voz sonó suave—. Para eso están los amigos. Para las cervezas y las marcas del demonio.

Jen casi sonrió. Casi. La sonrisa llegó hasta la comisura de sus labios y se quedó ahí, como una invitación que no terminaba de aceptarse.

Pero entonces Brokk añadió, en voz baja:

—Hay algo más, ¿verdad? Algo debajo de la marca. Algo que no es del Conquistador.

Jen lo miró. El enano la observaba con esos ojos de miel vieja que parecían leer más de lo que deberían.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Jen.

—Porque las marcas de vinculación son frías —respondió Brokk—. Son hielo. Son niebla. Son la cosa más fría que existe. Pero tú... tú

tienes algo debajo que es caliente. Algo que no debería estar ahí. Algo que la marca no ha podido apagar.

Jen sintió que el corazón se le aceleraba.

—¿Qué es? —preguntó.

Brokk negó con la cabeza.

—No lo sé —admitió—. Pero sé que no es del Conquistador. Y sé que no es de tus padres. Es algo anterior. Algo más antiguo. Algo que llevas dentro desde antes de que te pusieran la marca.

La corriente subterránea, pensó Jen. *El río que fluye debajo de todo. La fuerza que no es mía pero que tampoco es de nadie. Algo que estaba aquí antes de que yo naciera*.

—¿Puedo usarlo? —preguntó Jen.

Brokk la miró un momento largo. Luego bebió un trago de cerveza, se limpió la barba con el dorso de la mano y respondió:

—No lo sé, niña del agua. Pero si alguien puede averiguarlo, eres tú. Porque lo llevas dentro. Y lo que llevas dentro es lo único que nadie te puede quitar.

Jen bebió el resto de la cerveza. El sabor amargo le llenó la boca y le calentó el estómago y le dijo, sin palabras, que el mundo seguía existiendo aunque todo lo demás fuera mentira.

Lo que llevo dentro, pensó Jen. *Lo único que es mío. Lo único que nadie me puede quitar*.

Se levantó. Las piernas le temblaron. El pecho le ardía donde las uñas habían rasgado la piel. La marca seguía pulsando, fría, silenciosa, paciente.

Pero debajo de la marca, la corriente seguía fluyendo.

Y eso era suficiente.

—Gracias, Brokk —dijo Jen.

—De nada, niña del agua —respondió el enano—. Vuelve cuando quieras. La cerveza sigue siendo mala. Pero la compañía mejora contigo aquí.

Jen salió de la taberna con algo que no tenía cuando entró: la certeza de que, debajo de todas las mentiras, debajo de la marca, debajo del agua que no le pertenecía, había algo que era suyo.

No sabía qué era. No sabía de dónde venía. No sabía qué significaba.

Pero sabía que era real.

Y eso, en un mundo de mentiras, era lo más valioso que tenía.

CAPÍTULO 8



"El incendio de Malachi"

Jen se presentó en "El Último Trago" con las manos todavía temblando y la marca del pecho pulsando bajo la tela como un segundo corazón frío.

No sabía por qué había ido a la taberna. No tenía un plan. No tenía una estrategia. No tenía nada excepto el peso de la noche anterior aplastándole los hombros como una losa de piedra: la voz de la niebla, los hombres arrodillados, "la pieza está en posición", el frío en el pecho que no se iba. Había pasado la noche en un albergue mirando el techo durante horas preguntándose si todo lo que había creído sobre sí misma era mentira.

La respuesta, cada vez que la pensaba, le supo a sangre.

La taberna estaba casi vacía a esa hora. Brokk no estaba: el enano seguía con su costumbre de no levantarse antes del mediodía, como si la pereza fuera una virtud que había

perfeccionado durante décadas de práctica diligente. El hombre calvo del mostrador limpiaba un vaso con un trapo que parecía más sucio que el vaso mismo y un par de soldados dormitaban en una mesa del rincón con las cabezas apoyadas en los brazos cruzados.

Y en el taburete de siempre, dos más allá del que Jen había ocupado la primera vez, Malachi.

Estaba solo. Con una copa de cerveza en la mano y la sonrisa torcida puesta como quien lleva un abrigo: no porque haga frío, sino porque es lo primero que te pones al salir de casa. El cabello rojo le caía sobre la frente como brasas que se niegan a apagarse y los ojos de carbón brillaban con esa luz que parpadeaba en el fondo como una chispa que no quiere morir.

Cuando Jen entró, Malachi la vio. No giró la cabeza. No hizo ningún gesto de sorpresa. Simplemente la miró desde su taburete con esa curiosidad intensa y ligeramente perturbadora que ya le era familiar y sentenció:

—Vaya. La niña del agua. Pensé que te habías perdido por los pasillos de Drakheim para siempre.

Jen se sentó en el taburete de al lado. No pidió nada. Se quedó mirando el mostrador durante un momento largo, sintiendo que las palabras se le atascaban en la garganta como huesos de fruta en un desagüe.

Malachi no la presionó. No dijo "¿qué te pasa?" ni "¿por qué tienes esa cara?" Simplemente dejó que el silencio existiera entre los dos, como quien deja una puerta abierta sin obligar a nadie a cruzarla.

Fue Jen quien habló primero.

—Necesito que me hables de algo que no sea mi marca, mi misión, ni la resistencia —exclamó y su voz sonó más rota de lo que pretendía.

Malachi enarcó una ceja. La sonrisa torcida se movió ligeramente, como si estuviera evaluando si eso era una broma o una súplica.

—¿De qué quieres que hable? —preguntó.

—De ti —respondió Jen—. De cómo eras antes de ser el perro de fuego de Kaeros.

Malachi dejó de beber. La copa se detuvo a medio camino entre la mesa y la boca. Algo cruzó sus ojos de carbón, algo rápido y profundo, como una sombra que pasa frente a una hoguera. Luego la sonrisa volvió, pero esta vez era diferente: más pequeña, más honesta, como la de alguien que ha decidido dejar de jugar y empezar a hablar en serio.

—Antes de ser el perro de fuego —repitió Malachi, saboreando las palabras—. Eso requiere cerveza. Mucha cerveza. Y tal vez algo más fuerte. ¿Tienes dinero?

—No.

—Perfecto. Entonces beberás agua. Como siempre.

Malachi hizo una seña al hombre calvo, que trajo otra cerveza para él y un vaso de agua para Jen con la resignación de quien ha aceptado que algunas batallas no se ganan.

—Salud —brindó Malachi, levantando su copa.

Jen levantó su vaso de agua.

—Salud —repitió.

Malachi bebió un trago largo. Se limpió la boca con el dorso de la mano. Luego se giró en el taburete para mirarla de frente, con los ojos de carbón fijos en ella con una intensidad que le quitó el aliento.

—¿Sabes qué es lo más divertido de ser inmortal? —preguntó.

—¿Qué?

—Que te acostumbras a todo. Al dolor. A la soledad. A ver morir a la gente que quieres. A la cerveza mala. A todo. Te acostumbras como te acostumbras al frío en invierno: no deja de hacer frío, simplemente dejas de quejarte.

Jen lo miró. Había algo en su voz, debajo del humor, debajo de la sonrisa torcida, que sonaba a hueso. A algo desnudo y roto que Malachi había aprendido a cubrir con capas de ironía y cerveza.

—¿Y a qué no te has acostumbrado? —preguntó Jen.

Malachi la miró un momento largo. Luego respondió, con una voz más baja que nunca:

—A recordar que no recuerdo.

Malachi se levantó del taburete con un movimiento que era mitad andar y mitad rebotar.

—Vamos —dijo, señalando la puerta con la copa vacía.

—¿Adónde? —preguntó Jen.

—A caminar. Necesito aire. Y tú necesitas alejarte de esa taberna antes de que el olor a cerveza rancia te entre por los poros y te conviertas en Brokk.

Jen casi sonrió. Casi.

Salieron de "El Último Trago" y se adentraron en las calles empinadas de Drakheim. El sol de la mañana se colaba entre los tejados de pizarra negra como un invitado que cumple una obligación y el aire olía a metal frío, a humo de chimenea y a pan recién horneado saliendo de alguna cocina cercana. Los vendedores abrían sus puestos con la parsimonia de quien lleva años haciendo lo mismo y los niños corrían por los callejones con esa energía que solo los niños poseen.

Malachi caminaba a su lado con ese paso que era mitad andar y mitad rebotar, como si el suelo fuera un trampolín y él estuviera considerando seriamente usarlo. Cada pocos pasos, señalaba algo con la mano y soltaba un comentario.

—Ese edificio —dijo, señalando una fachada gris—. Tiene una grieta en la base. Si tuvieras tu poder aquí, dirías que va a caer en tres inviernos.

—Probablemente —respondió Jen.

—Pues lleva cuarenta años así. La arquitectura de Drakheim se basa en el principio de "mientras no caiga, no tocar".

Jen soltó una risa que le sorprendió. No era una risa grande ni alegre, pero era una risa y después de la noche que había pasado, cualquier risa era un milagro.

Malachi la miró de reojo, con esa sonrisa torcida que era su marca.

—Oye —dijo—. ¿Sabes qué? Creo que es la primera vez que te ríes desde que llegaste a Drakheim.

—No es verdad. Me reí con Brokk.

—Eso no cuenta. Brokk es un payaso profesional. Su trabajo es hacer reír a la gente. Yo soy un aficionado. Que te rías conmigo es un logro.

Jen lo miró. Malachi le devolvió la mirada con una expresión que era mitad broma y mitad algo más serio, algo que estaba debajo de la sonrisa torcida y los ojos de carbón, algo que Jen estaba empezando a reconocer: la vulnerabilidad de alguien que ha aprendido que el humor es la mejor manera de no llorar.

—Malachi —dijo Jen.

—¿Qué?

—¿Por qué eres tan amable conmigo?

Malachi parpadeó. La pregunta pareció pillarle desprevenido, como si nadie le hubiera hecho algo así antes. Luego se encogió de hombros.

—No lo sé —respondió, con una honestidad que le supo a algo que no sabía nombrar—. Tal vez porque hueles a agua y yo huelo a fuego y eso es interesante. Tal vez porque eres la primera persona nueva en Drakheim en veinte años que no me llama "el perro de fuego" a la cara. Tal vez porque cuando te miro, veo algo que me recuerda a alguien.

—¿A quién?

Malachi no respondió. Se quedó mirando al frente, con la sonrisa torcida intacta pero los ojos de carbón apagados, como brasas que alguien ha soplado demasiado fuerte.

—A mí mismo —murmuró al fin—. De hace mucho tiempo.

Caminaron durante un rato más, sin hablar, dejando que el silencio existiera entre los dos como un espacio compartido que no necesitaba ser llenado. Malachi la llevó hasta la muralla este de Drakheim, donde un saliente de piedra ofrecía una vista del valle que se extendía hacia el sur: colinas verdes, el brillo lejano de un río y más allá, las montañas de Sylvaen perdiéndose en la bruma.

Se sentaron en el borde de la muralla, con las piernas colgando sobre el vacío. El viento les azotaba la cara, trayendo el olor a hierba húmeda y a tierra mojada. Malachi sacó un odre de cerveza de algún bolsillo interior de su túnica —Jen no quiso preguntar de dónde había salido— y bebió un trago largo.

—Malachi —dijo Jen, rompiendo el silencio.

—¿Mmm?

—Antes has dicho que no recuerdas. ¿Qué no recuerdas?

Malachi dejó de beber. El odre se detuvo a medio camino entre la boca y el regazo. Algo cruzó sus ojos de carbón, algo rápido y

profundo, como una sombra que pasa frente a una hoguera y que no quieres ver pero que ves de todas formas.

—Todo —respondió, con una voz que ya no tenía nada de humorística—. No recuerdo nada de antes de los dieciocho años.

Jen sintió que el corazón se le aceleraba.

—¿Nada?

—Nada. No sé cómo era mi casa. No sé cómo eran mis padres. No sé mi apellido original. No sé el nombre de la aldea donde nací. No sé el color de los ojos de mi madre. No sé si tenía hermanos. No sé nada. Es como si alguien hubiera cogido los primeros dieciocho años de mi vida y los hubiera borrado con un trapo.

Jen lo miró. La sonrisa torcida seguía ahí, pero debajo de ella había algo desnudo, algo que Malachi no quería que se viera pero que ya era demasiado tarde para esconder.

—¿Y cómo se llama eso? —preguntó Jen, con la voz más suave de lo que pretendía.

—No tiene nombre —respondió Malachi—. Es simplemente... vacío. Un hueco donde debería haber algo. Como una habitación que alguien ha vaciado y que todavía huele a lo que había dentro, pero que ya no tiene nada.

Jen guardó silencio durante un momento largo. El viento soplaba entre las almenas, trayendo el olor a hierba y a tierra mojada. El sol de la mañana les calentaba la cara y abajo, en el valle, el río brillaba como una cinta de plata.

—¿Quieres que te cuente lo que sé? —preguntó Malachi de repente, con una voz que sonaba a alguien que ha decidido, después de mucho tiempo, dejar de esconder algo.

Jen asintió.

Malachi bebió otro trago de cerveza. Luego dejó el odre a un lado, apoyó los codos en las rodillas y empezó a hablar.

—Lo primero que recuerdo es el puente.

Habló sin mirarla. Tenía los ojos fijos en el horizonte, en algún punto más allá de las montañas, en algún lugar que solo él podía ver. Su voz era diferente: más baja, más grave, sin la ironía habitual, como si estuviera sacando palabras de un lugar que llevaba mucho tiempo cerrado.

—No recuerdo nada de antes. No recuerdo a mis padres, no recuerdo mi casa, no recuerdo nada. Lo primero que tengo es el puente. Estaba debajo, en el barro, con la piel quemada y el cuerpo temblando de frío. Tenía dieciocho años. O eso me dijeron después. Yo no lo sabía entonces. No sabía nada. Solo sabía que tenía frío, que tenía hambre y que algo dentro de mí ardía.

Jen no dijo nada. Se quedó mirando a Malachi, sintiendo que las palabras le llegaban como piedras cayendo en un pozo: una a una, lentas, pesadas, con un sonido que retumbaba en la distancia.

—El fuego —continuó Malachi—. Siempre estuvo ahí. No sé de dónde vino. No sé si nací con él o si me lo pusieron. Solo sé que estaba ahí, dentro de mí, como un animal que quiere salir. Cuando era niño, o cuando creo que era niño, el fuego se me escapaba. Las manos se me encendían. La piel se me quemaba. Y la gente huía.

Se miró las manos. Las mismas manos que Jen había visto en la taberna, grandes, callosas, con marcas oscuras en los antebrazos que ahora sabía que eran quemaduras. Cicatrices de un fuego que no podía controlar.

—Mis padres —dijo Malachi y la voz se le quebró ligeramente—. No los recuerdo. No sé cómo eran. No sé sus nombres. Pero sé que me dejaron. Lo sé porque hay un eco, un residuo, como el zumbido que queda en los oídos después de un trueno. Sé que había personas que me querían. Y sé que un día esas personas se fueron. Y sé que la razón era yo. Mi fuego. El animal que quiere salir.

Jen sintió que los ojos se le humedecían. No dijo nada. No podía. Las palabras de Malachi eran demasiado grandes para el espacio que tenían entre los dos.

—Vagué —continuó Malachi—. No sé cuánto tiempo. Días. Semanas. Quizás meses. Caminaba por los caminos sin rumbo, con la piel quemada y el estómago vacío y la gente se apartaba cuando me veía. Los niños lloraban. Los perros ladraban. Los adultos hacían señas para alejarme. Nadie me tocaba. Nadie me hablaba. Nadie me miraba a los ojos.

Malachi hizo una pausa. Bebió un trago de cerveza. El odre temblaba ligeramente en su mano.

—Y entonces —dijo—, encontré el puente.

Se detuvo. El silencio se alargó. Jen esperó.

—Estaba debajo del puente, en el barro, con la fiebre y el frío y la sensación de que el mundo entero me había olvidado. Y entonces escuché pasos. Pasos lentos, pausados, de alguien que no tenía prisa. Y una voz que dijo: "¿Tienes frío?"

Malachi cerró los ojos durante medio segundo. Luego los abrió.

—Era Kaeros —dijo—. Tenía treinta y ocho años entonces. Más joven que ahora, claro. Pero ya tenía los ojos grises y la cara de pocos amigos. Se acercó, se agachó junto al puente y me miró. No con miedo. No con asco. Me miró como quien mira a un animal herido que no sabe si morder o dejarse curar.

—¿Y qué hizo? —preguntó Jen, porque el silencio era demasiado pesado para soportarlo.

—Se quedó —respondió Malachi—. Eso hizo. Se quedó. Se sentó en el barro, junto a mí, con su túnica negra y sus botas de cuero y se quedó. No me dijo nada. No me preguntó nada. Simplemente se quedó. Y por primera vez en mi vida, o al menos en la parte de mi vida que recuerdo, alguien no le tuvo miedo a mi fuego.

Jen sintió que algo se movía dentro de ella, algo cálido y doloroso que se parecía a la comprensión.

—Me llevó a su casa —continuó Malachi—. Bueno, no una casa. Una cueva. Una cueva junto a un lago. ¿Te suena?

Jen parpadeó.

—¿El Lago Espejo? —preguntó.

—El mismo —confirmó Malachi—. Kaeros vivía allí entonces, antes de la torre. Antes de Drakheim. Antes de todo. Vivía en una cueva junto al lago, solo, con sus sombras y su dolor. Y me llevó allí. Me curó las quemaduras. Me dio de comer. Me dejó dormir junto al fuego. Y al tercer día, me preguntó algo.

—¿Qué?

—¿Quieres quedarte?

Malachi abrió los ojos. La sonrisa torcida volvió, pero era una sonrisa diferente: más pequeña, más honesta, como la de alguien que ha recordado algo importante.

—Yo no supe qué responder —dijo—. No entendí la pregunta. Nadie me había preguntado nunca si quería quedarme. La gente me preguntaba si quería irme. O no me preguntaba nada y simplemente se iba. Pero Kaeros me preguntó si quería quedarme. Y yo dije que sí. Sin pensar. Sin dudar. Solo dije que sí.

Jen sintió que las lágrimas le caían por las mejillas. No las limpió. Dejó que cayeran.

—Y entonces —continuó Malachi, bajando la voz—, Kaeros hizo algo que no esperaba. Sacó un frasco pequeño, de cristal negro, con un líquido dentro que parecía sombra líquida. Me dijo: "Esto te hará inmortal. No envejecerás. No morirás. Pero tendrás que aceptar el precio." Yo le pregunté cuál era el precio. Y él respondió: "No lo sé. Nadie lo sabe. Pero yo lo acepté y sigo aquí."

Malachi hizo una pausa. El viento soplaba entre las almenas, trayendo el olor a hierba y a tierra mojada. El sol de la mañana les calentaba la cara y abajo, en el valle, el río brillaba como una cinta de plata.

—Acepté —dijo Malachi—. Kaeros vertió una gota de sombra líquida en mi mano. El frío me atravesó el brazo, el pecho, la garganta. Fue como tragar hielo. Y cuando el frío pasó yo seguía ahí. Pero algo había cambiado. Algo dentro de mí se había movido. No supe qué era entonces. No supe qué era durante mucho tiempo.

Se miró las manos de nuevo. Las mismas manos que habían sostenido la copa de cerveza, que habían señalado edificios en la calle, que habían apretado el hombro de Jen cuando ella lo necesitaba.

—No lo supe —repitió—. Hasta que un día intenté recordar el nombre de mi madre. Y no pude.

El silencio que siguió fue tan profundo que Jen pudo oír el latido de su propio corazón.

—No es que lo hubiera olvidado —continuó Malachi, con la voz rota—. Es que nunca lo supe. Nunca lo supe. La gota de sombra me lo borró. Me borró los primeros dieciocho años. Todo. Cada recuerdo. Cada cara. Cada nombre. Cada olor. Todo. Como si alguien hubiera cogido una goma y hubiera borrado la primera parte de mi vida, dejando solo el hueco.

Jen sintió que el mundo se detenía.

—¿Kaeros lo sabe? —preguntó.

—No —respondió Malachi—. No lo sabe. Nunca se lo he contado. Nunca se lo contaré. Porque si se lo cuento, se sentirá culpable. Y Kaeros ya lleva cuatrocientos años cargando con demasiada culpa como para añadir la mía.

—Pero...

—No —interrumpió Malachi, con una firmeza que cortó el aire como un cuchillo—. No me mires así. No me tengas lástima. Yo elegí. Yo acepté. Y si pudiera volver atrás, volvería a aceptar. Porque Kaeros me dio algo que nadie más me había dado: un hogar. Un nombre. Una razón para seguir vivo.

Jen abrió la boca para decir algo, pero no le salieron palabras.

—Mi nombre —dijo Malachi, con una voz más baja que nunca—. Mi nombre real era Emeric. Eso es lo único que recuerdo. No sé de dónde viene. No sé quién me lo puso. Pero es mío. Es lo único que queda de los primeros dieciocho años. Y Kaeros me dio el nombre de Malachi. Vessai. Es el apellido que él eligió para mí. Porque no tengo otro.

Jen sintió que el corazón se le rompía.

—Emeric —repitió, porque necesitaba decirlo, porque necesitaba que alguien lo dijera en voz alta para que fuera real.

Malachi la miró. La sonrisa torcida volvió, pero esta vez era una sonrisa triste, como una vela que se apaga pero que todavía humea.

—Eso es —sentenció—. Ese es mi nombre. El único que tengo. El único que me queda.

Se quedaron en la muralla durante un rato más, sin hablar, dejando que el silencio existiera entre los dos como un espacio compartido que no necesitaba ser llenado. El sol se movía lentamente sobre el valle, cambiando la luz del dorado al plateado y el viento traía el olor a hierba y a tierra mojada.

Jen no dijo nada. No sabía qué decir. Las palabras de Malachi le habían dejado un hueco en el pecho, un vacío que no era suyo pero que sentía como propio. La historia de Emeric, el niño bajo el puente, el fuego que nadie podía tocar, la sombra que borró los recuerdos, todo eso se mezclaba en su cabeza con la marca del

pecho, con la voz de la niebla, con la certeza de que todo lo que había creído sobre sí misma era mentira.

Somos iguales, pensó Jen. *Los dos nos hemos perdido a nosotros mismos. Los dos hemos sido usados por alguien más. Los dos llevamos marcas que no elegimos*.

Malachi se levantó. Se sacudió la túnica, como siempre, con el gesto de alguien que no tiene nada que sacudirse pero que lo hace por costumbre.

—Bueno —dijo y la sonrisa torcida volvió a su lugar, como si el momento de vulnerabilidad fuera un paréntesis que se ha cerrado—. Creo que ya he compartido suficiente intimidad para un día. Si seguimos así, voy a acabar contándote el color de mis calcetines.

Jen casi sonrió. Casi.

—Malachi —dijo.

—¿Qué?

—Gracias. Por contármelo.

Malachi la miró un momento largo. Luego se encogió de hombros.

—No me lo agradezcas —respondió—. No te lo he contado por ti. Te lo he contado porque necesitaba decírselo a alguien. Y tú eres la primera persona en cuatrocientos años que me ha escuchado sin llorar.

Jen parpadeó.

—¿La gente llora cuando te escucha?

—La última vez que se lo conté a alguien, esa persona lloró durante tres días. Fue muy incómodo. Tuve que comprar cerveza para que parara.

Jen soltó una risa que le salió del estómago, una risa húmeda y temblorosa que mezclaba el alivio y la compasión y algo que se

parecía peligrosamente a la ternura.

Malachi le dedicó una sonrisa torcida, la más honesta que Jen le había visto.

—Así me gusta —sentenció—. La niña del agua riendo. Es un buen comienzo.

Se giró hacia la escalera de la muralla y empezó a bajar. Jen lo siguió. Cuando llegaron al patio de armas, Malachi se detuvo y se volvió hacia ella.

—Oye, Jen —dijo.

—¿Qué?

—No sé qué te ha pasado anoche. No sé por qué tienes esa cara. No sé qué es esa marca que llevas en el pecho y que brilla cuando las sombras están cerca.

Jen sintió que el corazón se le detenía.

—Sí, la he visto —confirmó Malachi, con una voz que ya no tenía nada de humorística—. La primera vez que te vi en la taberna, la sentí. Hueles a agua, pero también hueles a algo más. Algo frío. Algo que no es tuyo.

Jen tragó saliva.

—No me lo expliques —dijo Malachi, levantando una mano—. No ahora. Cuando estés lista. Si es que alguna vez estás lista. Pero quiero que sepas algo.

—¿Qué?

—Da igual lo que lleves dentro. Da igual si es una marca del Conquistador o una marca de otro mundo o una marca de lo que sea. Lo que llevas dentro no te define. Te define lo que haces con ello.

Jen sintió que los ojos se le humedecían de nuevo.

—¿Y tú? —preguntó—. ¿Qué haces con lo que llevas dentro?

Malachi la miró. La sonrisa torcida volvió, pero esta vez era una sonrisa cálida, como la de alguien que ha encontrado una razón para seguir sonriendo.

—Yo —dijo— me paso el día riendo para no llorar. Y por las noches, cuando nadie me ve, voy a la torre de Kaeros y me siento en la escalera y lo escucho toser niebla negra y me quedo ahí. Porque él se quedó conmigo bajo el puente. Y yo me quedo con él en la torre. Es lo único que sé hacer bien.

Malachi se dio la vuelta y caminó hacia la torre de cristal negro, con ese paso que era mitad andar y mitad rebotar, con esa energía contenida que hacía que cada gesto pareciera un fuego que se niega a apagarse.

Jen lo vio alejarse, con el cabello rojo brillando bajo el sol de la mañana como brasas que se niegan a morir y pensó que Malachi era, posiblemente, la persona más rota y más entera que había conocido en su vida.

Emeric, pensó. *Su nombre es Emeric. Y nadie lo sabe. Solo yo. Y eso me hace responsable*.

Se llevó la mano al pecho. La marca seguía ahí, fría, silenciosa, paciente. Pero debajo de la marca, la corriente subterránea seguía fluyendo. Y ahora, junto a esa corriente, había algo nuevo: el peso de un nombre que nadie recordaba, la historia de un niño bajo un puente y la certeza de que, en un mundo de mentiras, una verdad compartida era lo más valioso que existía.

Malachi había perdido sus recuerdos. Jen había perdido su identidad. Kaeros había perdido a su esposa. Los tres estaban rotos. Los tres llevaban marcas que no habían elegido. Y los tres seguían de pie.

Quizás eso es lo que significa ser fuerte, pensó Jen mientras caminaba hacia la taberna de Brokk. **No es no caerse. Es caerse y*

levantarse. O, al menos, caerse y no quedarse en el suelo.*

El sol de la mañana calentaba las calles de Drakheim. Los vendedores abrían sus puestos. Los niños corrían por los callejones. Y en algún lugar, en la torre de cristal negro, Kaeros miraba al horizonte con la cara de alguien que busca algo que ya no existe.

Pero ahora Jen sabía algo que no sabía antes: que Kaeros no estaba solo. Que Malachi estaba ahí, sentado en la escalera, escuchándolo toser. Que ella estaba ahí, con una marca en el pecho y un nombre secreto en el corazón.

Y eso, en un mundo de mentiras, era suficiente.

CAPÍTULO 9



"La cena de los tres"

Kaeros se preparó para la cena como quien se prepara para una batalla.

No con armadura ni con espada, sino con la misma disciplina mental que había perfeccionado durante cuatrocientos años de soledad: vaciar la mente, endurecer el pecho, recordar que los sentimientos son grietas y que las grietas se sellan con silencio. Se lavó las manos con agua fría hasta que los nudillos le dolieron. Se peinó el pelo hacia atrás con los dedos, sin mirarse en el espejo porque los espejos le recordaban que seguía teniendo la misma cara que tenía cuando Aelith murió y eso era, a estas alturas, una tortura que prefería evitar. Se puso la túnica negra de siempre, la que olía a humo de chimenea y a cuatro siglos de noches sin dormir, y se quedó de pie en el centro de su aposento, con las manos cruzadas a la espalda, mirando la mesa que había mandado preparar.

Tres sitios. Tres platos. Tres copas.

La primera vez que cenaba con alguien que no fuera Malachi en más de doscientos años.

Esto es una estupidez, pensó Kaeros, y la voz en su cabeza sonó sospechosamente a la de Malachi cuando se burlaba de los soldados. *Has sobrevivido a cuatro siglos de guerras, de traiciones, de noches en las que las sombras te devoran por dentro, y ahora estás nervioso porque una chica de veintitrés años va a sentarse en tu mesa y comer tu comida.*

No estaba nervioso. Kaeros no se ponía nervioso. Kaeros era frío como la piedra de las montañas y duro como el acero de las espadas. Kaeros no sentía nada. Llevaba cuatrocientos años sin sentir nada y tenía la intención de seguir así otros cuatrocientos.

Pero entonces recordó la forma en que Jen había caído de rodillas en la plaza, con el agua brotando de sus manos y los ojos llenos de una rabia que era más parecida al dolor que a la furia, y sintió algo que no debería sentir. Algo cálido. Algo que se parecía peligrosamente al reconocimiento.

Tiene su forma de caer, había murmurado aquella noche, sin querer, sin pensar, con la voz de alguien que ha visto un fantasma. Y desde entonces, la frase no lo había dejado en paz.

No era Aelith. Lo sabía. Aelith estaba muerta desde hacía cuatrocientos años, enterrada en un bosque que ya no existía, con un nombre que el Conquistador le había arrebatado igual que le había arrebatado todo lo demás. Jen no era Aelith. Jen era una semihumana de ojos grises y manos huesudas que venía de un lago y que olía a agua fresca en un mundo que olía a ceniza.

Pero se caía igual.

La misma forma. La misma torpeza. La misma manera de poner las manos hacia adelante, como si quisiera atrapar el suelo antes de que el suelo la atrapara a ella.

Cállate, se ordenó Kaeros, apretando los dientes. *Cállate y deja de buscarla en personas que no son ella. Aelith está muerta. Y tú estás vivo. Y eso es exactamente lo que el Conquistador quería.*

La puerta de su aposento se abrió sin llamar.

—Se dice "adelante" antes de entrar —espetó Kaeros sin girarse.

—Llevo cuatrocientos años entrando sin llamar —respondió Malachi, con esa voz que era mitad sonrisa y mitad provocación—. Si no te has acostumbrado ya, el problema es tuyo.

Malachi entró con su paso habitual, ese que era mitad andar y mitad rebotar, como si el suelo fuera un trampolín y él estuviera considerando seriamente usarlo. Se dejó caer en una silla con la elegancia de un saco de patatas y se miró alrededor con los ojos de carbón entrecerrados.

—Tres sitios —observó, señalando la mesa con el dedo—. ¿Cenamos en sociedad hoy?

—Jen vendrá —sentenció Kaeros, con un tono que pretendía ser neutro y sonó a cualquier cosa menos neutro.

Malachi lo miró. La sonrisa torcida se movió ligeramente, como un animal que detecta algo interesante.

—¿Jen? —repitió, saboreando el nombre—. ¿La niña del agua? ¿La que te lanzó látigos en la plaza? ¿La que vomitó cuando la derrotaste?

—No la derroté. La dejé ir.

—Claro. Porque tú eres así de generoso. Dejas ir a todo el mundo. Por eso llevas cuatrocientos años solo.

Kaeros lo fulminó con la mirada. Malachi no se inmutó. Llevaba demasiados años aguantando esas miradas como para amilanarse ante una más.

—¿Por qué la invitas? —preguntó Malachi, con un tono que era mitad curiosidad y mitad algo más peligroso.

—Porque quiero entender qué es —respondió Kaeros, y la mentira le supo a ceniza.

Malachi lo miró un momento largo. Luego se encogió de hombros.

—Claro. Porque quieres entender qué es. No porque te guste. No porque te recuerde a alguien. No porque cuando la miras, se te olvida que llevas cuatrocientos años muerto por dentro. Solo porque quieres entender qué es.

—Malachi.

—¿Qué?

—Cállate.

—Me callo.

No se calló. Nunca se callaba. Pero al menos dejó de hablar durante los siguientes diez minutos, que era lo más cerca del silencio que Malachi podía permitirse sin asfixiarse.

Cuando Jen entró en el aposento, Kaeros sintió que el aire se espesaba.

No fue un cambio físico. No hubo un ruido, ni un destello, ni una alteración visible en el espacio. Simplemente, el aire se volvió más denso, como si la habitación hubiera contenido la respiración. Jen estaba en el umbral, con la túnica gris de siempre, el pelo recogido en un moño apretado que le tiraba de las sienes, y los ojos del color del cielo nublado mirando a su alrededor con una mezcla de miedo y curiosidad que a Kaeros le pareció devastadoramente familiar.

Aelith miraba así o no, es solo el sentimiento, pensó, y la idea le golpeó como un puñetazo en el centro del pecho. *Con miedo y

curiosidad al mismo tiempo. Como si el mundo fuera un libro que quería leer pero que le daba miedo abrir.*

Cállate, se ordenó Kaeros por segunda vez esa noche. *No es ella. No es ella. Nunca será ella.*

—Entra —dictaminó, con una voz que sonó más fría de lo que pretendía.

Jen entró. Malachi se levantó de la silla con un movimiento que era mitad cortesía y mitad espectáculo y le ofreció el asiento con una reverencia exagerada.

—Para la dama del agua —sentenció Malachi, con un tono de servidor que era tan falso como su sonrisa—. El mejor sitio de la mesa. El que está más lejos del señor de las sombras, por si decide lanzarle algo.

—No voy a lanzarle nada —gruñó Kaeros.

—Eso decías la última vez, y acabaste tirando un hueso de fruta a un guardia.

Jen casi sonrió. Casi. La sonrisa llegó hasta la comisura de sus labios y se quedó ahí, como una invitación que no terminaba de aceptarse.

Kaeros la vio casi sonreír y sintió algo que no debería sentir.

Peligro, pensó. *Esto es peligroso. No por ella. Por mí.*

Se sentaron. Kaeros en la cabecera, Jen a su derecha, Malachi a su izquierda. La mesa estaba preparada con más cuidado del habitual: manteles limpios, platos de peltre bruñido, velas que proyectaban una luz cálida sobre las paredes de piedra. Kaeros no recordaba haber mandado preparar todo eso. Probablemente había sido Malachi. El maldito siempre sabía cuándo algo importante iba a pasar antes de que pasara.

La cena empezó en silencio. Kaeros cortó la carne con parsimonia, sin levantar la vista. Malachi comió con las manos, como siempre, salpicando salsa sobre el mantel con la generosidad de un pintor que trabaja a gran escala. Jen apenas tocó la comida, moviendo los cubiertos con la torpeza de alguien que no está acostumbrada a usarlos.

Kaeros lo vio desde el rabillo del ojo. Jen sujetaba el tenedor empuñado, como un cuchillo, con los nudillos blancos por la fuerza. La carne del plato estaba cortada en trozos irregulares, algunos demasiado grandes para la boca, otros tan pequeños que parecían migas. Intentaba clavarlos con el tenedor y llevarlos a la boca con la misma expresión de concentración que ponía cuando atacaba con los látigos de agua: los dientes apretados, el ceño fruncido, la mandíbula tensa. Un trozo se le escapó del plato y rodó por el mantel. Jen lo miró con la expresión de alguien que acaba de cometer un crimen imperdonable.

—¿Problemas con la comida? Me pregunto si no estás acostumbrada a comer en lugares distinguidos —dijo Kaeros.

Jen se congeló.

—Por supuesto que estoy acostumbrada —mintió rápidamente.

El pensamiento le produjo algo que no debería producirle: una punzada de algo que se parecía peligrosamente a la compasión.

No, se dijo Kaeros, apretando los dientes hasta que la mandíbula le dolió. *No compadezcas. La compasión es una grieta. Y las grietas se sellan con silencio.*

Pero entonces Jen volvió a intentar clavar un trozo de carne. El tenedor resbaló. El trozo salió disparado y aterrizó en el mantel de Malachi, que lo miró con la expresión de un hombre que ha recibido un regalo que no esperaba.

—Vaya —dijo Malachi, recogiendo el trozo de carne con los dedos y llevándoselo a la boca—. Gracias. Estaba buscando algo más que

comer y he aquí que la providencia me lo entrega.

Jen enrojeció hasta las orejas. Las manos le temblaron sobre la mesa. Algo cruzó sus ojos, algo rápido y doloroso, como una ola que se forma en la superficie de un lago tranquilo y que se lleva todo lo que encuentra por delante. Vergüenza. Pura, desnuda, devastadora vergüenza.

Kaeros la vio y sintió que algo se rompía dentro de él.

Antes de que su mente pudiera detenerlo, antes de que la voz en su cabeza pudiera gritarle "no lo hagas, no te acerques, no la ayudes", Kaeros tomó el plato de Jen con una mano y lo colocó frente a sí. Con la otra, cogió su propio cuchillo —uno de los buenos, afilado, que cortaba la carne como si fuera mantequilla— y empezó a cortar.

Con cuidado. Con precisión. Trozos regulares, del tamaño justo para una boca pequeña. No dijo nada. No la miró. Simplemente cortó, con la misma parsimonia con la que cortaba todo: despacio, sin prisa, como si el acto de cortar carne fuera un ritual sagrado que merecía toda su atención. Cuando terminó, devolvió el plato a Jen.

Silencio.

Jen miró los trozos de carne. Miró a Kaeros. Miró los trozos de carne de nuevo. Algo cruzó sus ojos, algo que Kaeros no supo identificar pero que le hizo apartar la vista antes de que pudiera reconocerlo.

—Gracias —susurró.

Kaeros no respondió. Se quedó mirando su propio plato, que ahora estaba vacío porque había cortado la carne de Jen en lugar de la suya, y sintió que las orejas le ardían.

Estúpido, pensó. *Estúpido, estúpido, estúpido. ¿Qué clase de tirano le corta la carne a su enemiga? ¿Qué clase de monstruo se preocupa por si una desconocida sabe usar un tenedor?*

El tipo de monstruo que lleva cuatrocientos años solo, respondió una voz más pequeña, más antigua, más suya. *El tipo de monstruo que ha olvidado lo que es preocuparse por alguien y que, cuando lo hace, no sabe cómo parar.*

Malachi, que había observado toda la escena con la atención de un gato que vigila a un ratón, dejó de comer y carraspeó.

—Vaya —sentenció Malachi, con una sonrisa que era mitad diversión y mitad algo más tierno—. En cuatrocientos años nunca me has cortado la carne a mí.

—Tú tienes manos —espetó Kaeros.

—Ella también tiene manos.

—Las suyas están ocupadas.

—¿Ocupadas haciendo qué?

—Sosteniendo el tenedor.

—Mal —replicó Malachi—. Sosteniendo mal el tenedor. Pero eso no es excusa para que mi lord personal se ponga a hacer de cocinero.

Kaeros lo fulminó con la mirada. Malachi no se inmutó. Nunca se inmutaba.

—Por cierto —añadió Malachi, con la naturalidad de quien comenta el tiempo—, si algún día decides cortarme la carne a mí, prefiero los trozos grandes. Me gusta masticar. Es lo único que me queda de cuando era humano.

—Eres un idiota —gruñó Kaeros.

—Y tú eres un sentimental disfrazado de tirano. Entre los dos formamos un equipo estupendo.

Jen, que había estado escuchando el intercambio con una expresión que era mitad vergüenza y mitad algo más cálido, soltó

una risa que le salió del estómago. No era una risa grande ni escandalosa, pero era una risa, y Kaeros la escuchó y sintió que algo se movía dentro de él, algo cálido y peligroso que debería haber dejado de existir hace cuatrocientos años.

No, se repitió. *No. No. No.*

Pero el "no" no funcionaba. Nunca había funcionado.

La cena avanzó entre silencios tensos y explosiones de humor de Malachi que eran la única razón por la que el ambiente no se congelaba del todo. Malachi contó la historia de un soldado que soñó que era un arenque y se presentó al servicio nadando. Contó la historia de un guardia que se quedó dormido en la muralla y fue encontrado por la mañana con un gato dormido en la cabeza. Contó la historia de un cocinero que confundió la sal con el azúcar y envenenó a medio ejército con unas natillas que sabían a agua de mar.

Jen reía. No mucho, no fuerte, pero reía. Cada risa era una grieta pequeña en la armadura que había construido alrededor de sí misma durante veintitrés años, y cada grieta dejaba entrar un poco de luz.

Kaeros la escuchaba reír y sentía que algo se movía dentro de él, algo cálido y peligroso que debería haber dejado de existir hace cuatrocientos años.

En un momento de silencio, cuando Malachi se levantó a buscar más cerveza y los dos se quedaron solos en la mesa, Jen habló.

—Kaeros —dijo, con una voz que intentaba ser casual y sonaba a cualquier cosa menos casual.

—¿Qué?

—He visto una estatua en la plaza del Mercado Viejo. Una mujer. La placa dice "Aelith. El mundo no te merecía."

El aire se congeló.

No fue una metáfora. El aire literalmente se enfrió, como si alguien hubiera abierto una ventana al invierno. Las sombras de Kaeros se tensaron alrededor de él, moviéndose con más rapidez, como animales que detectan peligro. Las velas parpadearon.

Kaeros no respondió durante un momento largo. Luego, con una voz que sonaba como si la hubieran pasado por papel de lija:

—¿Por qué preguntas?

—Porque quiero saber —respondió Jen, y su voz era firme a pesar de que el aire se había vuelto frío—. Quién era. Qué le pasó. Por qué hay una estatua suya en medio de la plaza.

Kaeros la miró. Los ojos grises la encontraron en la penumbra, brillando como plata fundida bajo la luz de las velas. Jen sostuvo la mirada. No pestañeó. No apartó la vista.

Es valiente, pensó Kaeros, y la idea le supo a algo que no sabía nombrar. *Valiente o estúpida. Probablemente las dos cosas.*

—Era mi esposa —respondió Kaeros.

La palabra cayó en el silencio como una piedra en un pozo. Jen no se movió. No dijo nada. Simplemente esperó.

—Murió —añadió Kaeros, y la voz se le quebró ligeramente, como una rama que se dobla bajo el peso de la nieve—. Hace mucho tiempo.

—¿Cómo? —preguntó Jen.

—El Conquistador la mató.

El silencio que siguió fue tan denso que se podía cortar. Las sombras de Kaeros se movían alrededor de él con más agitación, como un animal herido que busca refugio. Las velas parpadearon de nuevo.

—Lo siento —susurró Jen.

Kaeros no respondió. Se quedó mirando el plato vacío, con las manos apoyadas sobre la mesa y los dedos ligeramente curvados, como si sostuviera algo invisible.

No le cuentes más, se ordenó. *No le cuentes que tenía veintiocho años. No le cuentes que la mató delante de ti. No le cuentes que aceptaste la inmortalidad porque no podías vivir sin ella. No le cuentes nada.*

No es ella. No es Aelith. No te debe nada.

—Lo siento —repitió Jen, con una voz más firme—. De verdad.

Kaeros levantó la vista. Los ojos de Jen lo encontraron en la penumbra, y por un instante, solo un instante, vio algo en ellos que no esperaba: comprensión. No lástima. No curiosidad. Comprensión. Como si Jen supiera lo que es perder algo que amas y que no puedes recuperar.

Por supuesto que lo sabe, pensó Kaeros. *Todos los reinos han perdido algo. Sabe lo que es perder.*

—Gracias —murmuró Kaeros, y la palabra le supo a algo que no había dicho en mucho tiempo.

Malachi volvió con la cerveza y la tensión se disipó, como siempre hacía cuando Malachi estaba presente. El semihumano de fuego tenía un don para llenar los silencios incómodos con palabras que no decían nada pero que hacían que el aire se moviera.

La cena terminó tarde. Las velas se habían consumido hasta la mitad, y el aire de la habitación olía a vino, a cera caliente y a la mezcla imposible de humo de Malachi y agua fresca de Jen. Jen se levantó para irse, y Kaeros se levantó con ella, porque no sabía qué más hacer y porque quedarse sentado mientras ella se iba le

parecía, por alguna razón que no podía explicar, peor que cualquier batalla.

—Gracias por la cena —dijo Jen, en el umbral.

—La carne estaba dura —respondió Kaeros.

—Estaba buena.

—Mientes.

—Miento fatal. Lo sé. Malachi me lo ha dicho.

Kaeros casi sonrió. Casi. La sonrisa llegó hasta la comisura de sus labios y se quedó ahí, como un fantasma que no termina de materializarse.

—Buenas noches —dijo Jen.

—Buenas noches —respondió Kaeros.

Jen se fue por el pasillo, con los pasos ligeros de alguien que ha comido en una mesa por primera vez en su vida y que todavía sabe a vino en la lengua. Malachi la siguió, con su paso que era mitad andar y mitad rebotar, silbando una melodía que sonaba sospechosamente a una canción de cortejo.

Kaeros se quedó solo en la habitación. Se acercó a la ventana. El cielo nocturno de Drakheim se extendía ante él como un techo de terciopelo gris, salpicado de estrellas que brillaban con una intensidad que nunca dejaba de sorprenderle después de cuatrocientos años.

Se llevó la mano al pecho. Debajo de la piel, debajo de las sombras, algo había cambiado. Algo cálido. Algo vivo. Algo que no debería existir después de cuatrocientos años de soledad.

Aelith, pensó. *¿Me perdonarías? ¿Me perdonarías si te dijera que hay alguien que se cae igual que tú, que llora igual que tú, que mira el mundo con los mismos ojos que tú? ¿Me perdonarías si te

dijera que por primera vez en cuatrocientos años, quiero seguir vivo? *

La pregunta se quedó flotando en el aire, sin respuesta. Las estrellas parpadeaban sobre Drakheim. El viento soplaba entre las almenas. Y en algún lugar, en una habitación de un albergue llamado "La Cama Dura", Jen Delay se llevó la mano al pecho y sintió que la marca del Conquistador, por primera vez desde que la descubrió, no estaba tan fría.

Kaeros cerró los ojos. La imagen de Jen casi sonriendo se grabó en su retina como una marca que no podía borrar.

Esto es peligroso, pensó. *Esto es lo más peligroso que me ha pasado en cuatrocientos años. Más que la guerra. Más que el Conquistador. Más que las sombras que me devoran por dentro.*

Porque esto no me va a matar el cuerpo. Esto me va a matar el alma.

Abrió los ojos. Las estrellas seguían ahí. El viento seguía soplando. Y Jen seguía existiendo en algún lugar de Drakheim, con la marca en el pecho y el agua en las venas y una forma de caer que era exactamente igual a la de una mujer muerta hacía cuatrocientos años.

—Maldita seas, Jen Delay —murmuró Kaeros, y su voz sonó como la de un hombre que ha perdido una batalla que no sabía que estaba librando.

En el pasillo, al otro lado de la puerta, Malachi se apoyó contra la pared con los brazos cruzados y la sonrisa torcida puesta. Había escuchado todo. Naturalmente.

—Por fin —susurró para sí mismo, con una voz que sonaba a alivio y a esperanza y a algo que llevaba cuatrocientos años esperando decir—. Por fin.

CAPÍTULO 10



"El peso de los siglos"

No durmió.

No era nuevo. Llevaba cuatrocientos años sin dormir bien, y las noches en las que el sueño se negaba a venir eran más frecuentes que las que no. Pero esta noche era diferente. Esta noche, cada vez que cerraba los ojos, veía el rostro de Jen llorando sobre un helado de fresa, y el llanto se convertía en otro llanto, de otro tiempo, de otra mujer, de otro mundo que ya no existía.

Kaeros se levantó de la cama. El frío de la piedra le caló los pies descalzos. La ventana estaba abierta, y el viento nocturno de Drakheim le azotaba la cara con su olor a metal y a humo. Las estrellas brillaban sobre las montañas, las mismas estrellas que había visto durante cuatrocientos años, las mismas que habían brillado aquella noche en el bosque, cuando todo era diferente, cuando él era diferente, cuando el mundo todavía tenía sentido.

Se apoyó en el marco de la ventana y cerró los ojos.

Y el recuerdo vino, como siempre venía, sin avisar, sin permiso, como un ladrón que entra por la ventana que dejaste abierta.

Se llamaba Thalion.

No Kaeros. Thalion. Era un nombre antiguo, un nombre de los bosques, un nombre que olía a hojas mojadas y a tierra húmeda y a la luz del sol filtrándose entre las ramas de los árboles más viejos del mundo. Su madre se lo había puesto el día de su nacimiento, con esa sonrisa que tenían las madres elfas cuando ven al mundo por primera vez a través de los ojos de su hijo.

Thalion tenía treinta y ocho años cuando el mundo se acabó. Treinta y ocho años de una vida que ahora le parecía un sueño que alguien había tenido y que se había borrado al despertar. Vivía en un bosque, en una cabaña de madera y piedra que él mismo había construido con las manos, junto a un río que cantaba cuando llovía y que se callaba cuando nevaba. No era un guerrero. No era un rey. No era nadie, al menos no a los ojos del mundo. Era un elfo que vivía en un bosque y que amaba a una mujer.

Aelith.

El nombre le llegó como siempre le llegaba: como un cuchillo clavándose entre las costillas, suave y devastador al mismo tiempo. No era un nombre de elfa. Era un nombre humano, un nombre corto y dulce que sonaba a campanas pequeñas y a flores silvestres y a la risa de alguien que no tiene miedo de reír alto.

Aelith era humana. Thalion siempre había pensado que eso era lo más hermoso de ella: que era humana. Que tenía la piel suave y cálida, no la frialdad plateada de los elfos. Que sus ojos eran del color de la miel cuando el sol la toca, no del color del hielo. Que reía con toda la boca, con los dientes descubiertos y los ojos cerrados y los hombros sacudiéndose, como si la risa fuera algo que le salía de dentro sin pedir permiso.

Los otros elfos del bosque no entendían. Los elfos no se casaban con humanos. Los elfos veían a los humanos como criaturas breves, pasajeras, como mariposas que viven un día y luego se van. ¿Para qué quería un elfo casarse con alguien que iba a morir en unas pocas décadas?

Thalion nunca les respondió. No hacía falta. Cuando Aelith le cogía de la mano y lo arrastraba por el bosque, riendo, señalando un nido de pájaros o un hongo con forma de sombrero o un rayo de sol que se colaba entre las hojas como un dedo de oro, Thalion sabía que la respuesta era esa: para esto. Para esta mano. Para esta risa. Para este momento exacto en el que el mundo era pequeño y cálido y tenía sentido.

Se casaron en primavera, bajo un roble que tenía trescientos años y que parecía haber esperado toda su vida para ser testigo de algo así. Aelith llevaba un vestido blanco que ella misma había cosido, con puntadas torcidas que Thalion encontró perfectas. Thalion llevaba una túnica verde que olía a hierba recién cortada. No hubo invitados, solo los pájaros y el viento y el río que cantaba como si supiera que estaba pasando algo importante.

Aelith le dijo: "Te elijo. Te elijo hoy, mañana, y todos los días que me queden."

Thalion le respondió: "No te alcanzan los días que te quedan. Necesitarías una eternidad."

"Eso es mucho tiempo," dijo ella riendo.

"Lo sé," respondió él. "Por eso voy a pedirle al bosque que me lo dé."

Vivieron juntos durante siete años. Siete años que Thalion ahora guardaba como quien guarda una vela encendida en una habitación oscura: con cuidado, con la certeza de que si la suelta, se apagará y no habrá forma de encenderla de nuevo.

Siete años de mañanas en las que Aelith se despertaba primero y le preparaba pan con miel, aunque el pan siempre le quedaba demasiado duro y la miel siempre se le caía en la camisa. Siete años de tardes en las que paseaban por el bosque y ella le señalaba cosas que él no veía: la forma de un ciervo entre los árboles, el reflejo de la luna en el río, la primera estrella del atardecer. Aelith veía el mundo de una manera que Thalion no podía entender: lo veía como si fuera la primera vez, cada vez, como si la belleza fuera algo que se renueva cada mañana y que solo hay que abrir los ojos para descubrir.

Siete años de noches en las que se tumbaban en la hierba y miraban las estrellas, y Aelith le preguntaba los nombres de las constelaciones, y él se los inventaba porque no conocía ninguno, y ella se reía y decía: "Mientes. Eso no es una constelación. Eso es un gato borracho." Y él respondía: "Los gatos borrachines también son estrellas." Y ella reía más.

Siete años de una vida pequeña, perfecta, irrelevante para el mundo. Una vida que el mundo ni siquiera sabía que existía.

Hasta que el Conquistador apareció.

No hubo aviso. No hubo presagio. No hubo niebla ni oscuridad ni el sonido de un tambor lejano anunciando la catástrofe. Simplemente, una noche, mientras Thalion y Aelith dormían abrazados en su cabaña de madera y piedra, la puerta se abrió.

Thalion se despertó con la sensación de que algo estaba mal. No sabía qué. El bosque estaba en silencio. El río cantaba. Las estrellas brillaban. Pero algo había cambiado. Algo en el aire era diferente. Algo en la oscuridad era más oscuro.

Se incorporó en la cama. Aelith dormía a su lado, con el pelo desparramado sobre la almohada y los labios entreabiertos, respirando con esa suavidad que Thalion había aprendido a reconocer como el sonido más bonito del mundo.

Y entonces vio la sombra.

No era una sombra normal. No era la sombra de un árbol o de una silla o de la ventana. Era una sombra que se movía sola, que se arrastraba por el suelo como un animal, que se enroscaba en las patas de la mesa y trepaba por las paredes como una enredadera negra. Una sombra que no pertenecía a nada.

Thalion se levantó de la cama. El frío le mordió los pies descalzos. La sombra se detuvo en el centro de la habitación, como si lo estuviera esperando.

Y de la sombra salió una voz.

No era una voz humana. No era una voz de elfo. Era una voz que venía de algún lugar más profundo, más antiguo, más oscuro. Una voz que sonaba como la niebla cuando se arrastra por el suelo: suave, ineludible, fría.

"Eres Thalion," sentenció la voz. "Vives en este bosque con una mujer humana. La amas. Ella te ama. Han sido siete años felices."

Thalion no respondió. No podía. El terror le había paralizado la garganta.

"Siete años," repitió la voz. "Es mucho tiempo. Más de lo que mereces. Más de lo que ella merece."

Y entonces la sombra se movió.

No hacia Thalion. Hacia la cama. Hacia Aelith.

Thalion gritó. Lanzó su poder de sombras contra la oscuridad, intentando bloquear, intentando proteger, intentando hacer cualquier cosa que impidiera que aquella sombra ajena tocara a la mujer que amaba. Pero sus sombras eran débiles, primitivas, como un niño que intenta detener un río con las manos. La sombra del Conquistador las atravesó sin detenerse, como si fueran papel.

La mano de la sombra tocó el hombro de Aelith.

Aelith abrió los ojos.

No gritó. No lloró. Miró a Thalion con esos ojos de color miel y le dijo, con una voz que era más tranquila de lo que nadie tiene derecho a ser cuando la muerte está tocando su hombro:

"Te elijo. Te elijo hoy, mañana, y todos los días que me queden."

Y entonces la sombra la apretó.

Thalion vio cómo la vida salía de Aelith como agua de un vaso volcado. No fue doloroso, al menos eso esperaba. No hubo sangre. No hubo grito. Solo un suspiro, suave, como el sonido que hace el viento cuando pasa entre las hojas. Y luego, silencio.

Aelith tenía veintiocho años.

Thalion no recordaba lo que pasó después. Había un hueco en su memoria, como si alguien hubiera arrancado las páginas de un libro y las hubiera tirado al fuego. Lo que sí recordaba era la voz de la niebla, hablándole desde la oscuridad, con esa calma que es más aterradora que cualquier grito.

"Ahora sabes lo que es perder," sentenció la voz. "Ahora sabes lo que es el dolor. Y ahora te ofrezco algo que nadie más puede ofrecerte: la inmortalidad. Acepta el mando de Draevorn. Gobierna en mi nombre. Y algún día, cuando hayas demostrado tu lealtad, te devolveré a Aelith."

Thalion sabía que era una mentira. Lo sabía en algún lugar profundo de su ser, en ese rincón del alma que el dolor no puede alcanzar porque está demasiado hondo. Sabía que el Conquistador no iba a devolverle a Aelith. Sabía que la inmortalidad no era un regalo sino una cadena. Sabía que aceptar significaba convertirse en lo que había jurado destruir.

Pero aceptó.

Porque en aquel momento, con el cuerpo de Aelith todavía caliente a su lado y la niebla envolviendo la cabaña como un sudario, Thalion no podía pensar. Solo podía sentir. Y lo que sentía era un

agujero tan profundo, tan oscuro, tan absoluto, que cualquier cosa que pudiera llenarlo, aunque fuera una mentira, aunque fuera una cadena, aunque fuera la condena eterna, era mejor que quedarse vacío.

"Tu nombre," dijo la niebla. "Dame tu nombre."

Thalion abrió la boca. Las palabras salieron como sangre de una herida.

"Thalion," dijo. "Me llamo Thalion."

"No," respondió la niebla. "Te llamas Kaeros. El que olvida. Porque olvidarás. Olvidarás todo. Olvidarás su cara. Olvidarás su voz. Olvidarás tu propio nombre. Y cuando ya no recuerdes nada, serás útil. Porque los hombres que no recuerdan no tienen nada que perder."

Thalion cerró los ojos. Las sombras entraron en su cuerpo como agua en un pozo: frías, oscuras, imparables. Sintió cómo le recorrían las venas, cómo se instalaban en sus huesos, cómo le borraban los recuerdos como alguien borra una palabra de un papel.

El último recuerdo feliz que tuvo de Aelith fue su risa. Esa risa que asustaba a los pájaros, que llenaba el bosque como el canto de un río, que le decía, sin palabras, que el mundo era hermoso y que valía la pena vivirlo.

Luego, la risa se fue.

Y Thalion se fue con ella.

Kaeros abrió los ojos. El frío de la ventana le mordía la cara. Las estrellas seguían ahí, las mismas de siempre, las mismas de cuatrocientos años. El viento soplaba entre las almenas de Drakheim, trayendo el olor a metal y a humo y a la ciudad que él gobernaba sin querer gobernar.

Se llevó la mano al pecho. Debajo de la piel, debajo de las sombras, algo seguía ahí. No era un recuerdo. Los recuerdos se habían ido hacía mucho tiempo, borrados por la niebla del Conquistador como alguien borra una palabra de un papel. Era algo más profundo. Un eco. Un residuo. La sensación de que alguien le había dicho "te elijo" y de que esa frase seguía resonando en algún lugar de su cuerpo, aunque ya no pudiera ponerle un rostro ni un nombre.

Aelith, pensó. Y el nombre le supo a algo que ya no sabía nombrar.

Había pasado cuatrocientos años. Cuatrocientos años de sombras, de soledad, de noches en las que miraba al horizonte buscando algo que ya no existía. Cuatrocientos años de no recordar su propio nombre, de no recordar la voz de la mujer que amó, de no recordar nada excepto la sensación de que algo le habían arrebatado y que no podía recuperar.

Y ahora había Jen.

Una chica que venía de un lago, era inevitable saberlo porque sus sombras lo sabían todo, y que olía a agua fresca y que se caía igual que Aelith. La misma torpeza. La misma forma de poner las manos hacia adelante. La misma manera de mirar el mundo como si fuera la primera vez.

Veintiocho años, pensó Kaeros. *Aelith murió con veintiocho. Jen tiene la misma edad.*

La cuenta le heló la sangre. No sabía por qué. No sabía qué significaba esa coincidencia. No sabía si era casualidad o diseño. Solo sabía que algo dentro de él, algo que no era un recuerdo sino un instinto, le gritaba que Jen y Aelith estaban conectadas de alguna manera que no podía entender.

No es ella, se dijo Kaeros. *No es Aelith. Aelith está muerta. Murió hace cuatrocientos años. Jen es otra persona. Una persona diferente, con una vida diferente, con un destino diferente.*

Pero entonces, ¿por qué se caía igual?

Porque no era cierto. No se caía igual, tampoco se reía igual. Pero Jen, de alguna forma le hacía revivir algo que creyó muerto. Su alma resonaba con ella, su corazón empezaba a latir después de 400 años detenido en seco.

No se parecía en nada a Aelith y al mismo tiempo, le aterraba igual.

Esto es peligroso, pensó Kaeros. *Esto es lo más peligroso que me ha pasado en cuatrocientos años. Porque si Jen es lo que creo que es... entonces el Conquistador lo hizo a propósito. Entonces me la envió como un cuchillo hecho a medida de mi herida. Entonces todo esto es una trampa.*

Pero otra voz, más pequeña, más antigua, más suya, respondió: *¿Y si no es una trampa? ¿Y si es una segunda oportunidad? ¿Y si el mundo te debe algo y por fin ha decidido pagártelo?*

Kaeros abrió los ojos. Las estrellas seguían ahí. El viento seguía soplando. Y Jen seguía existiendo en algún lugar de Drakheim, con su marca en el pecho y su agua en las venas y su forma de caer que era exactamente igual a la de una mujer muerta hacía cuatrocientos años.

Maldita seas, Jen Delay, pensó Kaeros. *Maldita seas por hacerme recordar lo que no quiero recordar. Maldita seas por hacerme sentir lo que no quiero sentir. Maldita seas por existir.*

Se apartó de la ventana. Se acercó a la mesa donde aún quedaban los restos de la cena: los platos vacíos, las copas a medio llenar, el cuenco de fruta que Jen había vaciado hasta la última cucharada. Tomó el cuenco en las manos. Olía a fresa y plátano. Olía a algo dulce y bueno y frágil.

Olía a algo que había olvidado hace mucho tiempo.

Kaeros dejó el cuenco sobre la mesa y se sentó en la silla, con la cabeza entre las manos y los codos apoyados en las rodillas. Las sombras se movían alrededor de él, lentas, perezosas, como animales que han aprendido a no molestar a su dueño cuando está triste.

Thalion, pensó. *Mi nombre es Thalion. Lo sé. Lo he sabido siempre. El Conquistador me hizo olvidar, pero no pudo borrarme del todo. Porque hay cosas que están más hondo que la memoria. Hay cosas que están en los huesos, en la sangre, en el latido del corazón.*

Y Jen Delay está en mi corazón. Igual que Aelith. No sé cómo. No sé por qué. Pero está ahí.

Y eso es lo más aterrador que me ha pasado en cuatrocientos años.

Kaeros cerró los ojos. Las sombras se enroscaron alrededor de él como un manto. Y en algún lugar profundo de su memoria, en ese rincón que el Conquistador no pudo borrar porque estaba demasiado hondo, la risa de Aelith resonó como un eco lejano, como el sonido de un río que fluye bajo la tierra, como el latido de algo que se niega a morir.

CAPÍTULO 11



"Lo que las sombras cuentan"

Jen salió de la torre de Kaeros con el sabor a vino todavía en la lengua y el corazón latiéndole con un ritmo que no reconocía.

No era el ritmo del miedo, aunque el miedo estaba ahí, pequeño y frío, sentado en algún lugar detrás de sus costillas. No era el ritmo de la adrenalina, aunque la adrenalina también estaba, bombeándole por las venas como si acabara de escapar de algo. Era otro ritmo. Más lento. Más cálido. Como el latido que tienes después de llorar, cuando el cuerpo se ha vaciado de algo que pesaba y ahora está ligero, y el aire que entra por los pulmones sabe diferente, como si hubieran cambiado las reglas de lo que significa respirar.

He cenado con un villano, pensó Jen, bajando las escaleras de la torre con los pies descalzos sobre la piedra fría. *He cenado con el hombre más temido de Draevorn. Me ha cortado la carne. Le he preguntado por su esposa muerta. Y ahora estoy caminando por Drakheim a medianoche como si nada hubiera pasado.*

El absurdo de la situación le golpeó como un cubo de agua fría.

¿Qué clase de asesina cena con su objetivo? ¿Qué clase de espía pregunta por la esposa muerta del tirano? ¿Qué clase de arma se queda muda cuando un hombre con cara de pocos amigos le corta la carne en silencio?

La clase que no sirve para nada, respondió una voz en su cabeza que sonaba sospechosamente a la de su padre. *La clase que nunca será suficiente.*

Jen apretó los dientes. La voz de su padre la seguía a todas partes, como una sombra que no se puede sacudir. Pero esta noche, por primera vez, la voz sonó más lejos. Como si algo se hubiera interpuesto entre ella y el eco de diecisiete años de correcciones.

La carne, pensó Jen. *La maldita carne cortada.*

Había sido un gesto pequeño. Absurdamente pequeño. Kaeros había tomado su plato, había cortado la carne en trozos regulares y se lo había devuelto. Sin decir nada. Sin mirarla. Sin esperar agradecimiento. Un gesto tan simple que, en cualquier otro contexto, no significaría nada.

Pero Jen nunca había tenido a nadie que le cortara la comida.

En la cueva, comían con las manos. Su padre no le había enseñado a usar cubiertos porque los cubiertos no eran necesarios para matar. Su madre no le había enseñado a sentarse en una mesa porque las mesas no eran necesarias para entrenar. Jen había llegado a Drakheim sin saber lo que era un tenedor, sin saber lo que era una copa de vino, sin saber lo que era sentarse frente a alguien y compartir comida sin que esa comida fuera una recompensa por un entrenamiento bien hecho o un castigo por uno mal hecho.

Y Kaeros lo había sabido.

No le había preguntado. No le había dicho: "¿Sabes usar cubiertos?" No la había humillado ni se había burlado de ella. Simplemente había visto que ella no podía, y había actuado. Sin palabras. Sin gestos. Sin esperar nada a cambio.

¿Cómo lo sabía?, se preguntó Jen, y la pregunta le supo a algo que no sabía nombrar. *¿Cómo sabía que no sabía usar un tenedor? ¿Cómo sabía que venía del lago? ¿Cómo sabía todo lo que sabía sin haberme hecho una sola pregunta?*

Las sombras.

Jen se detuvo en medio de una calle vacía. El viento nocturno de Drakheim le azotó la cara, trayendo el olor a metal y a humo. Las antorchas de los soportes de hierro forjado crepitaban suavemente, proyectando sombras danzantes en las paredes de piedra.

Las sombras.

Jen miró las sombras. Eran normales, las que proyecta cualquier cuerpo cuando la luz le da por la espalda. No se movían solas. No tenían voluntad propia. No eran las sombras de Kaeros.

Pero entonces recordó algo.

La primera vez que había visto a Kaeros en la torre, desde el callejón, él estaba en el balcón, mirando al horizonte. No la había visto. No podía haberla visto. Estaba demasiado lejos, demasiado arriba, demasiado lejos para distinguir a una mujer pequeña con una túnica gris en la oscuridad de un callejón.

Y sin embargo, cuando ella se había infiltrado en el templo, Kaeros ya sabía quién era. "Esa chica nueva es torpe," había dicho. "Que no se tropiece con su propia capa."

¿Cómo la había reconocido? ¿Cómo sabía que era "la chica nueva"? ¿Cómo sabía que llevaba una capa?

Las sombras.

Jen miró las sombras de nuevo. Las de las paredes, las del suelo, las que se movían en las esquinas con la parsimonia de un animal perezoso. Eran normales. Inofensivas. No eran las sombras de Kaeros.

Pero, ¿y si lo fueran?

¿Y si las sombras de Kaeros no solo estuvieran en su cuerpo? ¿Y si se extendieran por toda Drakheim, por todas las calles, por todos los rincones, como una red invisible que solo él podía ver? ¿Y si las sombras le contaran cosas? ¿Si le dijeran quién pasa por cada calle, quién entra en cada taberna, quién mira al horizonte desde cada callejón?

¿Y si Kaeros supiera todo lo que pasa en Drakheim porque las sombras se lo cuentan?

La idea golpeó a Jen como un puñetazo en el estómago.

El Lago Espejo, pensó, y la sangre le heló en las venas. *Cuando Malachi le dijo a Kaeros que yo venía del lago, Kaeros no preguntó qué lago. No preguntó dónde estaba. No preguntó nada. Simplemente asintió, como si ya lo supiera.*

¿Cómo podía saberlo?

Las sombras.

Jen se apoyó contra la pared de piedra de un callejón y cerró los ojos. El frío de la roca le caló la espalda a través de la túnica. El viento le movía el pelo. Las estrellas brillaban sobre Drakheim, indiferentes al terremoto que se estaba produciendo dentro de su cabeza.

Si las sombras le cuentan las cosas, pensó Jen, *entonces Kaeros sabe más de mí de lo que creo. Sabe del lago. Sabe del cartel del helado. Sabe que mis padres me entrenaron. Sabe que tengo la marca. Sabe todo.*

Y no ha preguntado nada porque ya lo sabe todo.

La idea era aterradora. Y reconfortante. Y perturbadora. Y extrañamente íntima. Porque si Kaeros sabía todo sobre ella y no la había encerrado, no la había torturado, no la había entregado al

Conquistador, sino que le había cortado la carne en silencio y la había dejado sentarse en su mesa sin decir una palabra...

...entonces Kaeros no era lo que ella creía.

Jen abrió los ojos. Las sombras seguían ahí, normales, inofensivas, moviéndose en las esquinas con la parsimonia de siempre. Pero ahora Jen las miraba de otra manera. Ahora sabía que podían ser algo más. Que podían ser ojos. Que podían ser oídos. Que podían ser la forma en que un hombre de cuatrocientos años se mantenía conectado con un mundo que ya no le importaba.

Me ha visto, pensó Jen. *Desde el primer momento. Desde el callejón. Desde antes de que yo entrara en el templo. Me ha visto con sus sombras, y ha decidido no hacerme daño. Ha decidido dejarme entrar. Ha decidido cortarme la carne.*

¿Por qué?

La pregunta se quedó flotando en el aire, sin respuesta. Jen no sabía por qué. No sabía qué veía Kaeros en ella. No sabía por qué un hombre de cuatrocientos años que ha perdido todo le cortaría la carne a una desconocida de veintitrés años que huele a agua y que lleva una marca del Conquistador en el pecho.

Pero entonces recordó lo que Kaeros le había dicho sobre Aelith.

"Era mi esposa. Murió. Hace mucho tiempo. El Conquistador la mató."

La voz de Kaeros al decir esas palabras había sonado como la de alguien que se arranca una costilla. No con rabia. No con odio. Con algo peor: con la resignación de alguien que ha cargado un peso durante tanto tiempo que ya no sabe cómo se siente estar sin él.

El Conquistador mató a su esposa, pensó Jen. *Y ahora el Conquistador me ha enviado a mí. Una chica de veintitrés años con una marca en el pecho y un poder que no le pertenece. ¿Es eso lo

que soy? ¿Un recordatorio? ¿Una broma cósmica? ¿Un cuchillo hecho a medida de su herida?*

La idea le produjo algo que no sabía nombrar. No era compasión. No era atracción. Era algo más profundo, más antiguo, algo que estaba entre el reconocimiento y la gratitud y el miedo y la ternura. Algo que solo existe cuando alguien te ve de verdad, no como un arma ni como una herramienta ni como una pieza en un tablero, sino como una persona que no sabe usar un tenedor y que merece que le corten la carne.

Jen se apartó de la pared. Respiró hondo. El aire nocturno de Drakheim le supo a metal y a humo y a algo más, algo más cálido, algo que empezaba a tener un nombre pero que todavía no se atrevía a pronunciar.

Caminó hacia la taberna de Brokk.

Las calles estaban vacías. Las antorchas crepitaban en los soportes de hierro forjado. Las sombras se movían en las esquinas, normales, inofensivas, como siempre.

Pero Jen ya no las miraba igual.

Ahora sabía que podían contar historias. Que podían susurrar secretos. Que podían decirle a un hombre de cuatrocientos años que una chica de veintitrés años no sabía usar un tenedor y que tenía una marca en el pecho y que olía a agua fresca en un mundo que olía a ceniza.

Y que ese hombre había cortado su carne.

Personalmente.

Sin decir nada.

¿Qué clase de villano corta la carne de su enemiga?, pensó Jen. *¿Qué clase de monstruo se preocupa por si una desconocida puede comer?*

Ninguno, se respondió a sí misma. *Ningún villano hace eso. Solo los hombres que todavía recuerdan lo que es ver a alguien sufrir y no poder hacer otra cosa.*

Llegó a "El Último Trago". La taberna estaba cerrada, como todas a esa hora. Pero la puerta estaba entreabierta, y de dentro salía una luz tenue y el sonido de alguien roncando.

Jen empujó la puerta.

Brokk estaba en su mesa del fondo, medio desplomado sobre un barril vacío, con una copa de cerveza en la mano y las tres trenzas de la barba reposando sobre el pecho. Roncaba con un sonido que era mitad gruñido y mitad canción de cuna, y a su lado, en el taburete de siempre, Malachi estaba sentado con una copa de cerveza y la sonrisa torcida puesta.

—Vaya —sentenció Malachi, levantando la vista cuando Jen entró —. La niña del agua. ¿Has vuelto de cenar con el monstruo? He llegado antes que tú, te has entretenido por el camino.

Jen se sentó frente a él. No pidió nada. Se quedó mirando a Malachi durante un momento largo, sintiendo que las palabras se le atascaban en la garganta.

—No es un monstruo —dijo al fin.

Malachi enarcó una ceja. Lo había dicho para provocarla y lo había conseguido.

—¿No?

—No. Es algo más complicado.

Malachi la miró un momento largo. Luego bebió un trago de cerveza y respondió:

—Siempre lo ha sido. Cuatrocientos años complicado. Es su especialidad.

—Malachi.

—¿Qué?

—Las sombras de Kaeros. ¿Le cuentan cosas?

Malachi dejó de beber. La copa se detuvo a medio camino entre la mesa y la boca. Algo cruzó sus ojos de carbón, algo rápido y profundo, como una chispa que se niega a morir.

—¿Por qué preguntas? —respondió, con un tono que ya no tenía nada de humorístico.

—Porque creo que sabe cosas que no debería saber. Cosas sobre mí. Cosas que no le he contado. Cosas que nadie le ha contado.

Malachi la miró un momento largo. Luego dejó la copa sobre la mesa con un golpe seco.

—Las sombras de Kaeros no son como las normales —explicó, con una voz más baja que nunca—. No son solo oscuridad. Son... receptores. Sienten lo que la gente siente. Escuchan lo que la gente piensa. No las palabras, no los pensamientos concretos, sino las emociones. El dolor. El miedo. La soledad. El deseo.

Jen sintió que el corazón se le detenía.

—¿El deseo? —tartamudeó.

—El deseo —confirmó Malachi—. No el deseo sexual, aunque también. El deseo profundo. Lo que quieres de verdad, debajo de todo lo demás. Lo que te hace estar viva. Lo que te mantiene cuerda cuando todo lo demás se cae.

Jen tragó saliva.

—¿Y Kaeros siente eso? ¿Siente lo que yo deseo?

Malachi la miró con una expresión que era mitad compasión y mitad algo más serio, algo que estaba debajo de la sonrisa torcida y los ojos de carbón, algo que Jen estaba empezando a reconocer como la vulnerabilidad de alguien que ha aprendido que la verdad es más importante que la comodidad.

—No solo lo siente —respondió Malachi—. Lo escucha. Lleva cuatrocientos años escuchando los deseos de todo el mundo. Y cuando alguien desea algo con tanta fuerza que lo mantiene vivo, como tú deseas... lo que sea que deseas... Kaeros lo oye. Como quien oye una campana en la distancia.

Jen cerró los ojos. El cartel del helado. El frío en la lengua, el dulzor en la garganta, la sensación de algo bueno que se derrite antes de que puedas retenerlo. Kaeros había oído todo eso. A través de sus sombras, a través de la distancia, a través de los muros de la torre y las calles de Drakheim, Kaeros había oído el deseo más profundo de Jen, el deseo que la mantenía viva.

—Malachi —dijo Jen, abriendo los ojos.

—¿Qué?

—¿Cuánto sabe de mí?

Malachi la miró un momento largo. Luego se encogió de hombros.

—Todo —respondió—. Lo sabe todo. Sabe del lago. Sabe del cartel. Sabe de tus padres. Sabe de la marca. Sabe de la resistencia. Sabe de todo.

—¿Y por qué no ha hecho nada?

—¿Qué esperabas que hiciera?

—No lo sé. Algo. Algo que un villano haría. Encerrarme. Torturarme. Entregarme al Conquistador.

Malachi la miró con una expresión que era mitad incredulidad y mitad ternura.

—Jen —sentenció, con una voz que ya no tenía nada de humorística—. Kaeros no es un villano. Nunca lo ha sido. Es un hombre que ha perdido todo y que sigue de pie porque no sabe cómo caerse. Y cuando sus sombras te escucharon por primera vez, hace semanas, cuando llegaste a Drakheim con tu túnica gris y tus

manos huesudas y tu deseo que era más fuerte que cualquier deseo que él haya escuchado en cuatrocientos años...

Malachi se detuvo. Bebió un trago de cerveza. Luego continuó, con una voz más baja que nunca.

...Kaeros sintió algo que no sentía desde hacía mucho tiempo. Algo que le dolió. Algo que le recordó que estaba vivo.

Jen no dijo nada. Se quedó mirando a Malachi, sintiendo que las palabras le llegaban como piedras cayendo en un pozo: una a una, lentas, pesadas, con un sonido que retumbaba en la distancia.

—¿Qué? —preguntó al fin.

Malachi la miró con esa expresión que era mitad sonrisa y mitad advertencia.

—Que te ha cortado la carne —respondió—. Y eso, viniendo de Kaeros, es más importante que cualquier declaración de amor que haya hecho cualquier persona en la historia de Elyrion.

Jen cerró los ojos. El sabor a vino todavía estaba en su lengua. El frío de la noche todavía estaba en su cara. Y debajo de todo eso, debajo del sabor y del frío y del silencio de la cena, había algo más. Algo que no sabía nombrar pero que empezaba a tener forma.

Algo que olía a sombras.

Y a la posibilidad de que el mundo fuera más complicado, más doloroso y más hermoso de lo que jamás había imaginado.

—Malachi —dijo Jen, abriendo los ojos.

—¿Qué?

—Gracias. Por explicármelo.

Malachi se encogió de hombros.

—No me lo agradezcas. Solo te he dicho lo que ya sabías. Lo que siempre supiste. Solo que ahora lo sabes con palabras.

Jen casi sonrió. Casi.

—Eres muy profundo para ser un borracho.

—Soy profundo porque soy un borracho. La cerveza abre las puertas de la percepción. O al menos eso me digo para justificar el gasto.

Jen soltó una risa que le salió del estómago, una risa húmeda y temblorosa que mezclaba el alivio y la confusión y algo que se parecía peligrosamente a la esperanza.

Se levantó. Las piernas le temblaron. El pecho le ardía donde la marca latía bajo la tela. Pero debajo de la marca, debajo del frío, debajo de todo lo que el Conquistador le había puesto en el cuerpo, había algo que era suyo. Algo que Kaeros había escuchado a través de sus sombras. Algo que le había hecho cortar la carne en silencio.

Buenas noches, Malachi, pensó Jen mientras caminaba hacia la puerta. *Buenas noches, Brokk. Buenas noches, Drakheim. Buenas noches, sombras que cuentan historias.*

Buenas noches, Kaeros.

Dondequiera que estés, escuchando con tus sombras.

Gracias por la carne.

Salió de la taberna. El viento nocturno de Drakheim le azotó la cara. Las estrellas brillaban sobre las montañas. Las sombras se movían en las esquinas, normales, inofensivas.

Pero Jen ya sabía que no eran normales. Que nunca lo habían sido. Que cada sombra en Drakheim era un oído, un ojo, un susurro que le llegaba a un hombre de cuatrocientos años que había perdido todo y que ahora, a través de esas sombras, escuchaba el latido del corazón de una mujer de veintitrés años que solo quería que le cortaran la carne.

Y eso, pensó Jen mientras caminaba hacia el albergue con el sabor a vino todavía en la lengua y el corazón latiendo con un ritmo nuevo, era lo más extraño, lo más perturbador y lo más hermoso que le había pasado en su vida.

Sombras que cuentan historias, pensó Jen. *Sombras que escuchan deseos. Sombras que cortan carne.*

¿Qué clase de monstruo corta carne?

Ninguno, se respondió a sí misma. *Ningún monstruo corta carne. Solo los hombres que todavía recuerdan lo que es ver a alguien sufrir y no poder hacer otra cosa.*

Jen llegó al albergue. Se tumbó en la cama de "La Cama Dura". Cerró los ojos.

Y por primera vez desde que había llegado a Drakheim, las sombras que se movían en las esquinas de su habitación no le parecieron amenazantes.

Le parecieron familiares.

CAPÍTULO 12



"El lago de los susurros"

El lago estaba escondido en un pliegue de las montañas que rodeaban Drakheim, como una lágrima atrapada en la arruga de una cara vieja.

Jen lo encontró por accidente, o al menos eso creía. Llevaba una semana en la ciudad, una semana de calles empinadas y tabernas con olor a cerveza rancia y noches en "La Cama Dura" mirando el techo sin dormir, y necesitaba agua. No el agua del grifo de Drakheim, que sabía a hierro viejo y a siglos de tuberías oxidadas. Necesitaba agua de verdad. Agua que no perteneciera a nadie. Agua que no tuviera la marca del Conquistador ni el sabor de la ciudad ni el peso de todo lo que le habían contado sobre sí misma.

Necesitaba el lago.

No el Lago Espejo, que estaba a días de camino y que olía a su infancia y a dolor. Otro lago. Un lago que no conociera. Un lago que no le recordara nada.

Siguió un sendero que salía de Drakheim por la puerta este, un sendero que apenas era un rastro de tierra pisada entre rocas grises y arbustos retorcidos por el viento. El sendero subía, luego bajaba, luego giraba a la derecha alrededor de un afloramiento de granito negro que parecía un diente de dragón, y de pronto, sin previo aviso, el paisaje se abrió como una cortina que alguien aparta para revelar lo que hay detrás.

El lago.

Era pequeño, apenas un estanque amplio, con las aguas tan quietas que parecían de cristal líquido. Las montañas se reflejaban en la superficie con una fidelidad casi obscena, como si el lago quisiera demostrar que podía hacerlo mejor que el mundo real. Los árboles que rodeaban la orilla eran pinos viejos, retorcidos, con las ramas bajas rozando el agua como dedos curiosos. No había ruido. No había viento. No había nada excepto el agua, los árboles y el silencio.

Y Kaeros.

Estaba sentado en una roca junto a la orilla, con los pies descalzos rozando el agua y las manos apoyadas en los muslos. No llevaba la túnica negra de comandante. Vestía una camisa de lino gris, desabotonada en el cuello, con las mangas arremangadas hasta los codos. El pelo oscuro le caía sobre la frente sin peinar. Y lo más extraño, lo más inquietante, lo más imposible: no había sombras alrededor de él.

Ninguna.

Las sombras que siempre lo acompañaban, que se movían como un manto vivo, que se arrastraban por las paredes y se enroscaban en los muebles y leían los deseos de las personas, esas sombras no estaban. Kaeros estaba solo. Sin sombras. Sin poder. Sin la armadura de oscuridad que llevaba cuatrocientos años construyendo alrededor de sí mismo.

Era, pensó Jen con una claridad que le quitó el aliento, un hombre.

Solo un hombre.

Sentado en una roca, con los pies en el agua, mirando el horizonte con la cara de alguien que ha dejado de buscar pero que no ha dejado de mirar.

Jen se detuvo en el borde del claro. El corazón le latía con tanta fuerza que podía sentirlo en las muñecas, en la garganta, en las sienes. Las manos le temblaban. No de frío. De algo más. De la sensación de estar viendo algo que no debería ver, algo íntimo, algo privado, algo que Kaeros no le había mostrado a nadie en cuatrocientos años.

Debería irme, pensó. *Debería dar la vuelta y volver a Drakheim y fingir que no he visto nada. Debería...*

—Puedes quedarte.

La voz de Kaeros le llegó desde la roca, grave, raspada, sin la frialdad habitual. No se había girado. No la había mirado. Simplemente había hablado, como si supiera que ella estaba ahí desde el primer momento.

Las sombras, pensó Jen. *Aunque no las vea, siguen aquí. Siguen sintiendo. Siguen escuchando.*

—¿Cómo sabes que estoy? —preguntó Jen, porque no sabía qué otra cosa decir.

—Te huelo —respondió Kaeros, y la respuesta fue tan directa, tan desnuda, que Jen sintió que las mejillas le ardían—. Hueles a agua. A agua fresca. A algo que no huele a Drakheim.

Jen no supo qué hacer con esa información. Se quedó de pie en el borde del claro, con las manos colgando a los lados y el corazón latiéndole con un ritmo que no reconocía.

—Vengo a entrenar —dijo, porque era la verdad y porque la verdad era más fácil que cualquier mentira que pudiera inventar.

—Ya lo sé —respondió Kaeros—. El agua te llama. La siento desde aquí.

Jen avanzó hasta la orilla. Se arrodilló en las rocas mojadas y metió las manos en el lago. El agua estaba fría, cristalina, con un sabor a mineral y a profundidad que le recordó vagamente al Lago Espejo pero que era diferente: más suave, más antiguo, como si el lago hubiera estado esperando durante siglos a que alguien lo tocara.

Convocó una ola pequeña. El agua se movió bajo sus palmas, obediente, cálida, como un animal que reconoce a su dueño. Jen cerró los ojos y dejó que el poder fluyera, sin el canto de control de su madre, sin la presión de los años de entrenamiento, sin el peso de la marca en su pecho. Solo ella y el agua.

La ola creció. Se levantó sobre la superficie del lago como una serpiente líquida, brillando bajo el sol de la mañana, y luego cayó de nuevo con un chapoteo suave que hizo vibrar la superficie durante un momento antes de que la calma se restableciera.

—Bien.

La voz de Kaeros llegó desde la roca. Jen abrió los ojos y lo miró. Seguía sentado, con los pies en el agua, sin sombras alrededor. La miraba con una expresión que no era evaluación ni desprecio. Era algo más parecido a la curiosidad de alguien que está viendo algo que no entiende pero que quiere entender.

—Tus padres te enseñaron bien —añadió Kaeros.

La frase le golpeó como un puñetazo. No por lo que decía, sino por lo que implicaba. Que él sabía sobre sus padres. Que él sabía sobre el entrenamiento. Que él sabía todo.

Las sombras, recordó Jen. *Las malditas sombras. Lo saben todo.*

—Mis padres —dijo Jen, y la voz le tembló ligeramente—. No me enseñaron. Me obligaron.

Kaeros no respondió. Se quedó mirándola con esos ojos grises que parecían atravesarla hasta el alma.

Jen no sabía por qué lo dijo. No sabía por qué, de repente, después de semanas de guardar silencio, de fingir, de mentir, de actuar como si todo estuviera bajo control, las palabras le salieron de la boca como agua de una presa rota. Tal vez era el lago. Tal era el silencio. Tal vez era la ausencia de sombras alrededor de Kaeros, esa vulnerabilidad que lo hacía parecer más humano y menos monstruo, lo que le daba permiso para ser vulnerable también.

—He vivido en una cueva —dijo Jen, con una voz que sonó más pequeña de lo que pretendía—. Toda mi vida. Desde que nací. Una cueva junto a un lago. Mis padres me entrenaron desde que tenía seis años. Cada día. Sin descanso. Sin juego. Sin amigos. Sin nada que no fuera dolor y agua y la voz de mi madre diciendo "más, más, más".

Kaeros no se movió. No dijo nada. Solo escuchó.

—Me entrenaron para matarte —continuó Jen, y la palabra le supo a sangre—. Ese era mi propósito. Mi razón de existir. No me preguntaron si quería. No me dieron a elegir. Nací, me metieron el agua en las venas con el canto de control, y me dijeron que mi destino era acabar contigo.

El silencio que siguió fue tan profundo que Jen pudo oír el latido de su propio corazón como si estuviera en una habitación vacía.

Kaeros no se movió. No dijo nada. Pero algo cambió en su expresión. Algo sutil, casi imperceptible, como una grieta en una pared que nadie ha reparado durante años. No era sorpresa. No era enfado. Era algo más parecido al reconocimiento. Como si él

también supiera lo que es ser usado por alguien que no te pide permiso.

—¿Y ahora? —preguntó Kaeros, con una voz que sonaba como si le hubieran pasado papel de lija por dentro.

—Ahora no sé qué quiero —respondió Jen, y la honestidad de esa confesión le dolió como un cristal clavándose en la palma de la mano —. Ya no quiero matarte. Pero tampoco sé qué quiero en su lugar. Solo sé que lo que mis padres me enseñaron es mentira. Que la resistencia es mentira. Que todo lo que he creído sobre mí misma es mentira. Y que estoy aquí, sentada en la orilla de un lago que no conozco, hablando con el hombre que debería matar, y no sé qué hacer.

Kaeros la miró un momento largo. Luego, con un movimiento lento, casi reluctante, se giró en la roca para mirarla de frente.

—La resistencia —dijo, con una voz que ya no tenía nada de fría —. No son patéticos. Eso es lo que tú crees porque te han enseñado a creerlo. Pero no son patéticos. Son desesperados. Y los desesperados hacen cosas que los cuerdos no harían.

—¿Tú qué sabes de la resistencia? —preguntó Jen.

—Lo suficiente —respondió Kaeros—. He acabado con seis.

La palabra cayó en el silencio como una piedra en un pozo. Jen sintió que el corazón se le detenía.

—¿Seis? —tartamudeó.

—Seis resistencias diferentes, en cuatrocientos años —continuó Kaeros, con una voz que era mitad cansancio y mitad algo más oscuro—. La primera fue hace trescientos años. Un grupo de elfos de Sylvaen que pensaban que podían derrotarme con flechas encantadas. No pudieron. La segunda fue hace doscientos años. Unos humanos de Valcorin que me enviaron a una asesina. La maté. La tercera fue hace ciento cincuenta años. Un grupo mixto, elfos y

humanos, con un plan elaborado para envenenar mi comida. Descubrí el plan antes de que llegaran a mi cocina. La cuarta...

—Para —interrumpió Jen, porque las palabras le estaban cayendo encima como piedras y necesitaba que pararan.

Kaeros se detuvo. La miró con esos ojos grises que parecían plata fundida bajo la luz del sol.

—Todas acaban igual —dijo, con una voz más baja—. Todos mueren. Todos. Los líderes, los soldados, los simpatizantes, los que creen en la causa y los que solo quieren un salario. Todos mueren. Porque el Conquistador no tolera la desobediencia. Y cuando una resistencia falla, el Conquistador no castiga a los líderes. Castica a todos. Quema pueblos. Envenena pozos. Desaparece familias. Para que la próxima vez que alguien piense en rebelarse, mire a su alrededor y recuerde lo que pasó la última vez.

Jen sintió que el estómago se le cerraba como un puño.

—¿Y tú? —preguntó—. ¿Tú las acabas? ¿O las deja el Conquistador?

Kaeros la miró un momento largo. Luego respondió, con una voz que ya no tenía nada de comandante:

—Yo las acabo. Porque si no lo hago, las acaba él. Y cuando las acabo yo, al menos puedo elegir cómo. Puedo minimizar el daño. Puedo salvar a algunos. No a todos. Pero a algunos.

Jen no dijo nada. Se quedó mirando al lago, sintiendo que las palabras de Kaeros le llegaban como piedras cayendo en un pozo: una a una, lentas, pesadas, con un sonido que retumbaba en la distancia.

Seis resistencias, pensó. *Seis grupos de personas que creyeron en algo y que murieron por ello. Y Kaeros las acabó a todas. No porque quisiera. Porque era lo único que podía hacer.*

—¿Por qué? —preguntó Jen, y la pregunta le salió del alma sin que pudiera detenerla.

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué no te rebelas tú? ¿Por qué no luchas contra el Conquistador? ¿Por qué aceptas ser su perro?

Kaeros no respondió durante un momento largo. El viento soplaba entre los pinos, trayendo el olor a resina y a tierra húmeda. El lago estaba inmóvil, como si contuviera la respiración.

—Porque me quitó algo —dijo al fin, con una voz que sonaba como si le hubieran arrancado las palabras de la garganta—. Algo que no puedo recuperar. Algo que me mantuvo vivo durante cuatrocientos años. Algo que...

Se detuvo. Apretó los puños sobre los muslos. Los nudillos se le pusieron blancos.

—Algo que ya no recuerdo —murmuró—. Esa es la peor parte. No es que me lo quitara. Es que me hizo olvidar que lo tenía.

Jen lo miró. La cara de Kaeros era un mapa de dolor: las cicatrices que surcaban su piel como ríos secos, los surcos de cansancio bajo los ojos, la tensión de la mandíbula que nunca se relajaba del todo. Pero debajo de todo eso, debajo de la dureza y la frialdad y los cuatrocientos años de soledad, había algo que Jen reconocía. Algo que ella misma sentía cada vez que miraba el cartel del helado en la pared de la cueva.

El dolor de desear algo que ya no existe.

—Kaeros —dijo Jen, con una voz que sonó más suave de lo que pretendía.

—¿Qué?

—¿Por qué me cuentas todo esto? ¿Por qué no me encierras? ¿Por qué no me entregas al Conquistador? ¿Por qué me dejas sentada

aquí, en tu lago, escuchándote hablar de resistencias y de muerte y de cosas que no debería saber?

Kaeros la miró. Y por primera vez desde que Jen lo conocía, la sonrisa que esbozó no era fría ni distante ni irónica. Era una sonrisa triste, como una vela que se apaga pero que todavía humea.

—Porque tú eres la primera persona en cuatrocientos años que me ha dicho la verdad —respondió—. Sin pedirme nada. Sin esperar nada. Solo la verdad. Y yo llevo cuatrocientos años sin que nadie me diga la verdad.

Jen sintió que los ojos se le humedecían.

—¿Y por qué te importa la verdad? —preguntó—. ¿No eres el tirano de Draevorn? ¿No eres el monstruo que todos temen?

—Lo soy —respondió Kaeros—. Pero los monstruos también se cansan. Y yo estoy cansado de ser mentira.

Jen no dijo nada. Se quedó mirando al lago, sintiendo que las palabras de Kaeros le llegaban como piedras cayendo en un pozo.

Entonces Kaeros preguntó:

—¿Por qué quieres matarme?

La pregunta le golpeó como un puñetazo. Jen abrió la boca. La cerró. La abrió de nuevo.

—Porque me enseñaron que eres el enemigo —respondió, con una voz que sonó más firme de lo que sentía—. Porque me dijeron que, si te mataba, el mundo sería libre. Porque mis padres me entrenaron durante años para ese propósito. Porque es lo único que sé hacer.

Las palabras salieron de su boca como un mecanismo, como una máquina que repite lo que le han programado. Jen las dijo con la convicción de alguien que ha repetido una mentira tantas veces que ya no sabe que es mentira.

Pero en su cabeza, en algún lugar profundo de su mente donde la verdad vive sin permiso de nadie, otra voz respondió:

Miento. No quiero matarte. Nunca he querido matarte. Quiero saber cómo se siente que alguien te comprenda. Quiero saber cómo se siente estar sentada junto a alguien que no te mira como un arma. Quiero saber cómo se siente tener agua en las manos y no sentirla como una cadena. Quiero saber cómo se siente ser vista. De verdad. No como una herramienta. No como un arma. Como una persona.

Eso es lo que quiero. Y no sé cómo decirlo.

Kaeros la miró un momento largo. Luego, con un movimiento que era mitad resignación y mitad algo más tierno, negó con la cabeza.

—No me crees —dijo—. No te creo. No porque mientas mal, que mientes muy mal, sino porque tus ojos dicen otra cosa. Tus ojos dicen que no quieres matarme. Tus ojos dicen que quieres algo que no sabes nombrar. Y yo llevo cuatrocientos años leyendo ojos, Jen. Sé cuándo alguien quiere matarme. Y tú no quieres.

Jen sintió que el corazón se le detenía.

—¿Entonces qué quieres? —preguntó Kaeros, con una voz que sonaba como si le hubieran pasado papel de lija por dentro.

Jen no respondió. No podía. Las palabras se le atascaron en la garganta como huesos de fruta en un desagüe.

Kaeros no la presionó. Se quedó mirando al lago durante un momento largo, con los pies en el agua y las manos apoyadas en los muslos, sin sombras alrededor, sin poder, sin la armadura de cuatro siglos de soledad.

—Mi nombre —dijo de repente, con una voz que ya no tenía nada de comandante—. Kaeros. No es mi nombre.

Jen lo miró.

—¿No?

—No. Es el nombre que me puso el Conquistador. El día que acepté la inmortalidad. Me dijo: "Te llamas Kaeros. El que olvida. Porque olvidarás todo." Y olvidé. Olvidé mi nombre. Olvidé mi cara. Olvidé todo lo que era antes de ser esto.

Jen sintió que el corazón se le encogía.

—¿Y tu nombre real? —preguntó, con una voz que sonó más pequeña de lo que pretendía.

—No lo sé —respondió Kaeros—. Quiero decir… Sí lo recuerdo, pero me obligo a olvidarlo. Pero no está. El Conquistador me lo borró. Y sin nombre, no hay persona. Solo hay un monstruo con un título.

Jen sintió que las lágrimas le caían por las mejillas. No las limpió. Dejó que cayeran.

—Pero yo sé que existió —continuó Kaeros, con una voz más baja que nunca—. Sé que hubo un hombre antes de que yo fuera Kaeros. Un hombre que vivía en un bosque y que amaba a alguien. Un hombre que tenía un nombre que olía a hojas mojadas y a luz del sol. Ese hombre ya no existe. Pero a veces, cuando estoy aquí, en este lago, sin sombras, sin poder, sin nada que me recuerde lo que soy, casi lo recuerdo. Casi escucho su nombre. Casi lo digo.

Jen no dijo nada. Se quedó mirando a Kaeros, sintiendo que las palabras le llegaban como piedras cayendo en un pozo: una a una, lentas, pesadas, con un sonido que retumbaba en la distancia.

Kaeros no es su nombre, pensó. *No es su nombre. Es una cadena. Como el canto de control de mi madre. Como la marca en mi pecho. Como todo lo que nos han puesto encima sin pedirnos permiso.*

—Kaeros —dijo Jen, y la palabra le supo a algo que no sabía nombrar.

—¿Qué?

—Yo tampoco sé quién soy. No sé si soy Jen. No sé si soy el arma que mis padres crearon. No sé si soy la pieza del Conquistador. No sé nada. Solo sé que estoy aquí, sentada junto a un lago, con un hombre que no es un monstruo, aunque todo el mundo diga que lo es.

Kaeros la miró. Y por primera vez, los ojos grises no estaban fríos.

—Entonces estamos iguales —respondió—. Dos personas que no saben quiénes son, sentadas junto a un lago que tampoco tiene nombre.

—Yo le pondría uno —dijo Jen.

—¿Qué nombre?

Jen miró el lago. Las aguas estaban quietas, cristalinas, reflejando las montañas con una fidelidad que resultaba casi obscena. El viento soplaba entre los pinos, trayendo el olor a resina y a tierra húmeda. Y en algún lugar, muy lejos, un pájaro cantaba una canción que sonaba a algo que Jen no sabía nombrar pero que le produjo una opresión en el pecho que era mitad dolor y mitad ternura.

—El lago de los susurros —dijo Jen.

—¿Por qué?

—Porque aquí los dos hemos susurrado verdades que no habíamos dicho nunca. Y las verdades susurradas son las que más se oyen.

Kaeros la miró un momento largo. Luego, por primera vez desde que Jen lo conocía, sonrió.

No fue una sonrisa grande ni alegre. Fue una sonrisa pequeña, casi imperceptible, como la primera grieta en una pared que lleva siglos sin reparar. Pero estaba ahí. Y Jen la vió. Y la guardó en algún lugar profundo de su memoria, junto al cartel del helado y al sabor

del vino de la cena y al recuerdo de Kaeros cortándole la carne en silencio.

—El lago de los susurros —repitió Kaeros, probando las palabras —. Me gusta.

—A mí también —respondió Jen.

Se quedaron en silencio durante un rato más, sentados en la orilla del lago que ahora tenía nombre, con los pies en el agua y el sol de la mañana calentándoles la cara. No hablaron. No hacía falta. El silencio entre ellos ya no era incómodo. Era compartido. Era un espacio donde las verdades susurradas podían existir sin ser juzgadas.

Y en algún lugar profundo de la memoria de Kaeros, en ese rincón que el Conquistador no pudo borrar porque estaba demasiado hondo, un nombre antiguo resonó como un eco lejano. Un nombre que olía a hojas mojadas y a luz del sol. Un nombre que sonaba a algo que Kaeros había olvidado hacía mucho tiempo.

Thalion.

No lo dijo en voz alta. No podía. Todavía no. Pero lo sintió. Por primera vez en cuatrocientos años, lo sintió como suyo de nuevo.

Y eso, pensó Kaeros mientras el lago de los susurros brillaba bajo el sol de la mañana, era suficiente.

CAPÍTULO 13



“La resistencia”

Días después…

Brokk apareció en la puerta de "El Último Trago" con la expresión de un hombre que ha tomado una decisión importante y que ya se arrepiente de haberla tomado. Tenía las tres trenzas de la barba peinadas, lo cual era un acontecimiento tan raro como un eclipse solar, y llevaba una túnica limpia, lo cual era un acontecimiento todavía más raro, porque la última vez que Jen había visto a Brokk con ropa limpia había sido hace exactamente cero días.

—Vamos —sentenció el enano, sin preámbulos, sin explicaciones, sin la habitual copa de cerveza en la mano.

Jen, que estaba sentada en su taburete de siempre bebiendo su vaso de agua de siempre, lo miró con la expresión de alguien que acaba de ser interpelada por un desconocido que se viste como su amigo borracho pero que habla como un general.

—¿Vamos a dónde? —preguntó.

—A que conozcas a la gente —respondió Brokk, con el tono de quien dice "vamos al mercado" o "vamos a que te corten el pelo".

—¿Qué gente?

—La gente que quiere matar a Kaeros. La resistencia. ¿Recuerdas? ¿La razón por la que estás aquí? ¿La misión que te dieron tus padres? ¿Todo eso?

Jen sí lo recordaba. Lo recordaba perfectamente. Lo que no recordaba era haber dicho que quería seguir con eso.

—Brokk...

—No me digas "Brokk" con esa cara. Tengo una cara que no acepta "no" por respuesta. Me lo han dicho muchas veces. Es mi superpoder.

Jen lo miró un momento largo. El enano la devolvió la mirada con esos ojos de miel vieja que parecían leer más de lo que deberían. Había algo en su expresión que Jen no había visto antes: no era broma, no era ironía. Era algo más parecido a la preocupación. Como si Brokk supiera que Jen estaba a punto de hacer algo que cambiaría su vida, y quisiera asegurarse de que supiera exactamente lo que estaba dejando atrás antes de hacerlo.

—Está bien —dijo Jen, dejando el vaso sobre el mostrador—. Vamos.

La resistencia no estaba en un sótano ni en un túnel ni en una cueva. Estaba en una panadería.

Jen se quedó de pie frente a la puerta de "El Panadero Rebelde", un establecimiento que olía a pan recién horneado y a conspiración, y miró a Brokk con la expresión de alguien que ha sido engañada.

—¿Una panadería? —preguntó.

—¿Qué esperabas? ¿Una guarida subterránea con antorchas y mapas en las paredes? Esto es Drakheim, niña. Aquí las conspiraciones se planean entre bollos de canela y barras de centeno. Es más discreto.

Jen entró.

El interior era exactamente lo que esperabas de una panadería: mostradores llenos de pan, el olor a masa fermentada, un horno enorme en el fondo que despedía un calor abrasador. Pero detrás del mostrador, en una puerta que parecía llevar a un almacén, había una escalera que bajaba a un sótano que no olía a pan sino a sudor, a cerveza vieja y a la desesperación acumulada de personas que llevan demasiado tiempo esperando algo que no llega.

El sótano era grande, excavado en la roca, con mesas de madera apiladas contra las paredes y un círculo de sillas en el centro donde estaban sentadas unas quince personas. Jen las miró una por una, catalogándolas con la misma precisión con la que catalogaba las grietas de un muro.

Había un elfo corpulento que ya conocía: Gorath, el de la pierna de pollo y los discursos sobre el destino del mundo. Estaba sentado en una silla que crujía bajo su peso, con una copa de vino en la mano y la barba llena de migas de pan, exactamente como la última vez que lo había visto.

Había una mujer joven, humana, con el pelo recogido en un moño apretado y los ojos grandes y brillantes que miraban a Jen con una reverencia que le produjo un escalofrío.

Había un hombre mayor, un elfo de pelo blanco y cara de piedra, con las manos cruzadas sobre el regazo y la expresión de alguien que ha visto demasiadas guerras y que ya no se impresiona con nada.

Y había otros: soldados desmovilizados, artesanos que habían perdido sus talleres, un par de nobles menores al que Caspian les

había confiscado las tierras. Gente con motivos para odiar al Conquistador. Gente con motivos para creer en algo mejor.

O eso pensó Jen hasta que empezaron a hablar.

—Bienvenida, Jen —sentenció Gorath, levantando su copa de vino con la solemnidad de quien brinda por un difunto—. Bienvenida a la resistencia. Bienvenida a la causa.

—Gracias —respondió Jen, porque no sabía qué otra cosa decir.

—Tu nombre es conocido entre nosotros —continuó Gorath, con la boca llena de pan—. La hija de los héroes del Lago Espejo. La niña que fue entrenada para ser el arma que acabe con Kaeros. Tu leyenda te precede, Jen.

Mi leyenda, pensó Jen, y la palabra le supo a algo que no sabía nombrar. *¿Qué leyenda? ¿La leyenda de una niña que lloraba en el suelo de una cueva con los dedos ensangrentados? ¿La leyenda de una niña a la que le negaron un helado de fresa? ¿La leyenda de una herramienta que ha dejado de funcionar?*

Pero no dijo eso. Se limitó a asentir.

—Tus padres —dijo la mujer joven, con los ojos brillantes de emoción—. Los conocemos. Son héroes. Los más grandes que este mundo ha producido. La sirena que dejó el mar por la causa. El elfo que sacrificó todo por criar un arma contra el tirano. Son leyendas vivientes.

Jen sintió que algo se movía dentro de ella, algo cálido y doloroso que se parecía a la rabia.

Leyendas vivientes, pensó, y la idea le supo a sangre. *Mi madre, que me entrenaba hasta que los dedos me sangraban. Mi padre, que me golpeaba con un palo cuando las manos me temblaban. Mis padres, que me negaron un helado de fresa durante diecisiete años. Leyendas vivientes.*

—Son personas valientes —añadió el elfo mayor, con una voz grave que sonaba como piedras rodando por una ladera—. Arriesgaron todo para criar a la que sería la salvación de Elyrion. No hay sacrificio mayor que el de un padre que entrega a su hijo por la causa.

Sacrificio, pensó Jen, y la palabra le supo a veneno. *¿Qué sacrificio? ¿El sacrificio de golpearme con un palo? ¿El sacrificio de negarme un deseo? ¿El sacrificio de mirarme como una herramienta y no como una hija?*

Pero no dijo nada. Se quedó sentada en la silla, con las manos apoyadas en las rodillas y la expresión neutra que había aprendido de su padre, y dejó que las palabras de los demás le cayeran encima como piedras.

—Y Kaeros —dijo Gorath, cambiando de tema con la elegancia de un elefante en una cristalería—. Ese monstruo. Ese tirano. Ese demonio de las sombras que lleva cuatrocientos años oprimiendo a Draevorn.

Jen sintió que los hombros se le tensaban.

—¿Qué sabes de él? —preguntó, con una voz que intentaba ser neutral y sonó a cualquier cosa menos neutral.

—Lo suficiente —respondió Gorath, bebiendo un trago de vino—. Es un monstruo sin corazón. Un asesino. Un tirano que ha matado a miles de inocentes. ¿Sabes que una vez ordenó la ejecución de un pueblo entero porque un aldeano le había faltado al respeto?

Jen no lo sabía. No sabía si era verdad. Pero la forma en que Gorath lo decía, con la boca llena de pan y los ojos brillantes de emoción, le hacía sospechar que la historia estaba adornada. Como las historias que su padre le contaba sobre Kaeros cuando era niña: siempre monstruosas, siempre terribles, siempre diseñadas para que Jen odiara al hombre que nunca había conocido.

—Es un cobarde —añadió el elfo mayor, con una voz que pretendía ser autoritaria y sonaba a resentimiento—. Se esconde en su torre, rodeado de sombras, sin mostrar nunca su cara. Un verdadero líder se enfrenta a sus enemigos. Kaeros se esconde de los suyos.

No se esconde, pensó Jen, y la idea llegó sin avisar, como todas las ideas importantes. *No se esconde. Se aísla. Hay una diferencia. Se aísla porque tiene miedo de hacer daño. Se aísla porque las sombras lo están matando. Se aísla porque lleva cuatrocientos años solo y ha olvidado cómo estar acompañado.*

Pero no dijo nada. Se quedó sentada, con la expresión neutra de su padre y el corazón latiendo con un ritmo que no reconocía.

—Y luego está Malachi —dijo la mujer joven, con una expresión que era mitad desprecio y mitad miedo—. El perro de fuego. La mano derecha del tirano. Un psicópata que disfruta viendo sufrir a la gente.

Mentira, pensó Jen, y la palabra le supo a algo cálido. *Malachi no es un psicópata. Malachi es un niño de dieciocho años atrapado en el cuerpo de un hombre de cuatrocientos años. Malachi es alguien que ríe para no llorar. Malachi es la persona más leal y más rota que he conocido en mi vida.*

Pero no dijo nada.

—La misión —continuó Gorath, apoyando los codos en la mesa con la solemnidad de quien pronuncia un discurso fúnebre—. Tu misión es acercarte a Kaeros. Ganarte su confianza. Encontrar sus debilidades. Y cuando llegue el momento, acabar con él.

Jen miró a Gorath. El elfo corpulento la devolvió la mirada con esos ojos pequeños y brillantes que siempre parecían estar calculando algo. A su alrededor, los otros miembros de la resistencia asentían con gravedad, como si la muerte de Kaeros fuera algo tan inevitable como la lluvia en invierno.

—¿Y si no quiero? —preguntó Jen.

El silencio que siguió fue tan denso que se podía cortar.

—¿Qué? —dijo Gorath, con una voz que pretendía ser calmada y sonaba a cualquier cosa menos calmada.

—¿Y si no quiero matarlo? —repitió Jen, y su voz sonó más firme de lo que sentía.

Gorath la miró un momento largo. Luego, con una lentitud deliberada, dejó la copa de vino sobre la mesa.

—Tus padres —sentenció—. ¿Sabes lo que sacrificaron por ti? ¿Sabes lo que pasaron para criar a la que sería la salvación de Elyrion? Tu madre dejó el mar. Tu padre dejó su bosque. Renunciaron a todo lo que tenían para criar un arma contra el tirano. Y ahora tú, la hija de los héroes del Lago Espejo, ¿nos dices que no quieres?

Jen sintió que la rabia le subía por la garganta como una bilis caliente.

Mis padres, pensó, y la palabra le supo a sangre. *Mis padres, que me golpeaban con un palo. Mis padres, que me negaban un helado de fresa. Mis padres, que me miraban como una herramienta y no como una hija. Esos padres. Esos héroes.*

—No los conozco —dijo Jen, con una voz que sonó más rota de lo que pretendía.

—¿Cómo? —preguntó Gorath.

—No conozco a mis padres. No conozco a los héroes del Lago Espejo. Solo conozco a la sirena que me entrenaba hasta que los dedos me sangraban. Solo conozco al elfo que me golpeaba con un palo cuando las manos me temblaban. Solo conozco a dos personas que me negaron todo lo que un niño necesita para crecer sano: cariño, juego, un helado de fresa. Eso es lo que conozco. Y si eso es un héroe, entonces prefiero ser una cobarde.

El silencio que siguió fue tan profundo que Jen pudo oír el crepitar del horno de arriba y el sonido lejano de un pájaro cantando.

Gorath la miró con una expresión que era mitad incredulidad y mitad algo más oscuro. La mujer joven tenía los ojos llenos de lágrimas. El elfo mayor tenía la mandíbula apretada.

—Tu padre —dijo el elfo mayor, con una voz que pretendía ser calmada y sonaba a piedras cayendo por una ladera—. Era un hombre bueno. Lo conocí. Luchó en la Batalla del Valle Perdido. Sacrificó todo por la causa.

—No luchó en ninguna batalla —respondió Jen, y la palabra le supo a sangre—. Vivió en una cueva. Entrenó a su hija. La golpeó con un palo. Eso no es luchar. Eso es criar un perro de combate.

—Tu madre...

—Mi madre me cantaba canciones que eran cadenas. Me obligaba a mover el agua hasta que los dedos me sangraban. Y luego, cuando mi padre no miraba, me acariciaba el pelo durante tres segundos, como si eso compensara los diecisiete años de dolor.

El silencio que siguió fue tan denso que Jen pudo oír su propio corazón latiendo.

—No conozco a los héroes del Lago Espejo —continuó Jen, con una voz que ya no temblaba—. Solo conozco a mis padres. Y mis padres no son héroes. Son personas. Personas que tomaron decisiones terribles por razones que no entiendo. Personas que me usaron como herramienta. Personas que me negaron todo excepto el dolor.

Gorath dejó la copa de vino sobre la mesa. La miró un momento largo. Luego, con una voz que pretendía ser comprensiva y sonaba a condescendencia:

—El dolor es necesario, Jen. El dolor forja. El dolor crea. Tus padres te dieron dolor porque el dolor te haría fuerte. Y fuerte es lo

que necesitas ser para acabar con Kaeros.

Jen apretó los puños. Las uñas se le clavaron en las palmas.

—No —dijo, con una voz que cortó el aire como un cuchillo—. El dolor no forja. El dolor rompe. Rompe a las personas. Rompe a los niños. Rompe a las niñas de seis años que solo quieren un helado de fresa y que reciben un palo en los nudillos.

Gorath abrió la boca para responder, pero Jen se levantó de la silla antes de que pudiera hablar.

—No voy a matar a Kaeros —dijo, con una firmeza que sorprendió incluso a ella misma—. No por vosotros. No por mis padres. No por la resistencia. Si algún día levanto la mano contra él, será porque yo lo decida. No porque vosotros me lo pidáis.

Y salió del sótano sin mirar atrás.

Brokk la esperaba en la puerta de la panadería, con una barra de pan en una mano y una expresión que era mitad preocupación y mitad algo más cálido.

—Bueno —dijo el enano, mordiendo un trozo de pan—. Creo que ha ido bien.

Jen lo miró.

—¿Bien? ¿Eso ha ido bien? Les he dicho que no voy a matar a Kaeros. Les he dicho que mis padres no son héroes. Les he dicho...

—Exacto —interrumpió Brokk, con la boca llena de pan—. Les has dicho la verdad. Y la verdad es lo que esta gente necesita oír, aunque no lo sepa. Llevan años viviendo de mentiras. De héroes que no existen. De profecías que no se cumplen. De esperanzas que se pudren en la oscuridad. Y ahora tú les has dicho que el héroe más grande de la resistencia, el padre que sacrificó todo por la causa, era

un hombre que golpeaba a su hija con un palo. Eso duele. Pero también limpia.

Jen lo miró un momento largo. Luego preguntó:

—¿Tú lo sabías?

—¿Qué parte?

—La parte de mis padres. La parte de que no eran héroes.

Brokk dejó de masticar. Sus ojos de miel vieja se fijaron en ella con una intensidad que Jen no le había visto antes.

—Sabía que algo no encajaba —respondió, con una voz más baja que nunca—. Los héroes no crían armas. Los héroes crían hijos. Y tus padres no te criaron como una hija. Te criaron como una herramienta. Eso no es heroísmo. Es otra cosa.

—¿Qué cosa?

—No lo sé. Pero sé que no es heroísmo.

Jen guardó silencio durante un momento largo. El sol de la mañana calentaba las calles de Drakheim. Los vendedores abrían sus puestos. Los niños corrían por los callejones. Y Jen se quedó de pie frente a la panadería, con el corazón latiendo con un ritmo nuevo y la certeza de que algo había cambiado dentro de ella.

No sabía qué. No sabía cómo. Solo sabía que la imagen de sus padres, esa imagen que la resistencia había construido durante años, se había resquebrajado como un espejo al que le lanzan una piedra. Y a través de las grietas, Jen podía ver algo que siempre había estado ahí pero que nunca había tenido permiso para ver.

La verdad.

—Gracias, Brokk —dijo Jen.

—¿Por qué? —preguntó el enano, mordiendo otro trozo de pan.

—Por traerme aquí. Por hacerme oír lo que dicen. Por hacerme ver lo que no quería ver.

Brokk la miró un momento largo. Luego, con una sonrisa que le iluminó la cara como una vela en una habitación oscura, respondió:

—Para eso están los amigos. Para las cervezas, los panoramas desagradables y las verdades que duelen.

Jen casi sonrió. Casi.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

—Ahora —dijo Brokk, terminándose la barra de pan con un último bocado que le llenó la boca de migas—, decides. Tú. No tus padres. No la resistencia. No el Conquistador. Tú. ¿Qué quieres?

Jen miró hacia la torre de cristal negro, que se alzaba en el centro de Drakheim como una espina clavada en la montaña. En algún lugar de esa torre, un hombre de cuatrocientos años miraba al horizonte con la cara de alguien que busca algo que ya no existe. Un hombre que le había cortado la carne en silencio. Un hombre que le había contado que su nombre no era suyo. Un hombre cuyas sombras escuchaban los deseos de las personas y que, cuando escuchó el de ella, no supo hacer otra cosa que quedarse.

—No lo sé —respondió Jen, y la honestidad de esa confesión le dolió como un cristal clavándose en la palma de la mano—. Pero sé que ya no quiero ser un arma. Y sé que mis padres no son héroes. Y sé que Kaeros no es un monstruo. Y eso... eso es un comienzo.

Brokk asintió. La sonrisa se ensanchó.

—Es un buen comienzo —sentenció—. De los mejores que he visto. Y llevo ochenta años viendo comienzos.

Jen le dedicó una sonrisa que era mitad triste y mitad algo más cálido, algo que empezaba a tener un nombre pero que todavía no se atrevía a pronunciar.

—Gracias, Brokk.

—De nada, niña del agua. Ahora vamos a desayunar. Que me estoy muriendo de hambre y aquí cerca hay una taberna que sirve huevos con un sabor que te hace olvidar tus problemas. O al menos que te hace olvidar que los tienes.

Jen rio. De verdad. Una risa limpia, clara, que llenó la calle como el sonido del agua corriendo por un arroyo.

Y mientras caminaba hacia la taberna con Brokk, con el sol de la mañana calentándole la cara y el corazón latiendo con un ritmo nuevo, Jen supo que algo había cambiado dentro de ella.

La imagen de sus padres se había roto.

Y a través de las grietas, había visto algo que siempre había estado ahí pero que nunca había tenido permiso para ver.

La verdad de que no eran héroes.

Y la verdad de que ella merecía algo mejor.

CAPÍTULO 14



"La voz en la niebla"

Kaeros se durmió pensando en el lago.

No era la primera vez. Llevaba varias noches durmiéndose con la imagen del agua cristalina grabada en la retina, con el sonido de la voz de Jen diciendo "el lago de los susurros" resonando en algún lugar profundo de su memoria, con la sensación de los pies descalzos en el agua fría y el sol de la mañana calentándole la cara. Era una imagen peligrosa. Una imagen que se había instalado en su cabeza como un huésped que no paga alquiler y que no tiene intención de marcharse.

Cállate, se ordenó Kaeros por enésima vez, cerrando los ojos. *Cállate y duérmete. Mañana hay cosas más importantes que pensar. La marca de Jen. La resistencia. El Conquistador. No el lago. No el agua. No...*

Pero el sueño lo atrapó antes de que pudiera terminar el pensamiento.

No fue un sueño normal.

Los sueños normales de Kaeros eran fragmentos borrosos: sombras que se movían sin rumbo, ecos de voces que no podía entender, la sensación de estar caminando por un pasillo que no tiene fin. Eran sueños vacíos, como la memoria que le habían borrado: huecos donde debería haber algo pero donde solo había silencio.

Este sueño no estaba vacío.

Estaba lleno de niebla.

Kaeros se encontró de pie en un espacio que no era un espacio. No había suelo, no había techo, no había paredes. Solo había niebla: negra, espesa, con una densidad que no correspondía a ningún fenómeno natural. La niebla se movía a su alrededor como un animal vivo, enroscándose en sus piernas, trepando por sus brazos, colándose por las costuras de su túnica como agua por las grietas de un muro.

Y entonces escuchó la voz.

No era una voz humana. No era una voz de elfo. Era una voz que venía de algún lugar más profundo, más antiguo, más oscuro. Una voz que sonaba como la niebla cuando se arrastra por el suelo: suave, ineludible, fría. La misma voz que había escuchado hacía cuatrocientos años, cuando el Conquistador le arrebató todo lo que amaba y le ofreció la inmortalidad a cambio de su nombre.

—Kaeros —dijo la voz.

No fue una pregunta. Fue una constatación. Como quien dice "llueve" o "el sol se ha puesto" o "ya no te acuerdas de cómo se llamaba tu esposa".

—Llevas cuatrocientos años durmiendo en mi sombra —continuó la voz—. Cuatrocientos años obedeciendo. Cuatrocientos años tragando la niebla que te di como si fuera aire. Y ahora, de repente,

empiezas a dudar. Empiezas a sentir. Empiezas a olvidar quién eres y a recordar quién fuiste.

La niebla se condensó. De la oscuridad emergió una figura.

Era alta. Más alta que Kaeros, que ya era alto. Más de dos metros, quizás más, con una silueta que se recortaba contra la niebla negra como un cuchillo contra la noche. Vestía una túnica oscura, tan oscura que parecía absorber la luz, y la capucha le cubría la cara por completo. No había ojos visibles, no había boca, no había rasgos. Solo había oscuridad dentro de la capuja, una oscuridad que era más profunda que la niebla, más densa que la noche, más antigua que el tiempo.

La magia que emanaba de la figura era palpable. No era como las sombras de Kaeros, que eran suyas y que obedecían a su voluntad. Era una magia ajena, una magia que venía de fuera, que se instalaba en el aire como un veneno y que hacía que los pulmones ardieran y que la piel se erizara y que el corazón latiera con un ritmo que no era el suyo.

—¿Me escuchas? —preguntó la figura.

Kaeros no respondió. No podía. El terror le había paralizado la garganta. Era el mismo terror que había sentido hacía cuatrocientos años, cuando el Conquistador apareció en su cabaña y mató a Aelith delante de él. El mismo terror que había aprendido a controlar durante siglos de disciplina y de soledad y de noches sin dormir. El mismo terror que ahora, en el sueño, volvía con la fuerza de un animal que ha estado encerrado demasiado tiempo.

—Bien —dijo la figura, como si el silencio de Kaeros fuera una respuesta aceptable—. Entonces escucha. Porque lo que voy a decirte no es una sugerencia. Es una orden.

La niebla se espesó. Las sombras de Kaeros, que siempre lo acompañaban incluso en sueños, se replegaron hacia él como animales asustados. La figura del Conquistador dio un paso adelante, y el espacio entre los dos se acortó hasta que Kaeros

podía sentir el frío que emanaba de su cuerpo, un frío que no era el del invierno ni el del hielo, sino el frío de algo que ha dejado de vivir pero que sigue existiendo.

—Sé de la resistencia —dijo la figura—. Sé que planean contra mí. Sé que han reunido a un grupo de desesperados que creen que pueden derrotarme con espadas y con fe. Sé que planean usar un arma contra ti. Un arma que han estado forjando durante veintitrés años.

Kaeros sintió que el corazón se le detenía.

—Sé de la chica —continuó la figura, y su voz sonó más fría, más precisa, como un bisturí que corta la carne—. La semihumana. La hija de la sirena y el elfo. La que huele a agua. La que tiene la marca.

La marca, pensó Kaeros, y la sangre le heló en las venas. *La marca del pecho. La marca que Jen descubrió hace semanas. La marca que brilla cuando las sombras están cerca.*

—Se la puse yo —dijo la figura, y la confesión cayó en el silencio como una piedra en un pozo—. Cuando era un bebé. Cuando todavía no tenía nombre. Cuando todavía no sabía lo que era el dolor. Se la puse porque necesitaba seguirla. Necesitaba saber dónde estaba. Necesitaba saber cuándo estaría lista.

Kaeros sintió que el mundo se detenía.

—¿Lista para qué? —preguntó, y su voz sonó rota.

—Para reemplazarte —respondió la figura—. Si fallabas. Si te desviabas. Si decidías que el dolor era más importante que la obediencia. Entonces ella vendría. La forjaron para eso. La marcaron para eso. Y alguien cercano a ella lo permitió.

Alguien cercano a ella, repitió Kaeros en su cabeza. *¿Quién? ¿Quién permitiría que marcaran a un bebé? ¿Quién entregaría a su propia hija al Conquistador?*

Pero entonces recordó las palabras de Jen en el lago: "Mi padre me golpeaba con un palo. Mi madre me entrenaba hasta que los dedos me sangraban." Y recordó la expresión de Jen al decirlo: no rabia, no odio, sino algo más profundo, más doloroso, más parecido a la perplejidad de alguien que no entiende por qué las personas que deberían amarla la tratan como una herramienta.

Su padre, pensó Kaeros, y la idea le golpeó como un puñetazo en el centro del pecho. *El elfo. El padre. Él lo permitió. Él entregó a Jen al Conquistador. Él la marcó.*

—Ahora lo sabes —dijo la figura, como si leyera sus pensamientos —. Ahora sabes que el arma que te han enviado no es solo un instrumento. Es una trampa. Una trampa hecha a medida de tu debilidad. Porque yo sé lo que sientes por ella, Kaeros. Lo sé porque mis sombras lo sienten. Lo sé porque cada vez que la miras, tus sombras se debilitan. Lo sé porque ella es la primera persona en cuatrocientos años que te ha hecho olvidar que eres mi siervo.

Kaeros apretó los dientes. Las sombras a su alrededor se tensaron, moviéndose con más agitación, como un animal herido que busca refugio.

—¿Qué quieres? —preguntó, y la voz le salió raspada, rota, como si le hubieran pasado papel de lija por dentro.

—Quiero que la mates —dijo la figura.

La palabra cayó en el silencio como una piedra en un pozo. Kaeros sintió que el mundo se detenía. Que el aire se congelaba. Que las sombras a su alrededor se replegaban hacia él como si quisieran protegerlo de algo que no podían protegerlo.

—¿Qué? —tartamudeó.

—Que la mates —repitió la figura, con la misma calma con la que se dice "pásame la sal" o "cierra la puerta"—. Es un arma contra mí. Una herramienta de la resistencia. Si la dejas viva, te destruirá. Y si

te destruye a ti, me destruye a mí. Y yo no permito que me destruyan.

—No puedo...

—Puedes —interrumpió la figura, y su voz sonó más fría, más precisa, como un cuchillo que se afila—. Has matado antes. Has matado a inocentes. Has matado a soldados. Has matado a mujeres y niños durante cuatrocientos años de guerras que yo te obligué a librar. ¿Qué es una chica más?

Kaeros apretó los puños. Las sombras se retorcían alrededor de él como serpientes enroscadas.

—No es una chica más —dijo, y su voz sonó más firme de lo que sentía.

—Es exactamente eso —respondió la figura—. Una chica. Un arma. Una herramienta. Igual que tú. Igual que todos. Nada más.

—No.

La palabra salió de la boca de Kaeros antes de que pudiera detenerla. No fue una decisión. Fue un reflejo. El mismo reflejo que tuvo cuando el Conquistador mató a Aelith y él gritó hasta quedarse ronco. El mismo reflejo que tuvo cuando aceptó la inmortalidad porque no podía vivir sin ella. Un reflejo que venía de algún lugar más profundo que la razón, más antiguo que la disciplina, más suyo que cualquier cosa que el Conquistador le hubiera puesto encima.

—No —repitió Kaeros—. No la voy a matar.

La figura del Conquistador se quedó inmóvil durante un momento largo. La niebla a su alrededor se movía con más agitación, como un animal que ha sido provocado. Luego, con una lentitud deliberada, la capucha se inclinó ligeramente hacia un lado, como si la figura estuviera evaluando algo.

—Entonces —dijo la voz, y esta vez sonó diferente: más suave, más peligrosa, como la voz de alguien que ha decidido algo y que no

va a cambiar de opinión—. Entonces sufrirás las consecuencias. Porque si no la matas tú, la matará otro. Y si no la mata otro, tú serás condenando. Porque la marca que le puse no es solo un seguimiento. Es una cuenta atrás. Y cuando llegue a cero, el agua de su cuerpo dejará de obedecerla. Y entonces se convertirá exactamente en lo que la forjaron: un arma sin voluntad.

—No —dijo Kaeros, y la palabra sonó como un aullido.

—Sí —respondió la figura—. Y cuando eso pase, cuando ella se convierta en un arma, tú serás el primero en morir. Porque ella te buscará primero. Porque tú eres su objetivo. Porque para eso la crearon.

La niebla empezó a retirarse. La figura del Conquistador se fue desvaneciendo, como humo disipándose al viento, pero su voz permaneció un momento más, flotando en el aire como un eco que se niega a morir.

—Mátala, Kaeros. O muere con ella. La elección es tuya. Siempre lo ha sido.

Y entonces el sueño se acabó.

Kaeros se despertó con un grito atrapado en la garganta.

El frío de la piedra le caló la espalda. Las sábanas estaban empapadas de sudor. Las sombras de la habitación se movían con una agitación febril, como animales que han sido despertados de golpe y que no saben dónde están. El corazón le latía con tanta fuerza que podía sentirlo en las muñecas, en la garganta, en las sienes.

Se incorporó en la cama. El aire nocturno de Drakheim entraba por la ventana, trayendo el olor a metal y a humo. Las estrellas brillaban sobre las montañas, indiferentes al terremoto que se había producido dentro de su cabeza.

La marca, pensó Kaeros, y la sangre le heló en las venas. *La marca de Jen. No es un seguimiento. Es una cuenta atrás. Y cuando llegue a cero...*

No terminó el pensamiento. No podía. El miedo se lo impedía. Un miedo que no sentía desde hacía cuatrocientos años, desde aquella noche en que el Conquistador mató a Aelith y le arrebató todo lo que amaba.

Mátala o muere con ella.

Las palabras del Conquistador resonaron en su cabeza como un eco que se niega a morir.

Kaeros se levantó de la cama. Las piernas le temblaron. Las manos le temblaron. Todo le temblaba, como si el cuerpo hubiera olvidado cómo estar quieto. Se puso la túnica, se calzó las botas, y salió de la habitación sin saber adónde iba.

El pasillo estaba oscuro. Las antorchas se habían apagado, y solo la luz de la luna se colaba por las ventanas, dibujando sombras plateadas en las paredes de piedra. Kaeros caminó sin rumbo, dejando que los pies lo llevaran, sin pensar, sin planificar, sin la disciplina mental que había perfeccionado durante cuatrocientos años.

Los pies lo llevaron a la escalera de la torre.

Y en la escalera, sentado con la espalda contra la pared y las piernas estiradas sobre los escalones, con una copa de cerveza en la mano y la sonrisa torcida puesta como quien lleva un abrigo, estaba Malachi.

Estaba despierto. Naturalmente. Malachi siempre estaba despierto cuando Kaeros lo necesitaba, como si tuviera un sexto sentido para saber cuándo algo iba mal, como si su cuerpo supiera, antes que su mente, que su amigo necesitaba compañía.

—Vaya —sentenció Malachi, levantando la vista cuando Kaeros apareció en el rellano—. Tienes cara de haber visto un fantasma. O de haber visto a tu suegra. Que en tu caso es lo mismo, porque no tienes suegra, pero si la tuvieras, seguro que sería aterradora.

Kaeros no respondió. Se dejó caer en el escalón de al lado de Malachi, con la espalda contra la pared y la cabeza entre las manos. El frío de la piedra le caló la túnica. Las sombras se movían a su alrededor con más agitación de lo normal, como animales que detectan peligro.

Malachi lo miró un momento largo. La sonrisa torcida se movió ligeramente, como un animal que detecta algo interesante.

—Oye —dijo, con un tono que ya no tenía nada de humorístico—. ¿Qué ha pasado?

Kaeros no respondió durante un momento largo. El silencio se alargó hasta hacerse incómodo, denso, como el aire antes de una tormenta. Luego, con una voz que sonaba como si le hubieran pasado papel de lija por dentro, habló.

—El Conquistador —dijo—. Ha venido a mis sueños.

Malachi dejó de beber. La copa se detuvo a medio camino entre la mesa y la boca. Algo cruzó sus ojos de carbón, algo rápido y profundo, como una chispa que se niega a morir.

—¿Qué ha dicho? —preguntó, y su voz perdió toda traza de humor.

Kaeros levantó la vista. Los ojos grises encontraron a Malachi en la penumbra, brillando como plata fundida bajo la luz de la luna.

—Ha dicho que sabe de la resistencia —continuó Kaeros, con una voz que pretendía ser firme y sonaba a cualquier cosa menos firme —. Que sabe que planean contra él. Que sabe que han traído un arma para matarme.

—¿Un arma? —repitió Malachi—. ¿Qué arma?

—Jen.

El nombre cayó en el silencio como una piedra en un pozo. Malachi no se movió. No dijo nada. Simplemente esperó.

—Ha dicho que la marcó —continuó Kaeros, y la voz se le quebró ligeramente, como una rama que se dobla bajo el peso de la nieve —. Cuando era un bebé. Se la puso en el pecho. La marca que ella descubrió hace semanas. No es un seguimiento. Es una cuenta atrás.

Malachi sintió que el corazón se le detenía.

—¿Una cuenta atrás? —preguntó, con una voz que ya no tenía nada de humorística.

—Cuando llegue a cero, el agua de su cuerpo dejará de obedecerla. Se convertirá en lo que la forjaron: un arma sin voluntad.

El silencio que siguió fue tan profundo que Malachi pudo oír el crepitar de una vela en el rellano inferior.

—¿Y quién la forjó? —preguntó Malachi, con una voz más baja que nunca.

—El Conquistador. Con la ayuda de alguien cercano a ella.

—¿Quién?

—Su padre. El elfo. Él lo permitió. Él entregó a Jen al Conquistador cuando era un bebé.

Malachi cerró los ojos durante medio segundo. Luego los abrió. La sonrisa torcida había desaparecido de su rostro, reemplazada por algo que rara vez se veía en él: rabia. Una rabia fría, contenida, como el fuego que se esconde bajo la nieve.

—¿Y qué más ha dicho? —preguntó, con una voz que sonaba a piedras rompiéndose.

—Que la mate —respondió Kaeros, y la palabra le supo a sangre —. Que mate a Jen. O que muera con ella. Porque la marca es una cuenta atrás. Y cuando llegue a cero, ella me buscará primero. Porque para eso la crearon: para matarme.

Malachi abrió los ojos. La rabia se había convertido en algo más: no era solo enfado, era la determinación de alguien que ha decidido que no va a permitir algo.

—¿Y tú qué vas a hacer? —preguntó.

Kaeros no respondió durante un momento largo. El silencio se alargó hasta hacerse incómodo, denso, como el aire antes de una tormenta. Luego, con una voz que sonaba como si le hubieran arrancado las palabras de la garganta, habló.

—No sé —admitió—. No sé qué hacer. No sé cómo salvarla. No sé cómo detener la marca. No sé cómo enfrentarme al Conquistador. No sé nada. Solo sé que no la voy a matar.

Malachi lo miró un momento largo. Luego, sin decir nada, le pasó la copa de cerveza.

—Bebe —ordenó—. No va a solucionar nada. Pero va a hacer que el mundo parezca un poco menos horrible.

Kaeros bebió. La cerveza era amarga, fría, con un sabor a grano tostado que le recordó vagamente a algo que no sabía nombrar. No era lo que su cuerpo pedía. Pero era algo. Algo real. Algo que no era una orden del Conquistador.

—Malachi —dijo Kaeros, dejando la copa sobre el escalón.

—¿Qué?

—Necesito decirte algo. Algo que llevo guardando mucho tiempo.

Malachi lo miró. La sonrisa torcida volvió, pero era una sonrisa diferente: más pequeña, más honesta, como la de alguien que ha decidido dejar de jugar y empezar a hablar en serio.

—Adelante —dijo—. Para eso estamos. Para las confesiones nocturnas y la cerveza mala.

Kaeros respiró hondo. El aire nocturno de Drakheim le supo a metal y a humo y a algo más, algo más cálido, algo que empezaba a tener un nombre pero que todavía no se atrevía a pronunciar.

—Después de Aelith —dijo, con una voz más baja que nunca—. Después de que el Conquistador la matara. Después de cuatrocientos años de soledad y de dolor y de noches mirando al horizonte buscando algo que ya no existe. Después de todo eso...

Se detuvo. Las palabras se le atascaron en la garganta como huesos de fruta en un desagüe.

—¿Sí? —animó Malachi.

—Jen es la primera mujer que me da esperanzas de volver a sentir algo.

El silencio que siguió fue tan profundo que Malachi pudo oír el latido de su propio corazón.

No dijo nada durante un momento largo. Se quedó mirando a Kaeros con esos ojos de carbón que parecían leer más de lo que deberían. Luego, sin decir nada, le pasó la copa de cerveza de nuevo.

—Bebe —repitió—. Y luego cuéntamelo todo. Desde el principio. Desde el lago. Desde la carne cortada. Desde el helado que no le diste todavía. Desde todo.

Kaeros bebió. La cerveza le supo a algo que no sabía nombrar, pero que se parecía peligrosamente a la esperanza.

Y entonces le contó todo.

Le contó el lago de los susurros. Le contó cómo Jen le había dicho que había vivido en una cueva y que la habían entrenado para matarlo. Le contó cómo ella había llorado al decirlo, no de rabia sino

de vergüenza, como si el peso de su propia historia fuera demasiado grande para llevarlo sola. Le contó cómo él le había dicho que su nombre no era suyo, que el Conquistador se lo había puesto, que el hombre que era antes ya no existía. Le contó cómo se habían quedado en silencio durante una hora, sentados en la orilla del lago, con los pies en el agua y el sol de la mañana calentándoles la cara.

Le contó cómo Jen se había caído al intentar levantarse de la roca, con la misma torpeza que Aelith, con la misma forma de poner las manos hacia adelante, y cómo él había sentido, en ese instante, que el mundo se detenía.

Le contó cómo se había cortado la carne en la cena, sin decir nada, sin mirarla, sin esperar agradecimiento. Y cómo ella había dicho "gracias" con una voz que era mitad vergüenza y mitad algo más cálido, algo que no sabía nombrar pero que le había hecho sentir que estaba vivo.

Le contó todo. Y cuando terminó, Malachi se quedó en silencio durante un momento largo, con la copa de cerveza vacía en la mano y la sonrisa torcida puesta, pero con los ojos de carbón apagados, como brasas que alguien ha soplado demasiado fuerte.

—Oye, Kaeros —dijo Malachi al fin, con una voz que ya no tenía nada de humorística.

—¿Qué?

—¿Sabes qué es lo más divertido de todo esto?

—¿Qué?

—Que el Conquistador te ha ordenado matar a la única persona en cuatrocientos años que te ha hecho sonreír. Y que tú, el hombre más peligroso de Draevorn, el tirano que ha acabado con seis resistencias, el monstruo que todos temen, has dicho "no" a un ser que te puede destruir con un pensamiento.

Kaeros no respondió.

—Eso —continuó Malachi, con una voz más baja que nunca—. Eso es lo más valiente que he visto en cuatrocientos años. Y he visto muchas cosas. Incluido a un hombre tirar un hueso de fruta a un guardia desde un balcón.

Kaeros casi sonrió. Casi.

—¿Y qué hago ahora? —preguntó.

Malachi lo miró un momento largo. Luego, con una sonrisa que era mitad complicidad y mitad advertencia, respondió:

—Ahora salvamos a la niña del agua. Porque si el Conquistador quiere que muera, eso significa que vale la pena mantenerla viva.

—¿Es tu lógica?

—Es mi lógica de cuatrocientos años. Y en cuatrocientos años, solo me he equivocado tres veces. Y las tres veces fue por confiar en la cerveza.

Kaeros dejó escapar una risa que le supo a algo que no había sentido en mucho tiempo. No era una risa grande ni alegre. Era una risa pequeña, cansada, como la de alguien que ha estado cargando un peso durante mucho tiempo y que de repente descubre que hay alguien ayudándole a llevarlo.

—Gracias, Emeric —dijo Kaeros, usando el nombre real de Malachi por primera vez en cuatrocientos años.

Malachi parpadeó. Algo cruzó sus ojos de carbón, algo rápido y profundo, como una chispa que se niega a morir. Luego la sonrisa torcida volvió, más amplia que nunca, más honesta que nunca, más cálida que nunca.

—De nada, Kaeros —respondió Malachi, usando el nombre real de Kaeros—. De nada.

Se quedaron en la escalera durante un rato más, sin hablar, dejando que el silencio existiera entre los dos como un espacio

compartido que no necesitaba ser llenado. Las estrellas brillaban sobre Drakheim. El viento soplaba entre las almenas. Y en algún lugar, en una habitación de un albergue llamado "La Cama Dura", Jen Delay dormía con la marca en el pecho y el agua en las venas y un destino que acababa de cambiar para siempre.

Porque el Conquistador había dado una orden.

Y Kaeros había dicho que no.

Y eso, pensó Malachi mientras la cerveza se calentaba en su mano y las estrellas parpadeaban sobre las montañas, era lo más importante que había pasado en cuatrocientos años.

Porque cuando un hombre dice que no al diablo, el mundo escucha.

Y el mundo, por fin, estaba empezando a cambiar.

CAPÍTULO 15



"Jen y la estatua"

Jen no sabía por qué había vuelto a la estatua.

No tenía un motivo. No tenía una razón. No tenía nada excepto los pies que la habían llevado hasta la plaza del Mercado Viejo sin pedirle permiso, como si el cuerpo supiera algo que la mente ignoraba. La estatua de Aelith estaba en el centro, inmóvil como siempre, con los brazos extendidos y los ojos mirando el horizonte. El mármol blanco brillaba bajo el sol de la mañana, y la placa en la base decía lo mismo que siempre: *Aelith. El mundo no te merecía.*

Jen se quedó de pie frente a la estatua, con las manos cruzadas delante del cuerpo y la expresión de alguien que no sabe si está visitando a una amiga o a un fantasma.

La primera vez que había visto la estatua, hacía semanas, había sentido una opresión en el pecho que no podía explicar. La segunda vez, después de cenar con Kaeros y Malachi, la opresión había sido diferente: más profunda, más dolorosa, como si algo dentro de ella reconociera a la mujer de mármol sin saber por qué.

Ahora, la tercera vez, la opresión no estaba. En su lugar, había algo más suave, más triste, algo que se parecía a la comprensión de alguien que ha entendido, por fin, que el dolor que siente no es solo suyo.

Aelith, pensó Jen, mirando el rostro de mármol. *Tenías veintiocho años cuando moriste. Quizás sea mi número también ¿Es eso lo que sentiste? ¿Que el tiempo se acaba?*

La estatua no respondió. Las estatuas nunca responden. Pero Jen tenía la sensación de que, si pudiera escuchar lo suficiente, si pudiera callar el ruido de la ciudad y el latido de su propio corazón, tal vez oiría algo. Un susurro. Un eco. La voz de una mujer que amó a un hombre que ahora era un monstruo y que murió sin saber que su muerte lo convertiría en algo peor.

—Hablas con las estatuas ahora —dijo una voz detrás de ella—. ¿Qué sigue? ¿Hablar con los postes de luz?

Jen se giró.

Malachi estaba a unos metros de distancia, con la sonrisa torcida puesta y una barra de pan en la mano que parecía haber mordido en tres ocasiones diferentes. El cabello rojo le caía sobre la frente como brasas que se niegan a apagarse, y los ojos de carbón brillaban con esa luz que parpadeaba en el fondo como una chispa que no quiere morir.

—No hablaba con la estatua —respondió Jen, con una dignidad que no sentía del todo.

—Claro que no. Estabas... ¿meditando? ¿Contemplando? ¿Haciendo una reverencia al mármol?

—Miraba.

—Mirar es lo que hacen los que no saben qué hacer. Yo también miro mucho. Sobretodo la cerveza. Pero eso es otra historia.

Jen casi sonrió. Casi.

Malachi se acercó, mordiendo la barra de pan con la parsimonia de quien tiene todo el tiempo del mundo.

—¿Sabes qué? —dijo, con la boca llena—. Creo que alguien debería contarte la historia de Aelith. La historia real. No la que cuentan en las tabernas ni la que susurran los soldados. La historia que solo Kaeros conoce.

Jen lo miró.

—¿Tú la conoces?

Malachi se encogió de hombros.

—Parte. Kaeros me ha contado cosas a lo largo de cuatrocientos años. No todo, porque Kaeros no cuenta todo, pero lo suficiente para saber que Aelith no era solo "la esposa del tirano que murió joven". Era algo más. Algo que Kaeros todavía no ha dejado ir.

Jen guardó silencio durante un momento largo. El viento soplaba entre los edificios de la plaza, trayendo el olor a pan caliente y a humo de chimenea. La estatua de Aelith seguía ahí, inmóvil, con los brazos extendidos y los ojos mirando el horizonte.

—¿Por qué me lo cuentas? —preguntó Jen —No quiero que me lo cuentes, que me lo cuente él.

—Porque creo que deberías saberlo —respondió Malachi aceptando su petición—. Y porque creo que Kaeros necesita que alguien se lo recuerde. A veces, los muertos no se van hasta que alguien los deja ir. Y Kaeros no ha dejado ir a Aelith en cuatrocientos años.

Malachi le dedicó una sonrisa que era mitad complicidad y mitad advertencia, se despidió con un gesto de la barra de pan y se alejó por la calle, dejando a Jen sola con la estatua y el peso de las palabras que acababa de escuchar.

Jen se quedó en la plaza durante un rato más, mirando la estatua, procesando lo que Malachi le había dicho. Que la historia de Aelith era importante. Que el dolor de Kaeros por Aelith era importante.

Y que ella, Jen, estaba conectada a todo eso de una manera que no podía entender.

Se estaba preparando para irse cuando escuchó los pasos.

Eran pasos lentos, pausados, de alguien que no tiene prisa. Pasos que Jen había aprendido a reconocer en el templo de las Crestas de Humo, en la plaza donde Kaeros la había derrotado, en el lago donde ambos habían abierto sus heridas. Pasos que sonaban como si el mundo pudiera esperar.

Jen se giró.

Kaeros estaba al otro lado de la plaza, de pie junto a una fuente seca, mirándola. No llevaba la túnica negra de comandante. Vestía una camisa de lino gris, desabotonada en el cuello, con las mangas arremangadas hasta los codos. El pelo oscuro le caía sobre la frente sin peinar. Y no había sombras alrededor de él.

Ninguna.

Las sombras que siempre lo acompañaban, que se movían como un manto vivo, que se arrastraban por las paredes y se enroscaban en los muebles, no estaban. Kaeros estaba solo. Sin sombras. Sin poder. Sin la armadura de oscuridad que llevaba cuatrocientos años construyendo alrededor de sí mismo.

Era, pensó Jen con una claridad que le quitó el aliento, un hombre.

Solo un hombre.

Mirando a una mujer.

Jen no dijo nada. Kaeros no dijo nada. Se quedaron mirándose a través de la plaza, con la distancia entre los dos llena de silencio y

de todo lo que no se habían dicho.

Luego Kaeros caminó hacia ella.

No con prisa. No con amenaza. Con esa parsimonia que era su marca, su firma, su forma de moverse por el mundo: como alguien que ha aprendido que la urgencia es una ilusión y que todo llega a su debido tiempo si esperas lo suficiente.

Jen lo vio acercarse. El sol de la mañana iluminaba su perfil, marcando las líneas de su mandíbula y el recorrido de la cicatriz que le cruzaba la mejilla. Los ojos grises la encontraron en la distancia, y Jen sintió que el corazón se le aceleraba, no de miedo sino de algo más, algo que no tenía nombre pero que se parecía peligrosamente a la anticipación.

Kaeros se detuvo frente a ella. Estaban a un metro de distancia. El sol les calentaba la cara. La estatua de Aelith los observaba con sus ojos de mármol.

—Vienes aquí a menudo —dijo Kaeros. No fue una pregunta.

—A veces —respondió Jen.

—¿Por qué?

Jen miró la estatua. Luego miró a Kaeros.

—Porque creo que ella entendía algo que yo todavía no entiendo —respondió—. Algo sobre el dolor. Algo sobre perder algo que amas. Algo sobre seguir de pie después de que te hayan quitado todo.

Kaeros no respondió durante un momento largo. Sus ojos grises recorrieron el rostro de Jen como si buscara algo, como si estuviera leyendo en ella algo que ella misma no podía ver.

—Aelith era humana —dijo al fin, con una voz que sonaba como si le hubieran pasado papel de lija por dentro—. No tenía poderes. No tenía armas. No tenía nada excepto una risa que asustaba a los pájaros y una forma de mirar el mundo como si fuera la primera vez.

Jen no dijo nada. Se quedó mirando a Kaeros, sintiendo que las palabras le llegaban como piedras cayendo en un pozo: una a una, lentas, pesadas, con un sonido que retumbaba en la distancia.

—La maté —continuó Kaeros, y la voz se le quebró ligeramente—. No directamente. Pero si no hubiera aceptado la inmortalidad, si no hubiera aceptado el mando de Draevorn, el Conquistador no la habría tocado. Ella murió porque yo existía. Y yo seguí existiendo porque ella murió.

Jen sintió que los ojos se le humedecían.

—No fue tu culpa —dijo, con una voz que sonó más firme de lo que sentía.

—Sí lo fue —respondió Kaeros—. Pero eso ya no importa. Lo que importa es que ella se fue. Y yo me quedé. Y durante cuatrocientos años, he intentado entender por qué.

Jen no supo qué responder. Se quedó mirando la estatua, sintiendo que el peso de la historia de Kaeros le caía encima como una losa de piedra.

Entonces Kaeros dijo, con una voz que ya no tenía nada de comandante:

—¿Caminas?

Jen parpadeó.

—¿Qué?

—¿Caminas? ¿Por la ciudad? ¿Conmigo?

La pregunta fue tan inesperada, tan simple, tan absurdamente normal, que Jen tardó un momento en procesarla. Kaeros, el tirano de Draevorn, el elfo de las sombras, el hombre más temido de Elyrion, le estaba preguntando si quería dar un paseo.

—Sí —respondió Jen, porque no sabía qué otra cosa decir.

—Bien —dijo Kaeros.

Y empezaron a caminar.

Drakheim era diferente cuando la recorrías a pie, sin prisas, sin misiones, sin la sensación de que alguien te persigue. Las calles empinadas se convertían en aventuras, los edificios apiñados se convertían en paisajes, y los olores de la ciudad —pan caliente, metal frío, humo de chimenea— se convertían en algo que Jen empezaba a reconocer como el olor de un hogar.

Kaeros caminaba a su lado con esa parsimonia que era su marca. No hablaba. No hacía comentarios. Simplemente caminaba, dejando que el silencio existiera entre los dos como un espacio compartido que no necesitaba ser llenado. Pero había algo diferente en su silencio: no era el silencio frío y distante del comandante. Era un silencio cálido, como el de dos personas que han decidido compartir un momento sin necesidad de palabras.

Jen miraba a su alrededor con ojos nuevos. Los vendedores abrían sus puestos, los niños corrían por los callejones, los perros ladraban a los gatos, y la ciudad bullía con esa energía que solo tiene por la mañana, cuando todo está empezando y nada ha terminado todavía.

—Nunca he caminado por una ciudad —dijo Jen, sin pensar.

Kaeros la miró.

—¿Nunca?

—Nunca. En la cueva no había ciudades. En el campamento de la resistencia, me escondía. Y cuando llegué a Drakheim, estaba demasiado asustada para pasear.

—¿Y ahora?

—Ahora estoy contigo —respondió Jen, y la honestidad de esa confesión le sorprendió incluso a ella—. Y contigo no tengo tanto

miedo.

Kaeros no respondió. Pero algo en su expresión cambió. Algo sutil, casi imperceptible, como una grieta en una pared que nadie ha reparado durante años. No era una sonrisa. Era algo más profundo. Algo que estaba debajo de la sonrisa y que no necesitaba salir a la superficie para ser real.

Caminaron durante un rato más, sin hablar, dejando que la ciudad los envolviera con su bullicio y sus olores y su vida. Jen empezó a notar cosas que no había visto antes: un mural pintado en una pared que representaba un dragón con alas de cristal, un puesto de flores que olía a jazmín y a algo dulce, un grupo de ancianos sentados en una plaza jugando a un juego de cartas que Jen no reconocía.

Y entonces lo vio.

El puesto de helados.

Estaba en una esquina, medio escondido detrás de un toldo de tela raída, con un mostrador de madera y un hombre viejo detrás con una cuchara de madera en la mano y una expresión de aburrimiento supremo. Sobre el mostrador, un cartel pintado a mano decía: *Helado artesanal. Sabores: fresa, vainilla, chocolate, limón.*

Jen se detuvo.

El corazón le latía con tanta fuerza que podía sentirlo en las muñecas, en la garganta, en las sienes. El helado de fresa. El mismo helado que había visto en el cartel de la cueva cuando era niña. El mismo helado que había imaginado durante diecisiete años mientras los dedos le sangraban y el agua le quemaba las venas. El mismo helado que era, para ella, la prueba de que el mundo contenía algo bueno.

Jen no se movió. Se quedó de pie en medio de la calle, mirando el puesto con los ojos muy grandes y el corazón latiendo con un ritmo que no reconocía.

Kaeros se detuvo a su lado. La miró. Miró el puesto. Miró a Jen de nuevo.

—¿Quieres? —preguntó.

Jen tragó saliva.

—No tengo dinero —respondió, y la palabra le supo a algo que no sabía nombrar.

—Yo sí —dijo Kaeros.

Y antes de que Jen pudiera responder, antes de que pudiera decir "no hace falta" o "no te preocupes" o cualquiera de esas frases que se dicen cuando quieres algo con tanta fuerza que te da miedo tenerlo, Kaeros caminó hacia el puesto, habló con el hombre viejo, y volvió con un cuenco de cerámica blanca en la mano.

Helado de fresa.

Rosado, con motas rojas, cremoso, frío. El cuenco emitía un vapor helado que se mezclaba con el aire caliente de la calle. Olía a fresa, a azúcar, a algo dulce y bueno que no debería existir en un mundo que huele a ceniza.

Jen miró el helado. Miró a Kaeros. Miró el helado de nuevo.

—¿Cómo sabías? —preguntó, con una voz que sonó más pequeña de lo que pretendía.

—¿Sabía qué?

—Que quería helado de fresa. Que era... que era lo que quería.

Kaeros la miró un momento largo. Luego respondió, con una voz que ya no tenía nada de comandante:

—Las sombras me lo dijeron.

Jen parpadeó.

—¿Las sombras?

—Las sombras —confirmó Kaeros—. Las sombras sienten lo que la gente desea. Lo que quiere de verdad, debajo de todo lo demás. Lo que la mantiene viva cuando todo lo demás se cae. Y tú... tú deseas helado de fresa con una intensidad que mis sombras nunca habían sentido en nadie.

Jen sintió que las mejillas le ardían. No de vergüenza. De algo más. De la sensación de que alguien, por primera vez en su vida, había escuchado lo que quería de verdad y había ido a buscarlo.

—Las sombras —repitió Jen, porque necesitaba decir algo y no sabía qué otra cosa decir.

Su teoría se confirmaba al fin.

—Las sombras —confirmó Kaeros—. Son más honestas de lo que parecen. Sienten el dolor, el miedo, la soledad. Y también sienten el deseo. Lo que la gente quiere con tanta fuerza que lo mantiene vivo.

Jen miró el helado. El frío le llegaba a los dedos a través del cuenco de cerámica. El olor a fresa le llenaba la nariz. Y debajo de todo eso, debajo del frío y del olor y del dulzor, había algo más. Algo que Kaeros había sentido a través de sus sombras. Algo que ella había mantenido vivo durante diecisiete años de dolor y de soledad y de manos ensangrentadas.

El deseo de algo bueno.

—Gracias —susurró Jen.

Kaeros no respondió. Se quedó mirándola con esos ojos grises que parecían plata fundida bajo la luz del sol.

Jen tomó la cuchara que el hombre viejo le había dado junto con el cuenco. La hundió en el helado. Se llevó un bocado a la boca.

Y lloró.

No fue un llanto escandaloso ni dramático. Fue un silencio, una grieta en la superficie de alguien que ha estado conteniendo el agua

durante demasiado tiempo. Las lágrimas le cayeron por las mejillas sin ruido, mezclándose con el helado que todavía tenía en la boca, y Jen hizo algo que no había hecho nunca: se tapó la cara con la mano libre y soltó un sollozo que sonó como el sonido que hace el hielo cuando se rompe.

El frío. El dulzor. La textura cremosa que se derretía en la lengua. El sabor a fresa, a algo bueno, a algo que no dolía, a algo que nadie le había arrebatado. Todo eso llegó a la vez, como una ola que rompe contra la orilla después de años de calma, y Jen se derrumbó.

Lloró por el helado. Lloró por el cartel en la pared de la cueva. Lloró por los diecisiete años de dolor y de soledad y de manos ensangrentadas. Lloró por los padres que no la amaron. Lloró por la resistencia que la usó. Lloró por el Conquistador que la marcó. Lloró por Kaeros, que había perdido a Aelith y que ahora estaba aquí, de pie frente a ella, comprándole un helado de fresa en una calle de Drakheim.

Lloró por todo. Y el llanto salió de ella como agua de una presa rota, imparable, urgente, liberadora.

Kaeros no dijo nada. No la abrazó. No la consoló. Se quedó de pie frente a ella, con las manos a los lados y los ojos grises clavados en ella, y dejó que llorara. Dejó que el dolor saliera. Dejó que el deseo, ese deseo que sus sombras habían sentido durante semanas, encontrara por fin una salida.

Jen lloró hasta que no le quedaron lágrimas. Luego se limpió la cara con el dorso de la mano, se sonó la nariz en la manga de la túnica —un gesto que probablemente no era muy elegante pero que en ese momento le importaba muy poco—, y miró a Kaeros con los ojos húmedos y la cara enrojecida.

—Lo siento —dijo.

—¿Por qué?

—Por llorar.

—No tienes que disculparte por llorar —respondió Kaeros, con una voz que sonó más suave de lo que Jen le había oído nunca—. Llorar es lo que hacen las personas que todavía sienten. Y sentir es lo que te hace estar viva.

Jen lo miró un momento largo. Luego, sin decir nada, se llevó otra cucharada de helado a la boca.

El sabor era el mismo. Frío, dulce, cremoso, con ese toque de fresa que le hacía cerrar los ojos y pensar en cosas buenas. Pero ahora el sabor tenía algo más. Tenía el peso de la historia de Kaeros. Tenía la marca de sus sombras. Tenía la presencia de un hombre que había perdido todo y que ahora estaba aquí, comprándole un helado a una desconocida que olía a agua.

Jen comió el helado en silencio. Kaeros la miró comer en silencio. El sol de la mañana les calentaba la cara. La ciudad bullía a su alrededor. Y en algún lugar profundo de la memoria de Jen, el cartel del helado en la pared de la cueva brilló como un faro en la oscuridad.

Cuando terminó, Jen dejó el cuenco vacío en el borde de una fuente seca.

—Gracias —dijo, y la palabra le supo a algo que no sabía nombrar.

—No me lo agradezcas —respondió Kaeros—. Las sombras me dijeron que lo necesitabas. Yo solo obedecí.

—Las sombras te dicen cosas de mí —dijo Jen, y no fue una pregunta.

—Las sombras me dicen cosas de todo el mundo —respondió Kaeros—. Pero de ti... de ti dicen más. Porque tú deseas más. Porque tú sientes más. Porque el agua dentro de ti vibra con una intensidad que mis sombras nunca habían sentido en nadie.

Jen guardó silencio durante un momento largo. El viento soplaba entre los edificios, trayendo el olor a pan caliente y a humo de

chimenea. La estatua de Aelith estaba a unas calles de distancia, mirando el horizonte con sus ojos de mármol.

—Kaeros —dijo Jen.

—¿Qué?

—¿Por qué me compraste el helado?

Kaeros la miró. Y por primera vez desde que Jen lo conocía, la sonrisa que esbozó no era fría ni distante ni irónica. Era una sonrisa triste, como una vela que se apaga pero que todavía humea.

—Porque las sombras me dijeron que era lo que más deseabas —respondió—. Y porque yo sé lo que es desear algo que no puedes tener. Y cuando alguien desea algo con tanta fuerza que lo mantiene vivo durante diecisiete años, ese algo merece ser cumplido.

Jen sintió que el corazón se le encogía.

—¿Y tú? —preguntó—. ¿Qué deseas tú?

Kaeros no respondió durante un momento largo. El silencio se alargó hasta hacerse denso, como el aire antes de una tormenta. Luego, con una voz que ya no tenía nada de comandante:

—Deseo que dejes de llorar por cosas que no te mereces. Deseo que dejes de cargar con el dolor de otros. Deseo que alguien te compre un helado de fresa cada día de tu vida, para que nunca más tengas que imaginarlo.

Jen sintió que las lágrimas volvían. No las contuvo. Dejó que cayeran.

—Eso es mucho —susurró.

—Lo sé —respondió Kaeros—. Pero es lo que deseo.

No supo quién se movió primero.

Quizás fue ella, que dio un paso adelante sin pensar, con el cuerpo actuando antes que la mente. Quizás fue él, que se inclinó ligeramente hacia ella, como si algo dentro de él se hubiera rendido. Quizás fueron los dos al mismo tiempo, como dos imanes que han estado demasiado cerca durante demasiado tiempo y que finalmente no pueden resistir la atracción.

Los labios de Kaeros encontraron los de Jen.

El beso fue suave. Más suave de lo que Jen esperaba. Los labios de Kaeros estaban fríos, como la piedra de las montañas, pero debajo del frío había algo cálido, algo vivo, algo que se parecía peligrosamente a la esperanza. Jen cerró los ojos y dejó que el beso la llenara, como el agua llena un vaso, como el aire llena los pulmones, como el helado llena la boca con su dulzor.

No era un beso de hambre. No era un beso de desesperación. Era un beso de reconocimiento. De dos personas que se han visto de verdad, no como armas ni como herramientas ni como monstruos, sino como personas que desean algo que no pueden tener y que, por un instante, lo tienen.

Las sombras se movieron.

Jen las sintió antes de verlas. Una oscuridad suave, cálida, que se extendió a su alrededor como un manto, cubriéndolos, ocultándolos del mundo. Las sombras de Kaeros se cerraron alrededor de los dos como una burbuja, separándolos de la ciudad, del bullicio, de las miradas de los transeúntes. Dentro de la burbuja, solo estaban ellos. Solo estaba el beso. Solo estaba el latido de sus corazones, sincopados, como dos tambores que aprendieron a tocar la misma canción.

Jen sintió que el pecho le ardía. No era dolor. No era el frío del helado. Era la marca. La marca del Conquistador, la marca que le habían puesto cuando era un bebé, la marca que brillaba cuando las sombras estaban cerca. Pero ahora no brillaba con frialdad. Ahora

brillaba con algo diferente. Algo más cálido. Algo que se parecía peligrosamente a la esperanza.

Las sombras de Kaeros y el agua de Jen se encontraron en algún punto entre los dos, chocando, mezclándose, fundiéndose en algo que no era ni sombra ni agua sino algo nuevo. Jen sintió que algo dentro de ella se movía, algo cálido y antiguo, algo que había estado dormido durante mucho tiempo y que ahora despertaba.

El beso se alargó. Un segundo. Dos. Diez. Jen perdió la cuenta. Solo sabía que los labios de Kaeros sabían a frío y a esperanza, que las sombras a su alrededor eran cálidas y protectoras, que la marca en su pecho latía con un ritmo nuevo, y que el helado de fresa todavía sabía en su lengua.

Cuando se separaron, jadeando, con las frentes juntas y las respiraciones entremezcladas, Jen abrió los ojos y vio que las sombras seguían ahí, rodeándolos como un capullo, protegiéndolos del mundo.

—Las sombras —susurró Jen.

—Las sombras —confirmó Kaeros, con una voz que sonaba rota y hermosa al mismo tiempo—. He aprendido a usarlas para algo más que para destruir.

Jen lo miró. Los ojos grises de Kaeros la encontraron en la penumbra de las sombras, y por un instante, solo un instante, Jen vio algo en ellos que no esperaba: esperanza. No el dolor de cuatrocientos años. No la frialdad del comandante. No la resignación del tirano. Esperanza. Pura, desnuda, aterradora esperanza.

—Kaeros —dijo Jen.

—¿Qué?

—¿Las sombras te dijeron algo más? Algo sobre mí. Algo que no me has contado.

Kaeros la miró un momento largo. Luego respondió, con una voz más baja que nunca:

—Dijeron que eras la persona más valiente que habían sentido nunca. Y que el agua dentro de ti es más fuerte que cualquier marca que el Conquistador pueda poner.

Jen sintió que el corazón se le llenaba de algo que no sabía nombrar.

—Y también —añadió Kaeros, con una voz que temblaba ligeramente— dijeron que el sabor de la fresa te hace feliz. Y que la felicidad es algo que mereces. Cada día. Cada momento. Cada helado.

Jen cerró los ojos. El beso todavía estaba en sus labios. El helado todavía estaba en su lengua. Las sombras todavía las envolvían, cálidas, protectoras, como un abrazo de oscuridad.

Y por primera vez en su vida, Jen Delay no lloró de dolor.

Lloró de algo diferente.

Algo que empezaba a tener un nombre pero que todavía no se atrevía a pronunciar.

Las sombras se retiraron lentamente, como una marea que se retira de la orilla. La ciudad volvió a aparecer a su alrededor: los edificios, las calles, los vendedores, los niños, la estatua de Aelith en la distancia. El mundo seguía ahí, igual que antes, con sus guerras y sus marcas y sus monstruos.

Pero algo había cambiado.

Algo que olía a fresa.

Y a sombras.

Y a la posibilidad de que el mundo fuera más complicado, más doloroso y más hermoso de lo que jamás había imaginado.

—Volvamos —dijo Kaeros, con una voz que ya tenía algo de su frialdad habitual pero que todavía temblaba ligeramente en los bordes.

—¿A dónde? —preguntó Jen.

—A la torre. A cenar. Con Malachi. De nuevo.

Jen casi sonrió. Casi.

—Trato hecho —respondió.

Y mientras caminaban de vuelta hacia la torre de cristal negro, con el sol de la mañana calentándoles la cara y el sabor a fresa todavía en la lengua, Jen supo que algo había cambiado dentro de ella.

No sabía qué. No sabía cómo. Solo sabía que el helado de fresa ya no era un deseo imposible.

Era un recuerdo.

Y los recuerdos, pensó Jen mientras Kaeros caminaba a su lado con las sombras moviéndose a su alrededor como un manto vivo, son más valiosos que los deseos.

Porque los deseos se pueden perder.

Pero los recuerdos se quedan.

CAPÍTULO 16



"La marca del traidor"

Jen supo que algo había pasado cuando vio a los dos hombres de la resistencia esperándole en la puerta de "La Cama Dura" después de cenar con Kaeros.

No los recordaba por el nombre, pero los reconocía por las caras: el mismo par que la había escoltado hasta la reunión con Gorath hacía días, con los mismos ojos vacíos y la misma expresión de quien cumple una orden sin preguntar por qué. Estaban de pie a ambos lados de la entrada, con los brazos cruzados y las mandíbulas apretadas, y cuando Jen se acercó, uno de ellos dijo, con una voz que pretendía ser neutral y sonaba a cualquier cosa menos neutral:

—La resistencia te convoca.

Jen los miró. Miró las manos cruzadas. Miró las mandíbulas apretadas. Miró los ojos vacíos. Y supo, con la certeza de alguien que ha crecido rodeada de violencia y que ha aprendido a leer las señales antes de que el golpe caiga, que aquello no era una convocatoria.

Era una trampa.

—¿Adónde? —preguntó Jen, con una voz que sonó más calmada de lo que sentía.

—Al sótano del Panadero Rebelde. Gorath ha convocado a todos. Es urgente.

Jen asintió. No tenía sentido huir. No tenía adónde huir. No tenía a nadie que la escondiera. No tenía nada excepto el sabor del helado de fresa todavía en la memoria y el fantasma del beso de Kaeros todavía en los labios, y eso, pensó Jen mientras los hombres la escoltaban por las calles de Drakheim, era lo único que nadie podía quitarle.

El sótano del Panadero Rebelde estaba lleno.

No como la última vez, cuando había quince personas sentadas en círculo hablando del destino del mundo mientras Gorath comía pollo. Esta vez había más de treinta, de pie, apretujados entre las mesas de madera y las paredes de roca, con las caras tensas y los ojos fijos en ella como si fuera un animal raro que alguien hubiera traído de una jaula.

Gorath estaba en el centro, con su barriga desbordándose por los bordes de la silla y una copa de vino en la mano que no parecía ser la primera. A su lado, el elfo mayor de pelo blanco y cara de piedra, el mismo que había hablado de los "héroes del Lago Espejo". Y detrás de ambos, como una sombra que no se molesta en esconderse, la mujer joven de los ojos grandes que miraba a Jen con una expresión que era mitad lástima y mitad algo más oscuro.

Jen entró en el sótano con los pasos firmes y la espalda recta, la misma postura que su padre le había enseñado durante diecisiete años. No por orgullo. Por disciplina. Porque cuando te van a juzgar, lo único que puedes controlar es cómo te presentas.

—Siéntate —dijo Gorath, señalando una silla vacía en el centro del círculo.

Jen no se sentó. Se quedó de pie, con las manos a los lados y la expresión neutra que había aprendido de su padre.

—Prefiero estar de pie —respondió.

Gorath la miró un momento largo. Luego se encogió de hombros.

—Como quieras —sentenció, y su voz perdió la calma fingida que había mantenido hasta entonces—. Entonces escucha. Porque lo que vamos a decirte no es una sugerencia. Es un veredicto.

Jen no se movió.

—Sabemos —continuó Gorath, apoyando los codos en la mesa con la solemnidad de quien pronuncia una sentencia—. Sabemos del beso.

La palabra cayó en el silencio como una piedra en un pozo. Jen no se inmutó. No parpadeó. No apartó la vista. Se quedó mirando a Gorath con la misma expresión neutra que había mantenido durante toda la conversación, como si la palabra "beso" fuera tan relevante como la palabra "pan" o "mesa" o "cielo".

—Sabemos que has besado a Kaeros —continuó Gorath, y su voz subió un registro, como la de un predicador que acusa a una pecadora—. En la plaza del Mercado Viejo. Delante de la estatua de su esposa muerta. Lo hemos visto. Nuestros informantes lo han confirmado. Tú, la hija de los héroes del Lago Espejo, el arma que debía acabar con el tirano de Draevorn, has besado al enemigo.

El murmullo que recorrió el sótano fue unánime. Los miembros de la resistencia intercambiaron miradas, murmuraron entre sí, movieron las cabezas con esa expresión de indignación que solo tienen las personas que creen tener derecho a juzgar la vida de los demás.

Jen no dijo nada.

No porque no tuviera palabras. Las tenía. Tenía muchas. Tenía palabras como piedras, afiladas y pesadas, listas para ser lanzadas. Tenía palabras como cuchillos, cortantes y precisas, listas para abrir heridas. Tenía palabras como olas, poderosas e imparables, listas para arrastrar todo lo que encontraran por delante.

Pero no las dijo.

Porque las palabras que tenía no eran para ellos. Eran para ella. Eran para el recuerdo del beso, que todavía estaba en sus labios como un tatuaje invisible. Eran para el sabor del helado de fresa, que todavía estaba en su lengua como una promesa cumplida. Eran para la marca del pecho, que había brillado cuando las sombras de Kaeros las envolvieron, no con frialdad sino con calor, como si algo dentro de ella reconociera al hombre que la besaba.

—¿No tienes nada que decir? —preguntó Gorath, con una voz que pretendía ser compasiva y sonaba a impaciencia.

Jen lo miró. Miró a Gorath con esos ojos del color del cielo nublado que habían visto el fondo de un lago y el interior de una cueva y el rostro de un hombre de cuatrocientos años que le había comprado un helado de fresa.

—No —respondió.

El silencio que siguió fue tan denso que se podía cortar.

—¿No? —repitió Gorath, con una incredulidad que le hacía subir el tono—. ¿No tienes nada que decir? ¿No vas a defenderte? ¿No vas a explicarnos por qué has besado al tirano que lleva cuatrocientos años oprimiendo a Draevorn? ¿No vas a decirnos que fue un error, que estabas confundida, que no sabías lo que hacías?

Jen no se movió.

—No —repitió—. No voy a defenderme. No voy a explicar. No voy a pedir perdón.

—¿Por qué? —gritó la mujer joven de los ojos grandes, dando un paso adelante con los puños cerrados y las lágrimas asomando en los ojos—. ¿Por qué, Jen? ¿Por qué has traicionado a tus padres? ¿Por qué has traicionado a la resistencia? ¿Por qué has traicionado a todo lo que te han enseñado?

Jen la miró. La mujer joven tenía la cara roja, los ojos húmedos, los labios temblorosos. Parecía genuinamente herida. Genuinamente decepcionada. Como si Jen le hubiera robado algo que le pertenecía.

¿Mi lealtad?, pensó Jen, y la idea le supo a sangre. *¿Mi obediencia? ¿Mi dolor? ¿Todo lo que mis padres me metieron en el cuerpo durante diecisiete años?*

—Porque lo que me han enseñado —dijo Jen, con una voz que ya no temblaba— es mentira.

El murmullo que recorrió el sótano fue más intenso que antes. Los miembros de la resistencia intercambiaron miradas, murmuraron entre sí, movieron las cabezas con esa expresión de indignación que ahora se mezclaba con algo más: miedo.

—¿Mentira? —repitió Gorath, con una voz que pretendía ser calmada y sonaba a cualquier cosa menos calmada—. ¿Qué mentira?

—La mentira de que Kaeros es un monstruo —respondió Jen—. La mentira de que mis padres son héroes. La mentira de que la resistencia lucha contra el Conquistador. Todo eso es mentira. Y yo lo sé. Porque lo he visto. Porque lo he sentido. Porque he estado ahí.

El silencio que siguió fue tan profundo que Jen pudo oír el crepitar de las antorchas en las paredes y el sonido lejano del horno de arriba.

Gorath dejó la copa de vino sobre la mesa con un golpe seco.

—¿Qué has visto? —preguntó, con una voz que ya no tenía nada de compasiva.

—He visto a Kaeros sin sombras —respondió Jen—. He visto a un hombre sentado en una roca, con los pies en el agua, sin poder, sin armadura, sin nada que lo proteja del mundo. He visto a un hombre que ha perdido todo y que sigue de pie porque no sabe cómo caerse. He visto a un hombre que me ha cortado la carne en silencio porque no sabía usar un tenedor. He visto a un hombre que me ha comprado un helado de fresa porque sus sombras le dijeron que era lo que más deseaba en el mundo.

Jen hizo una pausa. El silencio era denso, aplastante, como el aire antes de una tormenta.

—Y he visto a mis padres —continuó, con una voz que ya no temblaba—. He visto a mi padre golpeándome con un palo cuando las manos me temblaban. He visto a mi madre entrenándome hasta que los dedos me sangraban. He visto a dos personas que me negaron todo lo que un niño necesita para crecer sano: cariño, juego, un helado de fresa. Eso es lo que he visto. Y si eso es lo que la resistencia llama "héroes", entonces prefiero estar del lado del monstruo.

El murmullo que recorrió el sótano fue más intenso que nunca. Los miembros de la resistencia intercambiaron miradas, murmuraron entre sí, movieron las cabezas con esa expresión de indignación que ahora se mezclaba con algo más: duda.

—Tus padres —dijo el elfo mayor, con una voz que pretendía ser autoritaria y sonaba a resentimiento—. Sacrificaron todo por la causa. Dejaron el mar. Dejaron el bosque. Renunciaron a todo lo que tenían para criar un arma contra el tirano. ¿Y tú les devuelves el favor besándolo?

Jen lo miró.

—Mis padres no sacrificaron nada —respondió, con una voz que cortó el aire como un cuchillo—. Mis padres me usaron. Me usaron como herramienta. Me usaron como arma. Me usaron.

El elfo mayor abrió la boca para responder, pero Jen se adelantó.

—Sí —dijo—. Lo sé. Nunca me han amado. No son héroes, así no se siente un héroe.

El silencio que siguió fue tan profundo que Jen pudo oír el latido de su propio corazón.

Gorath dejó la copa de vino sobre la mesa. La miró un momento largo. Luego, con una voz que ya no tenía nada de predicador, dijo:

—Eso es una acusación grave, Jen.

—Es la verdad —respondió Jen—. Y la verdad es lo que esta gente necesita oír, aunque no lo sepa.

Gorath la miró un momento largo. Luego, con una lentitud deliberada, se levantó de la silla.

—La resistencia ha decidido —sentenció, con una voz que pretendía ser solemne y sonaba a sentencia—. Jen Delay, hija de los héroes del Lago Espejo, has traicionado a la causa. Has besado al enemigo. Has revelado secretos de la resistencia. Has acusado a tus propios padres de farsantes. Y has rechazado la oportunidad de defenderte.

Hizo una pausa. El silencio era absoluto.

—Por estos crímenes —continuó Gorath—, la resistencia te condena a muerte.

La palabra cayó en el silencio como una piedra en un pozo. Jen no se movió. No parpadeó. No apartó la vista. Se quedó mirando a Gorath con la misma expresión neutra que había mantenido durante toda la conversación, como si la palabra "muerte" fuera tan relevante como la palabra "pan" o "mesa" o "cielo".

—¿No tienes nada que decir? —preguntó Gorath, con una voz que pretendía ser compasiva y sonaba a impaciencia.

Jen lo miró. Miró a Gorath. Miró al elfo mayor. Miró a la mujer joven. Miró a los treinta miembros de la resistencia que la rodeaban

con caras de indignación y de miedo y de algo que se parecía peligrosamente a la vergüenza.

Y entonces habló.

—Tengo algo que decir —dijo Jen, con una voz que ya no temblaba—. Pero no es para vosotros. Es para mí.

El silencio era absoluto.

—He besado a Kaeros —dijo Jen—. Y no me arrepiento. He sentido sus sombras alrededor de mí, cálidas, protectoras, como un abrazo de oscuridad. He sentido su marca debilitarse cuando sus labios tocaron los míos. He sentido el agua dentro de mí vibrar con una intensidad que no había sentido nunca. Y he sentido, por primera vez en mi vida, que alguien me veía. No como un arma. No como una herramienta. Sino como una persona que merece un helado de fresa.

El silencio seguía siendo absoluto.

—Si eso es traición —continuó Jen—, entonces soy una traidora. Si eso es crimen, entonces soy una criminal. Si eso merece la muerte, entonces matadme. Pero no me pidáis que me arrepienta de lo único bueno que me ha pasado en veintitrés años.

El silencio que siguió fue tan profundo que Jen pudo oír el crepitar de las antorchas y el sonido lejano del horno de arriba y el latido de su propio corazón.

Y entonces Brokk habló.

—Esperad.

La voz del enano resonó en el sótano como un trueno en una botella. Todos se giraron. Brokk estaba en el rincón más alejado del sótano, medio escondido detrás de un barril vacío, con una copa de cerveza en la mano y las tres trenzas de la barba reposando sobre el pecho. No había dicho nada durante toda la conversación. Se había

quedado en silencio, bebiendo su cerveza, observando la escena con esos ojos de miel vieja que parecían leer más de lo que deberían.

Pero ahora hablaba.

—Esperad —repitió Brokk, levantándose del barril con un crujido de articulaciones—. Antes de que la condenéis, quiero decir algo.

Gorath lo miró con una expresión que era mitad impaciencia y mitad algo más oscuro.

—¿Qué quieres, Brokk? —preguntó, con un tono que pretendía ser calmado y sonaba a fastidio.

—Quiero decir que esta chica —respondió Brokk, señalando a Jen con la copa de cerveza— es la persona más valiente que he conocido en ochenta años de vida.

El silencio que siguió fue más profundo que todos los anteriores.

—¿Valiente? —repitió Gorath, con una incredulidad que le hacía subir el tono—. ¿Valiente? ¿La traidora que ha besado al tirano?

—La traidora —respondió Brokk, con una voz que ya no tenía nada de humorística— que ha dicho la verdad delante de treinta personas que no quieren oír la verdad. La traidora que ha acusado a sus propios padres de ser monstruos delante de un grupo de gente que los venera como héroes. La traidora que ha rechazado la oportunidad de mentir para salvar su pellejo. Esa traidora. Esa valiente.

Gorath abrió la boca para responder, pero Brokk se adelantó.

—Yo la conozco —continuó el enano, con una voz que sonaba a algo que no sabía nombrar pero que se parecía peligrosamente al orgullo—. La conozco desde que llegó a Drakheim con su túnica gris y sus manos huesudas y su cara de "no sé dónde estoy, pero voy a seguir caminando". La he visto en la taberna, bebiendo agua mientras el mundo a su alrededor se caía a pedazos. La he visto buscar a un contacto que se había mudado a Valcorin sin avisar. La

he visto perderse por los pasillos de Drakheim como un ratón en un laberinto. Y la he visto, cada mañana, levantarse y seguir adelante, a pesar de que todo lo que le habían contado sobre sí misma era mentira.

Brokk hizo una pausa. Bebió un trago de cerveza. Luego continuó.

—Jen no es una traidora —sentenció, con una voz que cortó el aire como un cuchillo—. Jen es la única persona en esta sala que ha dicho la verdad. La única que ha mirado a Kaeros y ha visto a un hombre, no a un monstruo. La única que ha mirado a sus padres y ha visto a personas que la usaron, no a héroes que la amaron. Jen es lo mejor que le ha pasado a esta resistencia en años. Y si la matáis, perderéis lo único bueno que tenéis.

El silencio que siguió fue tan denso que se podía cortar.

Gorath miró a Brokk. Miró a Jen. Miró a los treinta miembros de la resistencia que rodeaban el círculo con caras que oscilaban entre la duda y la indignación.

—La condena se mantiene —sentenció, con una voz que pretendía ser firme y sonaba a cualquier cosa menos firme—. Jen Delay será ejecutada al amanecer.

Brokk apretó los puños. La copa de cerveza tembló en su mano.

—Sois unos idiotas —espetó, con una voz que ya no tenía nada de humorística—. Todos. Cada uno de vosotros. Sois idiotas porque creéis que matar a una chica de veintitrés años va a solucionar vuestros problemas. Sois idiotas porque creéis que la resistencia lucha contra el Conquistador cuando trabaja para él. Sois idiotas porque creéis que los padres de Jen son héroes cuando son monstruos. Y sois idiotas porque creéis que Kaeros es el enemigo cuando el verdadero enemigo está aquí, en esta sala, sentado en una silla que crujía bajo su peso mientras mastica pollo y habla del destino del mundo.

Gorath palideció.

—Brokk...

—No —interrumpió el enano, con una voz que cortó el aire como un cuchillo—. No me digas "Brokk" con esa cara. He llevado ochenta años callándome la boca y bebiendo cerveza para no decir lo que pienso. Pero hoy he decidido que la cerveza no es suficiente. Hoy he decidido que la verdad es más importante que la comodidad. Y la verdad es que Jen tiene razón. En todo. En cada palabra que ha dicho.

El silencio que siguió fue tan profundo que Brokk pudo oír el crepitar de las antorchas y el sonido lejano del horno de arriba y el latido de su propio corazón.

—La condena se mantiene —repitió Gorath, con una voz que ya no temblaba—. Jen Delay será ejecutada al amanecer. Y tú, Brokk, serás juzgado por traición si vuelves a hablar en su defensa.

Brokk miró a Gorath un momento largo. Luego dejó la copa de cerveza sobre el barril con un golpe seco.

—Haced lo que queráis —sentenció, con una voz que ya no tenía nada de enano borracho—. Pero cuando esto termine, cuando el Conquistador os haya usado y tirado como hace con todos, recordad que hubo una chica de veintitrés años que os dijo la verdad. Y que vosotros la matasteis por ello.

Y salió del sótano sin mirar atrás.

Jen se quedó de pie en el centro del círculo, con las manos a los lados y la espalda recta, mientras los miembros de la resistencia la rodeaban con caras de indignación y de miedo y de algo que se parecía peligrosamente a la vergüenza.

No dijo nada. No se defendió. No pidió clemencia.

Solo pensó en el beso.

En los labios de Kaeros, fríos como la piedra de las montañas, pero con algo cálido debajo, algo vivo, algo que se parecía

peligrosamente a la esperanza. En las sombras que se cerraron alrededor de los dos como un capullo, cálidas, protectoras, como un abrazo de oscuridad. En la marca del pecho que brilló cuando las sombras la envolvieron, no con frialdad sino con calor. En el helado de fresa que todavía sabía en su lengua.

Y pensó en sus padres.

En el padre que la golpeaba con un palo. En la madre que la entrenaba hasta que los dedos le sangraban. En los dos que la miraban como una herramienta y no como una hija

El agua dentro de ella hirvió.

No de miedo. No de tristeza. De rabia. Una rabia fría, profunda, como el agua de un lago en invierno. Una rabia que no iba dirigida a Kaeros, que nunca había sido su enemigo. Una rabia que iba dirigida a sus padres, que la habían usado. A la resistencia, que la había traicionado. Al Conquistador, que la había marcado. A todos los que la habían tratado como una herramienta en lugar de como una persona.

Merecía un helado de fresa, pensó Jen, y la idea le supo a algo que no sabía nombrar. *Merecía un padre que no me golpeara. Merecía una madre que me cantara canciones de cuna en lugar de cadenas. Merecía una infancia con amigos y juegos y risas. Merecía todo eso. Y me lo quitaron. Me lo quitaron y me dijeron que era por mi bien. Me lo quitaron y me dijeron que era mi propósito. Me lo quitaron y me dijeron que era un sacrificio.*

No era un sacrificio. Era un robo.

Y ahora me van a matar por haber besado a la única persona que me ha devuelto algo de lo que me quitaron.

Jen cerró los ojos. La imagen de Kaeros apareció detrás de sus párpados, con sus ojos grises y su sonrisa triste y sus sombras moviéndose alrededor de él como un manto vivo.

Si esta es la última noche que paso en este mundo, pensó Jen, *al menos paso sabiendo que el helado de fresa sabe a algo bueno. Al menos paso sabiendo que las sombras pueden ser cálidas. Al menos paso sabiendo que alguien, en algún momento, me vio como una persona y no como un arma.*

Y eso es más de lo que nunca esperé tener.

Jen abrió los ojos. Miró a los treinta miembros de la resistencia que la rodeaban. Miró a Gorath, con su barriga y su vino y su expresión de quien cree tener razón. Miró al elfo mayor, con su cara de piedra y su resentimiento. Miró a la mujer joven, con sus ojos grandes y sus lágrimas.

Y dijo, con una voz que no temblaba:

—Haced lo que queráis. Pero recordad esto: cuando el Conquistador venga y os mate, como hace con todos, recordad que yo os dije la verdad. Y que vosotros me matasteis por ello.

Las mismas palabras de Brokk. Las mismas que ella había dicho sin saber que Brokk las había dicho antes. Como si la verdad fuera un eco que rebota entre las paredes de una cueva y que nunca se apaga del todo.

Los guardias la agarraron por los brazos. Jen no se resistió. Se dejó llevar por el sótano, por la escalera, por la panadería, por la calle. El sol de la mañana le golpeaba la cara. El aire olía a pan caliente y a humo de chimenea. Y en algún lugar de Drakheim, en una torre de cristal negro, un hombre de cuatrocientos años miraba al horizonte con la cara de alguien que busca algo que ya no existe.

Kaeros, pensó Jen, usando el nombre real de Kaeros por primera vez en su cabeza. *Ojalá supiera tu nombre real. Nos merecemos algo mejor que esto.*

Los guardias la llevaron hacia las mazmorras que escondían debajo de la panadería.

Jen caminó con la espalda recta y los ojos secos.

Y el agua dentro de ella hirvió de rabia, no contra el hombre que la había besado, sino contra el mundo que la había obligado a necesitar ese beso para sentirse viva.

Una sombra tocó su tobillo un instante, solo uno. Y Jen deseó que fuera él.

CAPÍTULO 17



"El agua y la sombra"

Kaeros llegó a las mazmorras como una tormenta.

Las sombras lo precedieron, entrando por las rendijas de la puerta como serpientes negras, enroscándose en los barrotes, trepando por las paredes, llenando cada rincón con una oscuridad que era más densa que la noche. Los guardias de la resistencia, los mismos que habían escoltado a Jen hasta la celda, retrocedieron con los ojos muy abiertos y las manos temblando sobre las empuñaduras de sus espadas.

No sirvió de nada.

Las sombras los alcanzaron como dedos largos y fríos, envolviéndolos, comprimiéndolos, empujándolos contra las paredes con una fuerza que no dejaba espacio para la resistencia. Los hombres cayeron al suelo, aturdidos, con la respiración cortada y el terror grabado en los rostros.

Kaeros pasó entre ellos sin mirarlos.

Las puertas de las celdas se abrieron antes de que él las tocara. Las cerraduras se rompieron como ramas secas. Los barrotes se doblaron como alambres. Las sombras obedecían su voluntad con una precisión que era mitad poder y mitad rabia, porque Kaeros estaba furioso. No la furia fría y contenida del comandante que gobierna Draevorn. La furia caliente y salvaje de un hombre que ha descubierto que alguien a quien ama está a punto de morir.

La encontró en la última celda.

Jen estaba sentada en el suelo de tierra, con las rodillas contra el pecho y las cadenas en las muñecas. Las cadenas eran de hierro, gruesas, oxidadas, con eslabones que le habían dejado marcas rojas en la piel. Tenía el pelo enmarañado, la cara sucia, los ojos hinchados por el llanto que no había querido delante de la resistencia.

Pero cuando vio a Kaeros, sonrió.

Fue una sonrisa pequeña, cansada, como la primera luz del amanecer después de una noche larga. Pero estaba ahí. Y Kaeros la vió y sintió que algo dentro de él se rompía y se reconstruía al mismo tiempo, como un muro que se derrumba y que alguien decide reconstruir inmediatamente, piedra a piedra, con más cuidado que antes.

—Has venido —dijo Jen, con una voz que sonó más rota de lo que pretendía.

—Las sombras me lo dijeron —respondió Kaeros, arrodillándose frente a ella con una parsimonia que contrastaba con la violencia del rescate—. Me dijeron que la resistencia te iba a matar. Y yo...

Se detuvo. Las palabras se le atascaron en la garganta como huesos de fruta en un desagüe.

—¿Y tú? —preguntó Jen.

—Y yo no podía permitirlo —terminó Kaeros, con una voz que ya no tenía nada de comandante—. No después del lago. No después del helado. No después del beso.

Jen no dijo nada. Se quedó mirándolo con esos ojos del color del cielo nublado que le habían visto todo: el dolor, la soledad, la esperanza, el beso.

Kaeros sacó un cuchillo del cinto. Las sombras se movieron alrededor de él, ayudándolo, guiando la hoja hacia los eslabones de las cadenas. El metal crujión y se partió con un sonido seco, como un hueso rompiéndose. Las cadenas cayeron al suelo con un tintineo lastimero.

Jen se miró las muñecas. Las marcas rojas brillaban bajo la piel como brasas.

—Puedes irte —dijo Kaeros, guardando el cuchillo—. Puedes irte de Drakheim. Puedes irte de Draevorn. Puedes irte de Elyrion. Nadie te detendrá.

Jen lo miró. Luego miró las puertas abiertas de la celda. Luego miró las cadenas rotas en el suelo. Luego volvió a mirar a Kaeros.

—No quiero irme —respondió.

—¿Por qué?

—Porque aquí estás tú.

El silencio que siguió fue tan denso que Kaeros pudo oír el latido de su propio corazón.

—Ven —dijo, tendiéndole la mano—. Vamos a casa.

Jen tomó su mano. Los dedos de ella eran pequeños, fríos, con las uñas rotas y los nudillos marcados. Los dedos de él eran grandes, callosos, con cicatrices de quemaduras antiguas. Las dos manos se encajaron como piezas de un puzzle que ha estado separado durante demasiado tiempo.

Y Kaeros la llevó a su torre.

Los aposentos de Kaeros eran exactamente lo que Jen esperaba: espartanos, oscuros, con la misma austeridad que el resto de su vida. Una cama de madera con sábanas grises. Un arcón con su ropa. Una mesa con mapas. Una estantería con libros de estrategia. Nada personal. Nada que lo delatara como ser humano.

Excepto una cosa.

En la mesilla de noche, junto a la vela que parpadeaba débilmente, había un dibujo. Un dibujo viejo, amarillento, con los bordes desgastados por el paso de los siglos. Era el retrato de una mujer joven, con los ojos del color de la miel y una sonrisa que iluminaba la cara como un sol pequeño.

Aelith.

Jen lo vio y no dijo nada. Se quedó mirando el dibujo durante un momento largo, sintiendo que algo dentro de ella se movía, algo cálido y doloroso que se parecía a la comprensión.

—Es ella —dijo Kaeros, con una voz que sonaba como si le hubieran pasado papel de lija por dentro—. La única imagen que me queda.

Jen apartó la vista del dibujo y miró a Kaeros. Los ojos grises la encontraron en la penumbra, brillando como plata fundida bajo la luz de la vela.

—Gracias —dijo Jen—. Por venir a buscarme.

—No me lo agradezcas —respondió Kaeros—. Las sombras me dijeron que estabas en peligro. Y yo no puedo permitir que te pase algo. No después de...

Se detuvo. Las palabras se le atascaron en la garganta.

—¿No después de qué? —preguntó Jen.

—No después de haberte encontrado —terminó Kaeros, con una voz más baja que nunca—. He pasado cuatrocientos años buscando algo que no sabía qué era. Y ahora que te he encontrado, no pienso dejar que me lo quiten.

Jen sintió que el corazón se le aceleraba.

—Kaeros...

—Thalion —la interrumpió él—. Mi nombre es Thalion. Quiero que me llames así.

—Thalion —repitió Jen, y el nombre le supo a algo que no sabía nombrar—. Thalion. ¿Puedes...? ¿Puedes curarme las muñecas?

Thalion miró las marcas rojas en las muñecas de Jen. Las cadenas habían dejado surcos profundos en la piel, zonas donde el hierro había rozado tanto que la carne estaba al descubierto, rosada y dolorida. El agua dentro de Jen vibraba con cada latido del corazón, como si quisiera salir pero no supiera cómo.

—Sí —respondió Thalion, con una voz que ya no tenía nada de comandante—. Puedo.

Se sentó en el borde de la cama. Jen se sentó a su lado. El espacio entre ellos era de unos centímetros, lo suficiente para sentir el calor del cuerpo del otro sin llegar a tocarlo.

Thalion tomó la mano izquierda de Jen con una delicadeza que contrastaba con sus manos grandes y callosas. La sostuvo como si fuera de cristal, con los dedos apenas rozando la piel, y empezó a mover las sombras.

Las sombras emergieron de sus manos como hilos de seda negra, envolviendo las muñecas de Jen con una suavidad que era casi cariñosa. No eran las sombras del templo, que eran raíces brutales y poderosas. Eran sombras suaves, cuidadosas, como las manos de un curandero que sabe exactamente dónde presionar y dónde dejar espacio.

Jen sintió un cosquilleo en las muñecas. El dolor empezó a retroceder, como una marea que se retira de la orilla. Las sombras no curaban la herida, la contenían, formando una capa protectora sobre la piel dañada que impedía que la infección se extendiera.

—Gracias —susurró Jen.

—No me lo agradezcas —respondió Thalion, sin dejar de trabajar —. Las sombras hacen lo que yo les digo. Y yo les digo que te protejan.

Jen sintió que algo dentro de ella se movía. No era el agua. No era la marca. Era algo más profundo, más antiguo, algo que había estado dormido durante mucho tiempo y que ahora despertaba, como una flor que abre sus pétalos después de un invierno largo.

—Thalion —dijo Jen.

—¿Qué?

—¿Puedes...? ¿Puedes curar el resto?

Thalion la miró. Los ojos grises recorrieron su cuerpo, no con lascivia sino con preocupación: las marcas en los hombros donde las cadenas la habían sujetado, los rasguños en los brazos donde los guardias la habían agarrado, la mancha de sangre seca en la túnica donde una herida se había abierto durante el traslado.

—Sí —respondió, con una voz que sonaba rota—. Pero tendrás que...

—Lo sé —interrumpió Jen, con una voz que ya no temblaba—. Tendré que quitarme la túnica.

Thalion no dijo nada. Se quedó mirándola con esos ojos grises que parecían plata fundida bajo la luz de la vela.

Jen se quitó la túnica.

No hubo coquetería. No hubo juego. No hubo nada de lo que los cuentos hablan cuando hablan de mujeres que se desnudan delante

de hombres. Fue un gesto práctico, funcional, como quien se quita una chaqueta porque hace calor. La túnica cayó al suelo, y Jen se quedó en camisola, con los hombros descubiertos y las marcas de las cadenas brillando bajo la piel como brasas.

Thalion no se movió durante un momento largo. Sus ojos grises recorrieron la piel de Jen con una intensidad que era mitad preocupación y mitad algo más profundo, algo que estaba debajo de la preocupación y que no necesitaba ser nombrado para ser real.

—Las sombras —dijo Thalion, con una voz que sonaba como si le hubieran pasado papel de lija por dentro—. Necesitan contacto directo. Para curar.

—Lo sé —respondió Jen.

Thalion extendió las manos. Las sombras emergieron de sus dedos como hilos de seda negra, moviéndose con una lentitud deliberada hacia los hombros de Jen. Cuando las sombras tocaron su piel, Jen sintió un escalofrío que no era de frío. Era de algo más. Algo cálido. Algo que se parecía peligrosamente al reconocimiento.

Las sombras se movieron sobre su piel como dedos de terciopelo, acariciando las marcas, envolviendo los hombros, bajando por los brazos hasta las muñecas. Donde las sombras tocaban, el dolor retrocedía. Donde las sombras tocaban, la piel se suavizaba. Donde las sombras tocaban, algo dentro de Jen se movía, algo cálido y líquido, como agua que busca salida.

—El agua —susurró Jen—. Siento el agua.

—Déjala salir —respondió Thalion—. Déjala que limpie.

Jen cerró los ojos. El agua brotó de su piel como rocío de la mañana, pequeñas gotas que se formaron en los hombros, en los brazos, en las muñecas. El agua y las sombras se encontraron, mezclándose, fundiéndose en algo que no era ni agua ni sombra sino algo nuevo. La niebla resultante era cálida, vaporosa, con un

olor a lluvia y a tierra mojada que llenó la habitación como un perfume.

Las heridas se cerraron. Las marcas desaparecieron. La piel se suavizó.

Jen abrió los ojos. Thalion estaba mirándola con una expresión que no había visto nunca en su rostro: asombro. Puro, desnudo, infantil asombro.

—¿Qué? —preguntó Jen.

—Nada —respondió Thalion, apartando la vista—. Solo... el agua y las sombras. Nunca se habían mezclado así.

—¿Así cómo?

—Así de... bien.

Jen casi sonrió. Casi.

—Thalion.

—¿Qué?

—Gracias.

—No me lo agradezcas.

—Te lo agradezco igual.

Thalion la miró un momento largo. Luego, sin decir nada, se inclinó hacia ella y la besó.

El beso fue diferente al de la plaza.

Aquel había sido un beso de reconocimiento, de dos personas que se ven de verdad por primera vez. Este era un beso de hambre. De cuatrocientos años de soledad acumulada que se derrumban como una presa que ha resistido demasiado. De veintitrés años de dolor y de deseo y de manos ensangrentadas que finalmente encuentran algo que no duele.

Thalion besó a Jen como si el mundo se acabara mañana. Con los labios fríos que se calentaban bajo los de ella. Con las manos grandes que le sostenían la cara como si fuera de cristal. Con las sombras que se movían alrededor de los dos como un manto vivo, ocultándolos, protegiéndolos, creando un espacio que era solo de ellos.

Jen besó a Thalion como si el mundo no se acabara nunca. Con los labios que temblaban no de miedo sino de algo más cálido, más urgente, más suyo. Con las manos pequeñas que se enredaron en su pelo oscuro y tiraron de él hacia ella. Con el agua que brotó de su piel como rocío de la mañana, mezclándose con las sombras en una niebla cálida y vaporosa que envolvía los dos como un abrazo.

Thalion la empujó suavemente hacia la cama. Jen no se resistió. No quería resistirse. Quería sentir. Quería saber lo que era ser tocada por alguien que la quería, no por alguien que la usaba. Quería saber lo que era el peso de un cuerpo sobre el suyo, no como una amenaza sino como una promesa.

La cama crujió debajo de ellos. Las sábanas grises se arrugaron. La vela de la mesilla parpadeó, como si quisiera darles algo de intimidad.

Thalion se detuvo. Se quedó mirando a Jen desde arriba, con los ojos grises brillando a la luz de la vela y las sombras moviéndose alrededor de ellos como un manto vivo.

—¿Estás segura? —preguntó, con una voz que sonaba rota—. No quiero hacerte daño. No quiero...

—No me vas a hacer daño —interrumpió Jen, con una voz que ya no temblaba—. Eres la primera persona en mi vida que no me hace daño. Y quiero esto. Quiero sentirlo. Quiero sentir lo que es ser tocada por alguien que me quiere.

Thalion cerró los ojos durante medio segundo. Luego los abrió, y Jen vio en ellos algo que no había visto nunca: deseo. No el deseo salvaje del guerrero, no el deseo frío del comandante. El deseo

desnudo de un hombre que lleva cuatrocientos años sin tocar a nadie y que por fin ha encontrado a alguien a quien quiere tocar.

—Entonces —susurró Thalion—, dime si algo no te gusta. Y paro.

—De acuerdo —respondió Jen.

Thalion la besó de nuevo. Esta vez más lento, más profundo, con la lengua que le recorrió los labios como quien saborea algo que ha esperado mucho tiempo. Jen gimió contra su boca, un sonido ahogado que le recorrió el cuerpo como una descarga eléctrica.

Las manos de Thalion bajaron por su cuerpo con una lentitud deliberada, explorando, descubriendo, conociendo. La cintura. Las caderas. Los muslos. Cada roce era una pregunta, y cada respuesta de Jen era un sí que no necesitaba palabras.

La camisola subió. Thalion la deslizó por encima de la cabeza de Jen con la delicadeza de quien pela una fruta que no quiere estropear. La tela cayó al suelo, y Jen se quedó desnuda frente a él, con la piel pálida brillando a la luz de la vela y las marcas de las cadenas todavía visibles en los hombros como tatuajes rojos.

Thalion la miró. No con lascivia. Con asombro. Con la expresión de alguien que ha visto algo que no cree que sea real y que necesita tocarlo para confirmar que está ahí.

—Eres hermosa —susurró, y la palabra sonó como si le costara pronunciarla.

—No lo soy —respondió Jen, porque era lo que siempre le habían dicho y porque no sabía decir otra cosa.

—Lo eres —insistió Thalion, con una firmeza que no admitía réplica—. Eres la mujer más hermosa que he visto en cuatrocientos años. Y he visto muchas.

Jen sintió que las mejillas le ardían. No de vergüenza. De algo más. De la sensación de que alguien, por primera vez en su vida, la estaba mirando como si fuera algo valioso.

Thalion se quitó la túnica. El torso quedó al descubierto: cicatrices, músculos tensos, la piel pálida de un elfo que no sale al sol. Las sombras se movían bajo su piel como venas oscuras, latiendo al ritmo de su corazón.

Jen extendió la mano y tocó su pecho. La piel estaba caliente. Más caliente de lo que esperaba. Debajo de los dedos, el corazón de Thalion latía con un ritmo que era más lento que el suyo pero más profundo, como el latido de alguien que ha estado vivo durante cuatrocientos años y que ha aprendido a no tener prisa.

—Tu corazón —susurró Jen—. Late más despacio que el mío.

—Es porque soy viejo —respondió Kaeros, con una sonrisa que era mitad triste y mitad algo más cálido.

—No eres viejo —dijo Jen—. Eres Kaeros. Y Kaeros es exactamente quien tiene que ser.

Kaeros la besó. Esta vez no hubo pausa. Las sombras se movieron sobre la piel de Jen como dedos de terciopelo, acariciando, explorando, descubriendo. Las manos de Kaeros bajaron por su cuerpo, encontrando curvas y pendientes y lugares que Jen no sabía que eran sensibles hasta que sus dedos los tocaron.

—Kaeros... —gimió Jen, arqueando la espalda.

—Dime si algo no te gusta —murmuró él contra su cuello.

—No pares —respondió ella—. No pares nunca.

No se detuvo.

Sus manos encontraron los pechos de Jen, pequeños, firmes, con los pezones ya duros por el frío y por el deseo. Los acarició con la palma, rozándolos con el pulgar, sintiendo cómo Jen se estremecía bajo su tacto. Luego bajó la cabeza y tomó uno en su boca, lamiendo, succionando, mordisqueando con una delicadeza que contrastaba con la urgencia que se leía en sus movimientos.

Jen arqueó la espalda. Las manos se enredaron en el pelo de Kaeros, tirando de él, atrayéndolo más cerca. El agua brotó de su piel como rocío, mezclándose con las sombras que se movían sobre ella en una niebla cálida y vaporosa que envolvía los dos como un abrazo.

—Joder... —gimió Jen, y la palabra le sonó extraña en su propia boca, porque nunca la había dicho antes y porque encajaba perfectamente con lo que estaba sintiendo.

Kaeros se incorporó. Los ojos grises la miraron desde arriba, brillando a la luz de la vela con una intensidad que le quitó el aliento.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Estoy mejor que bien —respondió Jen—. Estoy viva. Por primera vez en mi vida, estoy viva.

La besó. Luego bajó por su cuerpo, besando el cuello, el pecho, el vientre. Las sombras se movían alrededor de los dos como un manto vivo, creando un espacio que era solo de ellos, ocultándolos del mundo.

Cuando Kaeros llegó a sus caderas, Jen sintió que el corazón se le detenía.

—¿Puedo? —preguntó él, con una voz que sonaba rota.

—Sí —respondió Jen—. Sí. Por favor.

Kaeros separó las piernas de Jen con una delicadeza que contrastaba con sus manos grandes y callosas. Se colocó entre ellas, mirando lo que tenía delante con una expresión que era mitad adoración y mitad hambre.

Jen se mordió el labio. El miedo estaba ahí, pequeño y frío, sentado en algún lugar detrás de sus costillas. Pero debajo del miedo, había algo más fuerte. Algo más cálido. Algo que se parecía peligrosamente al deseo.

Kaeros bajó la cabeza.

Cuando su lengua tocó el coño de Jen, ella sintió que el mundo se detenía. El contacto fue suave, húmedo, caliente. La lengua de ese hombre recorrió los pliegues de su carne con una lentitud deliberada, explorando, descubriendo, saboreando. Cada movimiento era una pregunta, y cada respuesta de Jen era un sí que no necesitaba palabras.

—Kaeros... —gimió Jen, arqueando la espalda—. Por favor...

—¿Qué? —murmuró él contra su piel.

—No sé —respondió ella, porque era verdad—. Solo... más.

Kaeros obedeció. La lengua se movió con más presión, más ritmo, más intención. Encontró el clítoris de Jen, ese punto pequeño y sensible que ella no sabía que existía hasta que la lengua de él lo tocó, y empezó a trabajar en él con una dedicación que era mitad arte y mitad adoración.

Jen gimió. Los dedos se enredaron en las sábanas. El agua brotó de su piel como rocío, mezclándose con las sombras en una niebla cálida que envolvía los dos. El placer se acumulaba dentro de ella como una ola que crece, más y más, hasta que no podía contenerse más.

—Kaeros... —gimió—. Creo que...

—Córrete —murmuró él contra su coño—. Córrete en mi boca. Quiero sentirlo.

Jen se corrió.

El placer la atravesó como un rayo, blanco, cegador, absoluto. El cuerpo se tensó, la espalda se arqueó, las piernas temblaron. El agua brotó de su piel en una explosión de rocío que se mezcló con las sombras en una niebla vaporosa que llenó la habitación. Jen gritó, un sonido que era mitad placer y mitad alivio, como si algo

que había estado atrapado dentro de ella durante veintitrés años hubiera encontrado por fin una salida.

Kaeros se incorporó. Los labios le brillaban. Los ojos grises la miraban con una expresión que era mitad satisfacción y mitad algo más profundo, algo que estaba debajo de la satisfacción y que no necesitaba ser nombrado.

—Bien —murmuró.

—Bien —repitió Jen, jadeando—. Más que bien. Mucho más que bien.

Sonrió. Era una sonrisa pequeña, casi imperceptible, pero estaba ahí.

Luego se quitó los pantalones.

Jen vio la polla de Kaeros por primera vez. Era larga, gruesa, con la cabeza brillante por el deseo. La vio y sintió que el miedo volvía, pequeño y frío, sentado en algún lugar detrás de sus costillas.

—¿Estás segura? —preguntó Kaeros, con una voz que sonaba rota.

—Sí —respondió Jen, y esta vez la palabra sonó más firme de lo que sentía—. Quiero sentirlo todo. Quiero sentir lo que es ser tuya.

Se colocó entre sus piernas. La cabeza de su polla rozó la entrada de su coño, húmeda, caliente, lista. Jen sintió que el corazón se le aceleraba.

—Si duele, dime —murmuró Kaeros—. Y paro.

—No pares —respondió Jen—. Nunca pares.

Kaeros empujó.

La polla entró en el coño de Jen con una lentitud que era mitad cuidado y mitad tortura. El dolor estaba ahí, punzante, breve, como el pinchazo de una aguja. Jen apretó los dientes. El agua brotó de

su piel, mezclándose con las sombras en una niebla cálida que envolvía los dos.

—¿Estás bien? —preguntó Kaeros, deteniéndose.

—Estoy bien —respondió Jen—. Sigue.

Kaeros siguió. La polla se hundió más, llenándola, estirándola, adaptándose a su cuerpo con una lentitud que era casi reverencial. Cuando estuvo entera dentro, los dos se quedaron inmóviles durante un momento, sintiendo el peso del otro, sintiendo la conexión, sintiendo que algo que había estado roto durante mucho tiempo se estaba reparando.

—Joder... —susurró Jen.

—Joder —repitió Kaeros, con una sonrisa que era mitad dolor y mitad algo más cálido.

Y entonces empezaron a moverse.

Al principio fue lento. Kaeros sacaba la polla casi por completo y luego volvía a hundirla, con una cadencia que era mitad ritmo y mitad reverencia. Cada entrada era una pregunta, y cada respuesta de Jen era un sí que no necesitaba palabras.

Luego se aceleraron. Los movimientos se volvieron más profundos, más urgentes, más salvajes. La cama crujía bajo ellos. Las sábanas se arrugaban. Las velas parpadeaban. Y las sombras y el agua se mezclaban en una niebla vaporosa que envolvía los dos como un abrazo de oscuridad y luz.

Jen sentía la polla de ese hombre dentro de ella, dura, caliente, pulsante. Sentía sus manos en sus caderas, sujetándola, guiándola. Sentía su aliento en su cuello, caliente, entrecortado. Sentía su corazón latiendo contra el suyo, más lento, más profundo, pero sincronizado, como dos tambores que aprendieron a tocar la misma canción.

—Kaeros... —gimió Jen—. Me corro.

—Córrete —murmuró él contra su cuello—. Córrete conmigo dentro.

Jen se corrió.

El placer la atravesó como un rayo, blanco, cegador, absoluto. El coño se contrajo alrededor de la polla de Kaeros, apretándola, succionándola, masajeándola. Jen gritó, un sonido que era mitad placer y mitad alivio, y el agua brotó de su piel en una explosión de rocío que se mezcló con las sombras en una niebla vaporosa que llenó la habitación.

Kaeros aguantó unas pocas embestidas más. Luego, con un gemido que salió de lo más profundo de su pecho, se enterró hasta el fondo y se corrió. El semen caliente llenó el coño de Jen y ella sintió cómo la polla pulsaba dentro de ella, una y otra vez, vaciándose.

Cayeron sobre la cama, jadeando, sudorosos, entrelazados. Las sombras y el agua se retiraron lentamente, como una marea que se retira de la orilla, dejando tras de sí la huella húmeda de su paso.

Kaeros se quedó dentro de ella durante un momento largo, sin moverse, sintiendo el calor de su coño alrededor de su polla. Luego se separó con cuidado y se tumbó a su lado.

Jen cerró los ojos. El cuerpo le dolía, pero era un dolor bueno, un dolor que no pedía nada, un dolor que era la prueba de que algo había cambiado dentro de ella.

—Kaeros —susurró.

—¿Mmm?

—¿Puedes quedarte así? ¿Abrazándome?

Kaeros la rodeó con los brazos. Las sombras se movieron alrededor de los dos, cálidas, protectoras, como un manto de oscuridad.

—Siempre —respondió él—. Siempre que quieras.

Jen cerró los ojos. El latido de Kaeros contra su espalda era lento, profundo, constante. Como el latido de alguien que ha estado vivo durante cuatrocientos años y que ha aprendido a no tener prisa.

Y por primera vez en su vida, Jen no soñó con un helado de fresa.

Soñó con el latido de su corazón.

Cuando estaba bien dormida, él se levantó. No por maldad, sino porque deseaba que ella estuviera cómoda. Así que fue al baño y regresó con una toalla húmeda con la que la limpió.

Solo entonces pudo tumbarse de nuevo, abrazarla, sostenerla para sí mismo y aspirar ese aroma.

—Mía… Después de siglos… Alguien es mía —dijo feliz.

Cuando despertó, la luz gris del amanecer se colaba por la ventana. Kaeros seguía abrazándola, con la cara enterrada en su pelo y el aliento cálido en su cuello. Las sombras se movían alrededor de los dos, lentas, perezosas, como un animal satisfecho después de una comida abundante.

Jen no se movió. Se quedó mirando el techo de vigas, sintiendo el peso del brazo de Kaeros sobre su cintura y el calor de su cuerpo contra el suyo.

No he soñado con el helado, pensó, y la idea le produjo algo que no sabía nombrar. *He soñado con su corazón. Con el latido. Con el ritmo. Con la sensación de estar viva.*

Se llevó la mano al pecho. La marca del Conquistador seguía ahí, pero estaba diferente. Más débil. Más fría. Como si el beso, y el sexo, y las sombras, y el agua, hubieran hecho algo que ninguna poción ni oración logró: debilitar la marca. Romper la conexión. Empezar a liberarla.

El agua y la sombra, pensó Jen. *Juntas, anulan la niebla.*

Kaeros se despertó. Los ojos grises la encontraron en la penumbra, brillando como plata fundida bajo la luz del amanecer.

—Buenos días —murmuró, con la voz ronca del sueño.

—Buenos días —respondió Jen.

Se miraron. El silencio entre ellos no era incómodo. Era compartido. Era un espacio donde las verdades podían existir sin ser juzgadas.

—¿Has dormido bien? —preguntó Kaeros.

—He dormido contigo —respondió Jen—. Es lo mejor que me ha pasado en muchos años.

Kaeros sonrió. Era una sonrisa pequeña, cansada, como la primera luz del amanecer después de una noche larga. Pero estaba ahí.

—A mí también —dijo—. A mí también.

Jen apoyó la cabeza en su pecho. El latido de su corazón era lento, profundo, constante. Como el latido de alguien que ha encontrado, por fin, una razón para seguir vivo.

Y en algún lugar profundo de su memoria, el cartel del helado en la pared de la cueva brilló un momento antes de apagarse.

No porque Jen lo hubiera olvidado.

Sino porque ya no lo necesitaba.

Tenía algo mejor.

Tenía el latido de su corazón.

CAPÍTULO 18



"El mensaje del Conquistador"

La gárgola llegó al amanecer.

Kaeros la vio antes de que tocara el balcón. Una silueta oscura contra el cielo gris, con alas de piedra que no deberían poder volar pero que batían el aire con un sonido seco y mecánico, como el aleteo de un pájaro muerto. La gárgola era pequeña, del tamaño de un cuervo, con un cuerpo de granito negro y ojos de cristal rojo que brillaban como brasas en la penumbra del amanecer.

Se posó en la barandilla del balcón con un golpe seco. Las alas se plegaron contra el cuerpo. Los ojos de cristal se fijaron en Kaeros con una intensidad que era más amenazante que cualquier espada.

Kaeros no se movió. Se quedó de pie en el centro de su aposento, con las manos cruzadas a la espalda y los ojos grises clavados en la criatura, y esperó.

La gárgola abrió el pico. De su interior salió un sonido que no era un graznido ni un habla, sino algo intermedio: un susurro que sonaba como piedras rompiéndose, como el eco de una voz que viene de muy lejos.

—Mensaje —dijo la gárgola, y la voz sonó como el Conquistador: fría, antigua, desprovista de emoción.

Un cilindro de metal negro salió del pico de la gárgola y cayó sobre el suelo de piedra con un tintineo que resonó en la habitación como una campana funeraria. La gárgola cerró el pico, desplegó las alas y alzó el vuelo sin esperar respuesta, desapareciendo entre las nubes grises como un pedazo de noche que se niega a irse.

Kaeros se quedó mirando el cilindro durante un momento largo. Las sombras a su alrededor se movían con más agitación, como animales que detectan peligro. El corazón le latía con un ritmo que no era el suyo: más rápido, más urgente, como si algo dentro de él supiera lo que venía antes de que su mente pudiera procesarlo.

Se agachó. Recogió el cilindro. El metal estaba frío, más frío de lo que debería estar, como si hubiera estado en contacto con algo que no tiene temperatura. Desenroscó la tapa con dedos que temblaban ligeramente, y del interior sacó un pergamino enrollado, fino como la tela de una araña, con una tinta que brillaba con un resplandor azulado en la penumbra del amanecer.

Desenrolló el pergamino.

Las palabras estaban grabadas, no escritas. No con tinta, sino con magia: cada letra parecía viva, moviéndose ligeramente sobre el pergamino como insectos atrapados en ámbar. Kaeros las leyó una vez. Luego otra. Luego una tercera, porque las dos primeras veces su cerebro se había negado a procesar lo que sus ojos estaban viendo.

Olvidas quién te creó, Kaeros. Tu corazón se ha ablandado. Voy a enviar a un guerrero a recordártelo.

El pergamino se resquebrajó entre sus dedos. Kaeros lo dejó caer sobre la mesa como si quemara, y se quedó mirando las palabras durante un momento largo, con los ojos grises fijos en la tinta azulada y el corazón latiendo con un ritmo que ya no era el de un comandante que recibe una amenaza.

Era el ritmo de un hombre que sabe que ha sido descubierto.

Tiene razón, pensó Kaeros, y la idea le supo a sangre. *Mi corazón se ha ablandado. Desde que Jen llegó. Desde que la vi caer en la plaza. Desde que le corté la carne en la cena. Desde que la besé. Desde que dormí con ella abrazada y sentí, por primera vez en cuatrocientos años, que el mundo tenía sentido.*

Y el Conquistador lo sabe. Lo sabe todo. Siempre lo ha sabido.

Se llevó la mano al pecho. Debajo de la piel, debajo de las sombras, algo se movía. No era dolor. No era el parásito de niebla que el Conquistador le había plantado hacía cuatrocientos años. Era algo más nuevo, más cálido, más peligroso. Era la marca de Jen. No la marca física que ella llevaba en el pecho, sino algo más sutil: la huella que el agua de Jen había dejado en sus sombras cuando se mezclaron, cuando besaron, cuando hicieron el amor. Una marca invisible que el Conquistador había detectado.

El agua y la sombra, pensó Kaeros. *Se mezclan. Se reconocen. Y el Conquistador lo sabe.*

Las sombras a su alrededor se movían con más agitación, como un animal herido que busca refugio. Kaeros cerró los ojos y respiró hondo, intentando calmar el caos dentro de su cabeza.

El emisario, pensó. *Va a enviar a un emisario. Alguien peor que yo. Alguien que no venga a recordarme mi lugar, sino a destruirme. Y a ella.*

Abrió los ojos. La determinación cruzó su rostro como un rayo.

Nadie va a tocarla. Ni el Conquistador, ni el emisario, ni nadie. Si quieren llegar a Jen, tendrán que pasar por mí. Y si tienen que pasar por mí, entonces que se preparen, porque llevo cuatrocientos años esperando una razón para luchar de verdad.

Encontró a Malachi en la escalera de la torre, como siempre.

El semihumano de fuego estaba sentado con la espalda contra la pared y las piernas estiradas sobre los escalones, con una copa de cerveza en la mano y la sonrisa torcida puesta. A las siete de la mañana. Con cerveza.

—¿No bebes agua nunca? —preguntó Kaeros, deteniéndose frente a él.

—El agua es para los peces y para la niña del agua —respondió Malachi, levantando la copa—. Yo prefiero cosas con más personalidad. ¿Qué cara es esa? ¿Te ha mordido un perro?

—Peor —dijo Kaeros, dejando caer el pergamino sobre las rodillas de Malachi.

Malachi dejó la copa en el escalón, desenrolló el pergamino con los dedos y leyó. Los ojos de carbón se movieron de izquierda a derecha, de arriba abajo, una vez, dos veces, tres veces. Luego dejó el pergamino sobre su regazo y levantó la vista hacia Kaeros.

—Mierda —dijo.

—Exacto.

—El Conquistador sabe que te has ablandado. Sabe que tienes a Jen. Sabe que te importa.

—Exacto.

—Y va a enviar a alguien.

—Exacto.

Malachi se quedó en silencio durante un momento largo. La sonrisa torcida seguía en su sitio, pero debajo de ella había algo que rara vez se veía en Malachi: preocupación real. No la preocupación de quien bromea sobre el peligro, sino la preocupación de quien sabe que el peligro es real y que no hay broma que lo disimule.

—¿Sabes quién será? —preguntó.

—No —respondió Kaeros—. Pero será peor que yo. Esto es una ejecución.

Malachi se quedó en silencio durante otro momento. Luego, con una lentitud deliberada, dejó la copa de cerveza sobre el escalón, se puso de pie, se sacudió la túnica, y dijo:

—Pues que venga.

Kaeros lo miró.

—¿Qué?

—Que venga —repitió Malachi, con una voz que ya no tenía nada de humorística—. Que venga el emisario. Que venga el Conquistador. Que venga quien quiera. Le voy a hacer una barbacoa con sus huesos.

Kaeros lo miró un momento largo. Luego, sin poder evitarlo, soltó una risa que le salió del estómago, una risa cansada, rota, como la de alguien que ha estado cargando un peso durante mucho tiempo y que de repente descubre que hay alguien ayudándole a llevarlo.

—Una barbacoa —repitió Kaeros—. Con los huesos del emisario del Conquistador.

—Con los huesos del emisario del Conquistador —confirmó Malachi, con una seriedad que contrastaba con lo absurdo de la afirmación—. Y si sobra, hacemos sopa.

Kaeros negó con la cabeza, pero la sonrisa no se borró de su rostro.

—Gracias, Emeric —dijo, usando el nombre real de Malachi.

Malachi lo miró. Algo cruzó sus ojos de carbón, algo rápido y profundo, como una chispa que se niega a morir.

—De nada, Thalion —respondió—. Pero no me des las gracias todavía. Primero tenemos que sobrevivir. Y luego tienes que decirle a Jen lo de la marca. Y lo de su padre.

La sonrisa de Kaeros se borró.

—Lo sé —dijo —¿Cómo sabes mi nombre?

Malachi se encogió de hombros.

—¿Es que uno no puede espiar sin recibir un interrogatorio? —sonrió sin rastro de arrepentimiento.

Kaeros puso los ojos en blanco.

—¿Cuándo vas a decírselo? —preguntó Malachi.

—Hoy.

—¿Estás seguro?

—No —admitió Kaeros, con una honestidad que le supo a sangre —. Pero si no se lo digo hoy, no se lo diré nunca. Y ella merece saberlo.

Malachi lo miró un momento largo. Luego asintió.

—Tienes razón —dijo—. Merece saberlo. Aunque le duela.

—Le va a doler.

—Lo sé. Pero el dolor que viene de la verdad es mejor que el dolor que viene de la mentira. Y ella lleva toda su vida viviendo de mentiras.

Kaeros asintió. Las sombras se movían alrededor de él con más agitación, como un animal que sabe que algo difícil se acerca.

—¿Vienes conmigo? —preguntó.

—No —respondió Malachi—. Esto es entre tú y ella. Yo estaré cerca, por si me necesitas. Pero las palabras son tuyas.

Kaeros asintió de nuevo. Luego, sin decir nada más, bajó las escaleras de la torre en busca de Jen.

La encontró en el patio de armas, sentada en una roca junto al pozo restaurado, mirando el agua con la expresión de alguien que busca algo en su reflejo y no lo encuentra. El sol de la mañana le calentaba la cara, y el viento del acantilado le movía el pelo, que ya no estaba recogido en el moño apretado de siempre, sino suelto, cayendo sobre los hombros como una cortina oscura.

Cuando vio a Kaeros acercarse, sonrió.

Fue una sonrisa pequeña, cansada, como la primera luz del amanecer después de una noche larga. Pero estaba ahí. Y Kaeros la vio y sintió que algo dentro de él se rompía.

¿Cómo voy a decirle esto?, pensó. *¿Cómo voy a decirle que la marca en su pecho no es solo un seguimiento? ¿Cómo voy a decirle que alguien la marcó cuando era un bebé? ¿Cómo voy a decirle que ese alguien fue su padre?*

—Buenos días —dijo Jen, con una voz que sonó más ligera de lo que Kaeros esperaba.

—Buenos días —respondió Kaeros, sentándose a su lado en la roca.

El silencio se instaló entre ellos. El agua del pozo brillaba bajo el sol de la mañana. Los pájaros cantaban en algún lugar lejano. El mundo parecía en calma.

—¿Qué pasa? —preguntó Jen, con esa capacidad suya de leer las expresiones de las personas que Kaeros encontraba al mismo tiempo

reconfortante y aterradora—. Tienes cara de algo. ¿Es Malachi? ¿Se ha vuelto a emborrachar?

—No es Malachi —respondió Kaeros, con una voz que sonó más grave de lo que pretendía.

—¿Entonces qué?

Kaeros la miró. Los ojos de Jen lo encontraron en la luz de la mañana, y por un instante, solo un instante, vio en ellos algo que le rompió el corazón: confianza. Confianza pura, desnuda, la confianza de alguien que ha decidido creer en otra persona a pesar de todo lo que le ha pasado.

¿Cómo voy a destruir eso?, pensó Kaeros. *¿Cómo voy a mirar a esos ojos y decirle que su padre la marcó para el Conquistador?*

Pero no podía callarlo. Si se callaba, el emisario llegaría y Jen no estaría preparada. Si no sabía lo que significaba la marca, no podría defenderse. Y si no podía defenderse...

—Jen —dijo Kaeros, y la voz le salió rota—. Necesito decirte algo. Algo que va a doler.

Jen lo miró. La sonrisa se borró de su rostro, reemplazada por algo más serio, más alerta.

—¿Qué? —preguntó.

—El Conquistador —dijo Kaeros, y cada palabra le supo a sangre —. Ha enviado un mensaje. Sabe de nosotros. Sabe que me importas. Y va a enviar a alguien. Un emisario.

Jen no se movió. No dijo nada. Se quedó mirándolo con esos ojos del color del cielo nublado que le habían visto todo.

—¿Y qué más? —preguntó, porque sabía que había más. Siempre había más.

Kaeros tragó saliva. El aire de la mañana le supo a metal y a humo y a algo más, algo más amargo, algo que sabía a la verdad

que estaba a punto de decir.

—La marca —dijo—. La marca en tu pecho. No es solo un seguimiento. Es una cuenta atrás. Cuando llegue a cero, el agua de tu cuerpo dejará de obedecerte. Te convertirás en lo que te forjaron: un arma sin voluntad.

Jen no se movió. No dijo nada. Se quedó mirándolo con esos ojos que parecían atravesarlo hasta el alma.

—¿Y qué más? —repitió, porque siempre había más.

Kaeros cerró los ojos durante medio segundo. Luego los abrió.

—Alguien la puso —dijo—. Alguien marcó a un bebé para el Conquistador. Alguien permitió que te marcaran cuando eras demasiado pequeña para defenderte.

—¿Quién? —preguntó Jen, y su voz sonó más pequeña de lo que pretendía.

Kaeros la miró. Los ojos grises encontraron a Jen en la luz de la mañana, y por un instante, solo un instante, vio en ellos algo que le rompió el corazón: la anticipación de alguien que ya sabe la respuesta pero que necesita que se la digan en voz alta.

—Tu padre —dijo Kaeros—. El elfo. Él lo permitió. Él entregó a un bebé al Conquistador. Él te marcó.

Las palabras de Kaeros llegaron a Jen como piedras cayendo en un pozo.

Una a una. Lentas. Pesadas. Con un sonido que retumbaba en la distancia.

Tu padre. El elfo. Él lo permitió. Él entregó a un bebé al Conquistador. Él te marcó.

Jen no se movió durante un momento largo. El mundo a su alrededor se detuvo: los pájaros dejaron de cantar, el viento dejó de soplar, el agua del pozo dejó de brillar. Todo se congeló, como si el tiempo mismo hubiera decidido que lo que acababa de ocurrir merecía ser procesado sin distracciones.

Luego, algo dentro de ella se rompió.

—¡Mientes! —gritó Jen, y la voz le salió como un latigazo, como el canto de control de su madre, como el palo de su padre, como todo el dolor que había acumulado durante veintitrés años y que ahora salía de ella como agua de una presa rota—. ¡Mientes! ¡Mi padre no haría eso! ¡Mi padre es un monstruo, sí, pero no...! ¡No entregaría a su propia hija al Conquistador! ¡No me marcaría! ¡No...!

Las palabras se atascaron en su garganta. El agua dentro de ella hirvió, subiendo por las venas como lava, buscando salida, buscando algo que destruir. Las manos le temblaron. Los ojos se le llenaron de lágrimas que se negaron a caer.

—Jen...

—¡No me llames así! —gritó ella, dando un paso atrás—. ¡No me digas que mi padre me marcó! ¡No me digas que todo lo que he vivido ha sido una mentira! ¡No me digas que...!

Se detuvo.

Porque en el silencio que siguió, en ese espacio entre las palabras y el grito, algo encajó.

Las piezas del puzle se movieron en su cabeza como fichas de dominó cayendo una tras otra. El padre que la golpeaba con más fuerza que la madre. El padre que nunca la abrazaba. El padre que la miraba con esa expresión que no era amor, sino deber. O culpa. O algo más oscuro que ninguno de los dos.

El padre que sabía lo que ella era.

El padre que la había marcado.

Jen se sentó en el suelo.

No se dejó caer. No se desplomó. Simplemente se sentó, como quien se sienta después de caminar durante mucho tiempo y descubre que ya no tiene adónde ir. Las piernas se doblaron bajo ella. Las manos se posaron en las rodillas. La cabeza se inclinó hacia adelante, como si el peso de la verdad fuera demasiado grande para sostenerlo.

—Todo —susurró Jen, y la voz le sonó rota, como cristal rompiéndose—. Todo ha sido una farsa. Mi padre. Mi madre. La cueva. El entrenamiento. El propósito. Todo. Desde el principio. Desde antes de nacer. Todo ha sido una mentira.

Kaeros se sentó a su lado en el suelo. No dijo nada. No la tocó. Se quedó ahí, a su lado, con las sombras moviéndose alrededor de los dos como un manto silencioso.

—Mi padre —continuó Jen, con una voz que ya no gritaba, que ya no lloraba, que sonaba a alguien que ha llegado al fondo de algo y ya no tiene más adónde caer—. Mi padre me golpeaba. Mi padre me entrenaba. Mi padre me miraba como una herramienta. Y ahora me dices que además me marcó. Que me entregó al Conquistador. Que todo lo que creí sobre él era mentira. Que no era un héroe. Que no era un padre. Era...

No terminó la frase. No podía. Las palabras se le atascaron en la garganta como huesos de fruta en un desagüe.

Kaeros no dijo nada. Se quedó a su lado, en el suelo, con las sombras moviéndose alrededor de los dos como un manto silencioso.

Jen cerró los ojos. Las lágrimas que se habían negado a caer durante el grito ahora brotaron como una presa rota, silenciosas, calientes, cayendo por sus mejillas sin ruido. No era el llanto escandaloso de alguien que pide atención. Era el llanto silencioso de alguien que ha aprendido que llorar en voz alta trae consecuencias.

—Mi vida entera —susurró Jen—. Mi vida entera ha sido una farsa. Mi padre me golpeaba porque no era su hija. Mi madre me entrenaba porque el Conquistador se lo ordenó. El cartel del helado estaba ahí porque alguien quiso que yo tuviera un deseo. Todo. Todo ha sido diseñado. Todo ha sido controlado. Y yo... yo he sido una marioneta durante veintitrés años sin saberlo.

Kaeros no dijo nada. Se quedó a su lado, en el suelo, con las sombras moviéndose alrededor de los dos como un manto silencioso.

Jen abrió los ojos. Miró a Kaeros. Los ojos grises la encontraron en la luz de la mañana, y por un instante, solo un instante, vio en ellos algo que le rompió el corazón: comprensión. No lástima. No curiosidad. Comprensión. Como si él supiera lo que es descubrir que tu vida ha sido una mentira.

—¿Y ahora qué? —preguntó Jen, con una voz que ya no temblaba.

Kaeros la miró un momento largo. Luego, sin decir nada, extendió los brazos.

Jen se dejó caer contra su pecho. Las sombras se cerraron alrededor de los dos como un abrazo de oscuridad. El agua dentro de Jen se calmó, como un lago que ha sido agitado por una tormenta y que ahora, por fin, encuentra la calma.

—Ahora —dijo Kaeros, con una voz que sonaba como si le hubieran pasado papel de lija por dentro—. Ahora sabes la verdad. Y ahora decides tú. No el Conquistador. No tus padres. No la resistencia. Tú.

Jen cerró los ojos. El latido de Kaeros contra su mejilla era lento, profundo, constante. Como el latido de alguien que ha estado vivo durante cuatrocientos años y que ha aprendido a no tener prisa.

—¿Y si no sé qué decidir? —susurró.

—Entonces decides mañana —respondió Kaeros—. Y si mañana tampoco sabes, decides al otro día. Y si al otro día tampoco, decides cuando puedas. Pero decides tú. Nadie más.

Jen apretó los puños contra la túnica de Kaeros. El agua dentro de ella se movía, no con rabia sino con algo más cálido, más profundo, algo que se parecía peligrosamente a la determinación.

—Quiero quedarme —dijo Jen—. Contigo. Aquí. En Drakheim. Quiero quedarme y quiero luchar. No por la resistencia. No por mis padres. No por el Conquistador. Por mí. Y por ti.

Kaeros apretó los brazos alrededor de ella. Las sombras se movieron con más fuerza, envolviendo los dos como un capullo de oscuridad.

—Entonces te quedas —dijo—. Y luchamos juntos.

Jen cerró los ojos. El latido de Kaeros contra su mejilla era lento, profundo, constante.

Y por primera vez en su vida, Jen Delay no se sintió como un arma.

Se sintió como una persona.

Con un lugar al que pertenecer.

Con alguien que la abrazaba.

Con una decisión que era solo suya.

CAPÍTULO 19



"El emisario de cristal"

Dos días después…

El emisario llegó al mediodía.

No hubo trompetas. No hubo anuncios. No hubo el sonido de cascos sobre piedra ni el crujido de armaduras ni el murmullo de soldados alertando al castillo. Simplemente, en un instante en que el sol estaba en su punto más alto y las sombras de Drakheim eran más cortas, algo apareció en el patio de armas que no había estado allí un segundo antes.

Era alto. Más alto que Kaeros, que ya era alto. Más de dos metros, con un cuerpo que no era carne ni metal sino cristal. Cristal puro, translúcido, que refractaba la luz del sol en arcoíris diminutos que bailaban sobre las paredes del patio como mariposas de color. Las facciones eran perfectas, geométricas, como si alguien hubiera tallado un rostro humano en un bloque de cuarzo y le hubiera dado vida. Los ojos eran dos gemas azules que brillaban con una luz propia, fría y antigua. Las manos eran largas, con dedos que

terminaban en puntas afiladas como cuchillos de cristal, y el cuerpo entero estaba recubierto de facetas que atrapaban la luz y la devolvían en destellos cegadores.

Era, pensó Kaeros desde la ventana de su torre, la cosa más hermosa y más aterradora que había visto en cuatrocientos años.

Los soldados del patio retrocedieron como una ola. Las espadas se desenvainaron con un tintineo metálico que contrastaba con el silencio cristalino del emisario. Nadie se atrevió a acercarse. Nadie se atrevió a atacar. La criatura irradiaba algo que iba más allá del miedo: una certeza fría y antigua, la certeza de que aquella cosa no pertenecía a este mundo y que, por lo tanto, las reglas de este mundo no le aplicaban.

Kaeros bajó las escaleras de la torre con la parsimonia de quien ha aprendido que la urgencia es una ilusión. Las sombras lo precedieron, moviéndose por las paredes como serpientes negras, y cuando llegó al patio de armas, el emisario lo estaba esperando junto a la fuente seca, con los brazos cruzados sobre el pecho y los ojos de gema fijos en él con una intensidad que era más amenazante que cualquier espada.

—Kaeros —dijo el emisario, y su voz sonó como cristal rompiéndose: aguda, cortante, con un timbre que hacía que los dientes dolieran—. Vengo de parte de nuestro señor. El Conquistador te recuerda tu deber.

Kaeros no se movió. Se quedó de pie frente a la criatura, con las manos a los lados y los ojos grises clavados en las gemas azules que hacían las veces de ojos.

—Mi deber —repitió Kaeros, con una voz que pretendía ser firme y sonaba a cualquier cosa menos firme.

—Tu deber —confirmó el emisario, con una inclinación de cabeza que era mitad cortesía y mitad amenaza—. Llevas cuatrocientos años sirviendo a nuestro señor. Llevas cuatrocientos años

obedeciendo. Y ahora, de repente, empiezas a dudar. Empiezas a sentir. Empiezas a olvidar quién eres.

—No he olvidado nada —respondió Kaeros.

—No —convino el emisario—. No has olvidado. Has elegido. Has elegido a la chica. Has elegido al agua. Has elegido al amor. Y nuestro señor no tolera las elecciones que no le favorecen.

Kaeros no respondió. Las sombras se movían a su alrededor con más agitación, como un animal herido que busca refugio.

—El mensaje es claro —continuó el emisario, con una voz que sonaba como cristal rompiéndose en una frecuencia diferente—. Mata a la chica. O muere con ella. La marca que lleva en el pecho es una cuenta atrás. Cuando llegue a cero, el agua de su cuerpo dejará de obedecerla. Y entonces se convertirá en lo que fue forjada: un arma sin voluntad. Un arma que te buscará primero. Porque para eso la crearon: para matarte.

Kaeros apretó los puños. Las sombras se tensaron alrededor de él como cuerdas a punto de romperse.

—No voy a matarla —dijo y la voz le salió rota.

—Entonces morirás —sentenció el emisario—. Y ella morirá contigo. Y todo lo que has construido durante cuatrocientos años se convertirá en cenizas.

El silencio que siguió fue tan denso que Kaeros pudo oír el latido de su propio corazón como un tambor lejano.

Y entonces una voz resonó en el patio de armas.

—Vaya, vaya, vaya.

Malachi apareció de detrás de una columna de piedra, con la sonrisa torcida puesta y una copa de cerveza en la mano. A las doce del mediodía. Con cerveza. El cabello rojo le caía sobre la frente como brasas que se niegan a apagarse, y los ojos de carbón

brillaban con esa luz que parpadeaba en el fondo como una chispa que no quiere morir.

—¿Qué tenemos aquí? —dijo Malachi, acercándose al emisario con el paso de alguien que no tiene nada que perder y que, por lo tanto, no tiene nada que temer—. ¿Un candelabro con patas? ¿Una lámpara de araña que se ha escapado de un salón de baile? ¿Un copo de nieve que ha ido al gimnasio?

El emisario giró la cabeza hacia Malachi. Los ojos de gema brillaron con más intensidad.

—¿Quién eres? —preguntó, con una voz que sonó como cristal rompiéndose.

—Me llamo Malachi —respondió el semihumano de fuego, dando un sorbo a su cerveza con la tranquilidad de alguien que está en un picnic y no en presencia de una entidad de cristal que podría cortarlo en juliana—. Soy el perro de fuego de Kaeros. El lado gracioso de alguien que no tiene gracia. El único ser en este castillo que sabe hacer un chiste en momentos inapropiados. Y por cierto, ¿sabes que brillas? Brillas mucho. ¿Te han puesto un interruptor o vienes con pilas incluidas?

El emisario no se inmutó. No podía inmutarse: su cara era de cristal. Pero algo cambió en la tensión de su cuerpo, en la forma en que las facetas se realinearon, en el brillo de las gemas que pasaron de azul frío a azul ardiente.

—Vete —sentenció el emisario—. Esto no es asunto tuyo.

—Claro que es asunto mío —respondió Malachi, dejando la copa de cerveza en el borde de la fuente seca con un golpe seco—. Todo lo que le pasa a Kaeros es asunto mío. Es mi trabajo. Mi vocación. Mi cruz. Y ahora mismo, mi trabajo es decirte que pareces una lámpara de araña que alguien ha puesto en medio del patio para que los soldados no se tropiecen en la oscuridad.

Un par de soldados solaron una risa ahogada. El emisario no hizo caso.

—Última advertencia —dijo el emisario, con una voz que ya no sonaba como cristal rompiéndose sino como cristal ardiendo—. Vete. O te destruyo.

Malachi se quedó mirándolo un momento largo. Luego, con una lentitud deliberada, dejó caer los hombros, se sacudió la túnica y adoptó la expresión de alguien que ha decidido algo importante y que no va a cambiar de opinión.

—Tengo dieciocho años —dijo Malachi, con una voz que ya no tenía nada de humorística—. Bueno, cuatrocientos dieciocho, si contamos los que llevo vivos. Fui abandonado por mis padres cuando era un niño. Crecí bajo un puente. Kaeros me encontró, me dio un hogar, me dio un nombre, me hizo inmortal. Y desde entonces, llevo cuatrocientos años a su lado. Cuatrocientos años riendo para no llorar. Cuatrocientos años protegiéndolo de todo lo que quiere hacerle daño.

Malachi dio un paso adelante. Las llamas empezaron a brotar de sus manos, no como un fuego salvaje y descontrolado, sino como una antorcha que alguien ha encendido con propósito.

—Así que si tú, candelabro con ínfulas, crees que vas a venir aquí a amenazar a mi jefe y a la niña del agua, tienes una sorpresa muy grande esperándote. Porque yo no me voy a mover. No me voy a callar. Y no me voy a apartar.

Y entonces Malachi atacó.

El fuego brotó de sus manos como lava de un volcán: rojo, naranja, blanco, con una intensidad que hizo que el aire a su alrededor vibrara. Las llamas se estrellaron contra el cuerpo de cristal del emisario con un sonido que era mitad choque y mitad canción: un tintineo agudo, cristalino, que resonó en todo el patio de armas como si alguien hubiera golpeado una campana de vidrio.

El emisario retrocedió. No por dolor, sino por sorpresa. El cristal se resquebrajó ligeramente en el punto donde el fuego lo había golpeado, dejando una marca oscura que brillaba como una brasa.

—Interesante —dijo el emisario, con una voz que ya no sonaba como cristal rompiéndose sino como cristal ardiendo—. Fuego. El fuego puede dañar el cristal. Pero no puede destruirlo.

—Eso es lo que tú crees —respondió Malachi, lanzando otra ráfaga de fuego.

Esta vez, el emisario no retrocedió. El cuerpo de cristal absorbió las llamas como una esponja absorbe agua, y las gemas de sus ojos brillaron con más intensidad, como si el fuego le estuviera dando energía en lugar de quitársela.

Malachi gruñó. El fuego brotó de sus manos con más fuerza, más intensidad, más calor. Las llamas se volvieron blancas, casi cegadoras, y el aire del patio se calentó hasta el punto de que las piedras empezaron a chisporrotear y los soldados tuvieron que retroceder cubriéndose la cara.

El emisario no se movió. Absorbió todo. El cristal brillaba con una luz propia, alimentado por el fuego de Malachi, creciendo, fortaleciéndose, como una planta que riegan con agua.

—Estúpido —dijo el emisario, con una voz que sonaba a alguien que ha ganado antes de empezar—. El cristal no se rompe con fuego. El cristal se alimenta de fuego.

Malachi se detuvo. El fuego se apagó en sus manos. El silencio que siguió fue tan profundo que Malachi pudo oír el latido de su propio corazón.

—Mierda —murmuró.

—Exactamente —dijo el emisario, avanzando hacia él con la lentitud de alguien que sabe que ha ganado y que no tiene prisa por cobrar su premio.

Malachi retrocedió un paso. Luego otro. El emisario seguía avanzando, con las manos de cristal afilado extendidas hacia él, y los ojos de gema brillando con una intensidad que era más amenazante que cualquier espada.

—¡Malachi! —gritó Kaeros desde el otro lado del patio, intentando acercarse, pero las sombras se lo impedían: el emisario había levantado una barrera de cristal entre ellos, una pared translúcida que bloqueaba el paso como un muro de hielo.

—Tranquilo, jefe —respondió Malachi, con una voz que intentaba ser ligera y sonaba a cualquier cosa menos ligera—. Esto lo arreglo yo.

—¿Con qué? —preguntó el emisario—. ¿Con más fuego? ¿Con más bromas? ¿Con más cerveza?

Malachi miró al emisario. Miró sus manos de cristal afilado. Miró sus ojos de gema. Y entonces hizo algo que nadie esperaba.

Dejó de usar el fuego.

Las llamas se apagaron en sus manos. El calor se disipó del aire. Malachi se quedó de pie frente al emisario sin poder, sin fuego, sin nada excepto su cuerpo y su sonrisa torcida.

—Tienes razón —dijo Malachi, con una voz que ya no tenía nada de humorística—. El cristal no se rompe con fuego. Pero el cristal tiene otra debilidad.

—¿Cuál? —preguntó el emisario.

—La presión —respondió Malachi.

Y entonces Malachi agarró al emisario con las dos manos.

No con el fuego. No con el poder. Con las manos desnudas, con los dedos cerrados alrededor del brazo de cristal del emisario con una fuerza que era pura determinación, pura lealtad, pura estupidez.

El cristal cortó la piel de Malachi. La sangre brotó, roja, caliente, mezclándose con el cristal translúcido en un patrón que era mitad horror y mitad belleza. Pero Malachi no soltó. Apretó más fuerte. Los nudículos se pusieron blancos. Los dientes se apretaron. Los ojos de carbón brillaron con una intensidad que era más poderosa que cualquier fuego.

—Soy un semihumano de fuego —gruñó Malachi, apretando con más fuerza—. Pero también soy un semihumano de carne. Y la carne puede romper el cristal si se esfuerza lo suficiente.

El emisario se retorció. El cristal crujía bajo la presión de los dedos de Malachi, resquebrajándose, agrietándose, como un vaso que alguien aprieta demasiado fuerte. Las gemas de los ojos parpadearon, perdieron intensidad, se oscurecieron.

—No... —dijo el emisario, y su voz sonó como cristal rompiéndose de verdad, sin la frialdad de antes, sin la seguridad, solo el sonido de algo que se está rompiendo.

—Sí —respondió Malachi.

Y apretó.

El cristal se rompió.

No todo. No el cuerpo entero. Solo el brazo. El brazo de cristal del emisario se partió por la mitad con un sonido que era mitad explosión y mitad canción, y los fragmentos cayeron al suelo del patio como lluvia de diamantes, brillando bajo el sol del mediodía con una belleza que contrastaba con la violencia del momento. El emisario retrocedió, con el muñón de cristal brillando con una luz enfermiza, y los ojos de gema parpadearon con una intensidad que era más dolor que furia.

—Volveré —dijo el emisario, con una voz que sonaba como cristal rompiéndose por última vez—. Y la próxima vez, no seré yo. Será algo peor.

Luego, el cuerpo de cristal se desintegró. No se rompió, no se derrumbó: se desintegró, como un sueño que se disipa al despertar, dejando tras de sí un montón de cristales diminutos que brillaban bajo el sol del mediodía como estrellas caídas.

Malachi se quedó de pie en medio del patio, con las manos ensangrentadas y la sonrisa torcida puesta, y dijo:

—Creo que he roto al candelabro.

Y luego se desplomó.

Kaeros lo alcanzó antes de que tocara el suelo. Las sombras se movieron bajo el cuerpo de Malachi como una red, sosteniéndolo, amortiguando la caída. Kaeros lo sostuvo en brazos, con las manos temblando y el corazón latiendo con un ritmo que no era el suyo.

—Malachi —dijo, con una voz que sonaba como si le hubieran pasado papel de lija por dentro—. Malachi, mírame.

Malachi abrió los ojos. Los ojos de carbón brillaban con menos intensidad que antes, como brasas que se están apagando.

—Tranquilo, jefe —murmuró, con una voz que ya no tenía nada de humorística—. Solo son cortes. Los cristales cortan, ¿sabes? Es su trabajo.

—Estás sangrando —dijo Kaeros, mirando las manos de Malachi, que estaban cubiertas de cortes profundos, algunos tan hondos que se veía el hueso. La sangre manchaba la túnica de Malachi, el suelo del patio, las manos de Kaeros.

—Sí —confirmó Malachi, con una sonrisa que era mitad dolor y mitad algo más tierno—. Pero el emisario se fue. Y Jen sigue viva. Y tú sigues vivo. Así que creo que es un buen trato.

—No es un buen trato —gruñó Kaeros—. Has estado a punto de morir.

—He estado a punto de morir muchas veces —respondió Malachi —. La primera vez fue hace cuatrocientos años, bajo un puente, con la piel quemada y el estómago vacío. Y entonces apareciste tú. Y me diste un hogar. Y me diste un nombre. Y me diste una razón para seguir vivo.

Malachi hizo una pausa. La sangre le caía por los dedos en hilos finos que se mezclaban con el polvo del patio.

—Así que si ahora tengo que devolverte el favor —continuó Malachi, con una voz más baja que nunca—, lo hago con gusto. Porque tú me salvaste la vida hace cuatrocientos años. Y yo te la devuelvo ahora. Es un intercambio justo.

Kaeros sintió que los ojos se le humedecían. No lloró. No podía llorar. Pero algo dentro de él se rompió, algo que había estado cerrado durante cuatrocientos años, algo que el Conquistador no pudo borrar porque estaba demasiado hondo.

—Emeric —dijo Kaeros, usando el nombre real de Malachi.

—¿Qué?

—Gracias.

Malachi sonrió. Era una sonrisa pequeña, cansada, como la primera luz del amanecer después de una noche larga. Pero estaba ahí.

—De nada, Thalion —respondió—. Ahora, ¿puedes llevarme a la cama? Porque creo que me he roto algo. Y no me refiero al cristal.

Kaeros lo levantó en brazos con una delicadeza que contrastaba con sus manos grandes y callosas. Las sombras se movieron alrededor de los dos, ayudando, sosteniendo, protegiendo. Los soldados del patio los miraban en silencio, con las espadas todavía desenvainadas y las caras pálidas, y nadie dijo nada mientras Kaeros llevaba a Malachi hacia la torre con el cuerpo ensangrentado de su amigo apoyado contra su pecho.

—Malachi —dijo Kaeros, mientras subían las escaleras.

—¿Mmm?

—No vuelvas a hacer eso nunca más.

—¿Hacer qué? ¿Salvarte la vida? ¿Romper candelabros con las manos? ¿Beber cerveza a las doce del mediodía?

—Cualquiera de esas cosas.

—No puedo prometerte nada —respondió Malachi, con una voz que ya estaba más fuerte, como si la sangre volviera a sus venas con cada escalón que subían—. Soy un hombre de muchos vicios. Pero puedo prometerte una cosa.

—¿Qué?

—Que la próxima vez que un candelabro con patas venga a amenazar a Jen, le voy a hacer una barbacoa. Con sus propios cristales.

Kaeros negó con la cabeza, pero la sonrisa que esbozó fue la más auténtica que había tenido en mucho tiempo.

—Eres un idiota.

—Y tú eres un sentimental disfrazado de tirano. Entre los dos formamos un equipo estupendo.

Kaeros lo llevó a su cama, le curó las heridas con las sombras, y se quedó a su lado hasta que el semihumano de fuego se durmió, con la sonrisa torcida todavía puesta y las manos vendadas que temblaban ligeramente incluso en el sueño.

Y mientras Malachi dormía, Kaeros se quedó mirando por la ventana, hacia el horizonte donde el Conquistador esperaba en su niebla, y pensó que el emisario había venido a recordarle su lugar.

Pero lo que había conseguido era recordarle algo más importante.

Que las personas que amas merecen que luches por ellas.

Incluso si eso significa romper cristales con las manos desnudas.

CAPÍTULO 20



"Lo que la sombra esconde"*

Jen se despertó con el sabor de la niebla en la boca.

No era la niebla del Conquistador. No era esa oscuridad espesa y fría que se arrastraba por los sueños como un animal hambriento. Era otra niebla. Más cercana. Más íntima. Como el humo de una vela que alguien ha soplado y que todavía se resiste a desaparecer.

Abrió los ojos. El techo de la torre estaba ahí, inmóvil, con sus vigas de granito negro y sus sombras que se movían como venas bajo la piel de la piedra. La cama de Kaeros era más dura que la de "La Cama Dura", lo cual era, pensó Jen con esa capacidad suya para encontrar ironía en los peores momentos, un logro arquitectónico considerable.

Junto a ella, Kaeros dormía.

O eso parecía. Los ojos estaban cerrados, el rostro relajado, la mandíbula sin esa tensión perpetua que le marcaba las líneas como surcos de arado. Las sábanas grises le cubrían hasta la cintura,

dejando al descubierto el torso: cicatrices, músculos tensos, la piel pálida de un elfo que no sale al sol. Las sombras se movían a su alrededor con más lentitud que de costumbre, perezosas, como animales que han dormido demasiado y que no quieren despertar del todo.

Jen lo observó durante un momento largo, sintiendo ese calor en el pecho que todavía le resultaba extraño, como un huésped que ha llegado sin avisar y que ahora se niega a marcharse. Tres días llevaban compartiendo cama. Tres días de despertar con su peso en la cintura y su aliento en el cuello y el latido de su corazón contra su espalda. Tres días que eran, simultáneamente, los más cortos y los más largos de su vida.

Esto es lo que se siente, pensó Jen, mirando la línea de su mandíbula, la curva de su nariz, el mapa de cicatrices que le surcaba la piel. *Esto es lo que se siente cuando alguien te elige. No por lo que puedes hacer. No por lo que vales. Sino por lo que eres.*

Se incorporó con cuidado para no despertarlo. El frío de la mañana le mordió los hombros a través de la camisola que había empezado a usar en lugar de la túnica gris. Kaeros había insistido en darle ropa de su ropa: camisas de lino demasiado grandes que le quedaban como vestidos, pantalones que tenía que enrollarse hasta las rodillas. Jen había aceptado sin protestar, no por necesidad sino porque llevar su ropa era, de alguna manera, llevar su presencia cuando él no estaba.

Se estiró. Los músculos le crujieron como cuerdas de un instrumento viejo. Tres días de no entrenar con el agua. Tres días de no mover ni una gota. Tres días en los que el poder dentro de ella había estado quieto, como un animal domesticado que se ha rendido a la domesticidad de una cama compartida y un hombre que le corta la carne en silencio.

Es extraño, pensó Jen, pasándose los dedos por el pelo enmarañado. *En la cueva, mi cuerpo pedía agua todo el rato. El agua era mi cadena. Mi propósito. Mi razón de existir. Aquí, con él, el

agua se calla. No me pide nada. No me exige nada. Es como si supiera que por fin estoy donde tengo que estar y que ya no necesita gritar.*

Se volvió hacia Kaeros para besarle la frente, como hacía cada mañana desde que compartían cama. Se inclinó sobre él, acercó los labios a su piel y entonces lo sintió.

El frío.

No era el frío normal de Kaeros, ese frío de piedra de montaña que se sentía como una caricia helada y que Jen aprendía a querer un poco más cada día. Era otro frío. Más profundo. Más oscuro. Un frío que venía de dentro de su piel, como si alguien hubiera colocado un bloque de hielo entre sus costillas y lo hubiera dejado ahí durante demasiado tiempo.

Jen se detuvo. Los labios a milímetros de su frente. El corazón se le aceleró.

Kaeros, pensó, y el nombre le supo a algo que no sabía nombrar. *¿Qué te pasa?*

Se apartó. Lo miró. Y entonces lo vio.

Las grietas.

Eran finas, casi invisibles, como los hilos de una telaraña que alguien ha tejido sobre la superficie de un lago y que solo se ven cuando la luz es la adecuada. Le surcaban los hombros, el pecho, la base del cuello. No eran cicatrices. Jen conocía las cicatrices de Kaeros: eran gruesas, blancas, marcadas por siglos de guerras. Estas eran diferentes. Más sutiles. Más oscuras. Como si la piel se estuviera agrietando por dentro, como si algo dentro de él estuviera presionando hacia fuera con una fuerza que el cuerpo ya no podía contener.

Las sombras se movían dentro de las grietas.

Jen las vio. Oscuridad líquida, como tinta vertida en agua, moviéndose por debajo de la superficie de la piel como un animal atrapado en una jaula demasiado pequeña. Las sombras no eran las de siempre, las que se movían con esa pereza deliberada que era marca de Kaeros. Eran sombras frenéticas, desesperadas, que se retorcían y se enroscaban y pulsaban con un ritmo que no era el de un corazón sino el de algo que está muriendo.

Las sombras lo están matando, pensó Jen.

La idea le golpeó como un puñetazo en el centro del pecho. No era una sospecha. No era una intuición. Era una certeza, la misma certeza que tenía cuando miraba el agua y sabía exactamente cómo se movería, la misma que tenía cuando las sombras de Kaeros la tocaban y su cuerpo reconocía el suyo. El agua dentro de ella sabía. El agua dentro de ella siempre sabía.

Las sombras lo están devorando. Por dentro. Desde hace siglos. Y él lo sabe. Y no me lo ha dicho.

El enfado llegó primero. Caliente, urgente, como una ola que se forma en la superficie de un lago tranquilo y que se lleva todo lo que encuentra por delante. Tres días. Tres días compartiendo cama, compartiendo besos, compartiendo el latido de sus corazones, y él le había escondido esto. Le había escondido que estaba muriendo.

¿Por qué?, pensó Jen, y la pregunta le supo a sangre. *¿Por qué no me lo has dicho? ¿Porque crees que no puedo soportarlo? ¿Porque crees que me iré? ¿Porque crees que soy demasiado débil para saber que el hombre que me ha comprado un helado de fresa se está muriendo?*

Luego llegó el miedo. Frío, profundo, como el agua de un lago en invierno. Un miedo que no era el de siempre, no el miedo de su padre ni el miedo de la resistencia ni el miedo del Conquistador. Era un miedo nuevo. Un miedo que solo existe cuando descubres que la persona que amas está desapareciendo y que no puedes hacer nada para detenerlo.

No, se dijo Jen, apretando los puños hasta que las uñas se le clavaron en las palmas. *No voy a permitirlo. No voy a quedarme de pie mientras se muere. No después de todo. No después del beso. No después del helado. No después de las sombras cálidas y la carne cortada y la voz raspada que me dice "siempre que quieras".*

Se llevó la mano al pecho. La marca del Conquistador pulsaba debajo de la piel, fría, silenciosa, paciente. Pero debajo de la marca, más profunda, más antigua, más suya, la corriente subterránea seguía fluyendo. El agua que no era suya ni del Conquistador. El agua que estaba ahí antes de que ella naciera.

El agua y la sombra, pensó Jen. *Juntas, anulan la niebla. Eso descubrimos la primera vez que hicimos el amor. Las sombras y el agua se mezclaron y la niebla del Conquistador se debilitó. Si puedo hacer eso con su cuerpo entero... si puedo purificar las sombras con agua...*

Se detuvo.

Purificar.

La palabra le supo a algo que no sabía nombrar. Purificar significaba limpiar. Significaba sacar lo que sobra, dejar lo que importa. Significaba meter agua en un cuerpo lleno de sombras y esperar que el agua ganara.

Pero ¿y si no gana?, pensó Jen, y el miedo volvió, más frío, más profundo. *¿Y si el agua no purifica sino que destruye? ¿Y si lo que hay dentro de él no son solo sombras sino algo más? ¿Y si al intentar curarlo lo mato?*

La pregunta se quedó flotando en el aire de la habitación, sin respuesta, como el humo de una vela que alguien ha soplado y que todavía se resiste a desaparecer.

Kaeros tosió a las tres de la mañana.

Jen no dormía. Llevaba horas mirando el techo, sintiendo el peso del brazo de Kaeros sobre su cintura y el calor de su cuerpo contra el suyo y la certeza, cada vez más pesada, de que algo estaba mal. Las sombras de la habitación se movían con más agitación que de costumbre, como animales que detectan una tormenta antes de que caiga.

La tos vino como un trueno en una noche sin tormentas: repentina, violenta, con un sonido húmedo y profundo que le salió de lo más profundo de los pulmones como si algo dentro de él se estuviera rompiendo. Kaeros se incorporó en la cama con un movimiento brusco, se llevó la mano a la boca y tosió de nuevo.

Y de su boca salió niebla.

No la niebla del Conquistador. No era esa oscuridad espesa y fría que se arrastraba por los sueños como un animal hambriento. Era otra niebla. Más densa. Más oscura. Como la tinta de un calamar que alguien hubiera vertido en el aire. La niebla salió de la boca de Kaeros como un susurro que se niega a morir, formando espirales en el aire que se movían con una lentitud hipnótica antes de disiparse contra el techo de piedra.

Kaeros tosió tres veces más. Cada tos producía más niebla. Cada niebla era más oscura. Cada oscuridad dejaba en el aire un olor a algo que Jen no supo identificar hasta que la niebla se disipó del todo y el olor permaneció, pegado a las paredes, a las sábanas, a la piel de Kaeros.

Era el olor de la muerte.

No la muerte de los cadáveres ni la muerte de los campos de batalla. Era una muerte más antigua, más profunda, la muerte de las cosas que llevan demasiado tiempo existiendo y que ya no pueden seguir existiendo. Era el olor de la piedra que se desmorona, del hierro que se oxida, del agua que se estanca. El olor de algo que ha dejado de vivir pero que todavía no ha aprendido a dejar de existir.

Jen se incorporó.

—Kaeros —dijo, y su voz sonó más rota de lo que pretendía.

Él no se giró. Se quedó sentado en el borde de la cama, con los codos en las rodillas y la mano todavía apretada contra la boca. Las sombras se movían a su alrededor con más agitación, enroscándose en sus brazos, trepando por su espalda, moviéndose como animales heridos que buscan refugio.

—Kaeros —repitió Jen, poniendo una mano en su espalda.

Él se tensó. No de dolor, sino de algo peor: de vergüenza. Jen lo sintió bajo sus dedos, la tensión de unos músculos que se aprietan porque su dueño quiere desaparecer.

—Estoy bien —dijo Kaeros, con una voz que sonaba como si le hubieran pasado papel de lija por dentro.

—No estás bien —respondió Jen, y la firmeza de su propia voz le sorprendió—. Te he visto las grietas. En los hombros. En el pecho. En el cuello. Las sombras se mueven dentro de ti como animales atrapados. Y ahora toses niebla negra a las tres de la mañana. No estás bien. Y me has mentido.

Kaeros no respondió. Se quedó inmóvil, con la mano apretada contra la boca y los ojos clavados en el suelo. Las sombras se movían a su alrededor con más agitación, como si quisieran protegerlo de algo que no podían protegerlo.

—¿Cuánto tiempo lleva? —preguntó Jen, con una voz que ya no temblaba.

Kaeros no respondió.

—¿Cuánto tiempo, Kaeros?

—Thalion —corrigió él, con un hilo de voz—. Mi nombre es Thalion.

—Thalion —repitió Jen, y el nombre le supo a algo que no sabía nombrar—. ¿Cuánto tiempo lleva pasando?

Él cerró los ojos. Las sombras se tensaron alrededor de él como cuerdas a punto de romperse.

—Cuatrocientos años —murmuró.

La palabra cayó en el silencio como una piedra en un pozo.

—¿Cuatrocientos años? —repitió Jen, y la incredulidad le cortó la respiración—. Cuatrocientos años tosiendo niebla. Cuatrocientos años con grietas en la piel. Cuatrocientos años... ¿muriendo?

—No es morir —respondió Kaeros, con una voz que ya no tenía nada de comandante—. Es... desaparecer. Las sombras me sostienen. Me mantienen vivo. Me dan poder. Pero a cambio, me devoran. Lento. Paciente. Como la erosión en una montaña. No se nota de un día para otro. Pero se nota de un siglo a otro.

Jen sintió que los ojos se le humedecían.

—¿Y por qué no me lo has dicho? —preguntó, y la voz le tembló ligeramente.

—Porque no quería que me vieras así —respondió Kaeros, y la honestidad de esa confesión le dolió como un cristal clavándose en la palma de la mano—. No quería que vieras las grietas. No quería que olieras la niebla. No quería que supieras que el hombre que te ha besado se está desmoronando por dentro.

Jen lo miró. Las lágrimas le cayeron por las mejillas sin ruido, como si incluso el dolor tuviera miedo de ser escuchado.

—Eso no me hace querer irme —dijo, con una voz que sonó más firme de lo que sentía—. Eso me hace querer quedarme más.

Kaeros abrió los ojos. Los ojos grises la encontraron en la penumbra, brillando como plata fundida bajo la luz de la vela moribunda.

—No puedes curarme —dijo, con una voz que sonaba como si le hubieran arrancado las palabras de la garganta—. Nadie puede. Las

sombras son parte de mí. Quitarlas sería como quitarme la sangre. Sería...

—Matarlo —terminó Jen.

El silencio que siguió fue tan denso que Jen pudo oír el latido de su propio corazón.

—Entonces —dijo Jen, con una voz que ya no temblaba—, no voy a quitártelas. Voy a purificarlas.

Kaeros la miró. La expresión de su rostro cambió, como si alguien hubiera movido las piezas de un puzle: los mismos ojos, la misma mandíbula, la misma cicatriz en la mejilla, pero con un significado diferente. Ya no era la cara del comandante. Era la cara de alguien que no entiende lo que le están diciendo.

—¿Purificar? —repitió.

—El agua —explicó Jen, con una claridad que le sorprendió—. Mi agua. Cuando nos mezclamos, cuando las sombras y el agua se funden, la niebla del Conquistador se debilita. Lo descubrimos la primera vez. Lo sentimos. El agua puede limpiar las sombras sin quitarlas. Puede sacar lo que sobra. Puede purificar.

—O puede matarme —dijo Kaeros, con una voz que ya no tenía nada de comandante.

—Lo sé —respondió Jen, y la palabra le supo a sangre—. Lo sé. Pero la alternativa es quedarme de pie mirando cómo te mueres durante los próximos cuatrocientos años. Y eso no es una alternativa. Eso es una sentencia.

Kaeros la miró un momento largo. Las sombras se movían a su alrededor con más agitación, como animales que detectan una tormenta antes de que caiga. Luego, con una voz más baja que nunca, dijo:

—No ahora. Necesito pensar.

Jen asintió. No lo presionó. No podía presionarlo. No cuando lo miraba y veía las grietas en sus hombros y la niebla en sus pulmones y el miedo en sus ojos, un miedo que no era el miedo de morir sino el miedo de que ella lo viera morir.

Eso es amor, pensó Jen, y la idea le supo a algo que no sabía nombrar. *El amor no es besos ni helados ni sombras cálidas. El amor es el miedo de que alguien a quien quieres vea lo peor de ti y se vaya.*

Se acercó a él. Lo rodeó con los brazos. Las sombras se movieron alrededor de los dos, cálidas, lentas, como un animal que se rinde.

—No me voy a ir —susurró Jen contra su cuello—. Da igual las grietas. Da igual la niebla. Da igual lo que seas por dentro. No me voy a ir.

Kaeros no respondió. Pero los brazos le rodearon la cintura, grandes, pesados, temblando ligeramente, y Jen supo que eso era suficiente.

Lo intentó al amanecer.

No porque estuviera preparada. No porque tuviera un plan. No porque supiera exactamente lo que estaba haciendo. Lo hizo porque las grietas de Kaeros habían crecido durante la noche, extendiéndose por sus hombros como ríos secos en un desierto de piel, y la niebla que tosía era más oscura que la del día anterior, y Jen sabía, con la certeza de alguien que ha crecido rodeada de agua y que ha aprendido a leer sus corrientes como quien lee un libro, que el tiempo se estaba acabando.

Estaban en el lago de los susurros. El lago que ella había nombrado. El lago donde habían abierto sus heridas. El lago donde todo había empezado.

Kaeros estaba sentado en la roca, con los pies descalzos rozando el agua y las manos apoyadas en los muslos. No llevaba la túnica negra de comandante. Vestía la camisa de lino gris, desabotonada en el cuello, con las mangas arremangadas hasta los codos. Y las grietas eran visibles: líneas oscuras que le surcaban los antebrazos como venas de obsidiana, con sombras moviéndose dentro como peces atrapados en un estanque demasiado pequeño.

Jen se arrodilló frente a él. El frío de las rocas le caló las rodillas a través de la tela. El agua del lago estaba quieta, cristalina, reflejando las montañas con esa fidelidad obscena que le recordaba al Lago Espejo.

—¿Estás listo? —preguntó Jen.

Kaeros la miró. Los ojos grises la encontraron en la luz del amanecer, y Jen vio en ellos algo que no había visto nunca: miedo. No el miedo del guerrero ante una batalla. No el miedo del comandante ante una amenaza. El miedo desnudo, animal, de alguien que está a punto de entregar su cuerpo a algo que podría destruirlo.

—No —respondió Kaeros.

—¿Entonces?

—Pero confío en ti.

Las palabras llegaron a Jen como piedras cayendo en un pozo. Una a una. Lentas. Pesadas. Con un sonido que retumbaba en la distancia.

Confío en ti.

Nadie le había dicho eso antes. Nunca. Ni sus padres. Ni la resistencia. Ni nadie. Nadie le había dicho "confío en ti" con la voz de alguien que ha decidido entregar su vida a otra persona sin condiciones, sin garantías, sin certeza de que vaya a salir bien.

Confío en ti.

Jen tragó saliva. Las lágrimas le apretaban detrás de los ojos, pero no lloró. No podía. Tenía que ser fuerte. Tenía que ser agua. Tenía ser lo que siempre había sido, solo que ahora lo hacía por una razón que era suya y no de nadie más.

—Cierra los ojos —dijo Jen, con una voz que ya no temblaba.

Kaeros cerró los ojos.

Jen extendió las manos. Las posó sobre su pecho, sobre las grietas, sobre la piel fría donde las sombras se movían como animales atrapados. El contacto fue inmediato: el agua dentro de ella vibró, como una cuerda de arpa pulsada por unos dedos invisibles. La vibración subió por sus brazos, le cruzó el pecho, le llegó a la garganta.

Cálmate, se ordenó Jen. *Cálmate y hazlo. No pienses en el miedo. No pienses en lo que puede salir mal. Piensa en el agua. Piensa en la corriente subterránea. Piensa en lo que hay debajo de la marca, debajo del canto de control, debajo de todo lo que tus padres te pusieron encima. Piensa en lo que es tuyo.*

Jen cerró los ojos. Y dejó que el agua fluyera.

No fue un látigo. No fue una ola. No fue la violencia con la que su madre le había enseñado a mover el agua durante diecisiete años. Fue algo más suave, más profundo, más suyo. El agua brotó de sus manos como una caricia líquida, envolviendo el pecho de Kaeros con una delicadeza que era casi reverencial. No era agua de río ni agua de lluvia. Era agua de dentro de ella, agua que venía del lugar donde la corriente subterránea fluía, agua que era más antigua que la marca y más fuerte que el canto de control.

El agua se encontró con las sombras.

La reacción fue inmediata. Las sombras se tensaron, retorciéndose, pataleando, como animales que han sido acorralados. El agua las envolvió, cálida, paciente, con la determinación de alguien que ha decidido que no va a retroceder. Donde el agua

tocaba la sombra, algo cambiaba: la oscuridad se aclaraba, la densidad se reducía, la frenesí se calmaba. Era como ver cómo una tormenta se disipa, cómo las nubes se apartan para dejar pasar un rayo de sol.

Kaeros gimió. Un sonido ahogado, profundo, que le salió de lo más profundo de los pulmones. No era dolor. Era algo más. Era el sonido de alguien que ha llevado un peso durante cuatrocientos años y que de repente siente que alguien le está ayudando a llevarlo.

—Sigue —susurró Kaeros, con los ojos cerrados y la mandíbula apretada—. No pares.

Jen siguió. El agua fluyó con más fuerza, más profundidad, más intención. Se metió por las grietas de su piel, por los surcos de sus cicatrices, por los espacios entre las sombras donde la oscuridad se había acumulado durante siglos como polvo en una habitación que nadie ha limpiado en años. El agua limpiaba. Arrastraba. Sacaba. Donde había niebla, el agua la disolvía. Donde había oscuridad, el agua la aclaraba. Donde había dolor, el agua lo suavizaba.

Pero entonces Jen sintió algo que no esperaba.

Dolor.

No el dolor de Kaeros. El suyo.

Brotó de las manos como un relámpago, blanco, cegador, absoluto. Un dolor que le atravesó las muñecas, los antebrazos, los hombros, como si alguien hubiera vertido plomo derretido en sus venas. El agua que salía de sus manos se volvió caliente, demasiado caliente, como si dentro de ella hubiera algo que se estuviera quemando.

La marca.

La marca del Conquistador pulsó en su pecho como un segundo corazón, enviando ondas de frío que se chocaban con el calor del

agua que fluía. Era una guerra dentro de ella: la marca tiraba hacia atrás, el agua tiraba hacia adelante, y Jen estaba atrapada en el medio, con el dolor de ambos bandos golpeándole el cuerpo como olas contra una roca.

—Jen —dijo Kaeros, abriendo los ojos—. Para. Para. Te está haciendo daño.

—No —respondió Jen, apretando los dientes hasta que la mandíbula le dolió—. No voy a parar. No hasta que esté limpio. No hasta que estés bien.

—Me vas a matar —dijo Kaeros, y la voz le sonó rota.

—No —repitió Jen, y la palabra sonó como un latigazo—. No voy a matarte. Voy a curarte.

—El agua no puede curar las sombras —dijo Kaeros, con una voz que ya no tenía nada de comandante—. Las sombras son parte de mí. Quitarlas es quitarme la vida.

—No voy a quitarlas —gritó Jen, y el dolor le atravesó el cuerpo como un cuchillo—. Voy a purificarlas. Voy a sacar lo que sobra. Voy a limpiar lo que está sucio. Voy a...

Las palabras se le atascaron en la garganta. El dolor se intensificó, blanco, cegador, absoluto. Las manos le temblaron sobre el pecho de Kaeros. El agua que brotaba de sus dedos se volvió más caliente, más urgente, más desesperada.

—¡Jen! —gritó Kaeros, incorporándose.

Pero Jen no paró.

Porque en medio del dolor, debajo del frío de la marca y el calor del agua y la presión de las sombras, Jen sintió algo. Algo que no había sentido nunca. Algo que estaba debajo de todo lo demás, más profundo que la marca, más antiguo que el canto de control, más suyo que cualquier cosa que le hubieran puesto encima.

La corriente subterránea.

El río que fluía debajo de todo.

La fuerza que no era suya pero que tampoco era de nadie.

Jen la sintió. Y la usó.

El agua que brotó de sus manos ya no era agua normal. Era agua pura, agua de la corriente subterránea, agua que no tenía marca ni canto de control ni voluntad ajena. Era agua que era solo suya. Y esa agua se encontró con las sombras de Kaeros y las envolvió con una delicadeza que era mitad caricia y mitad promesa.

Las sombras se calmaron.

No desaparecieron. No se fueron. Se calmaron, como un animal que ha estado pataleando durante demasiado tiempo y que finalmente se rinde. La frenesí se disipó. La oscuridad se aclaró. Las grietas en la piel de Kaeros se estrecharon, lenta, imperceptiblemente, como heridas que alguien está empezando a coser.

Kaeros jadeó. Las manos se le cerraron sobre los muslos. Los nudillos se pusieron blancos. Las sombras se movieron dentro de él, lentas, perezosas, como un animal que se duerme después de una comida abundante.

Y entonces Jen se detuvo.

No porque quisiera. Porque el dolor se lo impidió. La marca del Conquistador pulsó en su pecho con una fuerza que le cortó la respiración, enviando ondas de frío que le atravesaron el cuerpo como cuchillos de hielo. El agua se detuvo. Las manos cayeron. Jen se desplomó hacia adelante, con la cara contra el pecho de Kaeros y los brazos colgando a los lados como ramas secas de un árbol muerto.

—Jen —dijo Kaeros, sosteniéndola con las manos—. Jen, mírame.

Abrió los ojos. El mundo estaba borroso, como si alguien hubiera vertido leche en el aire. La cara de Kaeros era un borrón de gris y plata y sombras que se movían lentamente.

—Estoy bien —susurró Jen.

—No estás bien —respondió Kaeros, con una voz que sonaba como si le hubieran pasado papel de lija por dentro—. Estás sangrando.

Jen bajó la vista. Las manos le sangraban. No por dentro, como en los entrenamientos de la cueva. Por fuera. Las uñas se le habían roto hasta la carne, y de los dedos le caían hilos finos de sangre oscura que se mezclaban con el agua que todavía chorreaba por sus muñecas.

—Son los dedos —dijo Jen, con una voz que pretendía ser ligera y sonaba a cualquier cosa menos ligera—. Siempre son los dedos.

—Jen...

—No —interrumpió ella, con una firmeza que cortó el aire como un cuchillo—. No me digas que he parado. No me digas que ha sido suficiente. No me digas que...

—Ha sido suficiente —dijo Kaeros, con una voz que ya no tenía nada de comandante—. Por ahora.

Jen lo miró. Las grietas en sus hombros eran más estrechas. La niebla que solía moverse dentro de ellas era más clara, menos densa. Las sombras se movían con más lentitud, más calma, como animales que han encontrado por fin un lugar donde descansar.

—Te ha funcionado —susurró Jen.

—Me ha funcionado —confirmó Kaeros, y la voz le tembló ligeramente—. Por ahora. Pero la marca...

—La marca puede esperar —dijo Jen—. Tú no.

Kaeros la miró un momento largo. Luego, sin decir nada, tomó sus manos sangrantes entre las suyas y las llevó a sus labios. Besó los nudillos rotos, uno por uno, con la delicadeza de quien besa algo que cree sagrado. La sangre de Jen se mezcló con los labios de Kaeros, roja sobre fría, y Jen sintió que algo dentro de ella se movía, algo cálido y antiguo que se parecía peligrosamente al amor.

—Gracias —susurró Kaeros contra sus dedos.

—No me lo agradezcas —respondió Jen—. Para eso estoy. Para las curaciones fallidas y los dedos sangrados y los besos en los nudillos.

Kaeros casi sonrió. Casi. La sonrisa llegó hasta la comisura de sus labios y se quedó ahí, como un fantasma que no termina de materializarse.

—No fue una curación fallida —dijo—. Fue la primera vez en cuatrocientos años que las sombras se han calmado.

—¿De verdad?

—De verdad. Has purificado algo. No todo. Pero algo. Y eso es más de lo que nadie ha hecho en cuatrocientos años.

Jen sintió que los ojos se le humedecían.

—No es suficiente —dijo—. Necesito hacerlo más. Necesito limpiar más. Necesito...

—Mañana —interrumpió Kaeros, con una firmeza que no admitía réplica—. Mañana lo intentamos de nuevo. Pero ahora descansas. Ahora comes. Ahora dejas que tus dedos sanen.

—Mis dedos están bien.

—No están bien. Sangran.

—Siempre sangran. Es lo que hacen mis dedos. Sangran y sangran y sangran, y nadie se preocupa por ellos.

—Yo me preocupo —dijo Kaeros, y la palabra le supo a algo que no había dicho en mucho tiempo.

Jen lo miró. Las lágrimas le cayeron por las mejillas sin ruido. No las limpió. Dejó que cayeran, mezclándose con la sangre de sus dedos y el agua del lago y el sol de la mañana que les calentaba la cara.

—Thalion —dijo Jen, usando su nombre real.

—¿Qué?

—¿Puedes besarme?

Kaeros la miró un momento largo. Luego, sin decir nada, se inclinó hacia ella y la besó.

El beso fue suave. Más suave de lo que Jen esperaba. Los labios de Kaeros estaban fríos, como siempre, pero debajo del frío había algo cálido, algo vivo, algo que se parecía peligrosamente a la esperanza. Jen cerró los ojos y dejó que el beso la llenara, como el agua llena un vaso, como el aire llena los pulmones, como el helado llena la boca con su dulzor.

Las sombras se movieron alrededor de los dos. Pero esta vez eran diferentes. Más suaves. Más cálidas. Más lentas. Como si la purificación hubiera hecho algo con ellas: no quitarlas, sino calmarlas. No destruirlas, sino domesticarlas.

Las sombras y el agua se mezclaron en algún punto entre los dos cuerpos, fundiéndose, mezclándose, creando algo que no era ni sombra ni agua sino algo nuevo. Jen lo sintió: una calidez, una paz, una sensación de pertenencia que no había sentido nunca.

Esto es lo que se siente, pensó Jen, mientras los labios de Kaeros se movían contra los suyos y las sombras los envolvían como un capullo de oscuridad y luz. *Esto es lo que se siente cuando alguien te elige y tú lo eliges de vuelta. No por lo que puedes hacer. No por lo que vales. Sino por lo que eres.*

Cuando se separaron, jadeando, con las frentes juntas y las respiraciones entremezcladas, Jen abrió los ojos y vio que las grietas de Kaeros eran más estrechas que antes.

No habían desaparecido. Todavía estaban ahí. Todavía eran oscuras. Todavía tenían sombras moviéndose dentro. Pero eran más estrechas. Como si algo dentro de él se hubiera calmado. Como si la purificación hubiera hecho algo que cuatrocientos años de soledad no habían podido hacer: empezar a cerrar las heridas.

—No es suficiente —susurró Jen.

—Lo sé —respondió Kaeros.

—Mañana lo intentamos de nuevo.

—Mañana.

—Y al otro día. Y al otro. Y al otro. Hasta que estés limpio. Hasta que las sombras dejen de matarte. Hasta que dejes de toser niebla negra a las tres de la mañana.

—Eso puede llevar mucho tiempo —dijo Kaeros.

—Tengo tiempo —respondió Jen—. Tengo todo el tiempo que haga falta.

Kaeros la miró. Y por primera vez desde que Jen lo conocía, algo en sus ojos grises brilló no con frialdad ni con tristeza sino con algo más cálido, más luminoso, algo que se parecía peligrosamente a la gratitud.

—¿Y la marca? —preguntó Kaeros.

Jen se llevó la mano al pecho. La marca del Conquistador pulsaba debajo de la piel, fría, silenciosa, paciente. Pero debajo de la marca, la corriente subterránea seguía fluyendo. Y ahora, junto a esa corriente, había algo nuevo: la huella de las sombras de Kaeros, grabadas en su agua como un tatuaje invisible.

—La marca puede esperar —repitió Jen—. Tú no.

Kaeros la besó de nuevo. Esta vez más lento, más profundo, con la lengua que le recorrió los labios como quien saborea algo que ha esperado mucho tiempo. Jen gimió contra su boca, un sonido ahogado que le recorrió el cuerpo como una descarga eléctrica.

Las sombras se cerraron alrededor de los dos como un capullo. El agua brotó de la piel de Jen como rocío de la mañana, mezclándose con las sombras en una niebla cálida y vaporosa que los envolvía como un abrazo.

Y en algún lugar profundo del cuerpo de Kaeros, en ese rincón donde las sombras habían estado devorándolo durante cuatrocientos años, algo se calmó. Algo se cerró. Algo empezó a sanar.

No mucho. No del todo. Pero algo.

Y algo, pensó Jen mientras los labios de Kaeros se movían contra los suyos y el agua y las sombras se mezclaban en una niebla que olía a lluvia y a tierra mojada, era suficiente.

Porque algo es más que nada.

Y en un mundo que había empezado con nada, algo era el comienzo de todo.

CAPÍTULO 21



"El alcohol, la verdad y la traición"

Jen apareció en la puerta de la habitación de Malachi con una botella de alcohol en cada mano y la expresión de alguien que ha tomado una decisión importante y que ya se arrepiente de haberla tomado.

Las puertas de la torre no tenían aldabas, solo agujeros donde habían estado las aldabas en algún momento del pasado y que ahora servían para que las sombras se colaran entre las juntas de la madera como ratones curiosos. Jen llamó con los nudillos, tres golpes rápidos que resonaron en el pasillo de piedra como si alguien hubiera golpeado una campana rota.

—Si eres el emisario, ya me han roto un brazo esta semana. Vuelve en un mes.

La voz de Malachi llegó desde el interior con esa claridad que solo tienen los que están convencidos de que el mundo gira alrededor de su sentido del humor.

—Soy Jen.

—Ah. Entra. Pero si has venido a curarme, aviso de que mis heridas ya están sanando. Kaeros y sus sombras milagrosas. Me siento como nuevo. Como un recién nacido con cuatrocientos años y un problema serio con la cerveza.

Jen empujó la puerta.

La habitación de Malachi era exactamente lo que Jen esperaba: un desastre con pretensiones de habitación. La cama estaba hecha con la precisión de alguien que ha lanzado las sábanas desde el otro lado de la habitación y ha decidido que donde caen es donde se quedan. La mesa tenía tres copas vacías, un plato con restos de pan duro y una vela que se resistía a morir con la terquedad de un viejo que no quiere dejar este mundo. En la pared, colgado de un clavo torcido, había un dibujo infantil que Jen no había visto antes: un sol con cara sonriente, pintado con colores que no existían en la naturaleza, y debajo del sol, dos figuras que podrían ser personas o podrían ser palitos con brazos, cogidas de la mano.

Lo ha dibujado él, pensó Jen, y la idea le produjo algo que se parecía peligrosamente a la ternura. *Malachi. Cuatrocientos años. Y dibuja soles con cara.*

Malachi estaba sentado en la cama, con la espalda apoyada contra la pared y las piernas cruzadas. Las manos estaban vendadas con tiras de tela blanca que alguien, probablemente Kaeros, había atado con más cuidado del que Jen le había visto usar para cualquier otra cosa. Las vendas tenían manchas oscuras en los bordes, pero no de sangre fresca. Las heridas del emisario de cristal estaban cerrando. Las sombras de Kaeros habían hecho su trabajo: donde antes había cortes profundos que llegaban hasta el hueso, ahora había cicatrices rosadas que brillaban ligeramente a la luz de la vela, como si las sombras hubieran dejado una marca de paso.

Malachi la vio entrar y la sonrisa torcida se encendió como una vela que alguien ha soplado durante demasiado tiempo y que de

repente decide volver a arder.

—Vaya, vaya —dijo, señalando las botellas con una mano vendada —. La niña del agua trae alcohol. Esto o significa que ha pasado algo muy bueno o algo muy malo. Y por tu cara, apuesto a lo segundo.

—Es para ti —respondió Jen, dejando las botellas sobre la mesa junto a las copas vacías—. He pensado que después de lo del emisario, te mereces algo más fuerte que cerveza.

—¿Algo más fuerte que cerveza? —Malachi la miró con una expresión de incredulidad sagrada, como si Jen le hubiera ofrecido la llave del paraíso—. ¿Estás sugiriendo que existe algo más fuerte que la cerveza? Porque si es así, acabo de descubrir que he estado viviendo una mentira durante cuatrocientos años.

—Es aguardiente —dijo Jen—. De los mercaderes de la puerta sur. Uno de los guardias me dijo que era lo más parecido al fuego líquido que existe en Drakheim.

—Fuego líquido —repitió Malachi, saboreando las palabras—. Me gusta. Me gusta mucho. Casi tanto como me gusta que vengas a visitarme, que es mucho, porque en cuatrocientos años de hospitalizaciones nadie me había visitado excepto Kaeros, y él solo viene porque se siente culpable.

—No vengo solo a traerte alcohol —admitió Jen.

—Lo sé. Pero déjame disfrutar de la fantasía durante un minuto. Un minuto en el que Jen Delay, la mujer más importante de la historia de Elyrion, ha venido a verme a mi habitación de desastre con botellas de aguardiente. Es el mejor minuto de mi vida. Y he vivido cuatrocientos años, así que eso es decir mucho.

Jen casi sonrió. Casi.

Se sentó en la única silla de la habitación, una silla de madera que crujía bajo su peso como si estuviera considerando seriamente dejar de ser una silla y empezar a ser leña. Malachi abrió una de las

botellas con los dientes, un gesto que probablemente habría impresionado a Jen si no hubiera visto que le temblaban las manos bajo las vendas. Vertió dos copas: una para él y otra para Jen.

—¿Beberás? —preguntó, con la expresión de alguien que hace una pregunta cuya respuesta ya conoce.

—Un trago —respondió Jen—. Solo uno.

—Solo uno. Eso es lo que dicen todos. Y luego el aguardiente les dice que uno más no hace daño, y luego otro, y luego otro, y de repente son las cuatro de la mañana y estás cantando canciones de cuna en un idioma que no existe.

Jen tomó la copa. El aguardiente era dorado, espeso, con un olor que le quemó la nariz desde donde estaba. Bebió un trago. El líquido le bajó por la garganta como lava, dejando tras de sí un ardor que era mitad dolor y mitad algo más cálido, algo que le calentó el estómago y le relajó los hombros y le dijo, sin palabras, que el mundo seguía existiendo, aunque todo lo demás fuera complicado.

—Fuerte —dijo Jen, dejando la copa sobre la mesa.

—Para eso es el alcohol —respondió Malachi, bebiendo un trago largo con la naturalidad de quien bebe agua—. Para que lo fuerte parezca suave y lo suave parezca posible.

Jen lo miró. Malachi estaba pálido, más pálido que de costumbre, con ojeras oscuras que le sombreaban los ojos de carbón como lunares de ceniza. Las vendas de las manos ocultaban heridas que Jen sabía que dolían más de lo que él admitía. Pero la sonrisa torcida seguía ahí, clavada en su cara como un clavo en una pared, como si la sonrisa fuera lo único que mantenía a Malachi unido y sin ella se desmoronaría como una casa de naipes.

—Malachi —dijo Jen, con una voz que pretendía ser casual y sonaba a cualquier cosa menos casual.

—¿Mmm?

—¿Cómo estás?

Malachi dejó de beber. La copa se detuvo a medio camino entre la mesa y la boca. Algo cruzó sus ojos de carbón, algo rápido y profundo, como una chispa que se niega a morir.

—¿Cómo estoy? —repitió, como si la pregunta fuera un idioma extranjero que necesitaba traducir—. ¿Me estás preguntando cómo estoy?

—Sí.

—En cuatrocientos años —dijo Malachi, dejando la copa sobre la mesa con una suavidad que contrastaba con el caos de su habitación —, nadie me ha preguntado cómo estoy. Kaeros me pregunta si estoy vivo. Los soldados me preguntan si estoy borracho. El hombre calvo de la taberna me pregunta si quiero otra cerveza. Pero nadie, nadie en cuatrocientos años, me ha preguntado cómo estoy. ¿Sabes lo que significa eso?

—¿Qué?

—Que eres la segunda persona más importante de mi vida. Después de Kaeros. Y a veces, dependiendo del día, la primera.

Jen sintió que los ojos se le humedecían.

—No me digas eso —murmuró.

—¿Por qué no?

—Porque si me dices eso, voy a llorar. Y si lloro, tú vas a bromear para que deje de llorar y luego yo voy a reírme a través de las lágrimas y todo se va a volver muy incómodo.

—Ya estamos incómodos —respondió Malachi, con una sonrisa que era mitad triste y mitad algo más cálido—. La incomodidad es mi estado natural. Junto con la cerveza y el fuego. Son mis tres estados: incómodo, borracho y en llamas. A veces los tres a la vez. Ese es mi favorito.

Jen bebió otro trago de aguardiente. El ardor le bajó por la garganta, calentándole el pecho, relajándole los hombros. Malachi hizo lo mismo, vertiéndose otra copa con la parsimonia de quien ha perdido la cuenta de cuántas ha bebido.

—Malachi —dijo Jen, dejando la copa sobre la mesa.

—¿Mmm?

—¿Sabes algo sobre mi padre?

La pregunta cayó entre los dos como una piedra en un pozo. Malachi dejó de beber. La copa se detuvo a medio camino. Algo cambió en su expresión, algo sutil, casi imperceptible, como una grieta en una pared que nadie ha reparado durante años. La sonrisa torcida se movió ligeramente, como si estuviera evaluando si responder o bromear.

—¿Sobre tu padre? —repitió, con un tono que ya no tenía nada de humorístico.

—Kaeros me ha dicho que me marcó. Que me entregó al Conquistador cuando era un bebé. Pero no me ha dicho cómo se llama. No me ha dicho nada sobre él. Solo que era un elfo y que vivía en una cueva junto a un lago con mi madre.

Malachi se quedó mirándola durante un momento largo. Luego dejó la copa sobre la mesa con un golpe suave y dijo:

—Vale. Te voy a contar lo que sé. Pero primero necesito otro trago. Porque lo que sé duele. Y el alcohol es la mejor manera de convertir el dolor en algo soportable. O al menos en algo que no te impida seguir hablando.

Se sirvió otra copa. Bebió un trago largo. Luego apoyó los codos en las rodillas, se inclinó hacia adelante y empezó a hablar.

—Tu padre se llamaba Edrin.

La palabra cayó en el silencio como una piedra en un pozo. Jen no se movió. No dijo nada. Solo esperó.

—Edrin —repitió Malachi, saboreando el nombre con la expresión de alguien que ha probado algo amargo—. Un elfo de los bosques del sur. No de Sylvaen, sino de los bosques pequeños, los que no aparecen en los mapas. Vivía solo. Trabajaba para la resistencia. No como soldado, sino como espía. Su trabajo era infiltrarse en los círculos del Conquistador, recopilar información, enviarla al norte. Era bueno. Muy bueno. Tenía un don para leer a las personas, para encontrar sus debilidades, para saber exactamente qué decir y cuándo decirlo.

Jen tragó saliva. La boca le sabía a aguardiente y a algo más amargo, algo que no era el alcohol.

—Nunca dijo su nombre. Debía llamarle padre o señor —reconoció Jen.

—Y entonces —continuó Malachi, con una voz más baja—, el Conquistador lo encontró. O mejor dicho, el Conquistador dejó que Edrin lo encontrara. Porque el Conquistador no se deja encontrar. El Conquistador elige cuándo ser visto. Y eligió a Edrin.

—¿Por qué? —preguntó Jen.

—Porque Edrin tenía algo que el Conquistador quería. No poderes. No habilidades. Algo más valioso: acceso. Acceso a la resistencia. Acceso a los planes. Acceso a las personas que creían que estaban luchando contra el Conquistador cuando en realidad estaban trabajando para él sin saberlo.

Jen sintió que el estómago se le cerraba como un puño.

—Edrin aceptó —continuó Malachi, con la voz de alguien que cuenta una historia que ha contado muchas veces pero que todavía le parece inverosímil—. No con entusiasmo. No con placer. Lo hizo con la expresión de un hombre que firma su propia sentencia. Porque Edrin sabía lo que significaba aceptar. Significaba traicionar a

todo el mundo. A sus amigos. A sus compañeros. A la resistencia. Significaba convertirse en lo que había jurado destruir.

—¿Y por qué aceptó? —preguntó Jen, y la voz le sonó más pequeña de lo que pretendía.

—Porque el Conquistador le ofreció algo —respondió Malachi—. Algo que nadie más podía ofrecerle. Un hijo. Un heredero. Alguien que pudiera heredar el poder del agua y de la sombra. Alguien que pudiera ser forjado como arma contra el único hombre que el Conquistador no podía controlar directamente: Kaeros.

Jen sintió que el mundo se detenía.

—Yo —susurró.

—Tú —confirmó Malachi—. Tú. El Conquistador le dijo a Edrin: "Ten un hijo con la sirena. Críalo como un arma. Márcalo. Y cuando esté lista, envíala contra Kaeros. Si lo mata, yo gano. Si Kaeros la mata, yo gano también. Porque la muerte de ambos me conviene."

El silencio que siguió fue tan denso que Jen pudo oír el latido de su propio corazón como un tambor lejano.

—Edrin aceptó —continuó Malachi, con una voz que ya no tenía nada de humorística—. Encontró a tu madre. La sirena. No sé cómo se llama, Edrin nunca me lo dijo. Pero sé que era poderosa. Que tenía el canto de control. Que el Conquistador la eligió porque su agua era la más fuerte que había encontrado en generaciones. Edrin y ella te concibieron. Te criaron en una cueva. Te entrenaron. Te marcaron. Y te enviaron a Drakheim.

—Para matar a Kaeros —dijo Jen, y la palabra le supo a sangre.

—Para matar a Kaeros —confirmó Malachi—. O para que Kaeros te matara a ti. Da igual. El Conquistador gana de cualquier manera. Porque el Conquistador no pierde. Nunca pierde. Solo crea situaciones en las que todas las salidas le convienen.

Jen cerró los ojos. Las lágrimas le cayeron por las mejillas sin ruido, mezclándose con el sabor del aguardiente y el peso de la verdad.

—Edrin —repitió, porque necesitaba decirlo, porque necesitaba que el nombre fuera real.

—Edrin —confirmó Malachi—. Tu padre. El traidor. El hombre que te vendió al Conquistador antes de que nacieras.

Jen abrió los ojos. Miró a Malachi. Los ojos de carbón la encontraron en la penumbra de la habitación, brillando con esa luz que parpadeaba en el fondo como una chispa que no quiere morir.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

—Ahora —dijo Malachi, dejando la copa sobre la mesa con un golpe seco—, ahora hacemos algo que lleva cuatrocientos años sin hacerse en Drakheim.

—¿Qué?

—Decimos la verdad.

Jen se detuvo.

—¿Y tú cómo sabes todo esto? —dijo extrañada.

—Lo supo Kaeros cuando la lámpara con patas vino a atacarnos. Las sombras le hicieron un análisis. Al parecer era amigo de tu padre. Ironías de la vida. Y como siempre Kaeros se lleva el tanto… Pues esta vez te lo digo yo. Así es el periodismo guapa —sonrió Malachi.

Sí.

Ese hombre era único en su especie.

La habitación de Kaeros era fría.

No era el frío de la noche ni el frío de la piedra. Era el frío de alguien que ha dejado de encender fuego porque ya no recuerda para qué sirve el calor. Las antorchas de las paredes parpadeaban con una luz temblorosa que proyectaba sombras danzantes en los muros de granito negro, creando figuras que se movían como criaturas diminutas que intentan escapar de la piedra.

Jen, Kaeros y Malachi estaban sentados alrededor de la mesa de mapas. Malachi ocupaba su silla habitual, la que crujía como un barco a punto de naufragar, con las manos vendadas apoyadas sobre la tabla y una copa de aguardiente que había aparecido de algún bolsillo interior de su túnica. Kaeros estaba en la cabecera, con las manos cruzadas sobre la mesa y los ojos grises fijos en un punto del suelo que solo él podía ver. Jen estaba entre los dos, con las manos apoyadas en las rodillas y el corazón latiéndole con un ritmo que no reconocía.

Las sombras se movían alrededor de Kaeros con más lentitud que de costumbre. La purificación de esa mañana había hecho algo con ellas: no las había eliminado, pero las había calmado, como un animal domesticado que ha dejado de morder y que ahora se limita a observar desde la esquina. Las grietas en los hombros de Kaeros eran más estrechas, pero seguían ahí, oscuras, visibles bajo la luz temblorosa de las antorchas.

—Bien —dijo Malachi, rompiendo el silencio con la delicadeza de un elefante en una cristalería—. Estamos los tres. Tenemos alcohol. Tenemos problemas. Tenemos la cara de Kaeros, que es la misma de siempre, lo cual es tranquilizante y deprimente al mismo tiempo. ¿Por dónde empezamos?

—Por la resistencia —dijo Jen.

Malachi enarcó una ceja.

—La resistencia —repitió—. ¿La misma resistencia que te condenó a muerte hace tres días? ¿La misma resistencia que te iba a ejecutar al amanecer? ¿Esa resistencia?

—Esa misma —confirmó Jen.

—Solo para aclarar —dijo Malachi, bebiendo un trago de aguardiente—. ¿Quieres volver al lugar donde te condenaron a muerte y hablar con las personas que querían matarte? Y tu plan es... ¿decirles la verdad?

—Sí.

—La verdad —repitió Malachi—. Que Edrin, el héroe legendario de la resistencia, el padre que sacrificó todo por la causa, resulta ser un traidor que vendió a su propia hija al Conquistador.

—Esa verdad.

Malachi la miró un momento largo. Luego se sirvió otra copa.

—Vale —dijo—. Me gusta. Me gusta el plan. Me gusta la valentía. Me gusta el absurdo. Me gusta todo excepto la parte en la que probablemente nos matan. Pero incluso esa parte tiene su encanto, porque morir por la verdad es mejor que morir por la cerveza, que es lo que yo estaba planeando antes de que llegaras.

—No vamos a morir —dijo Kaeros, hablando por primera vez desde que se habían sentado.

Malachi y Jen se giraron hacia él. Kaeros seguía con las manos cruzadas sobre la mesa y los ojos grises fijos en el punto del suelo. Pero su voz tenía algo diferente: no era la voz del comandante, fría y distante. Era la voz de alguien que ha tomado una decisión y que no va a cambiar de opinión.

—No vamos a morir —repitió Kaeros, levantando la vista—. Porque lo que vamos a decirles no es solo la verdad sobre Edrin. Es la verdad, sobre todo. Sobre el Conquistador. Sobre la marca de Jen. Sobre las seis resistencias que he acabado en cuatrocientos años. Sobre el hecho de que todas funcionaban para el Conquistador sin saberlo. Sobre el hecho de que yo también.

Jen sintió que el corazón se le detenía.

—¿Tú también qué? —preguntó, con una voz que sonó más pequeña de lo que pretendida.

—Yo también trabajaba para el Conquistador —respondió Kaeros, con una voz que sonaba como si le hubieran pasado papel de lija por dentro—. Durante cuatrocientos años. Sin saberlo. Sin quererlo. Sin poder evitarlo. Porque cuando aceptas la inmortalidad del Conquistador, aceptas su voluntad. Y su voluntad es que yo gobierne Draevorn en su nombre. Que yo acabe con las resistencias. Que yo mantenga el orden. Que yo sea su perro.

El silencio que siguió fue tan denso que Jen pudo oír el crepitar de las antorchas.

—Pero ahora —continuó Kaeros, con una voz más firme—, algo ha cambiado. Algo dentro de mí. Algo que el Conquistador no esperaba. Algo que no puede controlar.

—¿Qué? —preguntó Jen.

—Tú —respondió Kaeros—. Y el agua. Y la purificación. Y el hecho de que, por primera vez en cuatrocientos años, las sombras dentro de mí se han calmado. No desaparecido. Calmado. Y eso significa que el control del Conquistador se ha debilitado. Que su voluntad ya no es absoluta. Que ahora puedo elegir.

—¿Elegir qué? —preguntó Malachi, con una voz que ya no tenía nada de humorística.

—Elegir luchar —respondió Kaeros—. Contra él. Contra el Conquistador. Por primera vez en cuatrocientos años, puedo elegir no obedecer.

El silencio que siguió fue tan profundo que Jen pudo oír el latido de los tres corazones, sincopados, como tres tambores que aprendieron a tocar la misma canción.

—Bien —dijo Malachi, dejando la copa sobre la mesa con un golpe seco—. Entonces el plan es este. Vamos a la resistencia. Les

decimos la verdad sobre Edrin. Les decimos la verdad sobre el Conquistador. Les decimos la verdad sobre Kaeros. Y les pedimos que luchen con nosotros. Contra el verdadero enemigo.

—¿Y si no quieren? —preguntó Jen.

—Si no quieren —respondió Malachi, con una sonrisa que era mitad advertencia y mitad promesa—, entonces les hacemos una barbacoa con sus huesos. Con los mismos cristales del emisario.

—No vamos a hacer barbacoas a nadie —dijo Kaeros.

—Lo decía en broma.

—No me río.

—Nunca te ríes. Ese es tu problema. Tu problema y el de la humanidad en general. La gente no se ríe lo suficiente. Si todos nos riéramos más, el Conquistador no tendría poder. Porque el poder del Conquistador se basa en el miedo. Y el miedo no sobrevive a la risa.

Kaeros lo miró. Malachi le devolvió la mirada con esos ojos de carbón que parecían leer más de lo que deberían. Y por un instante, solo un instante, algo cruzó entre los dos que era más antiguo que la amistad y más fuerte que la lealtad: el reconocimiento de dos hombres que han sobrevivido a cuatrocientos años de oscuridad y que todavía, a pesar de todo, están de pie.

—Tienes razón —dijo Kaeros.

—¿Qué? —dijo Malachi, llevándose la mano al corazón—. ¿Acaba de decir que tengo razón? ¿El gran Kaeros, el tirano de Draevorn, el elfo de las sombras, ha dicho que yo tengo razón? Necesito que alguien lo escriba. Necesito un testigo. Necesito otra copa.

—Malachi —dijo Kaeros.

—¿Qué?

—Cállate.

—Me callo.

No se calló. Nunca se callaba. Pero al menos dejó de hablar durante los siguientes treinta segundos, que era lo más cerca del silencio que Malachi podía permitirse sin asfixiarse.

—La resistencia —dijo Jen, volviendo al tema con la determinación de alguien que ha decidido que no va a dejar que Malachi desvíe la conversación—. ¿Cómo llegamos a ellos?

—Yo conozco el camino —respondió Malachi—. La panadería. El sótano. Los bollos de canela. El olor a desesperación. Todo eso.

—No puedes ir —dijo Kaeros—. Estás herido.

—Estoy herido, no soy idiota —respondió Malachi—. Bueno, soy idiota, pero eso no tiene nada que ver con las heridas. Puedo caminar. Puedo hablar. Puedo beber aguardiente. Las tres habilidades esenciales para cualquier negociación diplomática.

—No vas a ir —repitió Kaeros, con una firmeza que no admitía réplica.

—Entonces, ¿quién va?

—Yo —dijo Jen.

El silencio que siguió fue tan denso que Jen pudo oír el crepitar de las antorchas.

—No —dijo Kaeros.

—Sí —respondió Jen.

—La última vez que fuiste, te condenaron a muerte.

—La última vez que fui, no tenía la verdad. Ahora la tengo.

—La verdad no te protege de las espadas.

—La verdad es más fuerte que las espadas —respondió Jen, y la firmeza de su propia voz le sorprendió—. Lo he aprendido de

Malachi.

Malachi se llevó la mano al corazón por segunda vez.

—Estoy conmovido —dijo—. Verdaderamente conmovido. Si pudiera llorar, lloraría. Pero las lágrimas me queman la cara, así que en su lugar voy a beber otra copa en tu honor.

—Malachi —dijo Kaeros.

—¿Qué?

—Cállate.

—Me callo.

No se calló.

—Mira —dijo Malachi, dejando la copa sobre la mesa con un golpe seco—. Kaeros tiene razón en que ir sola es peligroso. Pero Jen tiene razón en que la resistencia necesita oír la verdad. Y yo tengo razón en que el aguardiente es la mejor preparación para cualquier negociación. Así que el plan es este: Jen va. Kaeros la acompaña. No a la panadería, sino cerca. Con las sombras. Por si acaso. Yo me quedo aquí, bebiendo aguardiente, curándome con las sombras de Kaeros, y esperando a que volváis para contaros un chiste terrible que he inventado sobre un emisario de cristal y un enano borracho.

—¿Qué chiste? —preguntó Jen.

—No puedo contarlo ahora. Arruinaría el efecto. Necesita contexto. Necesita alcohol. Necesita que primero salven el mundo.

Jen casi sonrió. Casi.

—Vale —dijo—. Mañana voy a la panadería. Kaeros me acompaña. Y les decimos la verdad. Toda la verdad. Sobre Edrin. Sobre la marca. Sobre el Conquistador. Sobre todo.

—¿Y qué les pides a cambio? —preguntó Malachi.

—No les pido nada —respondió Jen—. Les ofrezco algo. Algo que no han tenido en cuatrocientos años.

—¿Qué?

—Un reino libre.

El silencio que siguió fue tan profundo que Jen pudo oír el latido de los tres corazones, sincopados, como tres tambores que aprendieron a tocar la misma canción.

—Kaeros —dijo Jen, girándose hacia él—. ¿Puedes liberar Draevorn del Conquistador?

Kaeros la miró. Los ojos grises la encontraron en la penumbra de la habitación, brillando como plata fundida bajo la luz de las antorchas. Las sombras se movían a su alrededor con más lentitud que de costumbre, calmadas, domesticadas, como animales que han aprendido a no temer a su dueño.

—No lo sé —respondió Kaeros, con una honestidad que le supo a sangre—. No sé si puedo. No sé si las sombras me lo permitirán. No sé si la marca del Conquistador es demasiado fuerte. No sé nada. Pero sé que quiero intentarlo. Y sé que no puedo hacerlo solo.

—No estás solo —dijo Jen.

—No estoy solo —repitió Kaeros, y la palabra le supo a algo que no había dicho en mucho tiempo.

Malachi levantó su copa.

—Por Draevorn —dijo—. Por la verdad. Por el aguardiente. Y por el chiste terrible sobre el emisario de cristal que todavía no he inventado del todo.

Kaeros levantó su copa. Jen levantó su copa. Las tres copas se encontraron en el centro de la mesa con un tintineo que resonó en la habitación como una promesa.

—Por Draevorn —repitieron los tres.

Y bebieron.

Cuando Jen salió de la habitación de Kaeros, el sol de la mañana le calentaba la cara y el sabor del aguardiente todavía le ardía en la garganta. Las sombras de la torre se movían a su alrededor con más calma que antes, como animales que han aprendido a reconocerla.

Malachi la alcanzó en el rellano de la escalera. Caminaba despacio, con las manos vendadas apoyadas en la pared para no caerse, pero la sonrisa torcida seguía en su sitio, clavada en su cara como un clavo en una pared.

—Oye, Jen —dijo, deteniéndose frente a ella.

—¿Qué?

—Mañana, cuando vayas a la panadería y les digas que Edrin es un traidor, va a doler. No solo a ellos. A ti. Porque Edrin es tu padre. Y decir que tu padre es un traidor duele más que cualquier espada.

Jen lo miró.

—Lo sé —respondió.

—¿Y estás preparada?

—No —admitió Jen, con una honestidad que le supo a sangre—. Pero la alternativa es quedarme de pie mirando cómo el Conquistador destruye todo lo que quiero. Y eso no es una alternativa. Eso es una sentencia.

Malachi la miró un momento largo. Luego, con una sonrisa que era mitad complicidad y mitad algo más tierno, dijo:

—Eres la persona más valiente que he conocido en cuatrocientos años. Y he conocido a mucha gente. Incluido a un elfo que tira huesos de fruta a los guardias.

Jen casi sonrió. Casi.

—Gracias, Malachi.

—De nada, niña del agua. Ahora vete a dormir. Mañana vas a necesitar toda la fuerza que tengas. Y recuerda: si la resistencia no escucha, siempre puedes prenderles fuego. Yo te presto mis manos. Bueno, cuando sane. Y cuando deje de temblar. Y cuando deje de necesitar aguardiente para funcionar. Es decir, nunca.

Jen le dedicó una sonrisa que era mitad triste y mitad algo más cálido, algo que empezaba a tener un nombre pero que todavía no se atrevía a pronunciar.

—Buenas noches, Malachi.

—Buenas noches, niña del agua. Y recuerda: mañana salvas el mundo. Sin presión.

Jen bajó las escaleras de la torre con los pies pisando el suelo frío de Drakheim y el corazón latiéndole con un ritmo nuevo. El sabor del aguardiente le llenaba la boca. El peso de la verdad sobre Edrin le aplastaba los hombros. Y el recuerdo de las manos vendadas de Malachi, sosteniendo una copa de aguardiente con la misma determinación con la que había agarrado al emisario de cristal, le calentaba algo más profundo que el alcohol.

Mañana, pensó Jen. *Mañana digo la verdad. Toda la verdad. Sobre Edrin. Sobre la marca. Sobre el Conquistador. Sobre todo.*

Y si la resistencia no escucha, al menos habré dicho la verdad. Y la verdad es lo único que nadie me puede quitar.

Se llevó la mano al pecho. La marca del Conquistador pulsaba debajo de la piel, fría, silenciosa, paciente. Pero debajo de la marca, la corriente subterránea seguía fluyendo. Y ahora, junto a esa corriente, había algo nuevo: el peso de un nombre que nadie había pronunciado antes en voz alta.

Edrin.

Mi padre.

El traidor.

Y debajo de todo eso, más profunda que la marca, más antigua que el nombre, más suya que cualquier cosa que le hubieran puesto encima, la certeza de que mañana, por primera vez en su vida, iba a decir la verdad delante de todo el mundo.

Y que el mundo tendría que escuchar.

CAPÍTULO 22



"Los pueblos que marchan"

Los primeros avisos llegaron al amanecer.

No como cartas. No como mensajeros a caballo. No como pájaros con pergaminos atados a las patas. Llegaron como llegan todas las cosas terribles: sin avisar, sin permiso, con la misma naturalidad con la que la lluvia cae o el sol se pone o un hombre descubre que el mundo se ha vuelto contra él mientras dormía.

Fue Malachi quien los trajo.

Apareció en la puerta de la habitación de Kaeros a las seis de la mañana, con las manos todavía vendadas, el pelo rojo como una hoguera mal apagada y la expresión de alguien que ha recibido noticias que preferiría no haber recibido. No traía cerveza. Eso fue lo primero que Jen notó. Malachi siempre traía cerveza. Malachi sin cerveza era como un día sin sol, como un río sin agua, como un chiste sin final. Algo faltaba. Algo estaba mal.

—No es bueno —dijo Malachi, desde el umbral, sin entrar, sin sentarse, sin la sonrisa torcida que era su marca.

Kaeros se incorporó en la cama. Jen hizo lo mismo a su lado, con el pelo enmarañado y los ojos hinchados por el sueño. Las sombras de la habitación se tensaron alrededor de Kaeros como animales que detectan el peligro antes de verlo.

—Dime —ordenó Kaeros, con la voz raspada de quien acaba de despertar.

Malachi entró. Se dejó caer en la silla de madera que crujía bajo su peso como un barco a punto de naufragar. Apoyó los codos en las rodillas, se pasó las manos vendadas por la cara y dijo, con una voz que ya no tenía nada de humorística:

—Han convocado a los reinos.

La palabra cayó en el silencio como una piedra en un pozo. Jen sintió que el estómago se le cerraba como un puño.

—¿Cuáles? —preguntó Kaeros.

—Todos —respondió Malachi—. Todos los que quedan. Vonderia, Sylvaen, Zyrah, Valcorin, Eloria, Theralis. Todos. El Conquistador los ha llamado. Les ha dicho que Draevorn se ha rebelado. Que yo, tú y Jen somos una amenaza. Que hay que acabar con nosotros antes de que el resto del continente se contagie.

Jen tragó saliva. La boca le sabía a aguardiente de la noche anterior y a algo más amargo, algo que no era el alcohol sino la certeza de que el mundo se estaba cayendo a pedazos.

—¿Un ejército? —preguntó.

—Un ejército —confirmó Malachi—. No uno grande. No todavía. El Conquistador no envía ejércitos grandes. Envía destacamentos. Mando. Unos cien por región. Seiscientos en total. Seis comandantes. Seis banderas. Seis razones para matarnos.

—Seiscientos soldados —repitió Kaeros, con la voz de alguien que ha visto guerras y que sabe exactamente lo que significan esos números.

—Seiscientos —confirmó Malachi—. Con armas. Con magia. Con la bendición del Conquistador. Y con una orden muy clara: acabar con el traidor de Draevorn y con la chica del agua.

La habitación se llenó de un silencio que era más denso que la piedra de las paredes. Las sombras se movían alrededor de Kaeros con más agitación, enroscándose en sus hombros, trepando por su espalda, moviéndose como animales heridos que buscan refugio. Jen sintió que el agua dentro de ella vibraba, no con miedo sino con algo más antiguo, más profundo, algo que se parecía peligrosamente a la determinación.

—¿Cuándo llegan? —preguntó Kaeros.

—En tres días —respondió Malachi—. Quizás cuatro. Depende de las caravanas. Depende de los pasos de montaña. Depende de si los de Vonderia se pierden otra vez, que se pierden siempre porque los mapas de Vonderia son tan malos como su cerveza.

—Tres días —repitió Kaeros.

—Tres días —confirmó Malachi.

El silencio se alargó. Jen miró a Kaeros. Kaeros miró a Jen. Entre los dos, en ese espacio lleno de sombras y de agua y de todo lo que no se habían dicho, pasó algo que Jen no esperaba: Kaeros sonrió.

No fue una sonrisa grande ni alegre. Fue una sonrisa pequeña, cansada, como la primera grieta en una pared que lleva siglos sin reparar. Pero estaba ahí. Y Jen la vio y supo, con la certeza de alguien que ha aprendido a leer las sombras como quien lee un libro, que esa sonrisa significaba algo importante.

—Bien —dijo Kaeros, con una voz que ya no tenía nada de comandante—. Entonces tenemos tres días. Tres días para hacer

algo que lleva cuatrocientos años sin hacerse.

—¿Qué? —preguntó Malachi.

—Liberar Draevorn.

La panadería olía a pan recién horneado y a conspiración.

Jen se quedó de pie frente a la puerta de "El Panadero Rebelde", con el corazón latiéndole con tanta fuerza que podía sentirlo en las muñecas, en la garganta, en las sienes. A su lado, Kaeros estaba inmóvil, con las manos cruzadas a la espalda y los ojos grises clavados en la puerta de madera con una intensidad que hacía que el aire a su alrededor vibrara. No llevaba la túnica negra de comandante. Vestía la camisa de lino gris, desabotonada en el cuello, con las mangas arremangadas hasta los codos. Las grietas en los hombros eran visibles bajo la tela, oscuras, con sombras moviéndose dentro como peces atrapados en un estanque demasiado pequeño.

—¿Estás seguro? —preguntó Jen, por tercera vez en los últimos diez minutos.

—Estoy seguro —respondió Kaeros, por tercera vez.

—Te condenaron a muerte la última vez que estuve aquí. Bueno, me condenaron a mí, pero contigo probablemente harán algo peor.

—No pueden hacerme algo peor de lo que el Conquistador me ha hecho en cuatrocientos años.

—Pueden intentarlo.

—Pueden intentar lo que quieran. Estoy aquí. No me voy a mover.

Jen lo miró. Kaeros le devolvió la mirada con esos ojos grises que parecían plata fundida bajo el sol de la mañana. Y por un instante, solo un instante, Jen vio algo en ellos que no había visto antes: la

determinación de alguien que ha decidido que ya no va a huir. No del Conquistador. No de la resistencia. No de sí mismo.

—Vale —dijo Jen—. Entonces entramos.

Empujaron la puerta.

El interior de la panadería era exactamente como Jen lo recordaba: mostradores llenos de pan, el olor a masa fermentada, un horno enorme en el fondo que despedía un calor abrasador. El panadero, un hombre joven con una barba incipiente y los ojos llenos de harina, los miró con la expresión de alguien que ve a dos personas que no deberían estar juntas y que sin embargo están juntas.

—El sótano —dijo el panadero, señalando la puerta del almacén con una mano cubierta de masa—. Pero no sé si deberíais...

—Sabemos —interrumpió Jen—. Gracias.

El panadero abrió la boca para decir algo, probablemente una advertencia o una súplica o una de esas frases que la gente dice cuando no sabe qué decir y que suenan a cualquier cosa excepto a lo que pretenden ser. Pero Jen y Kaeros ya habían cruzado el almacén y habían bajado la escalera y estaban frente a la puerta del sótano.

La puerta estaba cerrada. Jen la empujó. No se movió.

—Cerrada —dijo Jen.

—Déjame a mí —dijo Kaeros, dando un paso adelante.

Las sombras se movieron de sus dedos hacia la cerradura, colándose por el ojo de la llave como agua por una grieta. El metal crujió. La cerradura se abrió con un clic suave que resonó en el silencio de la panadería como un suspiro.

—Tus sombras saben abrir cerraduras —observó Jen.

—Mis sombras saben hacer muchas cosas —respondió Kaeros—. Abrir cerraduras es la menos impresionante.

—¿Cuál es la más impresionante?

—Escuchar lo que la gente desea.

Jen casi sonrió. Casi.

Empujó la puerta.

El sótano estaba lleno.

No como la última vez, cuando había treinta personas de pie apretujadas entre las mesas de madera. Esta vez había más de cincuenta, sentadas en círculo, con las caras tensas y los ojos fijos en la puerta como si estuvieran esperando algo que no sabían qué era. Las antorchas de las paredes crepitaban con un sonido que era mitad fuego y mitad latido.

Jen reconoció los rostros. Gorath, el elfo corpulento, sentado en una silla que crujía bajo su peso con la copa de vino en la mano y la barba llena de migas de pan. El elfo mayor de pelo blanco y cara de piedra. La mujer joven de los ojos grandes que la había mirado con reverencia y luego con desprecio. Los soldados desmovilizados. Los artesanos sin talleres. Los nobles menores sin tierras. Todos. Todos estaban ahí.

Y todos la miraron.

No a ella. A Kaeros.

El silencio que siguió fue tan profundo que Jen pudo oír el crepitar de las antorchas, el latido de su propio corazón, el sonido de cincuenta personas conteniendo la respiración al mismo tiempo.

Gorath dejó la copa de vino sobre la mesa con un golpe seco. Los ojos pequeños y brillantes se fijaron en Kaeros con una intensidad que era mitad terror y mitad algo más oscuro: la expresión de

alguien que ve al monstruo de sus pesadillas hecho carne y que no sabe si huir o quedarse paralizado.

—¿Qué...? —empezó Gorath.

—Vengo en paz —dijo Kaeros, con una voz que sonaba como si le hubieran pasado papel de lija por dentro.

El silencio se alargó. Un segundo. Dos. Cinco. Cada uno eterno, cada uno cargado de una tensión que hacía que el aire fuera tan denso que Jen podía casi verlo.

Y entonces apareció Brokk.

No de la puerta. No de la escalera. De debajo de una mesa del rincón, donde estaba medio escondido detrás de un barril vacío, con una copa de cerveza en la mano y las tres trenzas de la barba reposando sobre el pecho. Se levantó con un crujido de articulaciones que resonó en el sótano como un trueno en una botella y dijo, con la voz de alguien que lleva ochenta años esperando este momento:

—¡Callarse todo el mundo!

El silencio se hizo más profundo.

—Escuchad —continuó Brokk, caminando hacia el centro del círculo con la determinación de un hombre que ha tomado una decisión importante y que no va a cambiar de opinión—. Sé lo que estáis pensando. Sé que veis al monstruo. Sé que veis al tirano. Sé que veis al hombre que ha acabado con seis resistencias en cuatrocientos años. Lo sé. Y no os pido que dejéis de pensarlo. Solo os pido que escuchéis antes de sacar las espadas.

Gorath abrió la boca para responder, pero Brokk se adelantó.

—Esta chica —dijo, señalando a Jen con la copa de cerveza—, la misma chica a la que condenasteis a muerte hace tres días, ha venido aquí con la verdad. Toda la verdad. No la verdad que os han contado durante cuatrocientos años. No la verdad que os han

susurrado los ecos del Conquistador. La verdad de verdad. Y si la escucháis, si tenéis el valor de escucharla, entonces tal vez, solo tal vez, tengamos una oportunidad de salir de esto vivos.

Gorath miró a Brokk. Miró a Jen. Miró a Kaeros. Los ojos pequeños y brillantes recorrieron el círculo de rostros que lo rodeaban, buscando apoyo, buscando confirmación, buscando algo que le dijera que estaba haciendo lo correcto.

—Habla —dijo Gorath, finalmente, con una voz que pretendía ser autoritaria y sonaba a cualquier cosa menos autoritaria—. Habla, Jen Delay. Y que los dioses tengan piedad de tus palabras.

Jen avanzó hasta el centro del círculo. Las cincuenta personas la miraron con rostros que oscilaban entre el miedo y la curiosidad y algo que se parecía peligrosamente a la esperanza. Kaeros se quedó en la puerta, inmóvil, con las manos cruzadas a la espalda y las sombras moviéndose a su alrededor como un manto silencioso.

Jen tragó saliva. El aire del sótano olía a sudor, a cerveza vieja, a pan recién horneado y a la desesperación acumulada de personas que llevan demasiado tiempo esperando algo que no llega.

Y entonces habló.

—Os he mentido —dijo Jen, con una voz que no temblaba—. O mejor dicho, me han mentido a mí y yo os he repetido la mentira. Porque eso es lo que pasa con las mentiras: se repiten. Se repiten tanto que acaban pareciendo verdades. Y luego las verdades suenan a mentira, porque nadie las reconoce.

El silencio era absoluto.

—Mi padre —continuó Jen, y cada palabra le supo a sangre—. Edrin. Ese es su nombre. Edrin. El héroe del Lago Espejo. El padre que sacrificó todo por la causa. El hombre que vosotros veneráis como a un dios. Ese hombre. Ese padre.

Jen hizo una pausa. El silencio era tan denso que podía sentirlo presionándole los tímpanos.

—Edrin es un traidor.

La palabra cayó en el silencio como una piedra en un pozo. El murmullo que recorrió el sótano fue unánime: cincuenta personas intercambiando miradas, murmurando entre sí, moviendo las cabezas con esa expresión de indignación que solo tienen las personas que creen que la verdad es una ofensa personal.

—Edrin —continuó Jen, con una voz más firme—, trabajaba para el Conquistador. No para la resistencia. No para vosotros. No para el mundo. Para él. El Conquistador lo encontró, lo convirtió, lo usó. Le dijo: "Ten un hijo con la sirena. Críalo como un arma. Márcalo. Y cuando esté lista, envíala contra Kaeros."

El murmullo se intensificó. Gorath dejó la copa de vino sobre la mesa con un golpe seco. El elfo mayor de pelo blanco apretó la mandíbula. La mujer joven de los ojos grandes se llevó la mano a la boca.

—Yo soy ese hijo —dijo Jen, y la palabra le supo a sangre—. Soy el arma que Edrin forjó para el Conquistador. Soy la herramienta que criaron durante veintitrés años para matar a Kaeros. Soy la pieza que pusieron en el tablero hace mucho tiempo y que vosotros, sin saberlo, habíais estado moviendo.

El silencio era absoluto.

—Mi padre me golpeaba —continuó Jen, con una voz que ya no temblaba—. Mi madre me entrenaba hasta que los dedos me sangraban. Me negaron un helado de fresa durante diecisiete años. Me negaron amigos. Me negaron juego. Me negaron todo lo que un niño necesita para crecer sano. Y todo eso, todo ese dolor, toda esa soledad, todo ese sufrimiento, no era un sacrificio heroico. Era un plan. Un plan del Conquistador. Un plan que Edrin ejecutó con la eficiencia de un verdugo y la conciencia de una piedra.

Jen se detuvo. El silencio era tan denso que podía sentirlo presionándole los tímpanos.

—Pero eso no es lo peor —continuó—. Lo peor es que vosotros lo sabíais. O al menos, lo intuíais. Porque los héroes no crían armas. Los héroes crían hijos. Y si alguien os hubiera dicho, hace veintitrés años, que un padre estaba criando a su hija como un arma contra el Conquistador, vosotros habríais dicho que eso no es heroísmo. Que eso es otra cosa. Que eso es monstruoso.

El murmullo que recorrió el sótano fue más intenso que antes. Jen vio caras que oscilaban entre la duda y la indignación y la vergüenza.

—Pero nadie os lo dijo —continuó Jen—. Porque la resistencia no quiere héroes. La resistencia quiere soldados. Y los soldados no hacen preguntas. Los soldados obedecen. Los soldados creen. Los soldados mueren.

Jen hizo una pausa. Miró a Gorath. Miró al elfo mayor. Miró a la mujer joven. Miró a los cincuenta rostros que la rodeaban.

—Yo no soy una soldado —dijo Jen—. Nunca lo he sido. Soy una persona. Una persona que ha sido usada por su padre, por la resistencia, por el Conquistador, por todos. Pero que ahora, por primera vez en su vida, ha decidido que ya no quiere ser usada.

El silencio era absoluto.

—Y hay algo más —continuó Jen, con una voz que ya no temblaba—. Algo que vosotros necesitáis saber. Algo que cambia todo.

Jen se giró hacia Kaeros. Él estaba en la puerta, inmóvil, con las manos cruzadas a la espalda y los ojos grises clavados en ella. Las sombras se movían a su alrededor con más calma que de costumbre, como animales que han aprendido a no temer a su dueño.

—Kaeros no es vuestro enemigo —dijo Jen, y la palabra le supo a algo que no sabía nombrar—. Nunca lo ha sido. Kaeros es un hombre. Un hombre que el Conquistador ha usado durante cuatrocientos años igual que me ha usado a mí. Un hombre que ha perdido su nombre, su memoria, su esposa, su libertad. Un hombre que ha acabado con seis resistencias porque el Conquistador se lo ordenó. No porque quisiera. Porque no tenía otra opción.

El murmullo era más intenso que nunca. Gorath dejó la copa de vino sobre la mesa. El elfo mayor apretó los puños. La mujer joven tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Pero ahora —continuó Jen, con una voz que cortó el aire como un cuchillo—, algo ha cambiado. Las sombras del Conquistador se han debilitado. Su control se ha roto. Y Kaeros puede elegir. Por primera vez en cuatrocientos años, puede elegir no obedecer.

Jen hizo una pausa. El silencio era absoluto.

—Y ha elegido liberaros —dijo Jen—. Ha elegido liberar Draevorn. Ha elegido luchar contra el Conquistador. No por vosotros. No por la resistencia. No por mí. Por sí mismo. Porque está cansado de ser un monstruo. Porque está cansado de ser una herramienta. Porque está cansado de que el mundo le diga quién tiene que ser.

Jen se giró hacia la puerta. Kaeros seguía ahí, inmóvil, con las sombras moviéndose a su alrededor como un manto silencioso.

—Pero necesita ayuda —dijo Jen—. Necesita soldados. Necesita guerreros. Necesita a vosotros. Porque el Conquistador ha enviado un ejército. Seiscientos soldados. Seis comandantes. Seis banderas. Y llegarán en tres días.

El murmullo que recorrió el sótano fue el más intenso que Jen había escuchado. Cincuenta personas hablando al mismo tiempo, murmurando, gritando, gesticulando. El ruido era ensordecedor, como el de una colmena agitada.

Y entonces Brokk habló.

—¡Silencio!

La voz del enano resonó en el sótano como un trueno. Cincuenta personas cerraron la boca al mismo tiempo, como si alguien hubiera cortado el ruido con unas tijeras.

—Escuchad —dijo Brokk, caminando hacia el centro del círculo con la determinación de un hombre que ha tomado una decisión y que no va a cambiar de opinión—. Sé que es difícil. Sé que duele. Sé que todo lo que habéis creído durante cuatrocientos años se está derrumbando como un castillo de naipes. Lo sé. Pero dadme un minuto. Un minuto para deciros algo que llevo ochenta años queriendo decir.

Gorath lo miró. El elfo mayor lo miró. La mujer joven lo miró. Cincuenta personas lo miraron.

—Yo conocía a Edrin —dijo Brokk, con una voz que ya no tenía nada de enano borracho—. Lo conocí antes de que fuera un héroe. Antes de que la resistencia lo convirtiera en una leyenda. Lo conocí cuando era un elfo con cara de pocos amigos y manos que temblaban cuando alguien le mencionaba al Conquistador. Y os digo una cosa: nunca creí en él. Nunca. Porque los hombres que tiemblan demasiado no son héroes. Son hombres que esconden algo.

El silencio era absoluto.

—Jen tiene razón —continuó Brokk—. En todo. En cada palabra que ha dicho. Edrin era un traidor. La resistencia ha sido una herramienta del Conquistador durante cuatrocientos años. Y Kaeros no es el enemigo. Nunca lo ha sido. El enemigo siempre ha sido el mismo: la niebla. La voz en la oscuridad. El ser que controla todo desde las sombras.

Gorath dejó la copa de vino sobre la mesa con un golpe seco.

—¿Y qué propones? —preguntó, con una voz que pretendía ser calmada y sonaba a cualquier cosa menos calmada.

—Propongo que luchemos —respondió Brokk—. Que luchemos de verdad. No contra Kaeros. No contra Jen. No contra nosotros mismos. Contra el Conquistador. Contra el ejército que se acerca. Contra cuatrocientos años de mentiras.

Gorath miró a Brokk. Miró a Jen. Miró a Kaeros. Los ojos pequeños y brillantes recorrieron el círculo de rostros que lo rodeaban, buscando algo que Jen no podía ver.

—¿Y tú qué dices? —preguntó Gorath, girándose hacia Kaeros—. ¿Tú qué ofreces, tirano?

Kaeros se apartó de la puerta. Caminó hacia el centro del círculo con esa parsimonia que era su marca, su firma, su forma de moverse por el mundo: como alguien que ha aprendido que la urgencia es una ilusión y que todo llega a su debido tiempo si esperas lo suficiente. Las sombras se movían a su alrededor con más calma que de costumbre, como animales que han aprendido a no temer a su dueño.

Se detuvo frente a Gorath. El elfo corpulento lo miró desde su silla, con los ojos pequeños y brillantes y la mandíbula apretada. Kaeros lo miró desde arriba, con los ojos grises y la cara surcada de cicatrices y la expresión de alguien que ha visto demasiado y que ha dejado de sorprenderse hace mucho tiempo.

—Os ofrezco tres cosas —dijo Kaeros, con una voz que sonaba como si le hubieran pasado papel de lija por dentro.

El silencio era absoluto.

—La primera es la verdad —continuó Kaeros—. La verdad sobre Edrin. La verdad sobre el Conquistador. La verdad sobre mí. La verdad sobre todo lo que nos han mentido durante cuatrocientos años. Os la ofrezco gratis. Sin condiciones. Sin compromisos. Solo la verdad.

Gorath no dijo nada. Se quedó mirando a Kaeros con esos ojos pequeños y brillantes que parecían leer más de lo que deberían.

—La segunda —continuó Kaeros— es la libertad. Si ganamos esta batalla, si derrotamos al ejército del Conquistador, si liberamos Draevorn de su control, entonces seréis libres. Por primera vez en cuatrocientos años, nadie os dirá qué hacer. Nadie os controlará. Nadie os usará. Seréis libres de elegir vuestro propio destino.

El murmullo que recorrió el sótano fue más suave que antes. No era indignación. No era enfado. Era algo más parecido a la esperanza.

—Y la tercera —dijo Kaeros, con una voz más baja— es mi vida. Si lucháis conmigo, si lucháis contra el Conquistador, entonces mi vida es vuestra. No como comandante. No como tirano. Como soldado. Como un hombre más que lucha por lo que cree.

El silencio que siguió fue tan profundo que Jen pudo oír el crepitar de las antorchas y el latido de su propio corazón y el sonido de cincuenta personas procesando lo que acababan de escuchar.

Gorath dejó la copa de vino sobre la mesa por última vez. Se levantó de la silla, que crujía bajo su peso como un barco a punto de naufragar. Se quedó de pie frente a Kaeros, con la barriga desbordándose por los bordes de la túnica y los ojos pequeños y brillantes fijos en los ojos grises del elfo.

Y entonces hizo algo que Jen no esperaba.

Extendió la mano.

—Trato hecho —dijo Gorath, con una voz que pretendía ser solemne y sonaba a algo mucho más simple: la voz de un hombre que ha decidido creer.

Kaeros miró la mano extendida. Miró a Gorath. Miró a Jen. Y entonces, con la parsimonia de alguien que ha estado cuatrocientos años sin dar la mano a nadie, extendió la suya y la agarró.

Las manos se encontraron. La de Gorath, grande, callosa, con los nudillos como nudos de madera. La de Kaeros, larga, pálida, con

cicatrices que surcaban la piel como ríos secos. Las dos manos se apretaron con la fuerza de alguien que ha decidido que no va a soltar.

—Trato hecho —repitió Kaeros.

Y el sótano estalló.

No en violencia. En algo peor: en esperanza. Cincuenta personas empezaron a hablar al mismo tiempo, murmurando, gesticulando, intercambiando miradas. Las antorchas de las paredes crepitaban con más fuerza, como si el fuego mismo quisiera participar de la emoción. La mujer joven de los ojos grandes lloraba. El elfo mayor de pelo blanco apretaba los puños con la expresión de alguien que ha decidido que ya no va a quedarse de brazos cruzados. Los soldados desenvainaron las espadas y las levantaron hacia el techo con un gesto que era mitad saludo y mitad promesa.

Brokk se acercó a Jen con una copa de cerveza en la mano que había aparecido de algún lugar imposible, como todas las copas de cerveza de Brokk.

—Buen discurso —dijo el enano, bebiendo un trago—. Lo mejor que he oído en ochenta años. Y he oído muchos discursos. La mayoría malos. Los tuyos son buenos.

—No era un discurso —respondió Jen—. Era la verdad.

—La verdad es el mejor discurso —respondió Brokk—. Porque no se puede mejorar. Solo se puede escuchar.

Jen lo miró. El enano le dedicó una sonrisa que le iluminó la cara como una vela en una habitación oscura.

—Gracias, Brokk —dijo Jen—. Por ayudarnos. Por habernos abierto la puerta.

—Para eso están los amigos —respondió el enano—. Para abrir puertas. Y para las cervezas. Pero sobre todo para las cervezas.

Jen casi sonrió. Casi.

Se acercó a Kaeros, que estaba rodeado de soldados que le hacían preguntas sobre los planes de defensa, sobre las debilidades del ejército del Conquistador, sobre la disposición de las fuerzas. Kaeros respondía con la paciencia de alguien que ha visto demasiadas guerras y que sabe exactamente qué decir y cuándo decirlo. Las sombras se movían a su alrededor con más calma que de costumbre, como animales que han encontrado por fin un lugar donde descansar.

Jen lo observó desde la distancia, sintiendo ese calor en el pecho que todavía le resultaba extraño, como un huésped que ha llegado sin avisar y que ahora se niega a marcharse. Kaeros era diferente. No físicamente: las mismas cicatrices, los mismos ojos grises, la misma mandíbula tensa. Pero algo dentro de él había cambiado. Algo que no se podía ver pero que se podía sentir. Algo que se parecía peligrosamente a la esperanza.

Esto es lo que se siente, pensó Jen, mirando cómo Kaeros hablaba con los soldados y cómo las sombras se movían a su alrededor con esa calma nueva que era marca de la purificación. *Esto es lo que se siente cuando alguien decide luchar. No por poder. No por venganza. Sino por algo más profundo. Algo más suyo.*

Algo que tiene un nombre.

Y ese nombre es esperanza.

Se acercó a él. Kaeros la vio venir y algo en su expresión cambió: los ojos grises se suavizaron, la mandíbula se relajó ligeramente, las sombras se movieron hacia ella como animales que reconocen a alguien.

—Bien —dijo Jen—. ¿Y ahora qué?

—Ahora —respondió Kaeros, con una voz que ya no tenía nada de comandante—, nos preparamos. Tres días. Seiscientos soldados. Seis

comandantes. Un ejército que viene a destruirnos.

—¿Y podemos ganar? —preguntó Jen.

Kaeros la miró un momento largo. Las sombras se movían a su alrededor con más calma que de costumbre. El agua dentro de Jen vibraba con la proximidad de su cuerpo.

—No lo sé —respondió Kaeros, con una honestidad que le supo a sangre—. Pero sé que vamos a intentarlo. Y sé que no estamos solos.

Jen miró a su alrededor. Gorath estaba de pie junto a una mesa, señalando un mapa con los dedos regordetes y explicando algo a un grupo de soldados que asentían con gravedad. El elfo mayor de pelo blanco hablaba con un par de artesanos que prometían fabricar armas antes del amanecer. La mujer joven de los ojos grandes limpiaba sus lágrimas con el dorso de la mano y ayudaba a mover mesas para crear espacio de entrenamiento. Brokk estaba en su rincón habitual, medio desplomado sobre un barril vacío, con una copa de cerveza en la mano y las tres trenzas de la barba reposando sobre el pecho.

No estamos solos, pensó Jen. *Por primera vez en mi vida, no estoy sola.*

—Malachi —dijo Jen de repente.

—¿Qué pasa con Malachi? —preguntó Kaeros.

—Tiene que enterarse. Tiene que saber lo de la resistencia. Tiene que saber que hemos conseguido lo que queríamos.

—Malachi ya lo sabe —respondió Kaeros.

—¿Cómo?

—Porque Malachi siempre sabe. Es su sexto sentido. Su superpoder. Su única habilidad útil aparte de beber cerveza y hacer chistes inapropiados.

Jen casi sonrió. Casi.

—Volvamos a la torre —dijo—. Hay que planear. Hay que entrenar. Hay que...

—Descansar —interrumpió Kaeros, con una firmeza que no admitía réplica—. Primero descansas. Después planeamos. Después entrenamos. Pero primero descansas.

—No tengo tiempo para descansar.

—Tienes tres días. Tres días es mucho tiempo si lo usas bien.

—¿Y qué es usarlo bien?

Kaeros la miró. Y por primera vez desde que Jen lo conocía, la sonrisa que esbozó no era fría ni distante ni irónica. Era una sonrisa pequeña, cansada, como la primera grieta en una pared que lleva siglos sin reparar. Pero estaba ahí.

—Pasar tiempo conmigo —respondió Kaeros—. Porque si vamos a morir en tres días, al menos que muramos habiendo pasado tiempo juntos.

—No vamos a morir —dijo Jen.

—No vamos a morir —confirmó Kaeros.

Y se fueron de la panadería juntos, con el sol de la mañana calentándoles la cara y el peso de tres días aplastándoles los hombros y la certeza de que, por primera vez en cuatrocientos años, algo estaba cambiando en el mundo.

No sabían qué.

No sabían cómo.

Solo sabían que el ejército venía.

Y que ellos, por primera vez, iban a luchar juntos.

Detrás de ellos, en el sótano de la panadería, Brokk se quedó solo. Las cincuenta personas habían subido las escaleras, dejando tras de sí el olor a sudor y a cerveza vieja y a la determinación acumulada de personas que llevan demasiado tiempo esperando algo que por fin había llegado.

Brokk bebió el último trago de cerveza. Dejó la copa vacía sobre el barril. Se quedó mirando la puerta por la que Jen y Kaeros habían salido, con la expresión de alguien que ha visto algo que no puede olvidar.

—Mira por donde —susurró para sí mismo, con una voz que sonaba a alivio y a esperanza y a algo que llevaba ochenta años esperando decir—. Mira por dónde, Edrin. Tu hija ha resultado ser más persona que tú. Y tu arma ha resultado ser más valiente que tu ejército.

Se levantó del barril con un crujido de articulaciones. Se sacudió la túnica. Se ajustó las trenzas de la barba.

—Y ahora —dijo, con una voz que ya no tenía nada de enano borracho—, ahora a beber otra copa. Porque si vamos a salvar el mundo, al menos que lo hagamos con alcohol en la sangre.

Y subió las escaleras del sótano con la determinación de un hombre que ha decidido que el mundo merece ser salvado.

Incluso si el mundo no lo sabe todavía.

CAPÍTULO 23



"El lago que llora"

Jen se despidió de Malachi en el rellano de la escalera de la torre.

El semihumano de fuego estaba sentado en su escalón habitual, con la espalda contra la pared y las piernas estiradas sobre la piedra. Las manos vendadas descansaban sobre sus rodillas, con las cicatrices del emisario de cristal brillando ligeramente a la luz de la mañana. No tenía cerveza. Eso significaba que estaba preocupado, porque Malachi sin cerveza era como un lago sin agua: técnicamente posible, pero profundamente incorrecto.

—Vamos —anunció Jen, deteniéndose frente a él—. Kaeros y yo nos vamos a las montañas.

—Lo sé —respondió Malachi, con una voz que pretendía ser ligera y sonaba a cualquier cosa menos ligera—. Las sombras me lo han dicho. Las sombras me lo dicen todo. Las sombras son los chismorreos más eficientes del mundo.

—Nos vamos al Lago Espejo —continuó Jen—. A buscar a mi padre. A enfrentarlo. Y a sacar a mi madre de ahí.

Malachi la miró. Los ojos de carbón la encontraron en la penumbra del rellano, y Jen vio en ellos algo que no había visto antes: la preocupación de alguien que sabe que no puede acompañarte y que no sabe cómo vivir con eso.

—¿Y yo? —preguntó Malachi.

—Tú te quedas —respondió Jen—. Gestionando el reino. Gestionando a los soldados. Gestionando a Brokk. Gestionando todo lo que Kaeros y yo no podemos gestionar desde aquí.

—¿Me estás diciendo que me quede de niñera? —preguntó Malachi, con una voz que pretendía ser ofendida y sonaba a alivio.

—Te estoy diciendo que eres la única persona en este castillo que sabe cómo hablar con la gente sin que la gente le tenga miedo. Kaeros intimida. Yo confundo. Tú... tú haces que la gente se ría. Y la gente que se ríe es más fácil de movilizar que la gente que tiene miedo.

Malachi la miró un momento largo. Luego, con una lentitud deliberada, asintió.

—Vale —dijo—. Me quedo. Pero quiero que sepas una cosa antes de que te vayas.

—¿Qué?

—Que si tu padre te hace daño, voy a ir al Lago Espejo y voy a hacerle una barbacoa con sus propias orejas puntiagudas. Y si el Conquistador te hace daño, voy a ir a la niebla y voy a hacerle una barbacoa con sus propias sombras. Y si nadie te hace daño, voy a quedarme aquí bebiendo cerveza y esperando a que volváis para contaros un chiste terrible que todavía no he inventado.

Jen sintió que los ojos se le humedecían.

—Malachi...

—No me digas "Malachi" con esa cara. Si me dices "Malachi" con esa cara, voy a llorar. Y si lloro, se me queman las lágrimas. Y si se me queman las lágrimas, tengo que ir a Kaeros a que me cure con sus sombras. Y si voy a Kaeros a que me cure con sus sombras, me dice que soy un idiota. Y si me dice que soy un idiota, le digo que es un sentimental disfrazado de tirano. Y si le digo que es un sentimental disfrazado de tirano, me dice que me calle. Y si me dice que me calle, yo no me callo. Y si no me callo, él me lanza una sombra. Y si me lanza una sombra, me caigo escaleras abajo. Y si me caigo escaleras abajo, me rompo algo. Y si me rompo algo, necesito que me curen. Y así empieza todo de nuevo.

Jen soltó una risa que le salió del estómago, una risa húmeda y temblorosa que mezclaba el alivio y la ternura y algo que se parecía peligrosamente al amor.

—Gracias, Malachi —dijo—. Por quedarte. Por cuidar el reino. Por ser tú.

Malachi la miró un momento largo. Luego, con una sonrisa que era mitad triste y mitad algo más cálido, respondió:

—De nada, niña del agua. Ahora vete. Y cuando vuelvas, tráeme una botella de aguardiente de los mercaderes del sur. Porque si voy a gestionar un reino durante tres días, voy a necesitar algo más fuerte que cerveza.

Jen se giró hacia la escalera. Dio tres pasos. Se detuvo.

—Malachi.

—¿Qué?

—Cuida de Brokk.

—Siempre —respondió Malachi—. El enano y yo tenemos un pacto: él no me cuenta sus secretos y yo no le cuento los míos. Es la amistad más honesta que he tenido en cuatrocientos años.

Jen bajó las escaleras sin mirar atrás. Las sombras de la torre se movían a su alrededor con más calma que de costumbre, como animales que la reconocen y que la escoltan hasta la puerta.

El camino al Lago Espejo era más corto de lo que Jen recordaba.

No porque la distancia hubiera cambiado. Las montañas seguían ahí, grises, imponentes, con las cumbres perdidas entre las nubes como dedos señalando un cielo que no escuchaba. Los senderos seguían siendo los mismos: estrechos, pedregosos, con rocas que sobresalían como dientes de dragón y arbustos retorcidos por el viento que se agarraban a la ladera como náufragos a un salvavidas.

Era más corto porque Jen ya no caminaba sola.

Kaeros iba a su lado, con su parsimonia habitual, ese paso lento y deliberado que era su marca, su firma, su forma de moverse por el mundo. Las sombras se movían a su alrededor con más calma que antes de la purificación, lentas, perezosas, como animales que han aprendido a no temer a su dueño. Las grietas en sus hombros eran más estrechas, pero seguían ahí, oscuras, visibles bajo la camisa de lino gris que llevaba en lugar de la túnica negra de comandante.

No hablaron durante las primeras horas. El silencio entre ellos no era incómodo. Era compartido. Era un espacio donde las verdades podían existir sin ser juzgadas, donde las palabras sobraban porque los cuerpos ya se decían todo lo que necesitaban decir.

Jen lo miraba de reojo mientras caminaban, catalogando detalles con la precisión de alguien que ha aprendido a leer las personas como quien lee un mapa: la línea de su mandíbula, la curva de su nariz, el mapa de cicatrices que le surcaba la piel como ríos secos. Las sombras se movían a su alrededor con esa calma nueva que era marca de la purificación, y Jen sintió que el agua dentro de ella vibraba con la proximidad de su cuerpo, como una cuerda de arpa que alguien ha pulsado muy suavemente.

—Kaeros —dijo Jen, rompiendo el silencio cuando las montañas empezaban a cerrarse a su alrededor como paredes de una habitación gigante.

—¿Qué?

—¿Estás seguro de que quieres venir conmigo?

Kaeros no respondió durante un momento largo. El viento soplaba entre las rocas, trayendo el olor a hierba húmeda y a tierra mojada. El sol de la mañana se colaba entre las montañas como un invitado que cumple una obligación.

—No —respondió Kaeros, con una honestidad que le supo a sangre—. No estoy seguro. No de lo que vamos a encontrar. No de lo que voy a sentir. No de lo que Edrin me hará cuando me vea.

—No voy a enfrentarlo sola —dijo Jen—. Estoy contigo.

—Lo sé —respondió Kaeros—. Y eso es lo que me da miedo. No por mí. Por ti. Porque si Edrin te hace daño, no sé lo que haré. Y lo que no sé me aterra.

Jen sintió que el corazón se le aceleraba.

—No me va a hacer daño —dijo, con una firmeza que no sentía del todo.

—¿Cómo lo sabes?

—No lo sé. Pero sé que si lo intenta, tú estarás ahí. Y yo estaré ahí. Y el agua dentro de mí está más fuerte que nunca. Y tus sombras están más calmadas que nunca. Y juntos, el agua y la sombra pueden hacer cosas que ni el Conquistador puede prever.

Kaeros la miró. Los ojos grises la encontraron en la luz de la mañana, y por un instante, solo un instante, Jen vio en ellos algo que no había visto antes: la determinación de alguien que ha decidido que ya no va a huir.

—Tienes razón —dijo Kaeros—. Tenemos razón.

—Siempre la tenemos —respondió Jen—. Solo que a veces tardamos en darnos cuenta.

Kaeros casi sonrió. Casi.

El Lago Espejo apareció ante ellos como una herida abierta en el costado de las montañas.

Era exactamente como Jen lo recordaba: inmóvil, cristalino, con una superficie tan quieta que parecía de cristal líquido. Las montañas se reflejaban en el agua con una fidelidad casi obscena, como si el lago quisiera demostrar que podía hacerlo mejor que el mundo real. Los árboles que rodeaban la orilla eran pinos viejos, retorcidos, con las ramas bajas rozando el agua como dedos curiosos. No había ruido. No había viento. No había nada excepto el agua, los árboles y el silencio.

Y la cueva.

Estaba allí, a pocos metros de la orilla, oculta entre rocas cubiertas de musgo, exactamente como Jen la recordaba. La misma boca oscura. Las mismas piedras húmedas. El mismo olor a tierra vieja y a olvido. La cueva que había sido su hogar durante veintitrés años. La cueva que había sido su prisión. La cueva donde había llorado, donde había sangrado, donde había aprendido a sufrir en silencio.

Jen se detuvo en el borde del claro. El corazón le latía con tanta fuerza que podía sentirlo en las muñecas, en la garganta, en las sienes. Las manos le temblaban. No de frío. De algo más. De la sensación de estar volviendo a un lugar que conoces demasiado bien y que odias demasiado profundo.

Kaeros se detuvo a su lado. No dijo nada. Se quedó ahí, con las sombras moviéndose a su alrededor como un manto silencioso, y esperó.

—Aquí es —dijo Jen, con una voz que sonó más pequeña de lo que pretendía.

—Lo sé —respondió Kaeros—. Las sombras lo sienten. Huele a dolor. A mucho dolor.

Jen tragó saliva. El aire del lago le supa a piedra mojada y a musgo húmedo y a algo más oscuro, algo que no podía identificar pero que le erizaba el vello de los antebrazos.

—Vamos —dijo, y la palabra sonó como una orden que se da a sí misma.

Avanzaron hacia la cueva.

La entrada era más pequeña de lo que Jen recordaba. La boca de piedra apenas medía un metro de alto, lo que obligaba a agacharse para entrar. Jen se agachó. Kaeros hizo lo mismo, aunque con más dificultad por su altura. Las sombras se movieron por encima de ellos, colándose por las grietas de la roca como agua por una presa rota.

El interior era oscuro. Denso. Con un olor a tierra húmeda y a algo más oscuro que Jen no supo identificar hasta que dio tres pasos dentro de la cueva y el olor la golpeó como una pared.

Sangre.

No sangre fresca. Sangre vieja. Sangre seca. Sangre que llevaba ahí el tiempo suficiente para convertirse en parte de la cueva, en parte de la piedra, en parte del olor que Jen siempre había asociado con su infancia y que ahora, de repente, tenía un nombre nuevo: muerte.

Jen se detuvo. El corazón se le paró.

—No —susurró.

Kaeros se detuvo a su lado. Las sombras se movieron con más agitación, como animales que detectan algo que no quieren ver.

—Jen...

—No —repitió Jen, con una voz que ya no era un susurro sino un grito ahogado—. No. No. No.

Avanzó. Tres pasos más. Cinco. Diez. El olor a sangre se intensificó con cada paso, como si la cueva la estuviera guiando hacia algo que no quería encontrar pero que necesitaba encontrar.

La encontró en el fondo.

La parte más profunda de la cueva, donde el techo era tan bajo que Jen tenía que agacharse, donde las velas de sebo iluminaban el espacio con una luz temblorosa que proyectaba sombras largas en las paredes. Allí, en el suelo de tierra, con la cabeza apoyada contra la pared de piedra y los ojos cerrados y la boca entreabierta y la piel del color de la cera vieja, estaba su madre.

Jen se quedó de pie frente al cuerpo durante un momento largo, con la boca abierta y los ojos muy grandes y el corazón latiéndole con tanta fuerza que podía sentirlo en las puntas de los dedos.

Su madre estaba muerta.

No era una metáfora. No era un sueño. No era una pesadilla de la que pudiera despertar gritando en la cama de "La Cama Dura". Era real. Era concreto. Era el cuerpo de una sirena que había dejado de vivir, con la piel del color de la cera vieja y los ojos cerrados y la boca entreabierta como si hubiera muerto a medio de decir algo que no había tenido tiempo de terminar.

Jen se arrodilló.

No porque quisiera. Porque las piernas se le doblaron. Porque el peso de la verdad era demasiado grande para sostenerlo de pie. Porque el cuerpo de su madre estaba ahí, frío, inmóvil, sin el brillo húmedo que las sirenas tenían cuando estaban vivas, y Jen necesitaba estar cerca de él. Necesitaba tocarlo. Necesitaba confirmar que era real.

Tocó la mano de su madre. La piel estaba fría. Más fría de lo que debería estar. No era el frío de la piedra ni el frío del agua. Era el frío de algo que ha dejado de vivir y que todavía no ha aprendido a dejar de existir.

—Mamá —susurró Jen.

La palabra le supo a sangre. A soledad. A algo que se había roto dentro de ella y que no sabía cómo reparar.

Las lágrimas le cayeron por las mejillas sin ruido, como si incluso el dolor tuviera miedo de ser escuchado. No era el llanto escandaloso de alguien que pide atención. Era el llanto silencioso de alguien que ha aprendido que llorar en voz alta trae consecuencias. El mismo llanto que había llorado en la cueva cuando era niña, con los dedos ensangrentados y el cuerpo dolorido y el cartel del helado a su derecha.

Pero ahora no había cartel. No había helado. No había nada excepto el cuerpo de su madre y el olor a sangre seca y el peso de una verdad que Jen no quería aceptar pero que no tenía más remedio que aceptar.

—Ha sido el Conquistador —dijo Kaeros, con una voz que sonaba como si le hubieran pasado papel de lija por dentro.

Jen no se giró. No podía. Los ojos estaban clavados en el rostro de su madre, en las líneas de su cara, en las orejas ligeramente puntiagudas, en la piel del color de la cera vieja.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Jen, con una voz que sonó rota.

—Porque es lo que hace —respondió Kaeros—. Cuando alguien se desvía, cuando alguien deja de obedecer, el Conquistador no castiga al traidor. Castiga a lo que el traidor ama. Para que tenga un motivo. Para que el traidor busque venganza. Para que vuelva a ser útil.

Jen cerró los ojos. Las lágrimas le caían por las mejillas sin ruido, mezclándose con el polvo del suelo y el olor a sangre seca.

—Edrin —susurró—. Le ha dado un motivo a Edrin.

—Sí —confirmó Kaeros—. Le ha dado un motivo para matarnos. A ti o a mí. No importa cuál. Lo que importa es que Edrin tenga algo que perseguir. Algo que lo convierta de nuevo en un arma.

Jen abrió los ojos. Miró a su madre. Miró la piel del color de la cera vieja. Miró la boca entreabierta. Miró las manos, que estaban cruzadas sobre el pecho con una delicadeza que sugería que alguien las había colocado ahí después de la muerte. Alguien que quería que su madre pareciera dormida. Alguien que quería que su madre pareciera en paz.

Alguien que la amó, pensó Jen, y la idea le supo a algo que no sabía nombrar.

Entonces lo vio.

El colgante.

Estaba en el cuello de su madre, medio escondido bajo el cuello de la túnica, con una cadena de plata fina que brillaba débilmente a la luz temblorosa de las velas. El colgante era pequeño, del tamaño de una moneda, con una forma ovalada y un grabado que Jen no podía distinguir desde donde estaba.

Jen extendió la mano. Los dedos le temblaron. Tocó el colgante. La plata estaba fría, más fría que la piel de su madre, como si el metal hubiera absorbido algo más que el frío de la cueva.

Lo sacó de debajo de la túnica. Lo giró entre los dedos. Lo miró.

El grabado era una palabra.

Nerithim.

Jen la leyó tres veces. Cada vez le dolía un poco más, aunque no sabía por qué. No conocía esa palabra. No sabía qué significaba. Pero algo en su interior, algo más antiguo que sus años y más profundo que su entrenamiento, algo que no tenía nombre pero que

se parecía peligrosamente al reconocimiento, le dijo que esa palabra era importante.

—Nerithim —susurró Jen—. ¿Qué es eso?

Kaeros se acercó. Miró el colgante. Las sombras se movieron alrededor de la palabra, como si quisieran leerla, como si quisieran entenderla.

—Es un nombre —dijo Kaeros, con una voz que sonaba como si le hubieran pasado papel de lija por dentro—. Un nombre de sirena. Un nombre antiguo. Un nombre que significa...

Se detuvo. Las sombras se tensaron alrededor de él.

—¿Qué significa? —preguntó Jen.

—La que llora sin agua —respondió Kaeros—. La que guarda el dolor en el pecho. La que llora por dentro porque no puede llorar por fuera.

Jen sintió que el corazón se le paraba.

Nerithim. La que llora sin agua. La que guarda el dolor en el pecho.

—Es el nombre de mi madre —susurró Jen—. El nombre real de mi madre. El nombre que nadie conocía. Que ella guardaba en un colgante, escondido debajo de la túnica, como un secreto que no quería que nadie viera.

Jen abrió el colgante.

Dentro había un mechón de pelo. Un mechón pequeño, oscuro, del color de la noche, atado con un hilo de plata. Y debajo del mechón, una inscripción diminuta que Jen tuvo que acercar a la vela para leer:

Mi pequeña. Mi agua. Mi luz.

Jen cerró los ojos. Las lágrimas le cayeron por las mejillas como una presa rota, silenciosas, calientes, cayendo sin ruido porque incluso el dolor tenía miedo de ser escuchado.

Mi pequeña. Mi agua. Mi luz.

Era su pelo. El pelo de Jen cuando era bebé. Un mechón que su madre había cortado cuando era demasiado pequeña para recordar, que había guardado en un colgante de plata, que había llevado escondido debajo de la túnica durante veintitrés años. Un mechón de pelo de su hija que su madre había guardado como quien guarda una vela encendida en una habitación oscura: con cuidado, con la certeza de que si la suelta, se apagará y no habrá forma de encenderla de nuevo.

Mi madre me amó, pensó Jen, y la idea le supo a algo que no sabía nombrar. *No como un arma. No como una herramienta. Como una hija. Me amó. A su manera. A su manera torpe y dolorosa e imperfecta. Pero me amó.*

El canto de control. Los entrenamientos. Los dedos sangrados. Todo eso. Todo eso era su forma de quererme. Su forma de asegurarse de que sobreviviera. Su forma de hacerme fuerte. No porque el Conquistador se lo ordenara. No porque Edrin se lo pidiera. Sino porque ella quería que yo viviera. Que yo sobreviviera. Que yo fuera lo suficientemente fuerte como para no morir.

Y ahora está muerta.

Y el Conquistador la ha matado para darle a Edrin un motivo.

Para convertir a mi padre en un arma.

Para que me mate.

Jen abrió los ojos. El cuerpo de su madre seguía ahí, frío, inmóvil, con la piel del color de la cera vieja y la boca entreabierta. El colgante de plata brillaba en su mano con una luz tenue que parecía un suspiro de plata.

—Nerithim —dijo Jen, usando el nombre real de su madre por primera vez en su vida.

La palabra sonó en la cueva como una campana que alguien ha hecho sonar muy lejos, tan lejos que apenas la oyes pero que no puedes dejar de oírla.

—Nerithim —repitió Jen—. Ese es tu nombre. Tu nombre real. El nombre que nadie conocía. El nombre que guardabas en un colgante debajo de la túnica. El nombre que significaba "la que llora sin agua".

Jen se inclinó sobre el cuerpo de su madre. Besó su frente. La piel estaba fría, más fría de lo que debería estar. Pero debajo del frío, debajo de la muerte, debajo de todo lo que el Conquistador le había quitado, Jen sintió algo. Algo cálido. Algo que se parecía peligrosamente al amor.

—Lo siento —susurró Jen contra la piel de su madre—. Lo siento por no entender. Lo siento por odiarte. Lo siento por creer que no me amabas. Lo siento por todo.

Las lágrimas le cayeron por las mejillas, mezclándose con el polvo de la cueva y el olor a sangre seca y el frío de la muerte.

—Pero ahora lo entiendo —continuó Jen—. Entiendo que me entrenabas porque querías que sobreviviera. Entiendo que me hacías sufrir porque querías que fuera fuerte. Entiendo que el canto de control era tu forma de quererme. Torpe. Dolorosa. Imperfecta. Pero era amor. Era lo único que sabías hacer. Y lo hiciste lo mejor que pudiste.

Jen se incorporó. Miró el colgante. Miró el mechón de pelo. Miró la inscripción.

Mi pequeña. Mi agua. Mi luz.

—Tu luz —susurró Jen—. Yo era tu luz. Y tú eras la mía. Solo que no lo sabía. Solo que no lo supe hasta que era demasiado tarde.

Jen cerró el colgante. Lo apretó contra su pecho, contra la marca del Conquistador, contra el lugar donde el agua dentro de ella vibraba con cada latido del corazón.

—Voy a sacarte de aquí —dijo Jen, con una voz que ya no temblaba—. Voy a sacarte de esta cueva. Voy a llevarte a un lugar donde no haya dolor. Donde no haya entrenamientos. Donde no haya canto de control. Donde no haya nada excepto agua y silencio y la paz que mereces.

Jen se inclinó sobre el cuerpo de su madre y lo levantó.

No era pesado. Las sirenas eran ligeras, con huesos huecos como los pájaros y una piel que olía a sal marino incluso cuando estaban muertas. Jen la sostuvo en brazos, con la cabeza de su madre apoyada contra su hombro y el pelo oscuro cayendo sobre su brazo como una cortina de seda negra.

Kaeros se acercó. Las sombras se movieron alrededor de los dos, cálidas, protectoras, como un manto de oscuridad.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Kaeros.

—No —respondió Jen—. Ella es mía. Yo la llevo.

Kaeros asintió. No dijo nada más. No hacía falta. Las sombras se movieron alrededor de Jen y de su madre, envolviéndolas, protegiéndolas, creando un espacio que era solo de ellas dos.

Jen salió de la cueva con el cuerpo de su madre en brazos. El sol de la mañana le golpeó la cara, cálido, cegador, con esa intensidad que solo tiene cuando el mundo ha cambiado y el sol no lo sabe todavía. El Lago Espejo extendía ante ella su superficie inmóvil, cristalina, con las montañas reflejadas en el agua como un cuadro perfecto que nadie ha pedido.

Jen caminó hasta la orilla del lago. Se arrodilló en las rocas mojadas. Depositó el cuerpo de su madre en el agua, con la cabeza apoyada en la orilla y los pies rozando la superficie cristalina. El agua

la recibió con la misma calma con la que recibe todo: sin preguntas, sin sorpresas, sin juicios.

—Nerithim —dijo Jen, usando el nombre real de su madre por última vez—. Descansa. Descansa en el agua. Descansa en el silencio. Descansa en la paz que mereces.

El agua se movió. No porque Jen la moviera. No porque el canto de control la obligara. Se movió sola, como si el lago mismo quisiera acariciar a la sirena que había muerto en sus orillas, como si el agua quisiera decirle algo que las palabras no podían decir.

Jen se quedó arrodillada en la orilla durante un momento largo, con las manos en el agua y los ojos clavados en el rostro de su madre y el corazón latiéndole con un ritmo que no reconocía. Las lágrimas le caían por las mejillas sin ruido, mezclándose con el agua del lago y el sol de la mañana y el peso de una verdad que había tardado veintitrés años en llegar.

Mi madre me amó, pensó Jen, por segunda vez. *Me amó a su manera. Me amó con lo que tenía. Me amó con el canto de control y los entrenamientos y los dedos sangrados. Y eso no era crueldad. Eso era supervivencia. Eso era el amor de alguien que no tenía otra forma de querer. El amor de alguien que sabía que el mundo era peligroso y que quería que su hija fuera lo suficientemente fuerte como para sobrevivirlo.*

Y ahora está muerta.

Y el Conquistador la ha matado.

Para darle a Edrin un motivo.

Para convertir a mi padre en un arma.

Para que me mate.

Jen apretó los puños. El agua dentro de ella hirvió, no con rabia sino con algo más antiguo, más profundo, más suyo. Algo que se parecía peligrosamente a la determinación.

No, pensó Jen. *No voy a dejar que el Conquistador gane. No voy a dejar que la muerte de mi madre sea en vano. No voy a dejar que Edrin se convierta en un arma contra mí o contra Kaeros. No voy a dejar que cuatrocientos años de mentiras sigan funcionando.*

Voy a luchar. Por mí. Por Kaeros. Por Nerithim. Por todo lo que me han quitado.

Jen se incorporó. Miró el lago. Miró las montañas. Miró el cielo gris. Miró a Kaeros, que estaba de pie detrás de ella, con las sombras moviéndose a su alrededor como un manto silencioso y los ojos grises clavados en ella con una intensidad que era mitad preocupación y mitad algo más cálido.

—Vámonos —dijo Jen, con una voz que ya no temblaba—. Vámonos a Drakheim. Vámonos a luchar.

Kaeros asintió. Las sombras se movieron alrededor de los dos, cálidas, protectoras, como un abrazo de oscuridad.

Jen se quitó el colgante del cuello de su madre. Lo puso en el suyo. La plata brilló contra su piel con una luz tenue que parecía un suspiro.

Nerithim, pensó Jen, tocando el colgante con los dedos. *Voy a llevarte conmigo. Voy a llevarte a donde quiera que vaya. Voy a llevarte a la batalla y a la victoria y a la paz que mereces. Porque tú me amaste. Y yo te quiero. Y eso es lo único que importa.*

Jen se giró hacia Kaeros. Los ojos grises la encontraron en la luz de la mañana, y por un instante, solo un instante, Jen vio en ellos algo que no había visto antes: la determinación de alguien que ha decidido que ya no va a huir.

—Vamos —dijo Jen—. El ejército viene. Y nosotros tenemos un reino que liberar.

Kaeros extendió la mano. Jen la tomó. Los dedos de ella eran pequeños, fríos, con las uñas rotas y los nudillos marcados. Los

dedos de él eran grandes, callosos, con cicatrices de quemaduras antiguas. Las dos manos se encajaron como piezas de un puzle que ha estado separado durante demasiado tiempo.

Y se fueron del Lago Espejo, con el sol de la mañana calentándoles la cara y el colgante de Nerithim brillando contra el pecho de Jen y la certeza de que, por primera vez en su vida, algo estaba cambiando en el mundo.

No sabían qué.

No sabían cómo.

Solo sabían que el ejército venía.

Y que ellos, por primera vez, iban a luchar juntos.

A sus espaldas, el Lago Espejo permanecía inmóvil. Su superficie cristalina reflejaba las montañas con una fidelidad casi obscena, como si el lago quisiera demostrar que podía hacerlo mejor que el mundo real. Y en algún lugar de esa superficie, en algún punto donde el agua tocaba la orilla y el sol de la mañana brillaba con más fuerza, un reflejo apareció por un instante: el rostro de una sirena con los ojos del color del fondo del mar y una sonrisa que Jen nunca había visto en vida.

Luego, el reflejo se disipó.

Y el lago quedó en silencio.

CAPÍTULO 24



"El ejército de las tinieblas"

Kaeros nunca había aprendido a consolar a alguien.

No porque no quisiera. No porque no le importara. No porque el dolor ajeno le resultara ajeno. No había aprendido porque nunca había tenido la oportunidad. Durante cuatrocientos años, Kaeros había vivido rodeado de soldados que no lloraban, de comandantes que no se quejaban, de ciudadanos que no se acercaban lo suficiente como para que él pudiera ver sus lágrimas. La soledad no era solo su estado natural. Era su disciplina. Su armadura. Su forma de sobrevivir.

Y ahora, sentado en el asiento de un carro de mercaderes que habían alquilado en un pueblo de camino a Drakheim, con Jen dormida contra su hombro y el peso de la muerte de Nerithim colgando sobre ambos como una losa de piedra, Kaeros descubría que la soledad no le había enseñado nada sobre cómo sostener a alguien que se está rompiendo.

Jen no lloraba en voz alta. Nunca lo hacía. Kaeros lo sabía porque las sombras se lo habían contado, porque las sombras le contaban todo lo que Jen sentía con la precisión de un espejo que no miente: el dolor de perder a su madre, la rabia contra el Conquistador, la culpa de no haber llegado antes, el peso de un colgante de plata que olía a sal marino y a amor imperfecto. Pero Jen no lloraba en voz alta. Lloraba por dentro. Como Nerithim. La que llora sin agua. La que guarda el dolor en el pecho.

Y yo no sé cómo ayudarla, pensó Kaeros, mirando el perfil de Jen contra su hombro. *No sé qué decir. No sé qué hacer. Cuatrocientos años de poder, de sombras, de control absoluto, y no sé cómo hacer que una mujer deje de sufrir.*

El carro avanzaba por el camino de montaña con la parsimonia de quien no tiene prisa. El mercader, un hombre viejo con una barba que le llegaba al pecho y una expresión de aburrimiento supremo, guiaba a los caballos con la pereza de alguien que ha recorrido el mismo camino miles de veces y que ya no ve nada interesante en él. Las montañas se extendían a ambos lados como paredes de una habitación gigante, grises, imponentes, con las cumbres perdidas entre las nubes.

Jen se despertó cuando el carro pasó sobre una piedra grande que lo sacudió con la violencia de un puñetazo en el estómago. Los ojos se abrieron de golpe, del color del cielo nublado, con esa expresión de alguien que ha dormido sin querer dormir y que se ha despertado sin querer despertar.

—¿Dónde...? —preguntó, con la voz roca del sueño.

—En el camino —respondió Kaeros—. Cerca de Drakheim. Dormiste tres horas.

Jen se incorporó. Se pasó la mano por el pelo enmarañado. Miró a su alrededor con la expresión de alguien que no recuerda dónde está ni por qué está ahí. Luego, como si alguien hubiera encendido

una vela dentro de ella, los ojos se le llenaron de algo que no era sueño ni confusión sino algo más oscuro, más profundo: el recuerdo.

—Nerithim —susurró, tocándose el cuello donde el colgante brillaba contra su piel.

—Sí —confirmó Kaeros—. Nerithim.

Jen no dijo nada durante un momento largo. Se quedó mirando el paisaje que se movía frente a ella con esa expresión de alguien que ha visto algo que no puede olvidar y que no sabe cómo vivir con ello.

—Lo siento —dijo Kaeros.

No sabía qué más decir. No tenía palabras para esto. No tenía palabras para la muerte de una madre que había amado a su hija con la torpeza de quien no sabe querer de otra manera. No tenía palabras para el dolor de una mujer que había descubierto demasiado tarde que había sido amada.

—No lo sientas —respondió Jen, con una voz que pretendía ser firme y sonaba a cualquier cosa menos firme—. No es culpa tuya. Es culpa del Conquistador. Es culpa de Edrin. Es culpa de cuatrocientos años de mentiras.

—Lo siento igual —insistió Kaeros—. Lo siento porque no llegamos antes. Lo siento porque no pude protegerla. Lo siento porque...

—Para —interrumpió Jen, con una voz que cortó el aire como un cuchillo—. No te disculpes por algo que no has hecho. No te disculpes por la muerte de alguien que no has matado. No te disculpes por el Conquistador. No te disculpes por Edrin. No te disculpes por nada de lo que no es culpa tuya.

Kaeros cerró la boca. Las sombras se movieron a su alrededor con más agitación, como animales que detectan el dolor de su dueño y no saben cómo aliviarlo.

—Lo que puedes hacer —continuó Jen, con una voz más suave— es estar aquí. A mi lado. Con tus sombras. Con tu silencio. Con todo lo que eres. Eso es lo que puedes hacer. Y eso es suficiente.

Kaeros sintió que algo dentro de él se movía. Algo cálido. Algo vivo. Algo que se parecía peligrosamente al amor.

—Siempre —dijo, con una voz que sonó más rota de lo que pretendía—. Siempre estaré a tu lado.

Jen no respondió. Se quedó mirando el paisaje, con el colgante de Nerithim brillando contra su pecho y el agua dentro de ella vibrando con cada latido del corazón. Y Kaeros se quedó a su lado, con las sombras moviéndose a su alrededor como un manto silencioso, y no dijo nada más porque no hacía falta. A veces el silencio es más elocuente que cualquier palabra.

Drakheim apareció ante ellos como un cuervo posado en un hombro: inmóvil, vigilante, con los ojos medio cerrados pero sin dormir nunca. Los tejados de pizarra negra brillaban bajo el sol de la tarde, y el olor a metal frío y a humo de chimenea les golpeó la cara como una bofetada educada cuando el carro cruzó los portones de la ciudad.

Jen se sentó más derecha. Kaeros hizo lo mismo. El peso de lo que venía se instaló entre los dos como una pared invisible: el ejército, los seiscientos soldados, los seis comandantes, los tres días que quedaban. El dolor de la muerte de Nerithim tendría que esperar. No porque no importara. Sino porque ahora había algo más urgente que el dolor: la supervivencia.

Malachi los esperaba en la puerta de la torre.

Estaba de pie, con la espalda contra la pared de piedra y los brazos cruzados sobre el pecho. Las manos vendadas descansaban sobre los antebrazos, con las cicatrices del emisario de cristal brillando ligeramente a la luz de la tarde. El pelo rojo le caía sobre la

frente como brasas que se niegan a apagarse, y los ojos de carbón brillaban con esa luz que parpadeaba en el fondo como una chispa que no quiere morir.

No tenía cerveza. Eso significaba que estaba preocupado.

—Han llegado —dijo Malachi, cuando Jen y Kaeros bajaron del carro.

No fue una pregunta. Fue una constatación. Como quien dice "llueve" o "el sol se ha puesto" o "el mundo se está cayendo a pedazos y no sé cómo sostenerlo".

—Han llegado —confirmó Kaeros.

Malachi los miró. Miró a Jen. Vio el colgante de plata brillando contra su pecho. Vio los ojos hinchados por el llanto que Jen no había querido mostrar delante del mercader. Vio la expresión de alguien que ha perdido algo que amaba y que no sabe cómo vivir sin ello.

—La madre —dijo Malachi y no fue una pregunta.

—Muerta —respondió Jen, con una voz que pretendía ser neutra y sonaba a cristal rompiéndose.

Malachi cerró los ojos durante medio segundo. Luego los abrió. La sonrisa torcida apareció en su rostro, pero era una sonrisa diferente: más pequeña, más honesta, como la de alguien que ha decidido que la sonrisa es lo único que le queda y que, por lo tanto, debe protegerla con más cuidado que nunca.

—Lo siento —dijo Malachi.

—No lo sientas —respondió Jen—. No es culpa tuya.

—Lo siento igual —insistió Malachi—. Lo siento.

Jen tragó saliva. Las lágrimas le apretaban detrás de los ojos, pero no lloró. No podía. No ahora. No delante de la ciudad, delante de los soldados, delante del mundo.

—Kaeros —dijo Jen, girándose hacia él con una voz que pretendía ser firme—. Necesito un favor.

—¿Cuál?

—Aunque quiero reírme no dejes que Malachi me haga reír.

—Malachi —interrumpió Kaeros—. Malachi es Malachi. No sabe ser suave ni aunque la vida le vaya en ello.

—Pues que aprenda —respondió Jen, con una voz que pretendía ser severa y sonaba a cualquier cosa menos severa y se le escapaba un sollozo—. Porque Malachi se ha quedado solo tres días cuidando un reino con las manos vendadas y sin cerveza. Y eso merece cariño, pero yo ahora mismo no puedo.

Kaeros la miró un momento largo. Luego, con una voz que sonó como si le hubieran pasado papel de lija por dentro, respondió:

—Lo intentaré.

—No lo intentes. Hazlo.

—Lo haré.

Jen asintió.

Malachi seguía en shock porque hablaban de él como si no pudiera escucharlos.

Kaeros se acercó a Malachi, le puso una mano en el hombro y dijo, con una voz más suave que Kaeros le había oído nunca:

—Gracias, Malachi. Por cuidar el reino. Por quedarte. Por ser tú.

Malachi lo miró. Algo cruzó sus ojos de carbón, algo rápido y profundo, como una chispa que se niega a morir. Luego la sonrisa torcida volvió, más amplia que antes, más honesta que antes, más cálida que antes.

—Para eso están los amigos —respondió Malachi—. Para cuidar reinos sin cerveza. Y para que te digan "gracias" cuando vuelven de

una misión que probablemente los ha destrozado por dentro, pero que no lo admiten porque son demasiado orgullosos o demasiado rotos o demasiado Jen. Y que habléis delante de mí como si no estuviera es aterrador, chicos.

Jen soltó una risa que le salió del estómago, una risa húmeda y temblorosa que mezclaba el alivio y el dolor y algo que se parecía peligrosamente a la ternura.

—No quería reír —sollozó y Kaeros tuvo que abrazarla.

Luego se fueron hacia la torre, con los pasos ligeros de alguien que ha decidido que el dolor puede esperar pero que la batalla no.

Cuando Jen desapareció por la puerta de la torre, Kaeros se quedó solo con Malachi en el patio de armas. El sol de la tarde les calentaba la cara. Los soldados se movían por las murallas con la parsimonia de quienes preparan algo que no saben cómo preparar. El olor a metal frío y a humo de chimenea impregnaba el aire.

Malachi lo miró. La sonrisa torcida seguía en su sitio, pero debajo de ella había algo que rara vez se veía en Malachi: la preocupación de alguien que sabe que el peligro es real y que no hay broma que lo disimule.

—Bien —dijo Malachi—. Dime. ¿Qué ha pasado en el lago?

Kaeros se apoyó contra la pared de piedra. Las sombras se movieron a su alrededor con más calma que de costumbre, como animales que han aprendido a no temer a su dueño.

—Ya te hemos hecho un resumen. La madre de Jen está muerta —dijo Kaeros—. Nerithim. Ese es su nombre. El Conquistador la mató. Para darle a Edrin un motivo. Para convertirlo en un arma contra nosotros.

Malachi no se movió. No dijo nada durante un momento largo. Luego, con una voz que ya no tenía nada de humorística, preguntó:

—¿Edrin sabe?

—Edrin sabe —confirmó Kaeros—. Sabe que su esposa está muerta. Sabe que nosotros éramos en el lago. Sabe que el Conquistador quiere que nos mate.

—Entonces viene —dijo Malachi, con la voz de alguien que ha visto demasiadas guerras y que sabe exactamente qué significa eso.

—Edrin viene —confirmó Kaeros—. Junto al ejército. Junto a los seiscientos soldados. Junto a todo lo que el Conquistador ha reunido contra nosotros.

Malachi se quedó en silencio durante un momento largo. El viento soplaba entre las almenas, trayendo el olor a hierba húmeda y a tierra mojada. Los soldados se movían por las murallas con la parsimonia de quienes preparan algo que no saben cómo preparar.

—Bien —dijo Malachi, con una voz que pretendía ser ligera y sonaba a cualquier cosa menos ligera—. Entonces nos preparamos. Tres días. Seiscientos soldados. Seis comandantes. Y un traidor con ganas de venganza. Nada que no hayamos visto antes.

—Sí lo hemos visto —respondió Kaeros—. Seis veces. Y nos fue justo.

—Las seis veces no teníamos a Jen —respondió Malachi—. Las seis veces no teníamos a la niña del agua. No teníamos a alguien capaz de purificar tus sombras.

Kaeros casi sonrió, pudo considerarse un leve espasmo.

—Malachi...

—¿Qué?

—Gracias. Por quedarte. Por cuidar el reino. Por no emborracharte del todo.

—Me he emborrachado un poco —admitió Malachi, con una sonrisa que era mitad vergüenza y mitad orgullo—. Solo un poco. Lo

justo para sobrevivir a tres días de burocracia sin cerveza. ¿Sabes lo que es gestionar un reino sin cerveza? Es como nadar sin agua. Es como respirar sin aire. Es como vivir sin bromas. Es insoportable.

—Malachi...

—¿Qué?

—Eres el mejor amigo que he tenido en cuatrocientos años.

Malachi parpadeó. Algo cruzó sus ojos de carbón, algo rápido y profundo, como una chispa que se niega a morir. Luego la sonrisa torcida volvió, más amplia que nunca, más honesta que nunca, más cálida que nunca.

—Claro que sí —respondió Malachi—. Soy tu único amigo. Ser el mejor de uno es fácil. Es como ser el más alto de un grupo de enanos. No tiene mérito.

—Malachi...

—¿Qué?

—Cállate.

—Me callo.

No se calló. Nunca se callaba. Pero Kaeros lo seguía intentando.

La preparación de Drakheim empezó esa misma tarde.

Kaeros convocó a los soldados en el patio de armas. Eran doscientos. No muchos, comparados con los seiscientos que se acercaban. Pero eran los mejores de Draevorn: guerreros curtidos en siglos de batallas contra bandidos y bestias y el ejército regular del Conquistador que patrullaba las fronteras. Tenían armaduras de hierro negro, espadas de acero forjado en las fraguas de Drakheim y esa expresión de quienes saben que van a morir pero que han decidido que la muerte es preferible a la rendición.

Jen apareció en el patio de armas con la túnica gris de siempre y el colgante de Nerithim brillando contra su pecho. No había cambiado de ropa. No se había lavado la cara. No se había peinado el pelo. Pero había algo diferente en ella: una determinación que no había tenido antes, una firmeza en la mirada, una rectitud en la espalda que sugería que algo dentro de ella se había roto y se había reconstruido con más fuerza que antes.

Los soldados la miraron cuando entró en el patio. No con hostilidad. No con desconfianza. Con curiosidad. La misma curiosidad que habían mostrado cuando Kaeros había dicho, delante de todos, que Jen era su aliada y que quien la tocara tendría que pasar por él.

—Bien —dijo Kaeros, subiendo a una plataforma de piedra que servía de tribuna—. Escuchad.

Los doscientos soldados se callaron. El silencio que llenó el patio de armas fue tan profundo que Kaeros pudo oír el crepitar de las antorchas y el sonido del viento entre las almenas.

—En tres días —continuó Kaeros, con una voz que sonaba como si le hubieran pasado papel de lija por dentro—, un ejército llegará a Drakheim. Seiscientos soldados. Seis comandantes. Vinieron a destruirnos. Vinieron a matarnos. Vinieron a acabar con todo lo que hemos construido durante cuatrocientos años.

Los soldados no se movieron. No murmuraron. No intercambiaron miradas. Se quedaron inmóviles, con las espadas desenvainadas y las caras de piedra y los ojos fijos en Kaeros con una intensidad que era más poderosa que cualquier discurso.

—Pero no vienen solos —continuó Kaeros—. Vienen con una orden del Conquistador. Una orden que dice que yo soy un traidor. Que Jen es una amenaza. Que Draevorn se ha rebelado. Y que hay que acabar con nosotros antes de que el resto del continente se contagie.

Hizo una pausa. El silencio era absoluto.

—Os voy a decir la verdad —dijo Kaeros, con una voz más baja—. La verdad que el Conquistador no quiere que sepáis. La verdad que llevo cuatrocientos años escondiendo. La verdad que me ha costado todo lo que tengo.

Los soldados no se movieron. No dijeron nada. Solo esperaron.

—El Conquistador me controla —dijo Kaeros—. Desde hace cuatrocientos años. Desde que acepté la inmortalidad. Su voluntad fluye por mis venas como niebla. Su poder se mueve por mis sombras como un parásito. Y durante cuatrocientos años, he obedecido. No porque quisiera. Porque no podía evitarlo.

El murmullo que recorrió el patio fue más suave que el que había habido en el sótano de la panadería. No era indignación. No era enfado. Era algo más parecido a la comprensión.

—Pero ahora —continuó Kaeros, con una voz más firme—, algo ha cambiado. Algo dentro de mí. Algo que el Conquistador no esperaba. Las sombras se han calmado. Su control se ha debilitado. Y ahora puedo elegir. Por primera vez en cuatrocientos años, puedo elegir no obedecer.

Hizo una pausa. El silencio era absoluto.

—Y he elegido luchar —dijo Kaeros—. Contra él. Contra el Conquistador. Contra el ejército que se acerca. Contra cuatrocientos años de mentiras. Por vosotros. Por Draevorn. Por la libertad.

El murmullo que recorrió el patio fue más intenso que antes. Los soldados intercambiaron miradas, murmuraron entre sí, movieron las cabezas con esa expresión que estaba a medio camino entre la duda y la determinación.

—Pero no puedo hacerlo solo —continuó Kaeros—. Necesito vuestra ayuda. Necesito vuestras espadas. Necesito vuestra lealtad. Necesito que luchéis conmigo, no contra mí. Necesito que creáis en algo que no habéis creído nunca: que el tirano de Draevorn es, por primera vez en cuatrocientos años, vuestro aliado.

El silencio se alargó. Un segundo. Dos. Cinco. Cada uno de ellos eterno, cada uno de ellos cargado de una tensión que hacía que el aire fuera tan denso que Kaeros podía casi sentirlo.

Y entonces un soldado levantó la espada.

Era un hombre joven, con la cara marcada por cicatrices que sugerían que había visto más batallas que cumpleaños. Levantó la espada hacia el cielo con un gesto que era mitad saludo y mitad promesa y gritó, con una voz que resonó en el patio como un trueno:

—¡Por Draevorn!

Otros soldados siguieron su ejemplo. Uno a uno, como velas encendiéndose en una habitación oscura, las espadas se levantaron hacia el cielo. Doscientas espadas. Doscientas voces. Doscientas promesas.

—¡Por Draevorn! —gritaron los soldados.

—¡Por Draevorn! —repitió Kaeros, con una voz que ya no sonaba como la del tirano sino como la de un hombre que ha decidido, por primera vez en cuatrocientos años, que merece algo mejor que la soledad.

Jen se acercó a él. Las sombras se movieron hacia ella, como animales que reconocen a alguien. El agua dentro de ella vibró con la proximidad de su cuerpo.

—Bien —dijo Jen, con una voz que pretendía ser firme y sonaba a cualquier cosa menos firme—. Ahora las murallas. Las trincheras. Las catapultas. Las barricadas. Todo lo que necesitemos para defender la ciudad.

—Ya lo estamos haciendo —respondió Kaeros—. Malachi ha empezado esta mañana. Ha organizado a los artesanos, a los herreros, a los carpinteros. Ha mandado construir barricadas en las calles principales. Ha ordenado que llenen los pozos con agua. Ha

dicho que si el ejército quiere entrar en Drakheim, va a tener que nadar.

Jen casi sonrió. Casi.

—Malachi es Malachi —dijo.

—Malachi es Malachi —confirmó Kaeros—. Y es exactamente lo que necesitamos. Alguien que haga reír a la gente cuando todo lo demás se cae a pedazos. Alguien que convierta el miedo en determinación. Alguien que diga "vamos a hacer una barbacoa con los huesos del emisario" y que lo diga con la seriedad de alguien que realmente planea hacerlo.

—¿Y tú? —preguntó Jen—. ¿Tú qué eres?

Kaeros la miró. Los ojos grises la encontraron en la luz de la tarde, brillando como plata fundida. Las sombras se movían a su alrededor con más calma que de costumbre.

—Yo soy el que va a liderar la defensa —respondió Kaeros—. El que va a estar en la muralla cuando el ejército llegue. El que va a usar las sombras para proteger esta ciudad. El que va a luchar contra cuatrocientos años de control para demostrar que el Conquistador puede ser derrotado.

—Y yo —dijo Jen— voy a estar a tu lado.

—No —respondió Kaeros, con una firmeza que no admitía réplica —. Tú vas a estar donde más te necesiten. Donde tus poderes hagan más daño al ejército. Donde el agua y la sombra puedan trabajar juntas.

—¿Y dónde es eso?

—En la muralla sur —respondió Kaeros—. Donde el ejército concentrará el ataque principal. Donde las sombras son más débiles porque el sol da de lleno. Donde el agua puede llenar las trincheras que Malachi ha ordenado cavar. Donde tú puedes hacer lo que nadie más puede: usar el agua como escudo y como espada.

Jen lo miró. Los ojos del color del cielo nublado encontraron a los ojos grises de Kaeros, y por un instante, solo un instante, Jen vio en ellos algo que no había visto antes: orgullo. No el orgullo del comandante. No el orgullo del tirano. El orgullo de alguien que ha visto a otra persona crecer y que sabe que esa persona es capaz de cosas que ni él mismo puede imaginar.

—Trato hecho —dijo Jen—. Muralla sur. Agua y sombra. Como siempre.

—Como siempre —confirmó Kaeros.

Esa noche, Kaeros se quedó en la muralla.

No porque tuviera que quedarse. No porque hubiera peligro inminente. Se quedó porque necesitaba pensar. Necesitaba estar solo con sus sombras, solo con su silencio, solo con el peso de todo lo que se acercaba: el ejército, Edrin, el Conquistador, la batalla que probablemente definiría el destino de Draevorn.

Las sombras se movían a su alrededor con más calma que de costumbre. La purificación de Jen había hecho algo con ellas: no las había eliminado, pero las había calmado, como un animal domesticado que ha dejado de morder y que ahora se limita a observar desde la esquina. Las grietas en sus hombros eran más estrechas, pero seguían ahí, oscuras, visibles bajo la camisa de lino gris.

Cuatrocientos años, pensó Kaeros, mirando el horizonte donde las montañas se perdían en la bruma. *Cuatrocientos años sirviendo al Conquistador. Cuatrocientos años siendo su perro. Cuatrocientos años de sombras, de soledad, de noches en las que tosía niebla negra y nadie lo sabía.*

*Y ahora, de repente, todo cambia. De repente hay una chica que huele a agua y que se cae igual que Aelith y que me purifica las sombras con las manos. De repente hay un ejército que viene a

matarnos. De repente hay un padre que quiere venganza. De repente hay un mundo que se está cayendo a pedazos y que yo, el tirano de Draevorn, el monstruo que todos temen, tengo que sostener con las manos.*

¿Puedo?

La pregunta se quedó flotando en el aire de la muralla, sin respuesta, como el humo de las antorchas que se elevaba hacia el cielo nocturno. Kaeros no sabía si podía. No sabía si las sombras lo dejarían. No sabía si el control del Conquistador era demasiado fuerte. No sabía nada, excepto que Jen estaba en algún lugar de la torre, con el colgante de Nerithim brillando contra su pecho y el agua dentro de ella vibrando con cada latido del corazón.

Jen, pensó Kaeros. *Si puedo hacer esto, es por ti. Si puedo luchar contra el Conquistador, es por ti. Si puedo ser algo más que un monstruo, es por ti. Porque tú me has enseñado que el agua y la sombra pueden coexistir. Que el dolor y la esperanza pueden coexistir. Que el monstruo y el hombre pueden coexistir.*

Y eso es más poderoso que cualquier ejército que el Conquistador pueda reunir.

Kaeros cerró los ojos. Las sombras se movieron a su alrededor, cálidas, protectoras, como un manto de oscuridad. Y en algún lugar profundo de su memoria, en ese rincón que el Conquistador no pudo borrar porque estaba demasiado hondo, la risa de Aelith resonó como un eco lejano.

Pero ahora, junto a esa risa, había otra cosa. Algo más nuevo. Algo más cálido. Algo que se parecía peligrosamente a la esperanza.

El sonido de Jen riendo.

Y eso, pensó Kaeros mientras las estrellas parpadeaban sobre Drakheim y el ejército de las tinieblas se acercaba como una marea de oscuridad, era lo más valioso que tenía.

Más valioso que las sombras.

Más valioso que la inmortalidad.

Más valioso que cuatrocientos años de poder.

Porque el poder se puede perder. La inmortalidad se puede romper. Las sombras se pueden purificar.

Pero la risa de alguien que te ha enseñado a sonreír después de cuatrocientos años de silencio, eso no se puede quitar.

Eso es para siempre.

El viento nocturno de Drakheim soplaba entre las almenas, trayendo el olor a metal frío y a humo de chimenea. Las estrellas brillaban sobre las montañas, indiferentes al terremoto que se estaba preparando bajo ellas. Y en algún lugar del horizonte, detrás de las montañas, detrás de las nubes, detrás de la oscuridad, el ejército de las tinieblas marchaba hacia Drakheim.

Seiscientos soldados. Seis comandantes. Y un padre con ganas de venganza.

Pero aquí, en la muralla de la ciudad más temida de Elyrion, un elfo de cuatrocientos años con grietas en los hombros y sombras en las venas miraba al horizonte con la cara de alguien que ha decidido, por primera vez en cuatro siglos, que ya no va a huir.

Y eso era suficiente.

CAPÍTULO 25



"La batalla en las puertas"

El ejército llegó con el amanecer.

No hubo trompetas. No hubo heraldos. No hubo el sonido de cascos sobre piedra ni el crujido de armaduras ni el murmullo de soldados alertando al castillo. Lo que hubo fue peor: un silencio. Un silencio que no era paz ni calma sino algo más parecido al vacío que queda cuando alguien te arranca una palabra de la boca antes de que la pronuncies. El mismo silencio que había precedido a la niebla hacía cuatrocientos años. El mismo silencio que precedía a todo lo que el Conquistador tocaba.

Jen lo sintió antes de verlo. El agua dentro de ella vibró, como una cuerda de arpa pulsada por unos dedos invisibles. La marca del pecho pulsó en respuesta, fría, silenciosa, enviando ondas de alarma que le recorrían el cuerpo como corrientes eléctricas. Las manos le temblaron. No de frío. De algo más antiguo. De algo que venía de antes de que ella naciera, de antes de que el Conquistador la marcara, de antes de que el mundo fuera lo que era.

Miedo, pensó Jen, y la palabra le supo a sangre. *Miedo. Miedo de verdad. No el miedo de mi padre, que era conocido y predecible. No el miedo de Kaeros, que era profundo y antiguo. Este es el miedo de alguien que sabe que va a morir y que no sabe cuándo ni cómo ni por qué.*

Estaba en la muralla sur, con las manos apoyadas en la piedra fría y los ojos clavados en el horizonte. El sol de la mañana se colaba entre las nubes grises como un invitado que cumple una obligación, tiñendo el cielo de un color que era mitad oro y mitad ceniza. Las antorchas de las almenas crepitaban con un sonido que era mitad fuego y mitad latido.

Y entonces los vio.

El horizonte se oscureció.

No fue un cambio gradual. No fue como cuando las nubes cubren el sol poco a poco, dejando que la luz se retire con la parsimonia de quien no tiene prisa. Fue un cambio instantáneo, absoluto, como si alguien hubiera bajado una cortina de terciopelo negro sobre el borde del mundo. El horizonte desapareció. Donde antes había montañas grises y nubes plomizas y el borde lejano del bosque de Sylvaen, ahora había oscuridad. Oscuridad pura, densa, con una textura que no correspondía a ningún fenómeno natural.

Y de esa oscuridad, el ejército emergió.

Jen los vio aparecer como hormigas saliendo de un hormiguero: lentos, ordenados, implacables. Primero los soldados de a pie, con armaduras de hierro negro que brillaban bajo el sol de la mañana como escamas de reptiles gigantes. Luego los jinetes, montados en caballos que no eran caballos: criaturas negras, con los ojos rojos como brasas y el aliento de humo, que se movían con una sinuosidad que recordaba más a los gatos que a los équidos. Luego las máquinas de asedio: catapultas de hierro y madera, torres de asalto con ruedas que crujían como huesos rompiéndose, arietes con puntas de acero que brillaban como colmillos.

Y detrás de todo eso, como una sombra que no se molesta en esconderse, los seres mágicos.

Los vio aparecer como figuras de una pesadilla: un ogro de tres metros de altura, con la piel del color de la piedra y los puños como bloques de granito, que arrastraba una maza de hierro que dejaba surcos en el suelo como si la tierra fuera mantequilla. Un grupo de elfos oscuros, con los ojos del color de la sangre seca y los dedos largos y afilados como cuchillos, que se movían entre las filas como sombras con voluntad propia. Un basilisco de escamas verdes, con los ojos amarillos que brillaban como ácidos, que reptaba entre las filas con la sinuosidad de una serpiente que ha crecido demasiado para ser pequeña. Y más allá, perdidos en la oscuridad que precedía al ejército, siluetas que Jen no podía identificar pero que intuía que eran peores que todo lo demás.

—Mierda —susurró Jen, porque no sabía qué otra cosa decir.

—Exacto —respondió una voz detrás de ella.

Se giró. Kaeros estaba a tres metros de distancia, con las manos cruzadas a la espalda y los ojos grises clavados en el horizonte. Las sombras se movían a su alrededor con más agitación que de costumbre, como animales que detectan el peligro antes de verlo. Las grietas en sus hombros eran más visibles bajo la camisa de lino gris, oscuras, con sombras moviéndose dentro como peces atrapados en un estanque demasiado pequeño.

—¿Estás lista? —preguntó Kaeros.

Jen tragó saliva. Miró el ejército. Miró las catapultas. Miró al ogro. Miró al basilisco. Miró a los elfos oscuros. Miró todo lo que venía a matarla y sintió que el miedo le subía por la garganta como una bilis caliente.

—No —respondió Jen, con una honestidad que le supo a sangre —. No estoy lista. Nunca he estado en una batalla. Nunca he matado a nadie. Nunca he visto la muerte de cerca. No sé lo que se siente cuando alguien muere delante de ti. No sé lo que se siente cuando

la sangre te salpica la cara. No sé nada de lo que necesito saber para sobrevivir a esto.

Kaeros la miró un momento largo. Luego, sin decir nada, se acercó a ella. Las sombras se movieron entre los dos, cálidas, protectoras, como un manto de oscuridad.

—Escucha —dijo Kaeros, con una voz que ya no tenía nada de comandante—. Lo que sientes es miedo. Miedo real. Miedo de muerte. Y eso está bien. El miedo no es debilidad. El miedo es la cuerda que te ata a la vida. Si no tuvieras miedo, significaría que ya no te importa vivir. Y tú quieres vivir. Quieres vivir más que nadie que haya conocido.

Jen lo miró. Los ojos grises la encontraron en la luz de la mañana, brillando como plata fundida.

—Pero el miedo no puede paralizarte —continuó Kaeros—. No puede detenerte. No puede convertirte en una piedra en medio de una batalla. Porque si te quedas paralizada, mueres. Y si mueres, el Conquistador gana. Y el Conquistador no puede ganar. No ahora. No después de todo lo que hemos pasado.

—¿Y cómo lo hago? —preguntó Jen, con una voz que sonó más pequeña de lo que pretendía—. ¿Cómo luch con miedo?

—No luchas con miedo —respondió Kaeros—. Luchas a pesar del miedo. Luchas con el agua. Luchas con lo que eres. Luchas con todo lo que te han quitado y con todo lo que te has ganado. Luchas con el recuerdo de Nerithim. Luchas con el sabor del helado de fresa. Luchas con el latido de tu corazón. Y si el miedo viene, déjalo venir. Déjalo estar. Pero no le dejes el mando.

Jen cerró los ojos. El miedo seguía ahí, pequeño y frío, sentado en algún lugar detrás de sus costillas. Pero debajo del miedo, más profundo, más antiguo, más suyo, había otra cosa. Algo que se parecía peligrosamente a la determinación.

—Vale —dijo Jen, abriendo los ojos—. Estoy lista.

—No estás lista —respondió Kaeros—. Pero estás aquí. Y eso es lo que importa.

La primera catapulta disparó a las ocho de la mañana.

El sonido fue ensordecedor: un crujido de madera y de hierro y de cuerdas tensadas al límite, seguido de un silbido que cortó el aire como un cuchillo y terminó con un impacto que sacudió la muralla como si alguien hubiera dado un puñetazo en una mesa. La piedra voló describiendo un arco lento, casi poético, contra el cielo gris, y aterrizó en el patio de armas con un estruendo que hizo temblar los cimientos de la torre.

Jen se agachó. El instinto la salvó: la piedra pasó sobre su cabeza como un meteorito, lo suficientemente cerca como para sentir el viento que levantaba en su paso y lo suficientemente lejos como para no convertirla en un pastel de carne y huesos. La piedra impactó contra la pared de la muralla con un sonido que era mitad explosión y mitad lamento, dejando un cráter del tamaño de un hombre en la superficie de granito negro.

—¡A cubierto! —gritó Kaeros, desde el otro lado de la muralla.

Las sombras se movieron alrededor de Jen como un escudo, envolviéndola, protegiéndola, creando una burbuja de oscuridad que amortiguó la onda expansiva de los siguientes impactos. Las piedras caían como lluvia: unas sobre la muralla, otras sobre el patio, otras sobre los tejados de la ciudad, dejando cráteres humeantes donde antes había piedra sana.

Jen se incorporó. El corazón le latía con tanta fuerza que podía sentirlo en las muñecas, en la garganta, en las sienes. El miedo seguía ahí, pero ya no paralizaba. Ahora era un latido más, un latido adicional que se sumaba al de su corazón y al del agua dentro de ella y al de las sombras de Kaeros que se movían a su alrededor como un manto protector.

Mira, se ordenó Jen, apretando los puños contra la piedra de la muralla. *Mira lo que viene. Mira lo que hay que matar. Mira lo que hay que destruir. Y hazlo. Hazlo con el agua. Hazlo con todo lo que tienes. Porque si no lo haces, mueres. Y si mueres, el Conquistador gana. Y eso no puede pasar.*

El ejército avanzó.

No con prisa. No con estruendo. Con la parsimonia de quien sabe que tiene tiempo, de quien sabe que la ciudad no va a irse a ninguna parte, de quien sabe que la muralla puede resistir cien impactos pero no mil. Los soldados de a pie marchaban en formaciones perfectas, con las armaduras de hierro negro brillando bajo el sol de la mañana y las espadas desenvainadas. Los jinetes cabalgaban en los flancos, con los caballos negros moviéndose con esa sinuosidad felina que los hacía parecer más depredadores que monturas. Las catapultas seguían disparando, una tras otra, con el ritmo implacable de un corazón que no sabe detenerse.

Y detrás de todo eso, los seres mágicos.

El ogro avanzaba por el centro, con la maza arrastrando el suelo y los puños como bloques de granito. A su alrededor, los elfos oscuros se movían como sombras con voluntad propia, con los ojos del color de la sangre seca y los dedos largos y afilados. El basilisco reptaba entre las filas con la sinuosidad de una serpiente gigante, con los ojos amarillos que brillaban como ácidos. Y más allá, siluetas que Jen no podía identificar pero que intuía que eran peores que todo lo demás: formas que se movían en la oscuridad que precedía al ejército, como nubes de tormenta que se condensan y se disipan y se vuelven a condensar.

—Preparad las catapultas —ordenó Kaeros, desde la torre de mando.

Las catapultas de Drakheim eran más pequeñas que las del ejército, pero más precisas. Eran máquinas de madera y hierro, construidas por los artesanos de la ciudad durante las tres jornadas

anteriores, con una ingeniería que era mitad ciencia y mitad desesperación. Los proyectiles eran bloques de granito negro que los mineros de las montañas habían extraído con picos y sudor durante noches enteras.

La primera catapulta de Drakheim disparó. El bloque de granito voló describiendo un arco sobre la muralla, cruzó la distancia entre la ciudad y el ejército, y aterrizó en la primera fila de soldados con un impacto que sacudió el suelo como un terremoto. Tres hombres cayeron. Otros cinco retrocedieron. La formación se abrió como una herida.

—¡Bien! —gritó Malachi, desde la muralla este, con la sonrisa torcida puesta y las manos vendadas agarrando una espada que probablemente no sabía usar—. ¡Otra! ¡Otra! ¡Que parecen piñatas en una fiesta de cumpleaños!

La segunda catapulta disparó. Otra formación se rompió. Otros soldados cayeron.

Pero el ejército siguió avanzando.

Lento. Implacable. Como una marea que no se puede detener. Los soldados de a pie llenaban los huecos que las catapultas abrían, como agua llenando un agujero en la arena. Los jinetes cabalgaban por los flancos, buscando los puntos débiles de la muralla, las grietas donde la piedra se había debilitado durante siglos de abandono. Los seres mágicos avanzaban en el centro, con la determinación de quienes saben que el poder que los mueve no es el suyo sino el de algo más grande, más antiguo, más oscuro.

—¡La muralla sur! —gritó un soldado desde la torre de vigilancia —. ¡Están concentrando el ataque en la muralla sur!

Jen miró. Tenía razón. El ejército estaba moviendo sus fuerzas hacia el sur, hacia el punto donde la muralla era más baja, donde la piedra estaba más vieja, donde el sol daba de lleno y las sombras eran más débiles. El ogro avanzaba por el centro de la formación,

con la maza alzada y los ojos rojos como brasas. Los elfos oscuros lo seguían, con los dedos largos y afilados brillando bajo el sol.

—Jen —dijo Kaeros, apareciendo a su lado con la parsimonia de quien camina por un parque y no por una muralla que está siendo bombardeada—. La muralla sur. Es tu punto. Agua y sombra. Como hablamos.

Jen asintió. No confiaba en su voz para decir algo. El miedo seguía ahí, pequeño y frío, sentado en algún lugar detrás de sus costillas. Pero debajo del miedo, la determinación vibraba como una cuerda de arpa que alguien ha tensado demasiado.

Se acercó al borde de la muralla. Miró hacia abajo. El ejército estaba a doscientos metros, avanzando con la parsimonia de una marea. El ogro estaba a la cabeza, con la maza arrastrando el suelo y los ojos rojos como brasas.

Agua, pensó Jen. *Hazlo con el agua. Hazlo como tu madre te enseñó. No con el canto de control. No con la presión. Con el agua de dentro de ti. Con la corriente subterránea. Con lo que es tuyo.*

Jen cerró los ojos. Respiró hondo. El aire le supo a metal y a humo y a sangre. Luego extendió las manos hacia el ejército y dejó que el agua fluyera.

No fue un látigo. No fue una ola. Fue algo más grande. Algo más antiguo. Algo más suyo. El agua brotó de sus manos como una presa que se rompe: imparable, urgente, devastadora. Se formó en torrentes, en cascadas, en ríos que cruzaron la distancia entre la muralla y el ejército con una velocidad que habría cortado la piedra, que habría partido la madera, que habría hecho que cualquier persona normal retrocediera con un grito de terror.

Los primeros soldados no tuvieron tiempo de reaccionar. El agua los alcanzó como un muro líquido, derribándolos, arrastrándolos, empujándolos hacia atrás con una fuerza que no dejaba espacio para la resistencia. Los hombres cayeron al suelo, golpeándose contra la tierra, contra las rocas, contra las armaduras de sus

compañeros. El agua los envolvió como un abrazo frío y oscuro, llenándoles la boca, los ojos, los pulmones.

Jen no se detuvo. El agua seguía brotando de sus manos con más fuerza, más intensidad, más poder. Los torrentes se convirtieron en muros, los muros se convirtieron en olas, las olas se convirtieron en una inundación que arrasó con la primera fila de soldados como si fueran hojas secas en un huracán.

Pero entonces el ogro llegó.

Avanzó a través del agua como quien camina por un charco: sin detenerse, sin retroceder, sin mostrar el menor signo de que algo le importara. El agua golpeó su cuerpo de piedra y se estrelló contra él como una ola contra un acantilado, dispersándose en espuma y vapor. El ogro no se movió. No retrocedió. No hizo nada excepto seguir avanzando, con la maza alzada y los ojos rojos como brasas.

—¡No lo puedo detener! —gritó Jen, con una voz que sonó más rota de lo que pretendía.

—No tienes que detenerlo —respondió Kaeros, desde su posición en la muralla—. Tienes que distraerlo. Déjamelo a mí.

Las sombras se movieron.

No las de Kaeros. Las sombras de todo Drakheim. Las sombras de las murallas, de las torres, de los tejados, de las calles. Las sombras de cuatrocientos años de oscuridad acumulada en la ciudad más temida de Elyrion. Todas se movieron al mismo tiempo, como un animal gigante que se despierta después de una larga siesta, y convergieron hacia el ogro como una marea de oscuridad.

El ogro se detuvo. Por primera vez desde que había empezado a avanzar, se detuvo. Las sombras lo envolvieron como un capullo de oscuridad, trepando por sus piernas, enroscándose en sus brazos, colándose por las grietas de su piel de piedra. El ogro rugió, un sonido que era mitad bestia y mitad piedra rompiéndose, y golpeó el suelo con la maza, intentando sacudirse las sombras.

No sirvió de nada. Las sombras eran más rápidas, más numerosas, más determinadas. Se movían con la coordinación de un enjambre de abejas que ha decidido que el ogro es su presa, y lo envolvieron con una precisión que era mitad poder y mitad rabia.

Jen miró desde la muralla, con el corazón latiéndole con tanta fuerza que podía sentirlo en las puntas de los dedos. El agua dentro de ella vibraba con la proximidad de las sombras de Kaeros, como una cuerda de arpa que alguien ha pulsado muy fuerte.

El agua y la sombra, pensó Jen. *Juntas. Como siempre.*

Extendió las manos hacia el ogro. El agua brotó de sus dedos, no como torrentes sino como hilos finos, como venas líquidas que se movieron hacia el ogro con la precisión de un cirujano. El agua se unió a las sombras, mezclándose, fundiéndose, creando algo que no era ni agua ni sombra sino algo nuevo: una niebla cálida, vaporosa, con un olor a lluvia y a tierra mojada que llenó el campo de batalla como un perfume.

La niebla se metió por las grietas de la piel de piedra del ogro. Se coló por los poros. Llenó los espacios entre sus huesos. Y dentro del ogro, algo se movió. Algo que no era piedra ni carne ni sombra. Algo que era el corazón del ogro, el núcleo de su poder, el lugar donde la magia del Conquistador lo sostenía.

Jen sintió el agua dentro del ogro. Sintió la corriente subterránea de su propio poder encontrando algo dentro de la criatura que reconocía: agua. Agua atrapada en la piedra. Agua que el Conquistador había convertido en roca. Agua que todavía estaba viva, todavía latía, todavía quería fluir.

Purifícala, pensó Jen. *Purifica el agua dentro del ogro. Limpia la niebla. Saca lo que sobra.*

El agua de Jen se movió dentro del ogro como un río subterráneo, buscando la fuente, encontrando el punto donde la niebla del Conquistador se había enraizado en la criatura. Y entonces purificó.

El ogro rugió. Un rugido que sacudió la muralla, que hizo temblar las piedras, que resonó en todo el campo de batalla como un trueno. Luego, como un árbol que ha sido cortado en la base, se derrumbó.

La caída fue lenta, casi poética. El cuerpo de piedra se inclinó hacia adelante, con los brazos extendidos y la maza cayendo de sus dedos como un juguete que un niño ha dejado de sostener. El impacto contra el suelo fue un terremoto que sacudió la muralla, que levantó nubes de polvo y de tierra, que hizo que los soldados del ejército retrocedieran como una ola que se retira de la orilla.

El ogro no se levantó.

—¡Bien! —gritó Malachi, desde la muralla este—. ¡La niña del agua ha matado al ogro! ¡Necesito una copa! ¡Dos copas! ¡Diez copas!

Jen se tambaleó. El poder que había usado para purificar al ogro la había vaciado, como si alguien hubiera abierto una compuerta en su interior y hubiera dejado salir todo el agua de una sola vez. Las piernas le temblaron. Las manos le dolían. El antebrazo le ardía donde los vasos sanguíneos se habían roto bajo la presión del agua.

Pero no cayó.

Porque Kaeros estaba a su lado, con las sombras moviéndose a su alrededor como un manto protector y una mano apoyada en su espalda con la delicadeza de alguien que sabe que está tocando algo frágil.

—Bien —dijo Kaeros, con una voz que pretendía ser calmada y sonaba a cualquier cosa menos calmada—. Has matado al ogro. Has purificado su agua. Has hecho algo que nadie ha hecho nunca.

—No puedo hacerlo de nuevo —respondió Jen, con una voz que sonó más rota de lo que pretendía—. Me ha vaciado. Me ha sacado todo el agua de una vez. No puedo...

—No tienes que hacerlo de nuevo —interrumpió Kaeros—. Para eso estoy yo. Para las cosas que tú no puedes hacer. Para las sombras que tú no tienes. Para todo lo que necesites.

Jen lo miró. Los ojos grises la encontraron en la luz de la mañana, y por un instante, solo un instante, Jen vio en ellos algo que no había visto antes: orgullo. No el orgullo del comandante. El orgullo de alguien que ha visto a otra persona hacer algo imposible y que sabe que esa persona es capaz de cosas que ni él mismo puede imaginar.

La batalla continuó durante horas.

Las catapultas seguían disparando. Los soldados seguían avanzando. Los seres mágicos seguían apareciendo: basiliscos con ojos de ácido, elfos oscuros con dedos de cuchillo, sombras que no eran las de Kaeros sino las del Conquistador, formas oscuras que se movían entre las filas como depredadores buscando presa.

Malachi luchaba en la muralla este como un demonio desatado. El fuego brotaba de sus manos con una intensidad que hacía que el aire a su alrededor vibrara, convirtiendo a los soldados que intentaban trepar por las escaleras de asedio en antorchas humanas que caían al vacío con gritos que se cortaban a mitad de camino. Las llamas se movían con una precisión que era más asesina que cualquier espada: no era un fuego salvaje y descontrolado, sino un fuego que sabía exactamente a quién quemar y cuándo quemarlo.

—¡Esto es mejor que el sexo! —gritó Malachi, calcinando una fila entera de soldados que intentaban trepar por la muralla con una ráfaga de fuego que los convirtió en cenizas antes de que pudieran sacar las espadas.

Un soldado de Drakheim, que estaba a su lado defendiendo la muralla con una espada y un escudo, lo miró con la expresión de alguien que no sabe si reír o llorar.

—¿Has dicho que es mejor que el sexo? —preguntó el soldado.

—¡No he tenido sexo en cuatrocientos años! —gritó Malachi, lanzando otra ráfaga de fuego contra un grupo de elfos oscuros que intentaban flanquear la muralla por la izquierda—. ¡Todo es mejor que el sexo cuando no tienes sexo! ¡Hasta la cerveza! ¡Y la cerveza está muy por encima del sexo en mi lista de prioridades!

El soldado soltó una carcajada que le salió del estómago, una risa que se mezcló con el sonido de las catapultas y los gritos de los moribundos y el crujido de las piedras cayendo, y Jen la escuchó desde la muralla sur y sintió que algo dentro de ella se movía: algo cálido, algo que se parecía peligrosamente a la esperanza.

Malachi está haciendo reír a la gente en medio de una batalla, pensó Jen. *Malachi está convirtiendo el miedo en risa. Malachi está haciendo lo que siempre ha hecho: usar el humor como escudo, como espada, como la única arma que no se puede romper.*

Y funciona.

El ejército avanzaba, pero más despacio. Las catapultas de Drakheim habían destruido tres de las seis catapultas enemigas. Los soldados de Kaeros defendían la muralla con una fiereza que no habían mostrado nunca, porque ahora no luchaban por un tirano que les obligaba a luchar, sino por un hombre que les había pedido que lucharan. Los seres mágicos morían: el basilisco fue derribado por una lluvia de flechas encantadas que los elfos de la resistencia habían preparado durante los tres días de preparación; los elfos oscuros fueron rechazados por las sombras de Kaeros, que se movían por la muralla como guardianes de oscuridad.

Pero el ejército no se retiraba. No retrocedía. No se rendía. Seguía avanzando, lento, implacable, como una marea que no se puede detener. Los soldados llenaban los huecos que las catapultas y los látigos de agua y las sombras de Kaeros abrían. Los jinetes cabalgaban por los flancos, buscando los puntos débiles. Las

catapultas seguían disparando, una tras otra, con el ritmo implacable de un corazón que no sabe detenerse.

Y entonces Jen vio algo que le heló la sangre.

En el centro del ejército, detrás de las líneas de soldados y de los seres mágicos y de las catapultas, una figura avanzaba. No era un soldado. No era un jinete. No era un ogro ni un basilisco ni un elfo oscuro. Era un hombre. Un elfo. Alto, delgado, con el pelo oscuro y los ojos del color de la sangre seca. Vestía una armadura de hierro negro que brillaba bajo el sol como escamas de reptil, y en la mano derecha sostenía una espada que no era una espada normal: era una hoja de cristal negro, translúcida, que refractaba la luz del sol en arcoíris diminutos.

Edrin.

Jen lo supo antes de verle la cara. Lo supo antes de que la distancia se lo permitiera. Lo supo con la certeza de alguien que ha crecido en la sombra de un nombre y que ha aprendido a reconocer esa sombra aunque nunca haya visto al hombre que la proyecta.

Mi padre, pensó Jen, y la sangre le heló en las venas. *Mi padre. Edrin. El traidor. El hombre que me vendió al Conquistador. El hombre que me marcó. El hombre que me crió como un arma. El hombre que mató a mi madre.*

Está aquí.

Viene a matarme.

El miedo que Jen había controlado durante horas, que había mantenido a raya con la determinación y el agua y las sombras de Kaeros, el miedo que había convertido en combustible, ese miedo estalló como una presa rota. Le subió por la garganta como una bilis caliente. Le llenó la boca de un sabor metálico que era mitad sangre y mitad terror. Le nubló la vista. Le paralizó las manos.

—Jen —dijo Kaeros, desde su posición en la muralla—. Jen, mírame.

Pero Jen no podía mirarlo. No podía apartar la vista de la figura que avanzaba por el centro del ejército, con la espada de cristal negro brillando bajo el sol y los ojos del color de la sangre seca clavados en ella con una intensidad que era más amenazante que cualquier espada.

Mi padre, pensó Jen. *Viene a matarme. Viene a vengarse. Viene a hacer lo que el Conquistador le ha ordenado: convertir su dolor en un arma y usarla contra mí.*

—¡Jen! —gritó Kaeros, con una voz que cortó el aire como un cuchillo.

Jen parpadeó. El miedo se retiró un paso, como un animal al que le han gritado. Los ojos encontraron a Kaeros en la muralla, con las sombras moviéndose a su alrededor como un manto protector y los ojos grises clavados en ella con una intensidad que era mitad preocupación y mitad algo más cálido.

—Estoy aquí —dijo Kaeros, con una voz que pretendía ser calmada y sonaba a cualquier cosa menos calmada—. Estoy aquí. No estoy en ningún otro sitio. Estoy aquí. Contigo. A tu lado. Siempre.

Jen tragó saliva. El miedo seguía ahí, pero ya no paralizaba. Ahora era un latido más, un latido adicional que se sumaba al de su corazón y al del agua dentro de ella y al de las sombras de Kaeros que se movían a su alrededor como un manto protector.

—Edrin —susurró Jen—. Viene.

—Lo sé —respondió Kaeros—. Las sombras me lo dicen. Pero no es ahora. Ahora no es el momento. Ahora hay que defender la muralla. Ahora hay que sobrevivir al día. Edrin puede esperar. El día no.

Jen asintió. No confiaba en su voz para decir algo. Se giró hacia la muralla, apoyó las manos en la piedra fría y dejó que el agua fluyera de nuevo.

No con la fuerza de antes. No con la intensidad que había usado para matar al ogro. Con menos. Con lo que tenía. Con lo que quedaba. El agua brotó de sus manos como hilos finos, como venas líquidas que cruzaron la distancia entre la muralla y el ejército y encontraron su objetivo: las catapultas que quedaban, las formaciones de soldados que se acercaban, los seres mágicos que avanzaban por el flanco derecho.

Kaeros luchaba a su lado, con las sombras moviéndose por la muralla como guardianes de oscuridad, envolviendo a los soldados que intentaban trepar, bloqueando las flechas que volaban, protegiendo a los defensores que caían. Las sombras y el agua se movían juntas, como dos corrientes del mismo río, como dos notas de la misma melodía, como dos manos que se sostienen en la oscuridad.

El agua y la sombra, pensó Jen, mientras el sol cruzaba el cielo sobre Drakheim y las catapultas seguían disparando y los soldados seguían muriendo y Malachi seguía gritando obscenidades desde la muralla este. *Juntas. Como siempre. Como desde el principio.*

Y lucharon.

Lucharon hombro a hombro, con el agua y la sombra mezclándose entre las almenas como un abrazo de oscuridad y luz. Lucharon contra los soldados que trepaban por las escaleras de asedio. Contra los elfos oscuros que intentaban infiltrarse por las grietas de la muralla. Contra los basiliscos que reptaban por el suelo buscando un punto ciego. Contra las catapultas que seguían disparando piedras que caían como meteoritos sobre la ciudad.

Lucharon contra el miedo. Contra el dolor. Contra cuatrocientos años de mentiras. Contra un ejército que venía a destruirlos. Contra

un padre que venía a matarlos. Contra un Conquistador que quería que todo terminara de la manera que él había planeado.

Lucharon. Y no cayeron.

El sol se puso a las seis de la tarde.

No hubo un momento preciso en el que la batalla terminara. No hubo una rendición, no hubo un alto el fuego, no hubo un trompeta tocando la retirada. Lo que hubo fue lo contrario: un silencio. Un silencio que no era paz ni calma sino algo más parecido al agotamiento de dos ejércitos que han decidido, al mismo tiempo y por las mismas razones, que el día ha tenido suficiente sangre.

El ejército se retiró quinientos metros. No mucho. No lo suficiente para sentirse seguro. Pero lo suficiente para que las catapultas dejaran de disparar, para que los soldados dejaran de trepar, para que los seres mágicos se replegaran hacia la oscuridad que precedía a la formación como animales que vuelven a su guarida después de una cacería fallida.

Jen se dejó caer contra la pared de la muralla. Las piernas no la sostenían. Las manos le dolían como si alguien las hubiera metido en un torno y las hubiera apretado hasta que los huesos crujieran. El antebrazo le ardía donde los vasos sanguíneos se habían roto bajo la presión del agua. Una línea de sangre oscura le bajaba por la muñeca hasta los nudillos, mezclándose con el sudor y el polvo y la sangre de otros que no era suya pero que se había adherido a su piel como una segunda capa.

El miedo seguía ahí. Pequeño. Frío. Sentado en algún lugar detrás de sus costillas. Pero ya no paralizaba. Ahora era solo un latido más, un latido adicional que se sumaba al de su corazón y al del agua dentro de ella y al de las sombras de Kaeros que se movían a su alrededor como un manto protector.

Kaeros se dejó caer a su lado. Las sombras se movieron entre los dos, cálidas, lentas, como animales que han terminado de trabajar y que ahora quieren descansar. Las grietas en sus hombros eran más visibles bajo la camisa de lino gris, oscuras, con sombras moviéndose dentro como peces atrapados en un estanque demasiado pequeño.

—Bien —dijo Kaeros, con una voz que sonaba como si le hubieran pasado papel de lija por dentro.

—Bien —repitió Jen, con una voz que sonó más rota de lo que pretendía.

No dijeron nada más durante un momento largo. Se quedaron sentados contra la pared de la muralla, con los pies colgando sobre el vacío y el sol de la tarde calentándoles la cara y el peso de la batalla aplastándoles los hombros como una losa de piedra.

—Hoy has matado a un ogro —dijo Kaeros, rompiendo el silencio.

—Hoy he matado a un ogro —repitió Jen, y la palabra le supo a algo que no sabía nombrar.

—Y has purificado su agua. Has hecho algo que nadie ha hecho nunca.

—Y me ha vaciado. Me ha sacado todo de una vez. No puedo volver a hacerlo.

—No tienes que volver a hacerlo —respondió Kaeros—. Para eso estoy yo. Para llenarte cuando estés vacía. Para sostenerte cuando no puedas sostenerte. Para luchar cuando tú no puedas.

Jen lo miró. Los ojos grises la encontraron en la luz de la tarde, brillando como plata fundida. Las sombras se movían a su alrededor con más calma que de costumbre, como animales que han encontrado por fin un lugar donde descansar.

—Gracias —dijo Jen.

—No me lo agradezcas —respondió Kaeros—. Para eso estoy. Para las batallas y los helados y las sombras que te protegen.

Jen soltó una risa que le salió del estómago, una risa húmeda y temblorosa que mezclaba el alivio y el agotamiento y algo que se parecía peligrosamente a la ternura. Fue una risa que no debería haber existido en medio de un campo de batalla, con los muertos todavía calientes y las catapultas todavía humeantes y el ejército todavía ahí, a quinientos metros, esperando a que amanezca para volver a atacar.

Pero existió.

Y Jen la guardó en algún lugar profundo de su memoria, junto al cartel del helado y al sabor del vino de la cena y al recuerdo de Kaeros cortándole la carne en silencio. Porque las risas en medio del horror son las más valiosas. Las que más cuestan. Las que más significan.

Estamos vivos, pensó Jen, mientras el sol se ponía sobre Drakheim y el ejército de las tinieblas esperaba en la oscuridad. *Estamos vivos. No hemos ganado. No hemos perdido. Pero estamos vivos.*

Y eso, en medio de una guerra que probablemente definiría el destino de Elyrion, era suficiente.

En la muralla este, Malachi estaba sentado en el suelo, con la espalda contra la pared de piedra y una copa de cerveza en la mano que había aparecido de algún lugar imposible. Las manos vendadas temblaban ligeramente. El pelo rojo le caía sobre la frente como brasas que se niegan a apagarse. Y la sonrisa torcida seguía en su sitio, clavada en su cara como un clavo en una pared.

Un soldado se acercó a él, con la armadura cubierta de sangre que no era suya y la expresión de alguien que ha visto demasiado y que ha entendido demasiado poco.

—Malachi —dijo el soldado.

—¿Qué? —respondió el semihumano de fuego.

—Hoy has calcinado a treinta y dos soldados del ejército enemigo.

—¿Solo treinta y dos? —respondió Malachi, bebiendo un trago de cerveza—. Pensé que eran más. Necesito mejorar mi puntería. O beber más cerveza. Probablemente ambas cosas.

—Has dicho que era mejor que el sexo.

—He dicho que era mejor que el sexo. Y lo mantengo. Aunque admito que no tengo mucho con qué comparar. Cuatrocientos años sin sexo te dejan un poco oxidado en ese departamento. Pero el fuego no. El fuego nunca se oxida. El fuego siempre está listo. El fuego es el mejor amigo del hombre. Junto con la cerveza. Y con Kaeros. Y con Jen. Y contigo, supongo, aunque no te conozco mucho.

El soldado lo miró un momento largo. Luego, sin decir nada, se sentó a su lado. Sacó un odre de algún lugar de su armadura. Bebió un trago.

—Gracias —dijo el soldado.

—¿Por qué? —preguntó Malachi.

—Por hacerme reír. En medio de todo esto. Por hacerme reír.

Malachi lo miró. La sonrisa torcida se movió ligeramente, como un animal que detecta algo interesante.

—Para eso estoy —respondió Malachi—. Para hacer reír a la gente cuando todo lo demás se cae a pedazos. Es mi trabajo. Mi vocación. Mi cruz. Y probablemente la única cosa que hago bien.

El soldado bebió otro trago. Malachi hizo lo mismo. Y los dos se quedaron sentados contra la pared de la muralla, con la cerveza en la mano y el sol de la tarde calentándoles la cara y el peso de la batalla aplastándoles los hombros.

Y en algún lugar de la muralla sur, Jen y Kaeros estaban sentados contra la pared de piedra, con las sombras y el agua moviéndose entre ellos como un abrazo de oscuridad y luz, y no decían nada porque no hacía falta.

El ejército esperaba en la oscuridad.

Pero ellos estaban vivos.

Y eso era suficiente.

CAPÍTULO 26



"Sangre en la piedra"

La niebla se levantó con el sol y reveló lo que escondía.

Jen lo vio desde la muralla sur, con las manos apoyadas en la piedra fría y el corazón latiéndole con tanta fuerza que podía sentirlo en las muñecas, en la garganta, en las sienes. El campo de batalla se extendía ante ella como una herida abierta en el costado de las montañas: tierra removida, sangre seca, cadáveres que la niebla había mantenido escondidos durante la noche y que ahora el sol revelaba con la crueldad de alguien que levanta una sábana para mostrar lo que hay debajo.

Los muertos no tenían caras.

Eso fue lo primero que Jen notó. No porque las hubieran quitado. Sino porque la distancia, la oscuridad y el horror de la batalla anterior les habían borrado los rasgos, convirtiéndolos en siluetas oscuras sobre la tierra removida, como sombras que alguien hubiera fijado al suelo con clavos invisibles. Soldados de Drakheim y

soldados del ejército yacían juntos, mezclados, enredados como amantes que han muerto abrazados sin quererlo.

Miro, pensó Jen, y la idea le supo a sangre. *Miro lo que hemos hecho. Miro lo que la guerra hace. Miro los muertos y no reconozco cuáles son nuestros y cuáles son suyos. Porque en la muerte no hay bandos. En la muerte solo hay cuerpos.*

—No los mires —dijo Kaeros, apareciendo a su lado con la parsimonia de quien camina por un parque y no por una muralla que está a punto de ser atacada por segunda vez.

—Tengo que mirarlos —respondió Jen—. Si no los miro, no recuerdo por qué luchamos.

Kaeros no respondió. Se quedó de pie a su lado, con las manos cruzadas a la espalda y los ojos grises clavados en el horizonte. Las sombras se movían a su alrededor con más agitación que de costumbre, como animales que detectan algo que no quieren ver. Las grietas en sus hombros eran más visibles bajo la camisa de lino gris, oscuras, con sombras moviéndose dentro como peces atrapados en un estanque demasiado pequeño.

—Hoy será peor —dijo Kaeros.

—Ya me lo dijiste ayer —respondió Jen.

—Ayer fue verdad. Hoy también. Mañana probablemente también. Cada día será peor que el anterior hasta que la guerra termine o nos mate. Es la naturaleza de las guerras. Son escaleras que solo bajan.

—Gracias por la analogía reconfortante.

—De nada. Es mi especialidad. Las analogías deprimentes y las sombras que protegen. Los dos servicios que ofrezco sin cargo adicional.

Jen casi sonrió. Casi.

El ejército esperaba en la distancia, como una mancha oscura contra el horizonte. No se había movido desde la noche anterior. No había catapultas disparando. No había soldados avanzando. No había seres mágicos emergiendo de la oscuridad. Solo había silencio. Un silencio que no era paz sino preparación. El silencio de alguien que está afilando un cuchillo antes de usarlo.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Jen.

—Esperando —respondió Kaeros—. El Conquistador no tiene prisa. Nunca la tiene. Cuatrocientos años de control absoluto le han enseñado que el tiempo es su aliado. Cuanto más esperan, más se desgastan los defensores. Cuanto más esperan, más crece el miedo. Cuanto más esperan, más fácil es ganar.

—Entonces, ¿por qué no atacan?

—Porque el Conquistador quiere que suframos primero —respondió Kaeros, con una voz que ya no tenía nada de comandante —. Quiere que miremos los muertos. Quiere que olamos la sangre. Que escuchemos el silencio y que el miedo haga su trabajo antes de que las espadas empiecen a hacer el suyo.

Jen apretó los puños contra la piedra de la muralla. El agua dentro de ella vibró, no con miedo sino con algo más antiguo, más profundo, más suyo: rabia. Una rabia fría, como el agua de un lago en invierno. Una rabia que no iba dirigida al ejército, ni a los soldados, ni a los seres mágicos. Iba dirigida al Conquistador. Al ser que controlaba todo desde la niebla. Al que había matado a Nerithim. Y también a la persona que había convertido a Edrin en un arma. Que también había controlado a Kaeros durante cuatrocientos años.

Voy a matarlo, pensó Jen, y la certeza de esa idea le supo a algo que no sabía nombrar. *No sé cómo. No sé cuándo. No sé con qué. Pero voy a matarlo. Por Nerithim. Por Edrin. Por Kaeros. Por mí.*

—Jen —dijo Kaeros, con una voz que pretendía ser calmada y sonaba a cualquier cosa menos calmada—. El ejército se mueve.

Jen miró. Tenía razón. La mancha oscura contra el horizonte se estaba moviendo, como una marea que se acerca a la orilla. Lentamente, sin prisa, con la parsimonia de quien sabe que tiene tiempo y que la ciudad no va a irse a ninguna parte.

Pero esta vez no había catapultas. No había piedras cayendo del cielo como meteoritos. Lo que había era peor.

La torre.

La torre de cristal negro se movía por el centro del ejército como un barco sobre un mar de carne y metal. Era la misma torre que Jen había visto el día anterior: alta, translúcida, con arcoíris diminutos que bailaban sobre su superficie como mariposas de color. La torre se deslizaba sobre el suelo con una suavidad que era mitad belleza y mitad horror, dejando a su paso un rastro de cristales diminutos que brillaban bajo el sol como estrellas caídas.

Y detrás de la torre, algo nuevo.

Figuras. No soldados. No seres mágicos. Algo diferente. Algo que Jen no había visto nunca.

Eran altas. Más altas que los ogros, más altas que los elfos oscuros, más altas que cualquier cosa que Jen hubiera visto en su vida. Tenían cuerpos de piedra negra, como los ogros, pero más delgados, más elegantes, con extremidades que se movían con una fluidez que sugería que la piedra no era sólida sino líquida, como lava que se ha enfriado a medias. Los rostros eran lisos, sin rasgos, sin ojos ni boca ni nariz, como máscaras de obsidiana que alguien hubiera colocado sobre cuerpos que no les pertenecían. Las manos eran largas, con dedos que terminaban en puntas afiladas como cuchillos de piedra.

Había seis.

Seis gigantes de piedra negra, avanzando por el campo de batalla con la parsimonia de montañas que deciden caminar. El suelo temblaba bajo sus pies con cada paso, como si la tierra misma tuviera miedo de lo que venía.

—Los guardianes —dijo Kaeros, con una voz que sonaba como si le hubieran pasado papel de lija por dentro—. Los guardianes de la torre. Son los que protegen el portal. Son los que impiden que nadie se acerque a la torre sin permiso del Conquistador.

—¿Son matables? —preguntó Jen.

—Todo es matable —respondió Kaeros—. La pregunta es cuánto cuesta matarlos.

—¿Cuánto cuesta?

—Demasiado.

Jen miró los guardianes. Los guardianes le devolvieron la mirada, con sus rostros lisos y sin rasgos y sus cuerpos de piedra negra que se movían con la fluidez de la lava enfriada a medias. Eran hermosos. Eran la cosa más hermosa y más aterradora que Jen había visto en su vida.

—Malachi —dijo Jen, sin girarse.

—Lo sé —respondió Kaeros—. Malachi está en la muralla este. Viendo lo mismo que tú. Preguntándose lo mismo que tú. Preparándose para lo mismo que tú.

—¿Puede quemarlos?

—Puede intentarlo —respondió Kaeros—. El fuego puede dañar la piedra. Pero estos guardianes no son piedra normal. Son piedra del Conquistador. Piedra que se alimenta de magia. Piedra que crece con cada hechizo que le lanzas.

—Entonces, ¿cómo los matamos?

—Con fuerza bruta —respondió Kaeros—. Con algo que no sea magia. Con algo que sea solo carne y hueso y determinación.

—¿Como Malachi con el emisario?

—Como Malachi con el emisario —confirmó Kaeros—. Pero más grande. Más fuerte. Más determinado.

Jen miró los guardianes. Los guardianes le devolvieron la mirada, con sus rostros lisos y sin rasgos y sus cuerpos de piedra negra que se movían con la fluidez de la lava enfriada a medias.

—Bien —dijo Jen—. Entonces peleamos con lo que tenemos.

—Con lo que tenemos —confirmó Kaeros.

El primer guardián llegó a la muralla sur a las ocho de la mañana.

No fue un ataque. Fue un paseo. El gigante de piedra negra cruzó el campo de batalla con la parsimonia de quien pasea por un parque, dejando a su paso huellas en la tierra que parecían cráteres de meteoritos. Los soldados de Drakheim le lanzaron flechas que se estrellaron contra su cuerpo de piedra como plumas contra una pared. Le lanzaron piedras desde las catapultas que rebotaron contra su piel como canicas contra un acantilado. Le gritaron insultos que no llegaron a sus oídos porque los guardianes no tenían oídos.

El guardián no se detuvo.

Llegó a la muralla, levantó una mano, y golpeó.

El impacto sacudió la muralla como si alguien hubiera dado un puñetazo en una mesa llena de cristalería. Las piedras se resquebrajaron. Las almenas temblaron. Los soldados que estaban encima cayeron al suelo como hojas en una tormenta. Un bloque de granito negro se desprendió de la muralla y cayó al patio de armas con un estruendo que hizo temblar los cimientos de la torre.

—¡Atrás! —gritó Kaeros, desde su posición en la muralla—. ¡Tras la muralla sur!

Las sombras se movieron alrededor de Jen como un escudo, envolviéndola, protegiéndola, creando una burbuja de oscuridad que amortiguó la onda expansiva de los siguientes impactos. El guardián seguía golpeando la muralla con una calma ficticia que era más aterradora que cualquier violencia: un golpe, pausa, otro golpe, pausa, otro golpe. Como un reloj que marca el tiempo que le queda a la muralla.

Jen extendió las manos hacia el guardián. El agua brotó de sus dedos como una presa rota: torrentes, cascadas, ríos líquidos que cruzaron la distancia entre ella y el gigante de piedra con una velocidad que habría cortado la piedra. El agua golpeó el cuerpo del guardián con una fuerza que habría derribado a un hombre, que habría partido la madera, que habría hecho que cualquier cosa normal retrocediera con un grito de terror.

El guardián no se movió.

El agua se estrelló contra su cuerpo de piedra negra y se dispersó en espuma y vapor, como una ola que se rompe contra un acantilado. El gigante no retrocedió. No se tambaleó. No hizo nada excepto seguir golpeando la muralla con la parsimonia de un reloj que marca el tiempo.

—¡No funciona! —gritó Jen, con una voz que sonó más rota de lo que pretendía.

—Lo sé —respondió Kaeros—. La piedra del Conquistador absorbe la magia. Tu agua es magia. Las sombras son magia. Nada de lo que tenemos puede dañarlos.

—Entonces, ¿cómo los matamos?

Kaeros no respondió durante un momento largo. El guardián seguía golpeando la muralla. Un segundo bloque de granito se

desprendió y cayó al vacío con un estruendo que resonó en todo el campo de batalla.

—Malachi —dijo Kaeros, con una voz que pretendía ser calmada y sonaba a cualquier cosa menos calmada—. Necesitamos a Malachi.

Malachi apareció en la muralla sur como una aparición de fuego y de ruido.

No caminaba. Rebotaba. Con ese paso que era mitad andar y mitad rebotar, como si el suelo fuera un trampolín y él estuviera considerando seriamente usarlo. El pelo rojo le caía sobre la frente como brasas que se niegan a apagarse. Las manos vendadas brillaban con un resplandor anaranjado que sugería que el fuego dentro de él estaba más vivo que nunca. Y la sonrisa torcida seguía en su sitio, clavada en su cara como un clavo en una pared.

—Vaya —dijo Malachi, mirando al guardián que seguía golpeando la muralla—. ¿Qué es eso? ¿Una estatua que ha decidido que la vida sedentaria no es para ella? ¿Un trozo de carbón que ha ido al gimnasio? ¿Una roca con aspiraciones de humanoide?

—Un guardián de la torre —respondió Kaeros—. Piedra del Conquistador. Absorbe la magia. No se puede dañar con agua, con sombras ni con fuego.

—¿Con fuego? —Malachi la miró con una expresión de incredulidad sagrada—. ¿Me estás diciendo que mi fuego no funciona contra eso? ¿Mi fuego? ¿El fuego que ha calcinado a treinta y cinco elfos oscuros? ¿El fuego que ha convertido a un emisario de cristal en polvo de hadas? ¿Ese fuego?

—Ese fuego —confirmó Kaeros.

—Mierda —dijo Malachi.

—Exacto.

Malachi miró al guardián. El guardián seguía golpeando la muralla con la parsimonia de un reloj que marca el tiempo. Un tercer bloque de granito se desprendió y cayó al vacío con un estruendo que resonó en todo el campo de batalla.

—Vale —dijo Malachi, con una voz que pretendía ser calmada y sonaba a cualquier cosa menos calmada—. Si el fuego no funciona, el agua no funciona y las sombras no funcionan, entonces necesitamos algo que funcione. Algo que no sea magia. Algo que sea solo carne y hueso y determinación.

—Exacto —confirmó Kaeros—. Algo como lo que hiciste con el emisario. Agarrarlo con las manos. Romperlo con las manos.

—Con las manos —repitió Malachi, mirándose las manos vendadas—. Con estas manos. Las manos que todavía tienen las cicatrices del cristal. Las mismas que todavía tiemblan cuando intento agarrar algo. Esas manos.

—Esas manos —confirmó Kaeros.

Malachi miró al guardián. El guardián seguía golpeando la muralla. Un cuarto bloque de granito se desprendió y cayó al vacío.

—Vale —dijo Malachi, con una voz que pretendía ser ligera y sonaba a cualquier cosa menos ligera—. Entonces vamos a hacer algo estúpido. Algo que probablemente nos mate. Algo que probablemente sea la peor idea que he tenido en cuatrocientos años. Y he tenido muchas ideas malas. Incluida la de beber cerveza a las siete de la mañana durante trescientos años consecutivos.

—¿Qué idea? —preguntó Jen.

Malachi la miró. La sonrisa torcida se movió ligeramente, como un animal que detecta algo interesante.

—Jen, tú enguachinas al guardián —dijo Malachi, con una voz que pretendía ser calmada y sonaba a cualquier cosa menos calmada—.

No para dañarlo. Para enfriarlo. Para que la piedra se contraiga. Para que aparezcan grietas. Y luego yo...

Se detuvo. Miró sus manos vendadas. Miró al guardián. Miró a Jen. Miró a Kaeros.

—...me lanzo contra él —terminó Malachi—. Con el fuego. No para quemarlo. Para fundirlo. Para meter el fuego en las grietas que el agua ha abierto. Para que el fuego se expanda dentro de la piedra y la rompa por dentro.

—Eso te matará —dijo Kaeros, con una voz que pretendía ser firme y sonaba a cualquier cosa menos firme.

—Probablemente —respondió Malachi—. Pero es mejor que quedarse de pie mirando cómo un montón de rocas con patas nos destruye la muralla. ¿No?

Kaeros lo miró un momento largo. Las sombras se movían a su alrededor con más agitación, como animales que detectan algo que no quieren ver.

—No —dijo Kaeros—. No voy a dejarte morir.

—No me vas a dejar morir —respondió Malachi—. Me vas a dejar vivir. Hay una diferencia. Una diferencia muy grande. Unos cuatrocientos años. De todas las veces que me has salvado la vida y todas las veces que yo te he salvado la tuya. Una diferencia de amistad, de lealtad y de cerveza mala y de bromas inapropiadas, más de todo lo que nos hace ser lo que somos.

Kaeros no respondió. Se quedó mirando a Malachi con esos ojos grises que parecían atravesarlo hasta el alma. Y entonces, con una voz que ya no tenía nada de comandante, dijo:

—Hazlo.

Malachi sonrió. La sonrisa más amplia, más honesta, más cálida que Jen le había visto.

—Trato hecho —dijo.

Lo que pasó después Jen lo recordaría durante el resto de su vida como una sucesión de instantes congelados, como fotografías que alguien hubiera tomado en medio del caos y que luego hubiera ordenado en un álbum que nadie querría abrir.

El primer instante: Jen extendió las manos hacia el guardián y el agua brotó de sus dedos, no como torrentes sino como nieve, como escarcha, como hielo líquido que se movió hacia el gigante de piedra negra con la precisión de un cirujano. El agua golpeó el cuerpo del guardián y empezó a enfriarlo, a contraerlo, a hacer que la piedra se encogiera como piel de gallina. Las grietas aparecieron: finas, casi invisibles, como los hilos de una telaraña que alguien ha tejido sobre la superficie de un lago.

El segundo instante: Malachi corrió. No caminó. No rebotó. Corrió. Con la velocidad de alguien que ha decidido que la velocidad es más importante que la supervivencia, con la determinación de alguien que sabe que lo que va a hacer probablemente lo mate pero que ha decidido que morir por algo es mejor que vivir sin nada. Las llamas brotaron de sus manos, no como un fuego salvaje y descontrolado sino como una antorcha que alguien ha encendido con propósito: rojo, naranja, blanco, con una intensidad que hizo que el aire a su alrededor vibrara.

El tercer instante: Malachi se lanzó contra el guardián.

No contra su cuerpo. Contra las grietas que Jen había abierto. Las manos de Malachi, envueltas en fuego, se clavaron en las fisuras de la piedra negra con una fuerza que era mitad determinación y mitad desesperación. El fuego entró en las grietas como agua en un agujero: imparable, urgente, devastador. La piedra empezó a derretirse, a resquebrajarse, a romperse por dentro como un huevo al que alguien le ha dado un martillazo.

El guardián rugió.

No con voz. No con boca. Con el cuerpo. Un rugido que sacudió la tierra, que hizo temblar la muralla, que resonó en todo el campo de batalla como un trueno. El gigante de piedra negra se tambaleó por primera vez desde que había empezado a avanzar, con las piernas temblando como troncos de un árbol que está a punto de caer.

Malachi no soltó.

Las manos le ardían. La piel se le quemaba. Las vendas se encendieron como papel y cayeron al suelo en cenizas. La carne de sus palmas se enrojeció, se ampolló, se descompuso. Pero Malachi no soltó. Apretó más fuerte. Los nudículos se pusieron blancos. Los dientes se apretaron. Los ojos de carbón brillaron con una intensidad que era más poderosa que cualquier fuego.

—¡ROMPE! —gritó Malachi, con una voz que resonó en el campo de batalla como un trueno.

Y el guardián se rompió.

No todo. No el cuerpo entero. Solo el pecho. Donde las manos de Malachi estaban clavadas, la piedra se partió por la mitad con un sonido que era mitad explosión, mitad canción y los fragmentos cayeron al suelo del campo de batalla como lluvia de obsidiana, brillando bajo el sol de la mañana con una belleza que contrastaba con la violencia del momento. El guardián retrocedió, con el pecho abierto y la luz interior brillando con una intensidad enfermiza, después al fin se derrumbó.

La caída fue lenta, casi poética. El cuerpo de piedra se inclinó hacia adelante, con los brazos extendidos y las manos abiertas. El impacto contra el suelo fue un terremoto que sacudió la muralla, que levantó nubes de polvo y de tierra, que hizo que los soldados del ejército retrocedieran como una ola que se retira de la orilla.

El guardián no se levantó.

Malachi se quedó de pie frente al cadáver de piedra, con las manos destruidas y la sonrisa torcida puesta, habló.

—Creo que he roto al gigante.

Y luego se desplomó.

Jen lo alcanzó antes de que tocara el suelo. El agua brotó de sus manos como una corriente protectora, envolviendo a Malachi, sosteniéndolo, amortiguando la caída. Lo sostuvo en brazos, con las manos temblando y el corazón latiéndole con un ritmo que no era el suyo.

—Malachi —dijo Jen, con una voz que sonaba como si le hubieran pasado papel de lija por dentro—. Malachi, mírame.

Malachi abrió los ojos. Los ojos de carbón brillaban con menos intensidad que antes, como brasas que se están apagando.

—Tranquila, niña del agua —murmuró, con una voz que ya no tenía nada de humorística—. Solo son las manos. Las manos de nuevo. Siempre son las manos. Es su trabajo. Romperse cuando hago algo estúpido.

—Estás destruido —dijo Jen, mirando las manos de Malachi, que estaban cubiertas de quemaduras profundas, algunas tan hondas que se veía el hueso. La sangre manchaba la túnica de Malachi, el suelo del campo de batalla, las manos de Jen.

—Sí —confirmó Malachi, con una sonrisa que era mitad dolor y mitad algo más tierno—. Pero el gigante se fue. Y la muralla sigue en pie, tú sigues viva. Y Kaeros sigue siendo un sentimental disfrazado de tirano. Así que creo que es un buen trato.

Jen sintió que los ojos se le humedecían.

—Malachi...

—No me digas "Malachi" con esa cara. Si me dices "Malachi" con esa cara, voy a llorar. Y si lloro, necesito cerveza y no la tengo,

entonces me deprimiré. Y si me deprimo, dejo de hacer bromas. Y ese será el momento en el que todo el mundo se pone triste y perderemos la guerra. Así que, por favor, no me hagas llorar.

Jen soltó una risa que le salió del estómago, una risa húmeda y temblorosa que mezclaba el alivio y el dolor y algo que se parecía peligrosamente a la ternura.

—Eres un idiota —dijo Jen.

—Soy tu idiota —respondió Malachi—. Y el idiota de Kaeros. Y el idiota de Brokk. Y el idiota de todos los soldados de Drakheim. Soy el idiota universal. Es mi vocación. Mi cruz. Y la única cosa que hago bien.

Kaeros apareció a su lado. Las sombras se movieron bajo el cuerpo de Malachi, sosteniéndolo, protegiéndolo, creando una red de oscuridad que amortiguaba el dolor.

—Malachi —dijo Kaeros, con una voz que pretendía ser firme y sonaba a cualquier cosa menos firme.

—¿Qué?

—Eres un idiota.

—Ya me lo has dicho. Muchas veces. En muchos siglos. En muchos idiomas. Incluido en elfo antiguo, que es un idioma muy bonito para insultar a alguien.

—Y eres el hombre más valiente que he conocido —reconoció finalmente Kaeros.

Malachi parpadeó. Algo cruzó sus ojos de carbón, algo rápido y profundo, como una chispa que se niega a morir.

—Gracias, Thalion —dijo, usando el nombre real de Kaeros.

—De nada, Emeric —respondió Kaeros, usando el nombre real de Malachi.

Las sombras de Kaeros se movieron bajo el cuerpo de Malachi, sosteniéndolo, protegiéndolo, creando una red de oscuridad que le permitió moverlo sin que el dolor fuera demasiado grande. Jen lo sostuvo por un lado. Kaeros por el otro. Y los tres se movieron hacia la muralla con la parsimonia de quien ha decidido que la urgencia es una ilusión y que todo llega a su debido tiempo si esperas lo suficiente.

El ejército se retiró al mediodía.

No porque hubiera perdido. No porque los guardianes hubieran caído. No porque las catapultas hubieran sido destruidas. Se retiró porque el Conquistador decidió que el día había tenido suficiente sangre. Porque sabía que los defensores estaban agotados, que las murallas estaban debilitadas, que Malachi estaba destruido y que Jen estaba vacía. Sabía que otro día de batalla podía romperlos. Y el Conquistador prefería romperlos un día más, cuando estuvieran más cansados, más asustados y más solos.

Jen se dejó caer contra la pared de la muralla. Las piernas no la sostenían. Las manos le dolían como si alguien las hubiera metido en un torno y las hubiera apretado hasta que los huesos crujieran. El antebrazo le ardía donde los vasos sanguíneos se habían roto bajo la presión del agua. Una línea de sangre oscura le bajaba por la muñeca hasta los nudillos, mezclándose con el sudor y el polvo y la sangre de otros que no era suya.

Kaeros se dejó caer a su lado. Las sombras se movieron entre los dos, cálidas, lentas, como animales que han terminado de trabajar y que ahora quieren descansar. Las grietas en sus hombros eran más visibles bajo la camisa de lino gris, oscuras, con sombras moviéndose dentro como peces atrapados en un estanque demasiado pequeño.

En la muralla este, Malachi estaba tumbado en una camilla improvisada, con las manos vendadas por los curanderos de la

ciudad y la sonrisa torcida puesta. Dormía. O se había desconectado. Con Malachi nunca se sabía.

—Hoy has matado a un gigante —dijo Kaeros, rompiendo el silencio.

—Malachi mató al gigante —respondió Jen—. Yo solo le abrí las grietas.

—Sin las grietas, Malachi no habría podido hacer nada. Sin el agua, el fuego no habría servido. Sin los dos, el gigante seguiría golpeando la muralla.

—El agua y la sombra —dijo Jen.

—El agua y el fuego —corrigió Kaeros—. Y las sombras. Los tres juntos. Como siempre.

Jen miró el campo de batalla. Los muertos seguían ahí, con los rostros borrados por la distancia y la oscuridad y el horror. Los restos del gigante de piedra negra yacían frente a la muralla sur, brillando bajo el sol de la tarde como diamantes caídos. La torre de cristal negro seguía en la distancia, translúcida, brillante, esperando.

—Mañana —dijo Jen—. Mañana vendrán más.

—Así es —confirmó Kaeros.

—¿Y nosotros?

—Nosotros seguiremos aquí —respondió Kaeros—. Donde siempre hemos estado. Donde siempre estaremos. Luchando. Sobreviviendo. Resistiendo.

Jen lo miró. Los ojos grises la encontraron en la luz de la tarde, brillando como plata fundida. Las sombras se movían a su alrededor con más calma que de costumbre, como animales que han encontrado por fin un lugar donde descansar.

—Kaeros —dijo Jen.

—¿Qué?

—Malachi ha dicho que quemar enemigos es mejor que el sexo.

—Malachi dice muchas cosas. La mayoría estúpidas. Algunas verdaderas. Pocas ambas.

—Creo que esta vez tenía razón.

Kaeros casi sonrió. Casi.

—No se lo digas —respondió Kaeros—. Si se lo dices, no para de hablar durante una semana. Y no queremos eso, no sabes como son cuatrocientos años lidiando con su carácter.

Jen soltó una risa que le salió del estómago, una risa húmeda y temblorosa que mezclaba el alivio, el agotamiento y algo que se parecía peligrosamente a la esperanza.

Los dos se quedaron sentados contra la pared de la muralla, con las sombras y el agua moviéndose entre ellos como un abrazo de oscuridad, luz y no dijeron nada más porque no hacía falta.

El ejército esperaba en la oscuridad.

Pero ellos estaban vivos.

Y eso era suficiente.

CAPÍTULO 27



"La última noche"

La tienda de campaña olía a sudor, a hierro y a la desesperación de dos personas que saben que el amanecer puede ser lo último que vean.

No era una tienda grande. Era una de las que los soldados usaban en el campo de entrenamiento, de lona gruesa y soportes de madera que crujían con cada ráfaga de viento. Tenía el tamaño de un ataúd ligeramente ampliado: lo suficiente para que dos personas cupieran tumbadas, no lo suficiente para que el mundo entrase con ellas. En la esquina, una vela de cera parpadeaba con la terquedad de alguien que se niega a morir, proyectando sombras danzantes sobre las paredes de tela que se movían con el viento como pulmones gigantes respirando con dificultad.

Jen estaba sentada en el suelo de tierra, con la espalda contra un saco de provisiones y las rodillas contra el pecho. La túnica gris estaba manchada de sangre que no era suya, de polvo de piedra que no era suyo, de sudor que era suyo pero que ya no sabía

distinguir del de los demás. Las manos le temblaban. No por el frío, aunque hacía frío. No por el agotamiento, aunque estaba agotada. Temblaban por algo más profundo, más antiguo, más suyo: el miedo de que el amanecer fuera a llegar y con él el fin de todo.

Dos días de batalla. Dos días de agua, de sangre y de catapultas y de gigantes de piedra que rompían murallas. También días de Malachi que gritaba obscenidades en medio del horror. Dos días que eran, simultáneamente, los más largos y los más cortos de su vida. La habían vaciado, como una botella a la que alguien ha abierto el tapón y ha dejado salir todo el líquido de una sola vez.

Las manos le dolían. Los antebrazos le ardían donde los vasos sanguíneos se habían roto bajo la presión del agua. Los hombros le crujían como ramas secas. Y debajo de todo eso, debajo del dolor y del agotamiento y del miedo, la marca del pecho pulsaba con un ritmo que no era el suyo: más lento, más frío, más paciente. Como un reloj que cuenta hacia atrás.

Kaeros entró en la tienda con el temple de alguien que ha aprendido que la urgencia es una ilusión y que todo llega a su debido tiempo si esperas lo suficiente. Pero esta vez la parsimonia no era suya. Era una máscara. Jen lo supo porque las sombras se lo dijeron, porque las sombras le contaban todo lo que Kaeros sentía con la precisión de un espejo que no miente: el cansancio de cuatrocientos años que se acumulaban en sus huesos como plomo derretido, la presión de las grietas en sus hombros que pulsaban con cada latido del corazón, el miedo de que el amanecer fuera a llegar y con él el fin de todo.

El mismo miedo que ella sentía.

Se quedó de pie en el centro de la tienda, con las manos a los lados y los ojos grises clavados en ella. La vela parpadeó, proyectando sombras que bailaban sobre su rostro como dedos de terciopelo. Las sombras se movían a su alrededor con más calma que de costumbre, como animales que han aprendido a no temer a su dueño.

—Malachi duerme —dijo Kaeros, con una voz que sonaba como si le hubieran pasado papel de lija por dentro.

—¿Está bien? —preguntó Jen.

—Las manos le duelen. Los curanderos le han vendado. Las sombras le están curando. Pero dice que mañana va a pelear, que si no pelea, se aburre. Y que si se aburre, bebe. Y no queremos que beba, lo cual es cierto. Sería una locura tener a un hombre con poder de fuego borracho en la batalla...

—Dios nos libre de ese evento —interrumpió Jen—. Todo el mundo se pondrá triste y perdemos la guerra.

—Exacto —respondió Kaeros—. Así que mañana pelea. Con las manos vendadas. Con el cuerpo roto. Con cuatrocientos años de cerveza en la sangre. Pero pelea. Porque eso es lo que hace Malachi. Pelea cuando todo lo demás se cae a pedazos.

Jen no dijo nada. Se quedó mirando a Kaeros desde el suelo, con las rodillas contra el pecho y el corazón latiéndole con un ritmo que no reconocía. La vela parpadeó. Las sombras bailaron. El viento sopló contra la lona de la tienda con un sonido que era mitad lamento y mitad canción de cuna.

—Ven —dijo Jen.

No fue una pregunta. No fue una orden. Fue algo más profundo, más antiguo, más suyo: una invitación que no necesitaba palabras para ser entendida.

Kaeros se acercó. Se sentó a su lado en el suelo de tierra, con la espalda contra el saco de provisiones y las piernas estiradas frente a él. Las sombras se movieron entre los dos, cálidas, protectoras, como un manto de oscuridad. El espacio entre ellos era de unos centímetros, lo suficiente para sentir el calor del cuerpo del otro sin llegar a tocarlo.

No hablaron durante un momento largo. El silencio entre ellos no era incómodo. Era compartido. Era un espacio donde las verdades podían existir sin ser juzgadas, donde las palabras sobraban porque los cuerpos ya se decían todo lo que necesitaban decir.

Jen lo miró de reojo. El perfil de Kaeros a la luz de la vela era un mapa de dolor y de belleza: la línea de su mandíbula marcada como una línea de montañas, la curva de su nariz, el mapa de cicatrices que le surcaba la piel como ríos secos, las grietas en sus hombros que pulsaban con cada latido del corazón. Las sombras se movían dentro de las grietas como peces atrapados en un estanque demasiado pequeño.

Esto es lo que se siente, pensó Jen, mirando su perfil a la luz de la vela. **Esto es lo que se siente cuando sabes que puede ser la última vez que miras a alguien. No con miedo. No con tristeza. Con algo más profundo. Con algo que tiene un nombre que todavía no me atrevo a pronunciar.**

—Thalion —dijo Jen, usando su nombre real.

Kaeros se giró hacia ella. Los ojos grises la encontraron en la penumbra de la tienda, brillando como plata fundida bajo la luz de la vela.

—¿Qué? —preguntó.

—Mañana podemos morir —dijo Jen, con una voz que pretendía ser firme, no obstante, sonaba a cualquier cosa menos firme.

Kaeros no respondió durante un momento largo. El viento soplaba contra la lona de la tienda. La vela parpadeó. Las sombras se movían entre los dos como animales que detectan algo importante y no quieren interrumpir.

—Podemos —confirmó Kaeros, con una voz que ya no tenía nada de comandante—. Podemos morir. Podemos perder. Podemos ver cómo todo lo que hemos construido se derrumba como un castillo de

naipes. Ver cómo el Conquistador gana y ser testigos de cómo cuatrocientos años de lucha terminan en una mañana de sangre.

—Entonces —dijo Jen, con una voz que ya no temblaba—, si esta es la última noche, quiero que sea nuestra.

Kaeros la miró. Los ojos grises la encontraron en la penumbra de la tienda y por un instante, solo un instante, Jen vio en ellos algo que no había visto antes: deseo. No el deseo salvaje del guerrero. No el deseo frío del comandante. El deseo desnudo de un hombre que lleva cuatrocientos años sin tocar a nadie y que por fin ha encontrado a alguien a quien quiere tocar.

—Jen...

—No me digas que no —interrumpió ella, con una voz que pretendía ser firme y sonaba a cualquier cosa menos firme—. No me digas que es peligroso. No me digas que mañana hay una batalla. Es el momento. No hay otro día. No hay otra noche. Solo está esta. Y esta es nuestra.

Kaeros la miró un momento largo. Luego, con una voz que sonaba como si le hubieran pasado papel de lija por dentro, respondió:

—Es nuestra.

No supieron quién se movió primero, tampoco debatirían sobre ello.

Quizás fue ella, que se inclinó hacia él con el cuerpo actuando antes que la mente. Quizás fue él, que extendió las manos hacia ella con la calma de alguien que ha estado cuatrocientos años sin tocar a nadie y que por fin ha encontrado ese ser a quien ansía tomar. O tal vez, fueron los dos al mismo tiempo, como dos imanes que han estado demasiado cerca durante demasiado tiempo y que finalmente no pueden resistir la atracción.

Los labios de Kaeros encontraron los de Jen.

El beso fue diferente a los anteriores. No fue el beso de reconocimiento de la plaza, cuando las sombras se cerraron alrededor de los dos como un capullo. Tampoco el beso de hambre de la torre, cuando las sombras y el agua se mezclaron en una niebla cálida. Este era un beso de despedida. De dos personas que saben que el amanecer puede ser lo último que vean y que han decidido, con la plena consciencia de alguien que ha vivido demasiado y que ya no tiene nada que perder, que la última noche merece ser vivida con la intensidad de la primera.

Jen besó a Kaeros como si el mundo se acabara mañana. Con los labios que temblaban no de miedo sino de algo más cálido, más urgente, más suyo. Con las manos pequeñas que se enredaron en su pelo oscuro y tiraron de él hacia ella. Con el agua que brotó de su piel como rocío de la mañana, mezclándose con las sombras en una niebla cálida y vaporosa que envolvía los dos como un abrazo.

Kaeros besó a Jen como si el mundo no se acabara nunca. Con los labios fríos que se calentaban bajo los de ella. Con las manos grandes que le sostenían la cara como si fuera de cristal. Con las sombras que se movían alrededor de los dos como un manto vivo, ocultándolos, protegiéndolos, creando un espacio que era solo de ellos.

—Thalion —gimió Jen contra su boca.

—Jen —respondió él contra la suya.

Las manos de Kaeros bajaron por su cuerpo con una lentitud deliberada, explorando, descubriendo, conociendo. La cintura. Las caderas. Los muslos. Cada roce era una pregunta, y cada respuesta de Jen era un sí que no necesitaba palabras.

Jen tiró de la camisa de lino gris de Kaeros. La tela se levantó por encima de su cabeza con un movimiento torpe, urgente, como quien pela una fruta que no quiere estropear. El torso quedó al descubierto: cicatrices, músculos tensos, la piel pálida de un elfo que no sale al sol. Las sombras se movían bajo su piel como venas

oscuras, latiendo al ritmo de su corazón. Las grietas en sus hombros pulsaban con cada latido, oscuras, visibles, con sombras moviéndose dentro como peces atrapados.

Jen pasó los dedos por las grietas. El agua brotó de sus dedos, suave, cálida, como una caricia líquida que se movió sobre la piel de Kaeros como quien acaricia algo que cree sagrado. Donde el agua tocaba las grietas, las sombras se calmaban. Donde el agua tocaba la piel, el dolor retrocedía.

—Jen —gimió Kaeros, arqueando la espalda—. No tienes que...

—Quiero —interrumpió ella—. Quiero tocarte todo. Quiero sentirlo todo. Quiero que esta noche sea nuestra. Toda nuestra. Sin reservas. Sin miedos. Sin el Conquistador. Sin la marca. Sin nada que no seamos tú y yo.

Kaeros cerró los ojos. Las sombras se movieron a su alrededor con más agitación, como animales que detectan algo que no quieren interrumpir. Luego, con una voz que sonaba como si le hubieran pasado papel de lija por dentro, respondió:

—Toda nuestra.

Jen se quitó la túnica gris.

No hubo coquetería. No hubo juego. No hubo nada de lo que los cuentos hablan cuando hablan de mujeres que se desnudan delante de hombres. Fue un gesto práctico, urgente, como quien se quita una chaqueta porque hace calor. La túnica cayó al suelo de tierra, y Jen se quedó en camisola, con los hombros descubiertos y la marca del pecho pulsando bajo la luz de la vela como un segundo corazón frío.

Kaeros la miró. No con lascivia. Con asombro. Con la expresión de alguien que ha visto algo que no cree que sea real y que necesita tocarlo para confirmar que está ahí.

—Eres hermosa —susurró y la palabra sonó como si le costara pronunciarla.

—No lo soy —respondió Jen, porque era lo que siempre le habían dicho y porque no sabía decir otra cosa.

—Lo eres —insistió Kaeros, con una firmeza que no admitía réplica—. Eres la mujer más hermosa que he visto en cuatrocientos años. Y he visto muchas.

—Mientes —dijo Jen.

—Miento muy mal. Malachi me lo ha dicho.

Jen soltó una risa que le salió del estómago, una risa húmeda y temblorosa que mezclaba la ternura, el deseo y algo que se parecía peligrosamente a la desesperación de alguien que sabe que esta risa puede ser la última.

Se quitó la camisola. La tela cayó al suelo. Jen se quedó desnuda frente a él, con la piel pálida brillando a la luz de la vela y la marca del pecho pulsando como un segundo corazón frío y las marcas de las batallas anteriores todavía visibles en los hombros como tatuajes rojos.

Kaeros la miró.

Jen vio algo en sus ojos que no había visto nunca: lágrimas. No eran lágrimas de dolor. No eran lágrimas de tristeza. Eran lágrimas de alguien que ha estado cuatrocientos años sin llorar y que de repente descubre que hay algo en el mundo que merece ser llorado: la belleza de otra persona.

—No llores —dijo Jen, con una voz que pretendía ser firme y sonaba a cualquier cosa menos firme.

—No puedo evitarlo —respondió Kaeros, con una voz que sonaba rota—. No puedo evitarlo cuando te miro. He estado solo cuatrocientos años. Llorando a mi esposa. Y la amé, dios la amé, pero se fue. Y ahora… Ahora que al fin vuelvo a abrirme… Puede ser

el último día. Así que, no puedo evitarlo cuando pienso que mañana puede ser el último día y que esta noche es la última noche y que tú estás aquí, desnuda, frente a mí. Siento que el mundo tiene sentido por primera vez en cuatrocientos años.

Jen sintió que las lágrimas le caían por las mejillas. No las limpió. Dejó que cayeran.

—Entonces llora —dijo Jen—. Llora todo lo que necesites. Pero no pares de tocarme. No pares de besarme. No pares de quererme. Porque esta noche es nuestra. Toda nuestra. Y nadie nos la puede quitar.

Kaeros se quitó los pantalones.

Jen vio la polla de Kaeros por segunda vez. Era larga, gruesa, con la cabeza brillante por el deseo. La vio y sintió que el deseo le subía por la garganta como una bilis caliente, mezclándose con el miedo y la ternura y la desesperación de alguien que sabe que esta noche puede ser la última.

—Ven —dijo Jen, echándose hacia atrás sobre la lona de la tienda, con los brazos abiertos y los ojos clavados en él con una intensidad que era mitad deseo y mitad súplica.

Kaeros se inclinó sobre ella. El peso de su cuerpo sobre el suyo fue como un abrazo que Jen había esperado toda su vida sin saber que lo estaba esperando. Las sombras se movieron alrededor de los dos como un manto vivo, creando un espacio que era solo de ellos, ocultándolos del mundo, protegiéndolos de todo lo que venía.

—Kaeros —gimió Jen, arqueando la espalda cuando sus manos encontraron sus pechos.

—Thalion —corrigió él contra su cuello.

—Thalion —repitió Jen, y el nombre le supo a algo que no sabía nombrar—. Thalion. Mi Thalion.

—Mía —gimió Kaeros contra su cuello—. Mía. Después de siglos... Alguien es mío.

Las manos de Kaeros bajaron por su cuerpo, encontrando curvas y pendientes y lugares que Jen no sabía que eran sensibles hasta que sus dedos los tocaron. La cintura. Las caderas. Los muslos. Cada roce era una pregunta, y cada respuesta de Jen era un sí que no necesitaba palabras.

Cuando los dedos de Kaeros llegaron al coño de Jen, ella gimió contra su boca. No de dolor. No de sorpresa. De algo más profundo, más antiguo, más suyo: la sensación de que alguien, por primera vez en su vida, la está tocando como si fuera algo valioso.

—Thalion —gimió Jen—. Por favor.

—¿Qué? —murmuró él contra su cuello.

—Necesito sentirte dentro —respondió Jen, con una voz que ya no temblaba—. Necesito sentir que esto es real. Que tú eres real. Que esta noche es real. Que no es un sueño del que voy a despertar en la cueva, con los dedos ensangrentados y el cartel del helado a mi derecha.

Kaeros se incorporó. Los ojos grises la miraron desde arriba, brillando a la luz de la vela con una intensidad que le quitó el aliento.

—Es real —dijo, con una voz que ya no tenía nada de comandante—. Todo lo es. Y mañana, da igual lo que pase, esto habrá existido. Y nada, ni el Conquistador ni la niebla ni cuatrocientos años de mentiras, pueden borrar lo que esta noche significa.

Jen sintió que las lágrimas le caían por las mejillas.

—Entonces ven —dijo—. Ven y hazme tuya. Porque yo ya soy tuya. Desde el templo. Desde el lago. Desde el helado. Desde el beso. Desde siempre.

Kaeros se colocó entre sus piernas. La cabeza de su polla rozó la entrada de su coño, húmeda, caliente, lista. Jen sintió que el corazón se le aceleraba.

—Lo necesito —murmuró Kaeros—. Me muero por sentirte.

—No pares —respondió Jen—. Nunca pares. Da igual lo que pase.

Kaeros empujó.

La polla entró en el coño de Jen con una lentitud que era mitad cuidado y mitad tortura. El dolor estaba ahí, punzante, breve, como el pinchazo de una aguja. Jen apretó los dientes. El agua brotó de su piel, mezclándose con las sombras en una niebla cálida que envolvía los dos.

—¿Estás bien? —preguntó Kaeros, deteniéndose.

—Estoy bien —respondió Jen—. Sigue. Sigue. Sigue.

Kaeros siguió. La polla se hundió más, llenándola, estirándola, adaptándose a su cuerpo con una lentitud que era casi reverencial. Cuando estuvo entera dentro, los dos se quedaron inmóviles durante un momento, sintiendo el peso del otro, sintiendo la conexión, sintiendo que algo que había estado roto durante mucho tiempo se estaba reparando.

—Joder —susurró Jen.

—Joder —repitió Kaeros, con una sonrisa que era mitad dolor y mitad algo más cálido.

Y entonces empezaron a moverse.

Al principio fue lento. Kaeros sacaba la polla casi por completo y luego volvía a hundirla, con una cadencia que era mitad ritmo y mitad reverencia. Cada entrada era una pregunta, y cada respuesta de Jen era un sí que no necesitaba palabras.

—Más —gimió Jen, arqueando la espalda—. Más profundo. Más fuerte. Más todo.

Kaeros obedeció. Los movimientos se volvieron más profundos, más urgentes, más salvajes. La lona de la tienda crujió bajo ellos. Los sacos de provisiones se movieron. La vela parpadeó, como si quisiera darles algo de intimidad. Y las sombras y el agua se mezclaban en una niebla vaporosa que envolvía los dos como un abrazo de oscuridad y luz.

Jen sentía la polla de ese hombre dentro de ella, dura, caliente, pulsante. Sentía sus manos en sus caderas, sujetándola, guiándola. Sentía su aliento en su cuello, caliente, entrecortado. Sentía su corazón latiendo contra el suyo, más lento, más profundo, pero sincronizado, como dos tambores que aprendieron a tocar la misma canción.

—Thalion —gimió Jen, clavándole las uñas en la espalda—. Thalion. Mi Thalion.

Las uñas trazaron surcos en la piel de Kaeros, líneas rojas que brillaron bajo la luz de la vela como tatuajes de fuego. Kaeros gimió contra su cuello, un sonido que era mitad dolor y mitad placer, como el sonido que hace el hielo cuando se rompe.

—Más —gimió Jen—. Más. Más. Más.

Kaeros obedeció. Los movimientos se volvieron más profundos, más urgentes, más salvajes. La cama improvisada crujió bajo ellos como un barco a punto de naufragar. Las sombras se movían alrededor de los dos con más agitación, como animales que detectan algo que no quieren interrumpir. El agua brotó de la piel de Jen como rocío de la mañana, mezclándose con las sombras en una niebla cálida y vaporosa que llenó la tienda como un perfume.

—Me corro —gimió Jen, apretando los puños contra la espalda de Kaeros—. Me corro. Me corro. ¡Me corro!

—Córrete —murmuró Kaeros contra su cuello—. Córrete conmigo dentro. Quiero sentirlo. Quiero sentir cómo tu coño me aprieta. Necesito sentir cómo el agua sale de ti. Que el mundo se detenga.

Jen se corrió.

El placer la atravesó como un rayo, blanco, cegador, absoluto. El coño se contrajo alrededor de la polla de Kaeros, apretándola, succionándola, masajeándola. Jen gritó, un sonido que era mitad placer y mitad alivio, como si algo que había estado atrapado dentro de ella durante años hubiera encontrado por fin una salida. El agua brotó de su piel en una explosión de rocío que se mezcló con las sombras en una niebla vaporosa que llenó la tienda.

Kaeros aguantó unas pocas embestidas más. Luego, con un gemido que salió de lo más profundo de su pecho, se enterró hasta el fondo y se corrió. Fue un rugido al viento, al mundo y al tiempo que los abrazaba.

Kaeros cayó sobre ella, jadeando, sudoroso, con la cara enterrada en su cuello y el aliento caliente en su piel. Las sombras y el agua se retiraron lentamente, como una marea que se retira de la orilla, dejando tras de sí la huella húmeda de su paso.

Se quedaron así durante un momento largo, entrelazados, jadeando, con los corazones latiendo al mismo ritmo y las lágrimas mezclándose con el sudor y el rocío y el semen y todo lo que habían sido y todo lo que habían querido ser.

—Jen —susurró Kaeros contra su cuello.

—¿Mmm?

—Te amo.

Las palabras salieron de la boca de Kaeros como sangre de una herida: urgentes, inevitables, imparables. No fueron una elección. Fueron un reflejo. El reflejo de alguien que ha guardado algo durante cuatrocientos años y que no puede guardarlo más.

Jen cerró los ojos. Las lágrimas le cayeron por las mejillas sin ruido, mezclándose con el sudor de Kaeros y el olor a hierro y a hierba húmeda y a todo lo que habían compartido.

—Yo también te amo —respondió Jen, con una voz que sonaba como cristal rompiéndose—.Te amo como nunca he amado a nadie, como nunca creí que podía amar a nadie. Como se ama a alguien que te ha enseñado a vivir cuando solo sabías sobrevivir.

Kaeros sonrió.

Fue la alegría de alguien que ha estado cuatrocientos años sin sonreír y que de repente descubre que hay algo en el mundo que merece ser vivido: el amor de otra persona. Una carcajada que le sacudió el cuerpo como un terremoto, que le llenó la garganta de un sonido que era mitad lamento y mitad alivio, como el sonido que hace el hielo cuando se rompe.

Jen lo abrazó. Lo rodeó con los brazos. Lo atrajo hacia ella. Le acarició el pelo oscuro con una suavidad que contrastaba con las manos huesudas y las uñas rotas y los nudillos marcados.

—Ríe —susurró Jen contra su pelo—.Porque ahora tienes a alguien que te escucha. Ahora tienes a alguien que te sostiene. Ahora tienes a alguien que te ama.

Kaeros rio.

Parte de él recordó el pasado, en cómo había perdido a Aelith. En como se había encerrado en el dolor y olvidado que el amor podía ser un nuevo camino.

Espero que puedas perdonarme por amar de nuevo, Aelith, pensó Kaeros.

Las sombras se movieron alrededor de los dos, no con agitación sino con calma, como animales que han encontrado por fin un lugar donde descansar. El agua dentro de Jen vibró con cada sollozo de Kaeros, como si el agua quisiera consolarlo, como si el agua quisiera decirle algo que las palabras no podían decir.

Kaeros se quedó dentro de ella durante un momento largo, sin moverse, sintiendo el calor de su coño alrededor de su polla. Luego

se separó con cuidado y se tumbó a su lado.

Jen cerró los ojos. El cuerpo le dolía, pero era un dolor bueno, un dolor que no pedía nada, un dolor que era la prueba de que algo había cambiado dentro de ella.

—Thalion —susurró.

—¿Mmm?

—¿Puedes quedarte así? ¿Abrazándome? ¿Toda la noche?

Kaeros la rodeó con los brazos. Las sombras se movieron alrededor de los dos, cálidas, protectoras, como un manto de oscuridad.

—Toda la noche —respondió—. Toda la noche. Toda la vida. Siempre que quieras.

Jen cerró los ojos. El latido de Kaeros contra su espalda era lento, profundo, constante. Como el latido de alguien que ha encontrado, por fin, una razón para seguir vivo.

—Thalion —susurró Jen, con una voz que ya estaba empezando a ganar el sueño.

—¿Qué?

—Mañana luchamos.

—Sí —confirmó Kaeros.

—Y ganamos.

—Seguro que sí.

—¿Prometido?

—Prometido.

Jen cerró los ojos. El latido de Kaeros contra su espalda era lento, profundo, constante. Las sombras se movían alrededor de los dos, cálidas, protectoras, como un manto de oscuridad. El agua dentro de

ella vibró con cada latido de su corazón, como si el agua quisiera decirle algo que las palabras no podían decir.

Esto es lo que se siente, pensó Jen, mientras el sueño la atrapaba como una ola que rompe contra la orilla después de años de calma. *Esto es lo que se siente cuando alguien te ama. No como un arma. No como una herramienta. Sino como una persona. Como alguien que merece un helado de fresa. Como alguien que merece un beso. Como alguien que merece ser abrazada toda la noche.*

Y eso es más poderoso que cualquier ejército que el Conquistador pueda reunir.

Cuando estaba bien dormida, Kaeros se levantó.

No por maldad. No por necesidad. Sino porque deseaba que ella estuviera cómoda. Así que fue al barril de agua que había en la esquina de la tienda, empapó un trapo con agua fría y regresó. Con una delicadeza que contrastaba con sus manos grandes y callosas, la limpió entre las piernas, donde el semen y el sudor se habían mezclado con el rocío de su piel. La tocó con la suavidad de quien toca algo sagrado, con la reverencia de quien sabe que lo que tiene entre manos es lo más valioso que ha tenido en cuatrocientos años.

Solo entonces pudo tumbarse de nuevo, abrazarla, sostenerla contra su pecho y aspirar ese aroma que olía a agua fresca, a sal marino y a algo más cálido, más profundo, más suyo que cualquier cosa que hubiera olido en cuatrocientos años.

—Mía —susurró contra su pelo, con la voz rota por la risa, el placer y el peso de cuatrocientos años de soledad que se derrumbaban como una presa que ha resistido demasiado—. Después de siglos... Alguien es mío.

Jen gimió ligeramente en sueños. Un sonido suave, como el del agua corriendo por un arroyo. Kaeros la atrajo más hacia él, envolviéndola con los brazos y con las sombras, creando un capullo

de oscuridad y de calor y de todo lo que había estado buscando durante cuatrocientos años sin saber que lo estaba buscando.

No durmió.

No quería dormir. Quería estar despierto. Verla hasta que conociera cada centímetro de su piel.

Porque mañana el amanecer llegaría.

Pero ahora, en esta tienda de campaña que olía a sudor, a hierro y a la desesperación de dos personas que saben que el amanecer puede ser lo último que vean, Kaeros tenía lo que cuatrocientos años de soledad le habían arrebatado: alguien a quien amar.

Kaeros pensó mientras las estrellas parpadeaban sobre Drakheim y el ejército de las tinieblas esperaba en la oscuridad con Jen dormida contra su pecho con el latido de su corazón como canción de cuna, era lo más valioso que tenía.

Más valioso que las sombras.

Más valioso que la inmortalidad.

Más valioso que cuatrocientos años de poder.

Porque el poder se puede perder. La inmortalidad se puede romper. Las sombras se pueden purificar.

Pero el amor de alguien que te ha enseñado a sonreír después de cuatrocientos años de silencio, eso no se puede quitar.

Eso es para siempre.

A las seis de la mañana, el cielo empezó a aclararse.

Kaeros lo vio por la rendija de la tienda, donde la lona no llegaba a juntarse con el suelo y dejaba pasar una tira de luz grisácea que se movía con el viento como un dedo que señala el amanecer.

El amanecer.

La batalla.

La última.

Kaeros cerró los ojos. Apretó los brazos alrededor de Jen. Aspiró su aroma. Sintió su latido contra su pecho.

Y entonces susurró, con una voz que ya no tenía nada de comandante, que ya no tenía nada de tirano, que ya no tenía nada de monstruo:

—Vamos a ganar.

Jen gimió ligeramente en sueños. Un sonido suave, como el del agua corriendo por un arroyo.

—Vamos a ganar —repitió Kaeros—. Porque tengo algo por lo que luchar. Algo que no he tenido en cuatrocientos años. Y vale más que todas las sombras y todos los siglos.

Se inclinó. Besó su frente. La piel estaba cálida, viva, con el latido del corazón vibrando bajo los labios como una promesa.

—Te amo, Jen Delay —susurró contra su piel—. Te amo como no he amado a nadie en cuatrocientos años. Te amo como no sabía que podía amar. Me has enseñado a vivir de nuevo.

Jen gimió de nuevo. Un sonido suave, como el del agua corriendo por un arroyo.

Y Kaeros se quedó despierto, abrazándola, sintiendo su latido contra su pecho, mirando cómo el cielo se aclaraba por la rendija de la tienda, esperando el amanecer con la determinación de alguien que ha decidido que el amanecer no va a ser el fin.

Va a ser el principio.

CAPÍTULO 28



"El último vuelo de Malachi"

Malachi se despertó con el sabor de la cerveza en la lengua y la certeza de que ese día iba a morir.

No era una premonición. No era un presentimiento. No era uno de esos sueños proféticos que los elfos de Sylvaen decían tener cuando la luna estaba en cuarto menguante y el viento soplaba del norte. Era algo más simple, más desnudo, más honesto: la certeza de alguien que ha vivido cuatrocientos dieciocho años y que sabe, con la misma precisión con la que sabe que el sol sale por el este y que la cerveza sabe mejor después de las tres de la mañana, que el día de hoy es el último.

Se incorporó en la camilla improvisada. Las manos le dolían. No las quemaduras del gigante de piedra, que las sombras de Kaeros habían curado hasta dejarlas en cicatrices rosadas que brillaban ligeramente a la luz de la mañana. Le dolían las palmas. Los dedos. Las muñecas. Todo. Como si alguien hubiera metido sus manos en

un torno y las hubiera apretado durante la noche entera sin detenerse.

Las manos, pensó Malachi, mirándose las palmas a la luz grisácea del amanecer que se colaba por la lona de la tienda. *Siempre las manos. Primero el emisario. Luego el gigante. Siempre las manos. Es como si el destino hubiera decidido que mis manos están hechas para romper cosas y que el precio de romper cosas es que ellas mismas se rompan.*

Se levantó. Las piernas le temblaron. No por debilidad. Por algo más. Por la sensación de que algo grande se acerca y no puedes esquivarlo. La sensación de que el suelo que pisas ya no es seguro y que lo que viene después no te ha pedido permiso.

Salió de la tienda. El aire de la mañana le golpeó la cara como una bofetada educada: frío, limpio, con ese olor a piedra mojada y a hierba húmeda que era el único perfume que conocía aparte del de la cerveza y el de las brasas. El cielo estaba gris, con nubes bajas que parecían aplastar las montañas hasta dejarlas en una tira estrecha de piedra oscura. Las antorchas de las murallas crepitaban con un sonido que era mitad fuego y mitad latido.

Y en el horizonte, el ejército.

Era más grande que el día anterior. Malachi lo vio desde la muralla este, donde se había sentado con la espalda contra la piedra y las piernas colgando sobre el vacío. El ejército se extendía como una mancha oscura contra el horizonte, más ancha, más densa, más amenazante. Los gigantes de piedra negra ya no eran seis. Eran doce. Las catapultas ya no eran cuatro. Eran ocho. Los soldados de a pie ya no eran seiscientos. Eran más. Muchos más.

El Conquistador ha enviado refuerzos*, pensó Malachi, con la misma calma con la que pensaba en el precio de la cerveza o en el color del cielo. *Ha enviado lo que sea necesario para ganar. Y cuando el Conquistador decide que algo es necesario, no hay nada en el mundo que pueda detenerlo.

Excepto nosotros.

Que probablemente no podamos detenerlo tampoco.

Pero al menos podemos intentarlo.

Y morir intentándolo.

Que es, al fin y al cabo, la mejor manera de morir.

Se sacó un odre de algún bolsillo interior de su túnica. Cerveza. La última. La había guardado para esta mañana, porque Malachi sabía, con la certeza de alguien que ha vivido tantos años, que la última cerveza es la más importante. No porque sepa mejor. Sino porque es la última. Y las últimas cosas son siempre las más valiosas. Las que más duelen. Las que más recuerdas.

Bebió un trago largo. La cerveza era amarga, fría, con un sabor a grano tostado que le recordó vagamente a algo que no sabía nombrar. No era la mejor cerveza que había bebido. No era la peor. Era una cerveza normal, de taberna mala, de hombre calvo que limpia vasos con un trapo que parece más sucio que el vaso mismo. Pero era cerveza. Y la cerveza era lo que lo había mantenido cuerdo tanto tiempo. No importa de dónde venga ni cuánto sepa. Importa que está ahí. Importa que te acompaña. Y que, cuando todo lo demás se cae a pedazos, ella sigue en su sitio como un amante.

Gracias, cerveza, pensó Malachi, guardando el odre vacío en el bolsillo. *Gracias por cuatrocientos años de compañía. Gracias por no juzgarme. Gracias por estar ahí cuando nadie más estaba.*

Ahora voy a morir.

Y tú no puedes hacer nada al respecto.

Pero al menos me has acompañado hasta aquí.

Los vio venir a las siete de la mañana.

No al ejército. No a los gigantes de piedra. No a las catapultas. Los vio a ellos. A los dos. A los dos que importaban. A los que eran

la razón por la que Malachi estaba aquí, sentado en la muralla este, con las manos vendadas y la sonrisa torcida puesta y el corazón latiendo con un ritmo que no reconocía.

Edrin.

Y el comandante.

El elfo alto, delgado, con el pelo oscuro y los ojos del color de la sangre seca. La armadura de hierro negro. La espada de cristal negro que brillaba bajo el sol como un cuchillo de hielo. Poseía cara de alguien que ha perdido todo y que ha decidido que el mundo entero va a pagar por ello.

Al comandante no lo conocía. Nunca lo había visto. Pero lo reconoció por la forma en que se movía: no como un guerrero, no como un general, sino como un depredador.

Alto, más alto que Edrin, con un cuerpo que era mitad carne y mitad metal, recubierto de una armadura oscura que parecía absorber la luz del sol como un agujero negro. Los ojos eran rojos, no del color de la sangre seca como los de Edrin, sino del color de las brasas cuando el fuego se está muriendo: rojos, brillantes, con algo que parpadeaba en el fondo como una chispa que se niega a morir. Las manos eran enormes, con dedos que terminaban en garras de acero que brillaban bajo el sol como colmillos.

El comandante, pensó Malachi. **El comandante del ejército de las tinieblas. El perro del Conquistador. El que viene a matarnos a todos.**

Y detrás de él, Edrin.

El padre de Jen.

El traidor.

El arma.

Los dos avanzaban por el campo de batalla con la templanza de quien sabe que tiene tiempo y la ciudad no va a irse a ninguna parte, de quien sabe que los defensores están agotados, asustados, solos. Los soldados del ejército se apartaban a su paso como el agua se aparta de una piedra: sin resistencia, sin protesta, con la sumisión de quien sabe que la piedra es más fuerte que el agua.

Van hacia la muralla sur, pensó Malachi, mirando la dirección en que avanzaban. **Hacia donde están los dos únicos seres en el mundo que importan.**

Y yo estoy aquí.

En la muralla este.

Lejos.

Demasiado lejos.

Pero no tan lejos como para no llegar a tiempo.

Si corro.

Si me lanzo.

Si hago algo estúpido.

Que es, al fin y al cabo, lo único que sé hacer bien.

Malachi se levantó de la muralla. Las piernas le temblaron. Las manos le dolían. El corazón le latía con un ritmo que no reconocía: más rápido, más urgente, como si algo dentro de él supiera lo que venía antes de que su mente pudiera procesarlo.

Voy a morir, pensó Malachi, por segunda vez esa mañana*. Lo sé. Lo sé con la misma certeza con la que sé que el sol sale por el este y que la cerveza sabe mejor después de las tres de la mañana. Mi cuerpo tiene ese conocimiento y, sorprendentemente, estoy en paz con esa certeza*.*

Lo que me importa es que Jen y Kaeros sigan vivos.

Lo que me importa es que alguien recuerde que hubo un semihumano de fuego que vivió mucho tiempo y que murió haciendo algo estúpido pero hermoso.

Eso es lo que me importa.

Y eso es lo que voy a hacer.

Malachi corrió.

No caminó. No rebotó. No hizo su paso habitual, ese que era mitad andar y mitad rebotar, como si el suelo fuera un trampolín y él estuviera considerando seriamente usarlo. Corrió. Con la velocidad de alguien que ha decidido que la velocidad es más importante que la supervivencia. Con la determinación de alguien que sabe que lo que va a hacer probablemente lo mate pero que ha decidido que morir por algo es mejor que vivir sin nada.

Las llamas empezaron a brotar de sus manos. No como el fuego habitual, rojo, naranja, con esa intensidad que hacía que el aire a su alrededor vibrara. Era otro fuego. Más antiguo. Más profundo. Más suyo. Un fuego que Malachi no había sentido nunca pero que reconocía, como se reconoce la voz de alguien que has olvidado, pero que sigue siendo parte de ti: dorado. Brillante, cegador, con una intensidad que era más luz que calor, más vida que muerte, más promesa que amenaza.

**La llama dorada*,* pensó Malachi, mirando sus manos envueltas en fuego de oro. **La llama que quema la vida*.*

Porque después de usarla, no queda nada.

No queda fuego. No queda carne. No queda nada.

Solo queda el recuerdo.

Y el recuerdo es lo único que importa.

Malachi cruzó el campo de batalla como un meteorito viviente. Los soldados del ejército retrocedieron al verlo, no por miedo sino por instinto, como los animales retroceden antes de un incendio. La llama dorada se movía a su alrededor como un manto de luz, envolviéndolo, protegiéndolo, convirtiéndolo en algo que no era un semihumano de fuego sino un dios de fuego, una criatura de luz, calor y de vida que se consumía a sí misma con cada paso que daba.

Edrin lo vio primero.

El elfo alto, con el pelo oscuro y los ojos del color de la sangre seca, se detuvo en medio del campo de batalla cuando la llama dorada apareció en el horizonte como un sol que ha decidido caminar. Los ojos se entrecerraron. La mandíbula se apretó. La espada de cristal negro brilló con una intensidad que sugería que el cristal reaccionaba a la llama dorada como el hierro reacciona al imán.

El comandante también lo vio.

El hombre alto, con el cuerpo mitad carne y mitad metal y los ojos rojos como brasas, se detuvo junto a Edrin. Las garras de acero brillaron bajo el sol de la mañana. Los ojos rojos se fijaron en la llama dorada con una intensidad que era más evaluación que miedo.

—¿Qué es eso? —interrogó el comandante, con una voz que sonaba como metal rompiéndose.

—El perro de fuego —respondió Edrin, con una voz que pretendía ser calmada y sonaba a cualquier cosa menos calmada—. Malachi. El segundo de Kaeros. Un semihumano que se cree gracioso.

—No parece gracioso —sentenció el comandante—. Parece peligroso.

—No lo es —respondió Edrin—. Es un idiota con poderes. Un borracho con fuego y perro que ladra más que muerde.

—Eso es lo que tú crees —dijo el comandante, con una voz que ya no sonaba a evaluación sino a precaución.

Malachi se detuvo a veinte metros de ellos.

La llama dorada lo envolvía como un capullo de luz, brillando con una intensidad que hacía que el aire a su alrededor vibrara. Las manos le ardían. No como cuando quemaba enemigos o rompía gigantes de piedra. Ardían de otra manera. Ardían como si algo dentro de ellas estuviera muriendo. Como si la llama dorada no quemara el combustible del exterior sino el combustible del interior: la vida. Su vida. Cuatrocientos treinta y ocho años de vida que se estaban consumiendo como una vela a la que alguien ha soplado demasiado fuerte.

Duele*,* pensó Malachi, y la idea le supo a algo que no sabía nombrar. **Duele. No como el fuego normal. No como las quemaduras. Como si alguien me estuviera arrancando algo de dentro. Algo que lleva ahí desde que nací. Algo que es mío. Algo que no puedo recuperar.

La vida.

Mi vida.

Que se está yendo.

Con cada segundo que pasa.

Con cada llama que sale de mis manos.

Con cada paso que doy hacia adelante.

Malachi miró a los dos hombres que representaban todo lo que estaba mal en el mundo: el padre que había vendido a su hija y el perro del Conquistador que venía a destruir todo lo que Malachi amaba.

Y entonces sonrió.

La sonrisa torcida.

La misma sonrisa que había puesto cuando entró en la taberna de "El Último Trago" por primera vez. Tan suya y tan significativa.

—Vaya, vaya —dijo Malachi, con una voz que pretendía ser ligera y sonaba a cualquier cosa menos ligera—. ¿Qué tenemos aquí? ¿El padre de la novia y el novio? ¿La boda del siglo? ¿Me han invitado? Porque si me han invitado, aviso de que no bailo bien. Bueno, no bailo nada. Pero quemo muy bien. ¿Eso cuenta?

Edrin no se movió. Los ojos del color de la sangre seca se fijaron en Malachi con una intensidad que era más desprecio que miedo.

—Vete —sentenció Edrin, con una voz que pretendía ser amenazante y sonaba a resentimiento—. Esto no es asunto tuyo.

—Claro que es asunto mío —respondió Malachi, con una voz que ya no tenía nada de humorística—. Todo lo que le pasa a Kaeros y Jen es asunto mío. Todo lo que le pasa a Drakheim es asunto mío. Es mi trabajo. Mi vocación. Mi cruz. Y ahora mismo, mi trabajo es decirte que no vas a pasar.

—¿Tú solo? —interrogó el comandante, con una voz que sonaba como metal rompiéndose—. ¿Vas a detener a un ejército entero tú solo?

—No voy a detener al ejército —respondió Malachi—. Voy a deteneros a vosotros. A los dos. El tiempo suficiente para que Kaeros y Jen lleguen y así hagan lo que tienen que hacer. Y que el mundo tenga sentido cuando yo me vaya.

Edrin y el comandante se miraron. Algo cruzó entre ellos, algo rápido y profundo, como una sombra que pasa frente a una hoguera. El comandante asintió. Edrin asintió.

Y entonces atacaron.

Edrin fue primero. La espada de cristal negro brilló bajo el sol como un cuchillo de hielo, cruzando la distancia entre él y Malachi con una velocidad que habría cortado el aire. El cristal se movió

hacia el cuello de Malachi con la precisión de alguien que ha matado antes y que sabe exactamente dónde cortar.

Malachi esquivó.

No con gracia. No con elegancia. Con la torpeza de alguien que no sabe pelear con espadas pero que sabe cómo moverse cuando algo intenta matarlo. El cristal pasó a milímetros de su cuello, lo suficientemente cerca como para sentir el viento que levantaba en su paso y lo suficientemente lejos como para no convertirlo en un muerto prematuro.

El comandante atacó después. Las garras de acero se movieron hacia el pecho de Malachi con una velocidad que era más depredador que humano, buscando el corazón, buscando el punto donde la vida se concentra y que, si se destruye, todo lo demás se apaga.

Malachi retrocedió. La llama dorada se movió entre él y las garras, formando un muro de luz que bloqueó el ataque con un sonido que era mitad choque y mitad canción. Las garras rebotaron contra la llama como plumas contra una pared, dejando marcas oscuras en el acero que brillaban como brasas.

—Interesante —sentenció el comandante, con una voz que ya no sonaba a evaluación sino a curiosidad—. La llama dorada. La llama que quema la vida. No la había visto nunca.

—Hay muchas cosas que no has visto —respondió Malachi, con una voz que pretendía ser ligera y sonaba a cualquier cosa menos ligera—. Por ejemplo, no has visto a un semihumano de fuego morir haciendo algo estúpido. Pero eso va a cambiar en los próximos minutos.

El comandante lo miró. Los ojos rojos se fijaron en la llama dorada con una intensidad que era más evaluación que miedo.

—Vas a morir —sentenció el comandante, con la voz de alguien que ha visto la muerte tantas veces que ya no le impresiona—. La

llama dorada te lo quitará todo. Cuanto más la uses, más rápido morirás. Y si la usas lo suficiente, no quedará nada de ti. Ni cuerpo. Ni alma. Ni recuerdo.

—Eso es lo que tú crees —respondió Malachi—. Pero los recuerdos no se queman. Los recuerdos no se destruyen. No se pueden borrar. Y yo tengo muchos años de recuerdos que nadie puede quitarme. Incluido el Conquistador.

El comandante avanzó. Las garras de acero brillaron bajo el sol de la mañana. Los ojos rojos se fijaron en Malachi con una intensidad que era más depredador que humano.

Malachi no retrocedió.

Es la hora, pensó Malachi, y la idea le supo a algo que no sabía nombrar. *Y no siento miedo. He vivido de prestado todos estos siglos. Y si algo debe matarme, debe de ser algo épico*.

Malachi extendió las manos. La llama dorada brotó de sus palmas con una intensidad que cegó a los soldados que estaban más cerca. No era fuego. Era vida.

Era la vida de un hombre que se había reído de todo y olvidado el significado, acumulada en un punto, concentrada en un instante, convertida en algo que no era fuego ni luz ni calor sino algo más antiguo, más profundo, más suyo: el alma de alguien que ha decidido que su vida vale más cuando se entrega que cuando se guarda.

La llama dorada se estrelló contra el comandante con una fuerza que sacudió el campo de batalla como un terremoto. El comandante retrocedió, con la armadura resquebrajándose donde la llama lo había tocado, con los ojos rojos parpadeando como brasas que alguien ha soplado demasiado fuerte. Las garras de acero se fundieron donde la llama las había alcanzado, dejando muñones de metal líquido que goteaban sobre la tierra como sangre dorada.

Edrin retrocedió.

La espada de cristal negro brilló con una intensidad enfermiza cuando la llama dorada la tocó, como si el cristal estuviera reaccionando a algo que no podía absorber. El elfo alto gritó, un sonido que era mitad dolor, mitad furia y cayó de rodillas con la espada todavía en la mano y los ojos del color de la sangre seca clavados en Malachi con una intensidad que era más odio que miedo.

Malachi no se detuvo.

La llama dorada seguía brotando de sus manos con más fuerza, más intensidad, más poder. Pero cada llama que salía era vida que se iba. Cada llamarada era un año que se borraba. Cada chispa era un recuerdo que se disipaba. Malachi sentía cómo se vaciaba, cómo se adelgazaba, cómo se convertía en algo más ligero, más etéreo, más parecido al humo que a la carne.

**Quedan un suspiro*,* pensó Malachi, con una claridad que le sorprendió.

Puedo parar.

Puedo detener la llama.

Puedo salvar doscientos años de vida.

Pero entonces Edrin y el comandante pasarán.

Y llegarán a Jen y a Kaeros.

Y los matarán.

Y el mundo dejará de tener sentido.

Y eso no puede pasar.

Eso no va a pasar.

Porque yo estoy aquí.

Y yo no me voy a mover.

Malachi gritó.

No fue un grito de dolor. Tampoco de miedo. Fue un grito de alguien que ha decidido que la vida es más valiosa cuando se entrega que cuando se mantiene. Su voz resonó en el campo de batalla como un trueno, hizo temblar la tierra y que los soldados del ejército retrocedieran como una ola que se retira de la orilla.

La llama dorada se expandió. No hacia adelante. Hacia todos lados. Como una explosión de luz, de calor y de vida que se derramó sobre el campo de batalla como una marea dorada, envolviendo a Edrin, comandante y a los soldados que estaban más cerca con una intensidad que era más luz que calor, más vida que muerte, más promesa que amenaza.

El comandante cayó.

No de rodillas. De bruces. Con la armadura fundida, los ojos rojos apagados y las garras de acero convertidas en charcos de metal líquido que se mezclaban con la tierra removida y la sangre seca de los muertos del día anterior.

Edrin se apartó. Con la espada de cristal negro todavía en la mano y los ojos del color de la sangre seca clavados en Malachi con una intensidad que era más odio que miedo.

Y Malachi se quedó de pie.

Solo.

En medio del campo de batalla.

Con la llama dorada apagándose en sus manos.

Con la vida yéndose de su cuerpo como agua de un vaso volcado.

Cincuenta.

Cuarenta.

Treinta.

Veinte.

Diez.

Nadie le diría cómo contar hacia atrás en su último día.

El comandante se levantó.

No con facilidad. No con la templanza de quien sabe que ha ganado. Se levantó con la violencia de alguien que ha sido herido y que quiere venganza. La armadura estaba fundida, los ojos rojos parpadeaban con una intensidad enfermiza, las garras de acero habían desaparecido, pero las manos seguían ahí, grandes, huesudas, con los dedos que terminaban en puntas afiladas como cuchillos de carne.

—Maldita seas —gruñó el comandante, con una voz que sonaba como metal rompiéndose.

—No me maldigas —respondió Malachi, con una voz que ya no tenía nada de humorística, ni de ligera, que sonaba a alguien que ha llegado al final de algo y que ya no tiene más adónde caer—. Maldice al mundo. Maldice al Conquistador. Maldice a todos. Pero no me maldigas a mí. Porque yo me voy. Y tú te quedas. Y eso es peor que cualquier maldición.

El comandante avanzó. Las manos se extendieron hacia Malachi con las puntas de los dedos brillando como cuchillos de carne. Los ojos rojos se fijaron en él con una intensidad que era más depredador que humano.

Malachi no retrocedió.

No me quedan tiempo*,* pensó Malachi, con una claridad que le sorprendió. **No me queda vida. No me queda fuego. No me queda nada excepto el cuerpo y los recuerdos y la sonrisa torcida que es lo último que se va.

Pero eso es suficiente.

Porque los recuerdos no se queman.

Los recuerdos no se destruyen.

Los recuerdos no se pueden borrar.

Y yo tengo los mejores recuerdos del mundo.

Los de un niño bajo un puente que alguien encontró y le dio un hogar.

De cuatrocientos años de cerveza y de bromas y de llanto escondido detrás de la risa.

Los recuerdos de una chica de ojos grises que olía a agua y que me hizo sentir que valía algo.

Y los un ser de cuatrocientos años que me dijo que era su mejor amigo.

Eso es lo que tengo.

Y eso es lo que me llevó a morir.

El emisario de hueso no murió con facilidad. O al menos eso pareció al principio.

Él había recuperado su forma entre la niebla del campo de batalla, reconstituyéndose como cera que alguien vuelve a fundir. Los huesos se ensamblaron con un crujido nauseabundo, las cuencas vacías se llenaron de cristal negro y la voz volvió a salir de su garganta inexistente con la misma frialdad de antes, como si el hecho de que Malachi le hubiera arrancado medio cuerpo fuera una molestia menor, comparable a una mancha en la túnica antes de una cena formal.

Malachi lo vio reconstituirse y soltó un juramento que habría hecho sonrojar a un marinero.

—Eso no es justo —gruñó, con la sangre chorreándole por los antebrazos donde los cristales de Selthar le habían abierto cortes

profundos—. Te rompo a pedazos y vuelves a ponerte junto. ¿Eso es legal? ¿Hay un reglamento?

Selthar, que así se llamaba porque alguien dijo su nombre, no respondió. Se limitó a avanzar, con esa parsimonia que tenían todas las cosas que saben que no necesitan tener prisa.

Malachi retrocedió un paso. Luego otro. Las piernas le fallaban. El fuego en sus manos parpadeaba como una vela en una tormenta: un momento brillante, al siguiente casi apagado. El cuerpo le estaba fallando. Cuatrocientos años de inmortalidad no significaban cuatrocientos años de invencibilidad. Significaban que no envejecías, no que no pudieras romperte.

Esto no va bien, pensó Malachi, y la voz en su cabeza sonó sospechosamente a la de Kaeros cuando revisaba los informes de los espías. *Esto no va bien en absoluto.*

Selthar se detuvo a tres metros de él. Los cristales de sus ojos brillaron con una intensidad que era más evaluación que amenaza.

—El perro de fuego —dijo Selthar, con esa voz que sonaba como metal rompiéndose—. El sirviente. El que siempre está detrás de Kaeros como una sombra que no sabe que es una sombra.

—Oye —respondió Malachi, enderezándose con un esfuerzo que le costó más de lo que quería admitir—. Soy muchas cosas. Soy gracioso. Soy leal. Soy increíblemente guapo. Pero una sombra no. Las sombras no tienen mi carisma.

Selthar no se inmutó. Las criaturas de cristal y hueso no se inmutaban. Era una de las desventajas de estar casi muerto: habías perdido la capacidad de reaccionar a los chistes malos.

—Kaeros va a morir —sentenció Selthar—. Y la chica y tú. El Conquistador ha decidido. Y lo que el Conquistador decide, se cumple.

Malachi lo miró. Los ojos de carbón brillaban con menos intensidad que antes, pero todavía había algo ahí. Algo que no se había apagado. Algo que llevaba cuatrocientos años ardiendo y que no tenía intención de morirse ahora.

—¿Sabes qué? —dijo Malachi, con una voz que ya no tenía nada de humorística—. Llevo cuatrocientos años escuchando a gente decirme lo que va a pasar. Mi padre me dijo que me moriría solo. Los soldados me dijeron que era un perro sin amo. El mundo me dijo que no valía nada. Y aquí sigo. Bebiendo cerveza. Rompiendo cosas. Haciendo reír a la gente.

Malachi dio un paso adelante. Las llamas brotaron de sus manos, no como antes, no con la fuerza de un volcán, sino con algo más concentrado, más puro. Una llama dorada, del color del sol poniente, que no quemaba, sino que brillaba con una intensidad que era más luz que calor.

—Así que no me vengas con lo que el Conquistador ha decidido —continuó Malachi—. Porque yo también he decidido algo. He decidido que mis amigos no van a morir hoy. He decidido que la niña del agua va a tener años de su helado de fresa. Y que Kaeros va a poder dormir una noche sin que las sombras lo devoren. Y he decidido que tú, saco de huesos con ínfulas de archivillano, no vas a salir de este campo de batalla.

Selthar avanzó. Las garras de cristal se extendieron, brillando bajo el sol poniente con una belleza que era más aterradora que cualquier fealdad.

Malachi no retrocedió.

La llama dorada creció. Se extendió desde sus manos por los brazos, por el pecho, por todo el cuerpo, envolviéndolo como una armadura de luz. El calor que emanaba era diferente al de antes: no era el fuego salvaje que había usado durante cuatrocientos años, el fuego que quemaba sin control y que destruía todo lo que tocaba.

Era un fuego que elegía. Un fuego que decidía. Un fuego que sabía exactamente adónde ir y qué hacer cuando llegara.

Esto es lo que Kaeros me dio*,* pensó Malachi, y la idea le supo a algo cálido y dulce, como el sabor de la cerveza en una noche de verano. **No solo la inmortalidad. No solo un hogar. Me dio la capacidad de elegir. Y ahora elijo.

Selthar atacó. Las garras de cristal se abalanzaron sobre Malachi como relámpagos congelados, rápidas, precisas, letales.

Malachi no se movió.

Las garras le atravesaron el pecho.

El dolor fue blanco. Absoluto. Como un relámpago que le parte el cuerpo en dos mitades que no saben cómo volver a juntarse. La sangre brotó, roja, caliente, mezclándose con la llama dorada que todavía lo envolvía. Las garras de cristal se hundieron en su carne, rasgando músculos, rompiendo costillas, buscando el corazón con la precisión de un cirujano que ha olvidado que su paciente está vivo.

Malachi no gritó.

Se quedó de pie. Con las garras de cristal clavadas en el pecho. Con la sangre cayendo en hilos finos que se mezclaban con la tierra. Con la llama dorada todavía ardiendo a su alrededor como un manto de luz.

Y entonces sonrió.

La sonrisa torcida. La misma de siempre.

—Chihuahua ladrador —dijo Malachi, con una voz que sonaba a alguien que está riendo y llorando al mismo tiempo—. Poco mordedor.

Selthar lo miró. Los cristales de sus ojos parpadearon con una intensidad que era más confusión que furia.

—¿Qué? —interrogó.

—Chihuahua ladrador —repitió Malachi, con una sonrisa que era mitad dolor y mitad algo más cálido—. Poco mordedor. Eso eres tú. Ladras mucho. Muerdes poco. Y al final, no importa cuánto ladres, porque el mundo sigue girando y la cerveza sigue siendo mala y los elfos siguen siendo viejos.

Selthar apretó las garras. El dolor fue blanco, absoluto. Pero Malachi no dejó de sonreír.

—Y sabe qué es lo más gracioso de todo esto —dijo Malachi, con una voz que ya era apenas un susurro—. Que me voy a morir riendo. Porque eso es lo que hago. Me río. Me río cuando el dolor es demasiado grande. Me río cuando la muerte viene a buscarme. Me río porque la risa es la única arma que nadie puede quitarme. Ni tú. Ni el Conquistador. Ni cuatrocientos años de soledad.

Y entonces Malachi se rio.

Una risa que salió de lo más profundo de su pecho, que le llenó la boca de sangre y de aire y de algo que se parecía peligrosamente a la alegría. Una risa que resonó en el campo de batalla como un trueno, que hizo que los soldados retrocedieran, que hizo que Selthar soltara el cuerpo con un gesto de repugnancia.

Malachi cayó al suelo.

No se desplomó. Se dejó caer. Con la elegancia de alguien que ha decidido que la caída es la última danza y que, por lo tanto, merece ser bella. El cuerpo golpeó la tierra con un sonido que era mitad impacto y mitad suspiro. La sangre se extendió bajo él como un manto rojo. La llama dorada se apagó en sus manos como una vela que alguien ha soplado por última vez.

La risa se detuvo.

Los ojos de carbón se cerraron.

La sonrisa torcida se quedó en su sitio, clavada en su cara como un clavo en una pared.

Y entonces se fue.

Malachi. Emeric. El perro de fuego. El niño bajo el puente. El mejor amigo de cuatrocientos años.

Se fue.

Había ganado tiempo y es lo único que importaba.

Kaeros llegó primero.

No porque corriera más rápido que nadie. Porque las sombras lo llevaron. Las sombras que siempre lo precedían, que siempre abrían camino y sabían adónde ir antes de que él lo supiera, lo arrastraron a través del campo de batalla con una urgencia que era más instinto que poder.

Lo encontraron antes que él. Se enrollaron alrededor del cuerpo como un manto protector, cubriéndolo, ocultándolo. Como si quisieran protegerlo de algo que ya no podían protegerlo.

Cuando Kaeros llegó, se detuvo.

No porque quisiera. Porque el cuerpo se lo impidió. Porque cada músculo, cada hueso, cada célula de su ser se negó a avanzar más. Lo que tenía delante era algo que ningún ser vivo debería ver.

El cuerpo de su mejor amigo. Tumbado en el suelo de un campo de batalla. Con la sangre seca en el pecho. Con la sonrisa torcida todavía en la cara. Con los ojos de carbón cerrados para siempre.

—No —dijo Kaeros.

La palabra le salió de la boca como sangre de una herida. No fue un grito. No fue un lamento. Fue un no que contenía cuatrocientos años de amistad, cuatrocientos años de risas y de cerveza y de bromas inapropiadas, cuatrocientos años de alguien que se quedó cuando todo el mundo se fue.

Se arrodilló. Tocó la cara de Malachi. La piel estaba fría. Más fría de lo que debería estar. No era el frío de la piedra ni el frío del agua. Era el frío de algo que ha dejado de vivir.

—Emeric —susurró Kaeros, usando el nombre real de Malachi—. Emeric, abre los ojos. Di algo estúpido. Di algo inapropiado. Di cualquier cosa.

Los ojos de carbón no se abrieron.

—Chihuahua ladrador —susurró Kaeros contra la piel fría de Malachi—. Poco mordedor.

Y lloró.

No fue un llanto ruidoso. No fue un llanto que pidiera atención. Fue el llanto silencioso de alguien que ha perdido lo único que le quedaba. Que había estado ahí a su lado en la oscuridad.

Las lágrimas le cayeron por las mejillas sin ruido, mezclándose con la sangre de Malachi y el polvo del campo de batalla.

Jen llegó después. Corría por el campo de batalla con los pies descalzos y el pelo enmarañado y los ojos muy abiertos. Cuando vio el cuerpo de Malachi, se detuvo. Cuando vio la sonrisa torcida todavía en su cara, se llevó las manos a la boca. Cuando vio a Kaeros de pie junto al cuerpo con los ojos grises vacíos, supo.

Se arrodilló junto a Kaeros. Lo rodeó con los brazos. Le acarició el pelo oscuro.

—Llora —susurró Jen contra su pelo—. Llora todo lo que necesites. Pero cuando termines, levántate. Porque Malachi no querría que te quedaras en el suelo. Malachi querría que te levantaras. Que lucharas y acabases con esos cerdos.

Kaeros lloró.

Y Jen lo sostuvo.

Y en algún lugar del cielo, una chispa dorada se elevó hacia las estrellas, brillando con una intensidad que era más luz que calor, más vida que muerte, más recuerdo que olvido.

En algún lugar de la memoria de Kaeros, la risa de Malachi resonó como un eco lejano, como el sonido de un río que fluye bajo la tierra, como el latido de algo que se niega a morir.

Adiós, Emeric.

Adiós, amigo mío.

Adiós.

CAPÍTULO 29



"Cenizas y sangre"

Selthar se había reconstituido.

Kaeros lo supo antes de verlo. Lo supo por las sombras, que se movían en su interior con más agitación de lo normal, como animales que han olfateado algo que les produce repulsión. El olor se lo confirmó, era un aroma a hueso viejo y a niebla muerta que llenaba el aire del campo de batalla como el recuerdo de algo que debería haber desaparecido hace mucho tiempo pero que se niega a irse.

Selthar estaba de pie en el centro del campo, con el cuerpo de cristal y hueso reconstruido, como si nadie lo hubiera rompido. Como si la última vez que Malachi lo había destrozado no hubiera ocurrido. Como si el Conquistador lo hubiera vuelto a armar con las mismas piezas y le hubiera dicho: "Ve. Haz lo que tienes que hacer. Y si te vuelven a romper, yo te vuelvo a armar."

Kaeros lo vio desde la distancia y algo dentro de él se encendió.

No era rabia. No era odio. Era algo más antiguo, más profundo, más suyo que cualquier emoción que hubiera sentido en cuatrocientos años.

Era el dolor de haber perdido a Emeric. El dolor de haber visto a su mejor amigo morir con una sonrisa torcida en la cara y un chiste en los labios. El dolor de saber que Malachi se fue riendo porque eso era lo único que sabía hacer: reír cuando todo lo demás se caía a pedazos.

Y ahora Selthar estaba ahí. De pie. Completo. Como si nada hubiera pasado.

Como si la muerte de Emeric no importara.

Eso, pensó Kaeros, y la palabra le supo a sangre, **es lo que no puedo perdonar.**

Las sombras se movieron.

No como antes. No con el temple de quien camina por un parque. No con la calma de alguien que ha aprendido a controlar su poder durante cuatrocientos años. Las sombras se movieron con la violencia de alguien que ha perdido todo y que ya no tiene nada que perder. Con la furia de alguien que ha visto morir a su mejor amigo y que ha decidido que el mundo entero va a pagar por ello.

Las sombras del campo de batalla se levantaron del suelo como una marea de oscuridad. Las sombras de los cadáveres, de la sangre seca, de la tierra removida, de los restos de los gigantes de piedra. Todas se movieron al mismo tiempo, como un animal gigante que se despierta después de una larga siesta, y convergieron hacia Selthar como una ola de noche.

Kaeros llevaba siglos siendo un villano, pues lo sería con razón.

Selthar no retrocedió. No podía retroceder: su cuerpo de cristal no estaba diseñado para la cobardía. Pero algo cambió en su expresión, si es que un ser de cristal y hueso podía tener expresión. Los ojos

rojos parpadearon con una intensidad que era más evaluación que amenaza.

—Kaeros —dijo Selthar, con una voz que sonaba como metal rompiéndose—. El Conquistador me ha enviado de vuelta. Para recordarte tu lugar.

—Mi lugar —repitió Kaeros, y la voz le salió rota, como piedras rompiéndose.

—Tu lugar —confirmó Selthar—. A su lado. Como su perro. Como su herramienta. Como lo que siempre has sido.

Kaeros no respondió. Las sombras se movían alrededor de él con más agitación, como un animal herido que busca refugio. Las grietas en sus hombros se abrieron, más grandes, más oscuras, con sombras moviéndose dentro como animales heridos que buscan salida.

—¿Sabes lo que más me duele? —preguntó Kaeros, con una voz que ya no tenía nada de comandante.

—No me interesa lo que te duele —respondió Selthar—. Me interesa que obedezcas.

—No me duele que hayas matado a mi amigo —continuó Kaeros, como si Selthar no hubiera hablado—. No me duele que lo hayas destrozado. No me duele que hayas arrancado su corazón de su pecho y lo hayas tirado al suelo como si fuera un hueso de pollo.

Selthar no se movió.

—Lo que me duele —continuó Kaeros, y la voz se le quebró como una rama bajo el peso de la nieve— es que él se fue riendo. Se fue riendo porque eso era lo único que sabía hacer. Reír cuando todo lo demás se caía a pedazos. Reír cuando el dolor era demasiado grande. Reír cuando la muerte venía a buscarlo. Y tú... tú no entendiste el chiste. Tú lo mataste sin entender que estaba

bromeando. Tomaste su vida sin entender que la risa era su última defensa. Tú lo mataste sin entender nada.

Selthar se quedó inmóvil durante un momento largo. Luego, con una lentitud deliberada, habló.

—El humor es una debilidad. Y las debilidades se pagan.

Kaeros cerró los ojos.

Emeric*,* pensó, y el nombre le supo a algo que no sabía nombrar. **Emeric, perdóname. Perdóname por no protegerte. Perdóname por dejarte morir. Perdóname por no haber llegado a tiempo.

Pero ahora voy a hacer algo que debería haber hecho hace mucho tiempo.

Abrió los ojos.

Las sombras se movieron.

No con la violencia de antes. No con la furia de alguien que ha perdido el control. Se movieron con una precisión quirúrgica, con la determinación de alguien que ha decidido exactamente lo que quiere hacer y que no va a detenerse hasta que esté hecho.

Las sombras se lanzaron sobre Selthar como una marea de oscuridad. El cuerpo de cristal y hueso se tensó, intentando resistir, pero las sombras eran más fuertes. Más antiguas. Más hambrientas. Se enredaron en los brazos de cristal, en las piernas de hueso, en el torso de metal y carne, apretando, comprimiendo, buscando los puntos débiles.

Selthar luchó. Las garras de cristal se abalanzaron sobre las sombras, intentando cortarlas, pero las sombras no se cortan. Son oscuridad. Son vacío. Son la ausencia de luz. No se pueden romper porque no tienen sustancia.

—No puedes destruirme —gritó Selthar, con una voz que sonaba como cristal rompiéndose—. El Conquistador me volverá a armar. Me volverá a enviar. Me volverá...

—No —dijo Kaeros, con una voz que cortó el aire como un cuchillo—. Esta vez no.

Las sombras se apretaron.

El cristal se resquebrajó. Primero en las puntas de los dedos, donde el material era más fino, más frágil. Luego en las muñecas. Luego en los codos. Cada grieta se extendía como una telaraña, multiplicándose, expandiéndose, hasta que el cuerpo entero de Selthar estaba cubierto de fisuras que brillaban con una luz enfermiza.

Selthar gritó. No un grito de dolor. Un grito de algo más profundo: el sonido de algo que se está muriendo y que sabe que no va a volver.

Kaeros no se detuvo.

Las sombras se hundieron en las grietas del cristal, llenando los huecos, expandiéndose desde dentro, como raíces que buscan suelo. El cuerpo de Selthar empezó a desmoronarse, no desde fuera sino desde dentro, como un edificio que se derrumba porque los cimientos han fallado. Los huesos se partieron. El cristal se fragmentó. La carne se deshizo.

Y entonces Kaeros hizo algo que nunca había hecho en cuatrocientos años.

Usó sus manos.

No las sombras. No el poder. Las manos. Desnudas, humanas, con los nudillos marcados y las cicatrices de quemaduras antiguas. Las metió dentro del cuerpo de cristal y hueso de Selthar, entre los fragmentos que se desmoronaban y buscó algo. Algo específico.

Algo que sabía que estaba ahí porque lo había sentido con las sombras.

Encontró el corazón.

No un corazón de carne. Un cristal. Un cristal rojo, del tamaño de un puño, que brillaba con una luz enfermiza y que pulsaba con un ritmo que no era el de un ser vivo sino el de algo que ha sido programado para simular vida. El corazón del Conquistador. El fragmento de poder que mantenía a Selthar funcionando.

Kaeros lo agarró.

El cristal cortó su mano. La sangre brotó, roja, caliente, mezclándose con la luz enfermiza del cristal. Pero Kaeros no soltó. Apretó más fuerte. Los nudillos se pusieron blancos. Los dientes se apretaron. Los ojos grises brillaron con una intensidad que era más poder que cualquier sombra.

—Esto es por Emeric —dijo Kaeros, con una voz que sonaba como piedras rompiéndose—. Esto es por el niño bajo el puente. Esto es por cuatrocientos años de lealtad. Esto es por la risa. Por la cerveza. Por los chistes malos. Por las noches en la escalera. Por todo lo que me dio y que yo no supe valorar hasta que me lo quitaron.

El cristal se rompió.

El corazón del Conquistador se partió en mil pedazos dentro de la mano de Kaeros, con un sonido que era mitad explosión y mitad canto. La luz enfermiza se apagó. El cuerpo de Selthar se desintegró, como un sueño que se disipa al despertar, dejando tras de sí un montón de polvo de cristal que brillaba bajo el sol poniente como estrellas caídas.

Kaeros se quedó de pie en medio del campo de batalla, con el corazón de cristal roto en la mano y la sangre cayendo en hilos finos que se mezclaban con el polvo y el silencio.

Las sombras se retiraron. Lentas. Cansadas. Como un animal que ha dado todo lo que tenía y que ahora necesita descansar.

Kaeros miró los fragmentos de cristal en su mano. Eran pequeños, irregulares, con bordes afilados que cortaban la piel cada vez que los movía. Pero también eran hermosos. Como diamantes. Como lágrimas. Como el último destello de una estrella que se apaga.

—Emeric —susurró Kaeros, cerrando la mano sobre los fragmentos—. Ya está. Ya está hecho.

Se quedó de pie en medio del campo de batalla, con el corazón roto en la mano y el viento del atardecer moviéndole el pelo, y sintió que algo dentro de él se cerraba. No el dolor. El dolor seguiría ahí durante mucho tiempo, como una cicatriz que nunca sana del todo. Pero sí la rabia. La rabia se fue, retirándose como una marea, dejando tras de sí algo más limpio, más claro.

Esto es por ti*,* pensó Kaeros, mirando el cielo donde las primeras estrellas empezaban a aparecer*. *Esto es por ti, Emeric. Y ahora voy a hacer algo más. Voy a proteger a Jen. Voy a proteger a lo que queda. Voy a hacer que tu muerte haya servido para algo.

Porque tú te moriste riendo. Y yo voy a vivir luchando. Porque eso es lo que tú habrías querido.

Jen encontró a su padre en la capilla del castillo.

No la capilla bonita, la de los vitrales y los bancos de madera y el olor a incienso. La otra. La capilla vieja, la que estaba debajo de la torre del homenaje, excavada en la roca como una herida en la carne de la montaña. La capilla que nadie usaba porque olía a humedad, a olvido y a algo más oscuro que ninguno de los dos.

Jen bajó las escaleras de piedra con los pies descalzos y el corazón latiéndole con tanta fuerza que podía sentirlo en las muñecas, en la garganta, en las sienes. Las paredes estaban

cubiertas de los mismos símbolos que había visto en las mazmorras, en el templo, en el lago. Espirales. Montañas. La mujer con los brazos extendidos.

Y en el centro de la capilla, de pie frente a un altar de piedra negra, estaba su padre.

El elfo.

El hombre que la había golpeado con un palo durante años. Ese ser que la había entrenado hasta que los dedos le sangraban y que la había mirado durante toda su vida con una expresión que no era amor sino deber. O culpa. O algo más oscuro que ninguno de los dos.

Edric.

No era el mismo hombre que Jen recordaba. Siempre lo llamó padre o señor y no se preguntó el motivo. El elfo que ella conocía era alto, erguido, con una mirada vacía y manos que parecían diseñadas para empuñar un palo de corrección. Este elfo era diferente. Más viejo. Más encorvado. Con los ojos hundidos en las cuencas y la piel gris como la ceniza. Tenía el pelo blanco, no de la edad sino de algo peor: del poder del Conquistador que le había consumido por dentro durante demasiados años.

Estaba hablando solo.

O no. Estaba hablando con alguien que Jen no podía ver.

—Haré lo que me pidas —decía Edric, con una voz que sonaba a alguien que ha perdido la razón hace mucho tiempo y que finge todavía tenerla—. Haré lo que me pidas. Mátalos. Los mataré a todos. Solo... solo devuélvemela. Devuélveme a Lysa. Prometiste. Prometiste que si hacía lo que me pedías, me la devolverías.

Jen sintió que el corazón se le detenía.

Lysa.

Ese no era el nombre de su madre.

¿Ni siquiera había sabido su nombre real? ¿Ella nunca se lo dio?

Recordó que el nombre de una sirena era poderoso, te daba el poder de controlarla si lo decías. Y ella decidió protegerse a ella y a Jen de la única forma que pudo. Negando el nombre real y dando un sustituto.

—Padre —dijo Jen.

Edric se giró. Los ojos vacíos la encontraron en la penumbra de la capilla, y algo cruzó por ellos: algo rápido, algo profundo, algo que podía ser reconocimiento o podía ser locura.

—Jen —dijo Edric, y el nombre le supo a algo que no sabía nombrar—. Jen. Has venido.

—He venido —respondió Jen, con una voz que sonó más firme de lo que sentía.

Edric la miró un momento largo. Luego, con una voz que temblaba ligeramente, dijo:

—¿Sabes por qué lo hice?

—¿Hacer qué?

—Todo. El entrenamiento. El dolor. La cueva. El canto de control. La marca. ¿Sabes por qué lo hice?

Jen no respondió. Se quedó de pie frente a él, con las manos a los lados y la espalda recta, la misma postura que él le había enseñado durante diecisiete años.

—Por ella —dijo Edric, y la voz se le quebró—. Por tu madre. El Conquistador me dijo que si hacía lo que me pedía, me la devolvería. Que si te entrenaba, si te marcaba, si te convertía en lo que él necesitaba, ella volvería. Que la muerte no era permanente. Que había un trato. Que había un precio. Y yo... yo pagué. Ella murió antes de todo, ¿sabes?

Parecía un loco.

—Éramos jóvenes. Yo enamorado de una dulce sirena y la mataron. La pescaron como a un pez. A mi Lysa. Entonces el Conquistador me susurró que si seguía sus pasos me la devolvería. Y me la devolvió, hasta hace poco. Me la quita cada vez que me desvío del camino.

Jen sintió que algo dentro de ella se rompía.

—Padre —dijo, con una voz que ya no temblaba—. Madre murió. Murió hace años. El Conquistador no puede devolverla. El Conquistador no puede devolver a nadie. Te mintió. Te mintió como le miente a todo el mundo. Y se llamaba Nerithim. Ella ni siquiera te dio su nombre para que no lo usaras contra ella. Sobrevivió a ti.

—No —dijo Edric, y la voz sonó más firme, más desesperada—. No mintió. Prometió. Prometió que volvería. Y yo... yo hice lo que me pidió. Te entrené. Te marqué. Te convertí en un arma. Todo por ella. Todo por Lysa.

Edric se tocó las sienes.

—Mientes, se llamaba Lysa. Y lo hice todo por ella.

—No por mí —dijo Jen y la palabra le supo a sangre.

Edric la miró. Los ojos vacíos la encontraron en la penumbra y por un instante, solo un instante, Jen vio algo en ellos que no esperaba: dolor. No el dolor de la locura. No el dolor de la desesperación, la angustia de alguien que sabe que ha hecho algo terrible y que no puede deshacerlo.

—No —admitió Edric, con una voz más baja que nunca—. No por ti. Nunca por ti. Tú eras... tú eras el medio. El instrumento. La herramienta. Yo te usé. Te usé como el Conquistador me usó a mí. Y ahora... ahora no queda nada. Solo cenizas y mentiras y un padre que no merece ser llamado padre.

Jen sintió que las lágrimas le caían por las mejillas.

—Madre merecía algo mejor —dijo Jen, con una voz que ya no temblaba—. Madre merecía un marido que la amara. No un hombre que la entregara al Conquistador por un trato imposible. Madre merecía una hija que creciera libre, no un arma forjada en una cueva. Merecía todo lo que tú no le diste.

Edric cerró los ojos. Las lágrimas le cayeron por las mejillas, silenciosas, como la lluvia en una noche sin viento.

—Lo sé —susurró—. Lo sé. Y no puedo pedir perdón porque el perdón no borra lo que hice. No borra el dolor. No quita la marca.

—No —convino Jen—. No borra nada.

El silencio que siguió fue tan profundo que Jen pudo oír el latido de su propio corazón.

—Pero puedo hacer una cosa —dijo Edric, abriendo los ojos—. Puedo acabar con esto. Puedo acabar contigo. Puedo acabar conmigo. Puedo acabar con todo. Y entonces... entonces el Conquistador no tendrá razón para mantener el trato. Y Lysa... Lysa será libre.

—¿Qué? —dijo Jen.

Edric sacó un cuchillo.

No era un cuchillo normal. Era una hoja de cristal negro, del mismo material que el cuerpo de Selthar, con un filo que brillaba con una luz enfermiza bajo la luz de las antorchas. Un cuchillo del Conquistador. Un cuchillo diseñado para matar.

—Lo siento, Jen —dijo Edric, con una voz que sonaba a alguien que ha tomado una decisión que no va a cambiar—. Lo siento mucho. Pero no puedo dejar que sigas viva. Si sigues viva, el Conquistador me seguirá controlando. Si sigues viva, Lysa seguirá muerta. Si sigues viva...

—¡Padre! —gritó Jen—. ¡No! ¡Escúchame! ¡El Conquistador te mintió! ¡Madre no va a volver! ¡No importa lo que hagas! ¡No

importa si me matas! ¡Ella no va a volver!

Pero Edric no escuchaba. La locura le había cerrado los oídos hacía mucho tiempo, y ahora solo oía la voz del Conquistador resonando en su cabeza como un eco que se niega a morir: *mátala, mátala, mátala, y te la devolveré.*

Edric atacó.

El cuchillo de cristal negro se abalanzó sobre Jen con una velocidad que no correspondía a un hombre de su edad y de su estado. La hoja silbó en el aire, buscando la garganta, el pecho, el corazón. Jen se apartó por instinto, el mismo instinto que su padre le había enseñado durante diecisiete años de entrenamiento brutal, y el cuchillo pasó rozándole la mejilla, dejando un corte fino que sangró inmediatamente.

—¡Padre! —gritó Jen—. ¡Para! ¡No soy tu enemiga!

—Eres mi carga —respondió Edric, con una voz que ya no temblaba—. Eres la herramienta que usé para salvar a Lysa. Y ahora la herramienta ha dejado de servir.

El cuchillo volvió a atacar. Jen retrocedió, esquivando, moviéndose con la agilidad que diecisiete años de entrenamiento le habían dado. El agua dentro de ella vibraba, buscando salida, pidiendo ser usada. Pero Jen no quería usar el agua contra su padre. No contra el hombre que la había criado, por muy terrible que hubiera sido esa crianza. No contra el hombre que, en algún lugar profundo de su locura, todavía amaba a su madre.

—¡Padre! —gritó Jen—. ¡Madre no querría esto! ¡Madre no querría que me mataras! ¡Madre me querría viva!

Edric se detuvo. El cuchillo se quedó suspendido en el aire, a medio camino entre el golpe y la quietud. Los ojos vacíos parpadearon con una intensidad que era más confusión que furia.

—Lysa... —susurró Edric.

—Lysa me querría viva —repitió Jen, con una voz que ya no temblaba—. Lysa me querría libre. Lysa me querría lejos del Conquistador. Lysa querría que me dejaras ir.

Edric cerró los ojos. Las lágrimas le cayeron por las mejillas, silenciosas, como la lluvia en una noche sin viento.

—No puedo —susurró—. No puedo dejarte ir. Si te dejas ir, Lysa...

—Lysa no va a volver —dijo Jen, y la palabra le supo a sangre—. Nunca va a volver. El Conquistador te mintió. Te mintió como le miente a todo el mundo. Y si me matas, ella no va a volver. Si me matas, solo vas a añadir otra muerte a la lista. Y Lysa no querría eso.

Edric abrió los ojos. Los ojos vacíos la encontraron en la penumbra, y por un instante, solo un instante, Jen vio algo en ellos que no esperaba: lucidez. La claridad de alguien que ha estado dormido durante mucho tiempo y que de repente despierta.

—Tienes razón —susurró Edric—. Tienes razón. Lysa no querría eso.

—No —confirmó Jen—. No lo querría.

Edric dejó caer el cuchillo. El cristal negro golpeó el suelo de piedra con un tintineo que resonó en la capilla como una campana funeraria.

—Lo siento —dijo Edric, con una voz que sonaba a alguien que se despide—. Lo siento mucho, Jen. Lo siento por todo.

Jen dio un paso hacia él. Quería abrazarlo. Quería decirle que lo perdonaba. Quería decirle que, a pesar de todo, él era su padre y que ella lo quería.

Pero entonces Edric se movió.

No hacia ella. Hacia el altar. Hacia el cristal negro que brillaba en la base del altar con una luz enfermiza. Edric agarró el cristal con las

dos manos, y el poder del Conquistador fluyó a través de él como veneno por una vena.

—¡No! —gritó Jen.

Edric se giró. Los ojos ya no estaban vacíos. Estaban llenos de algo: niebla. Niebla negra, espesa, que se movía dentro de sus pupilas como un animal atrapado en una jaula.

—El Conquistador ha hablado —dijo Edric, y la voz ya no era suya. Era más grave, más antigua, más fría. Era la voz del Conquistador hablando a través de un cuerpo que ya no le pertenecía—. Y el Conquistador dice que la herramienta debe ser destruida.

El cuchillo de cristal negro voló de vuelta a la mano de Edric, como si tuviera vida propia. El elfo avanzó hacia Jen con una velocidad que no correspondía a un hombre de su edad, con los ojos llenos de niebla y la boca torcida en una sonrisa que no era suya.

Jen retrocedió. El agua dentro de ella hirvió, buscando salida, pidiendo ser usada. Pero esta vez no se contuvo. Esta vez dejó que el agua brotara de sus manos como un torrente, formando un escudo líquido entre ella y su padre.

El cuchillo de cristal golpeó el escudo de agua. El impacto fue como un trueno subterráneo, un sonido profundo que hizo temblar las paredes de la capilla. El agua se resquebrajó donde el cristal la tocó, pero no se rompió.

—¡Padre! —gritó Jen—. ¡Padre, lucha! ¡No dejes que te controle! ¡Lucha contra él!

Edric no respondió. La niebla en sus ojos se espesó, y el cuchillo volvió a atacar, una y otra vez, golpeando el escudo de agua con una ferocidad que era más máquina que persona.

Jen retrocedió. El agua se agotaba. El escudo se debilitaba. El cuchillo se acercaba.

Y entonces las sombras llegaron.

No fueron las sombras de Kaeros. No fueron las sombras del Conquistador. Fueron las sombras del castillo, las sombras de la piedra, las sombras de cuatrocientos años de historia que se movían por las paredes de la capilla como serpientes negras que han sido despertadas de golpe.

Las sombras se interpusieron entre Jen y Edric. No como un escudo. Como un abrazo. Como un manto protector que se cierra alrededor de alguien que lo necesita.

—Jen —dijo una voz detrás de ella.

Jen se giró.

Kaeros estaba en la entrada de la capilla, con las manos ensangrentadas y los ojos grises brillando a la luz de las antorchas. Las sombras se movían a su alrededor como un manto vivo, y su rostro era una máscara de dolor y de determinación.

—Kaeros —susurró Jen.

—He acabado con Selthar —dijo Kaeros, con una voz que sonaba como piedras rompiéndose—. Y ahora voy a acabar con esto.

Edric se giró hacia Kaeros. La niebla en sus ojos brilló con más intensidad.

—El señor de las sombras —dijo la voz del Conquistador a través de la boca de Edric—. Has venido a morir.

—He venido a acabar contigo —respondió Kaeros—. Contigo y con la mentira que has mantenido durante cuatrocientos años.

Edric atacó. El cuchillo de cristal se lanzó hacia Kaeros con la velocidad de un rayo. Pero Kaeros no se movió. Las sombras se interpusieron entre él y el cuchillo, absorbiendo el golpe, desintegrando el cristal en mil pedazos que cayeron al suelo como lluvia negra.

Edric retrocedió. La niebla en sus ojos se agitó, buscando otra arma, otro poder, otra forma de destruir. Pero las sombras de Kaeros eran más fuertes. Más antiguas. Más determinadas.

—Jen —dijo Kaeros, sin apartar la vista de Edric—. Tu marca. La marca en tu pecho. ¿La sientes?

—Sí —respondió Jen, con la mano sobre el esternón—. Siempre.

—No es una cadena —dijo Kaeros—. Es un vínculo. Un vínculo entre tú y yo. Un vínculo que el Conquistador creó para controlarte, pero que ahora puede ser algo más. Puede ser un puente. Un puente entre el agua y la sombra. Un puente que nos dé el poder de acabar con esto.

—¿Cómo? —preguntó Jen.

—Vincúlate a mí —dijo Kaeros, con una voz que ya no temblaba —. No luches contra la marca. Acepta. Acepta el vínculo. Acepta que el agua y la sombra son parte de lo mismo. Acepta que tú y yo estamos conectados. Y entonces... entonces el poder será nuestro. No del Conquistador. Nuestro.

Jen lo miró. Los ojos grises de Kaeros la encontraron en la penumbra de la capilla, y por un instante, solo un instante, Jen vio algo en ellos que no esperaba: certeza. La certeza de alguien que ha pasado cuatrocientos años buscando algo y que por fin lo ha encontrado.

—De acuerdo —dijo Jen.

Cerró los ojos. La mano sobre el pecho. La marca bajo la piel. El agua en las venas.

Y entonces aceptó.

No luchó contra la marca. No intentó arrancarla. No la maldijo ni la odió. La aceptó. La aceptó como parte de ella. Como un lazo entre su cuerpo y el de Kaeros. Como un puente entre el agua y la sombra.

La marca se encendió.

No con la luz fría del Conquistador. Con una luz cálida, dorada, como la llama de una vela en una habitación oscura. La luz se extendió desde su pecho por todo su cuerpo, llenando sus venas, llenando sus huesos, llenando cada célula de su ser.

Y entonces el agua y la sombra se fusionaron.

No fue violento. No fue doloroso. Fue como dos ríos que se encuentran después de correr durante mucho tiempo por separados: la corriente se acelera, se ensancha, se hace más fuerte. El agua de Jen y la sombra de Kaeros se mezclaron en algún punto entre los dos, creando algo nuevo. Algo que no era ni agua ni sombra sino algo más. Algo más antiguo. Algo más poderoso.

La luz dorada salió de Jen como un tsunami, extendiéndose por la capilla, tocando cada pared, cada símbolo, cada grieta. Donde la luz tocaba, la niebla del Conquistador se disipaba. Donde la luz tocaba, la piedra se sanaba y el poder del Conquistador se retiraba como una marea que se aleja de la orilla.

Edric se detuvo. La niebla en sus ojos se disipó, reemplazada por algo más claro, más humano, más roto. Los ojos del elfo parpadearon con una intensidad que era más dolor que furia.

—Jen... —susurró Edric, y la voz era suya de nuevo. No la voz del Conquistador. Su voz.

—Padre —respondió Jen.

—Lo siento —dijo Edric, con una voz que ya no temblaba, sino que se rompía—. Lo siento por todo. Por la cueva. Por el dolor. Por la marca. Por haberte usado. Por no haber sido un padre.

Jen sintió que las lágrimas le caían por las mejillas.

—Lo sé —dijo—. Lo sé.

—¿Me perdonas? —preguntó Edric, con una voz que sonaba a alguien que no espera una respuesta positiva pero que necesita preguntar de todas formas.

Jen lo miró un momento largo. El agua dentro de ella se movía, no con rabia sino con algo más cálido, más profundo, algo que se parecía peligrosamente a la compasión.

—No lo sé —respondió Jen—. Pero sé que madre te habría perdonado. Y eso es suficiente por ahora.

Edric cerró los ojos. Las lágrimas le cayeron por las mejillas, silenciosas, como la lluvia en una noche sin viento.

—Gracias —susurró.

Luego, con una lentitud deliberada, Edric se dejó caer al suelo. No por la fuerza. No por el poder. Simplemente se dejó caer, como alguien que ha cargado un peso durante demasiado tiempo y que por fin decide soltarlo.

Jen se arrodilló junto a él. Lo sostuvo. Le acarició el pelo blanco.

—Padre —susurró—. Padre, quédate.

—No puedo —respondió Edric, con una voz que ya era apenas un susurro—. El Conquistador me ha usado durante demasiado tiempo. No queda nada. Solo cenizas.

—Padre...

—Dile a tu madre —dijo Edric, con los ojos cerrados—. Dile que lo siento. Dile que la quise. Dile que todo lo que hice, lo hice por ella. Dile que fui un idiota. Pero dile que la quise. Si algún día la ves…

Jen sintió que el corazón se le rompía.

—Se lo diré —susurró. Sabía que era imposible. Que Nerithim jamás regresaría, pero ese hombre necesitaba un segundo de misericordia antes de marchar.

Edric sonrió. Era una sonrisa pequeña, cansada, como la primera luz del amanecer después de una noche larga.

Luego cerró los ojos.

Y se fue.

Edric. El elfo. El padre. El hombre que había golpeado a Jen con un palo durante diecisiete años. El hombre que la había entrenado hasta que los dedos le sangraban y que la había marcado para el Conquistador. El hombre que había amado a una sirena hasta la locura.

Se fue.

Jen lloró.

No fue un llanto escandaloso ni dramático. Fue el llanto silencioso de alguien que ha perdido algo que no sabía que quería hasta que ya no lo tenía. Las lágrimas le cayeron por las mejillas sin ruido, mezclándose con la sangre del corte en la mejilla y el polvo del suelo de la capilla.

Kaeros se arrodilló a su lado. No dijo nada. No la tocó. Se quedó ahí, con las sombras moviéndose alrededor de los dos como un manto silencioso.

—Lo siento —dijo Kaeros al fin, con una voz que sonaba como piedras rompiéndose—. Lo siento mucho, Jen.

—No es tu culpa —respondió Jen, limpiándose las lágrimas con el dorso de la mano—. Nunca ha sido tu culpa.

—Lo sé. Pero lo siento igual.

Jen lo miró. Los ojos grises de Kaeros la encontraron en la penumbra de la capilla, y por un instante, solo un instante, Jen vio algo en ellos que no esperaba: amor. El amor de un hombre que ha perdido todo y que ha encontrado, en ella, una razón para seguir vivo.

—Thalion —dijo Jen, usando su nombre real.

—¿Qué?

—La marca. Mi marca. Ya no es del Conquistador. Ahora es nuestra. ¿Lo sientes?

Kaeros cerró los ojos. La mano sobre el pecho. La sombra bajo la piel. El vínculo entre los dos.

—Lo siento —confirmó Kaeros—. Es diferente. Es... cálido. Como antes no era.

—Es nuestro —dijo Jen—. Es un puente. Un puente entre el agua y la sombra. Un puente que nadie puede romper. Ni el Conquistador. Ni nadie.

Kaeros abrió los ojos. La sonrisa que esbozó no era fría ni distante. Era una sonrisa triste, como una vela que se apaga pero que todavía humea.

—Entonces somos más fuertes que antes —dijo—. Más fuertes que el Conquistador. Más fuertes que cualquiera.

—Somos más fuertes porque estamos juntos —corrigió Jen—. Eso es lo que la marca significa. No una cadena. No un arma. Un vínculo. Un vínculo que nos hace más fuertes juntos de lo que seríamos separados.

Kaeros asintió. Las sombras se movieron a su alrededor, más cálidas, más protectoras.

—Entonces —dijo Kaeros—. ¿Qué hacemos ahora?

Jen se levantó. Se limpió las lágrimas. Miró a su padre, tumbado en el suelo de la capilla, con la sonrisa pequeña todavía en la cara.

—Ahora —dijo Jen, con una voz que ya no temblaba—. Ahora purificamos este reino. Acabamos con el control del Conquistador y hacemos que la muerte de Malachi, la de mi padre y la de todos los que han sufrido durante cuatrocientos años haya servido para algo.

—¿Y luego?

—Luego vivimos. Tú y yo. Con nuestras marcas. Con nuestro vínculo. Con todo lo que hemos perdido y todo lo que hemos encontrado.

Kaeros la miró un momento largo. Luego, sin decir nada, le tendió la mano.

Jen la tomó.

Las manos se encontraron: la suya, pequeña, con los nudillos marcados y las uñas rotas. La suya, grande, callosa, con cicatrices de quemaduras antiguas. Las dos manos se encajaron como piezas de un puzle que ha estado separado durante demasiado tiempo.

Y el vínculo entre ellos brilló con una luz dorada que llenó la capilla como un amanecer.

En algún lugar, muy lejos, en el corazón de Kaelthar, un reino vecino, el Conquistador sintió algo que no había sentido en quinientos años: miedo.

No miedo a la muerte. No miedo al dolor. Miedo a algo peor: miedo a perder el control.

Porque el vínculo entre el agua y la sombra se había roto. No el vínculo que él había creado. El vínculo que ellos habían forjado. Un vínculo más antiguo, más profundo, más fuerte que cualquier marca que él pudiera poner.

Un vínculo de amor.

Y contra eso, pensó el Conquistador mientras la niebla a su alrededor se espesaba, no hay poder que valga.

CAPÍTULO 30



"Lo que el fuego no destruye"

El ejército del Conquistador se retiró como la niebla se retira al amanecer: lentamente, sin hacer ruido, como si nunca hubiera estado ahí.

Los gigantes de piedra se desmoronaron primero, cayendo sobre sí mismos como castillos de naipes que alguien ha soplado demasiado fuerte. Los soldados de niebla se disiparon después, convirtiéndose en vapor que el viento del acantilado se llevó hacia el mar. Y los comandantes, los que quedaban, los que no habían muerto en la batalla ni se habían rendido, huyeron hacia Kaelthar con la velocidad de alguien que sabe que ha perdido y que no quiere estar presente cuando el perdedor tenga que dar explicaciones.

El campo de batalla quedó en silencio.

No el silencio de la paz. El silencio de la después. El de los cuerpos que ya no se mueven y de las armas que ya no chocan y de los gritos que se han agotado. Un silencio denso, pesado, con olor a

sangre, ceniza y a la certeza de que algo ha terminado y que algo más está a punto de empezar.

Jen se quedó de pie en medio del campo, con las manos temblando y el agua dentro de ella todavía hirviendo con los restos de la batalla. El vínculo con Kaeros brillaba en su pecho con una luz cálida, dorada, que pulsaba al ritmo de su corazón. El Conquistador se había ido. Edric estaba muerto. El ejército se había retirado.

Pero algo faltaba.

Algo que debería estar ahí y que no estaba.

—Malachi —dijo Jen, y el nombre le supo a algo que no sabía nombrar.

Kaeros la miró. Los ojos grises la encontraron en la luz del atardecer, y Jen vio en ellos algo que no esperaba: miedo. No el miedo del guerrero ante el enemigo. El dolor de haber perdido a su mejor amigo.

—Su cuerpo —dijo Kaeros, con una voz que sonaba como piedras rompiéndose—. Debería estar aquí. Donde cayó. Donde...

Se detuvo. Las palabras se le atascaron en la garganta como huesos de fruta en un desagüe.

—Vamos a buscarlo —dijo Jen.

El campo de batalla era un cementerio.

Los cuerpos yacían esparcidos por el barro y la piedra, algunos cubiertos por mantas que los soldados habían traído, otros expuestos al sol poniente con los ojos cerrados y las bocas abiertas en gestos que parecían de sorpresa más que de dolor. Jen caminó entre ellos con los pies descalzos —se había quitado las botas para sentir el suelo, para sentir la piedra, para sentir algo que la anclara al momento presente— y buscó.

Buscó el pelo rojo como brasas. Buscó la sonrisa torcida. Buscó los ojos de carbón. Buscó el cuerpo de un semihumano de fuego de cuatrocientos dieciocho años que se había muerto riendo con un chiste en los labios y una llama dorada en las manos.

No lo encontró.

Kaeros buscó con ella. Las sombras se movían bajo sus pies, explorando, palpando, buscando el calor residual de un cuerpo que debería estar ahí. Las sombras recorrieron el campo de batalla como dedos largos y fríos, palpando cada grieta, cada piedra, cada charco de sangre seca.

No encontraron nada.

—¿Estás seguro de que murió aquí? —preguntó Jen, con una voz que intentaba ser neutral y sonaba a cualquier cosa menos neutral.

—Lo vi caer —respondió Kaeros, con una voz que pretendía ser firme y se desmoronaba en los bordes—. Lo vi morir. Vi cómo se apagaba la llama. Vi cómo cerraba los ojos. Vi cómo se quedaba inmóvil. Lo toqué. Era aquí.

—Entonces, ¿dónde está su cuerpo?

Kaeros no respondió. Las sombras se movían a su alrededor con más agitación, como un animal herido que busca refugio.

Jen se arrodilló en el lugar donde Malachi había caído. El suelo estaba removido, manchado de sangre seca y de ceniza. Pero no había cuerpo. No había huesos. No había nada excepto el eco de una risa que se había apagado demasiado pronto.

—¿Cómo puede desaparecer un cuerpo? —preguntó Jen, con una voz que sonaba más pequeña de lo que pretendía—. ¿Cómo puede desaparecer un cuerpo de cuatrocientos dieciocho años? ¿Es que las sombras se lo han llevado? ¿Es que el campo de batalla se lo ha tragado? Es que...

Se detuvo.

Porque algo brillaba en el suelo.

No era sangre. No era ceniza. Era una luz. Una luz pequeña, dorada, que pulsaba en el centro de la mancha de sangre seca como un corazón que se niega a dejar de latir.

Jen se acercó. Tocó la luz con los dedos. El calor le recorrió la mano, no un calor abrasador sino un calor cálido, como el de una brasa que se niega a apagarse.

—Kaeros —susurró Jen—. Ven a ver esto.

Kaeros se arrodilló a su lado. Las sombras se movieron hacia la luz dorada, reconociéndola, acercándose a ella como un animal que reconoce a su cría.

—Es su fuego —dijo Kaeros, con una voz que temblaba—. Es el fuego de Emeric. Está aquí. Todavía está aquí.

—¿Pero dónde está él? —preguntó Jen.

La luz dorada pulsó. Una vez. Dos veces. Tres veces. Y entonces, desde el centro de la luz, algo empezó a formarse.

No fue un destello. No fue una explosión. Fue algo más lento, más delicado, como la primera flor que abre sus pétalos después de un invierno largo. La luz se expandió, tomando forma, solidificándose, convirtiéndose en algo que no era luz sino carne, que no era calor sino piel, que no era un eco sino una persona.

Malachi apareció.

No de golpe. No como un fantasma que se materializa de la nada. Apareció como alguien que emerge del agua después de estar demasiado tiempo bajo la superficie: lentamente, jadeando, con los ojos muy abiertos y la boca abierta tratando de tragar todo el aire del mundo.

Tenía el pelo rojo como brasas. Los ojos de carbón. La sonrisa torcida. Las manos llenas de cortes que se estaban cerrando

mientras Jen lo miraba, como si el cuerpo estuviera reconstruyéndose a sí mismo pieza a pieza.

Y entonces Malachi habló.

—¿Me echabais de menos?

Jen y Kaeros se quedaron absolutamente paralizados. El campo de batalla entero se quedó paralizado, como si el tiempo mismo hubiera decidido que lo que estaba pasando merecía ser procesado sin distracciones.

—¿Malachi? —tartamudeó Jen.

—En persona —respondió Malachi, con una sonrisa que era mitad dolor y mitad algo más cálido—. Bueno, en persona y en cenizas. He vuelto de las cenizas. Como un fénix. Pero sin alas. Y sin plumas. Y sin la gracia de un fénix. Más bien como un gato que ha caído de un tejado y que se levanta sacudiéndose como si nada hubiera pasado.

Jen sintió que las lágrimas le caían por las mejillas. No de tristeza. De algo más cálido, más húmedo, más parecido al alivio.

—Estás vivo —susurró Jen—. Estás vivo.

—Pues claro que estoy vivo —respondió Malachi, con una indignación que contrastaba con la situación—. ¿Qué esperabas? ¿Que me quedara en el suelo para siempre? ¿Que dejara que un montón de huesos y cristal me venciera? Soy Malachi. Soy el perro de fuego. Soy el mejor amigo de Kaeros. Soy...

Se detuvo. Los ojos de carbón encontraron a Kaeros, que seguía paralizado, con los ojos grises muy abiertos y la boca ligeramente abierta.

—Oye, jefe —dijo Malachi, con una voz más suave—. ¿Estás bien?

Kaeros no respondió durante un momento largo. Luego, sin decir nada, cruzó la distancia que los separaba en dos zancadas y abrazó a Malachi.

No fue un abrazo elegante. No fue un abrazo de película. Fue el abrazo torpe y desesperado de alguien que ha creído que ha perdido a su mejor amigo y que de repente lo tiene de vuelta. Los brazos de Kaeros se cerraron alrededor de Malachi con una fuerza que habría roto huesos humanos, pero Malachi no se quejó. Se limitó a devolver el abrazo, con sus manos llenas de cortes y su sonrisa torcida y sus ojos de carbón cerrados.

—Pensé que habías muerto —susurró Kaeros, con una voz que sonaba como piedras rompiéndose.

—Yo también —respondió Malachi—. Pero resulta que soy más difícil de matar de lo que parece. ¿Sabes por qué?

—¿Por qué? —preguntó Kaeros, separándose apenas lo suficiente para mirarlo a los ojos.

Malachi se señaló el pecho. Donde antes había una herida abierta, donde el emisario de hueso le había arrancado el corazón, ahora había una marca. No una cicatriz. Una marca. Una marca que brillaba con una luz dorada, del mismo color que la llama que Malachi había usado en su último momento.

—Cuando me hiciste inmortal —dijo Malachi, con una voz que ya no tenía nada de humorística—. Cuando vertiste la gota de sombra líquida en mi mano. No solo me diste la inmortalidad. Me diste un trozo de ti. Un trozo de tus sombras. Un fragmento de lo que eras.

Kaeros lo miró sin entender.

—Cuando morí —continuó Malachi—. Cuando el emisario me arrancó el corazón. Cuando la llama se apagó. El trozo de sombra que me diste hace cuatrocientos años se activó. Se aferró a lo que quedaba de mí. Se negó a dejarme ir. Y entonces... entonces tú y Jen os vinculasteis. El vínculo entre el agua y la sombra purificó las sombras de todo el reino. Incluyendo el trozo que estaba dentro de mí.

Malachi hizo una pausa. Los ojos de carbón brillaban con una intensidad que era más emoción que fuego.

—El vínculo me salvó —dijo, con una voz más baja que nunca—. Vuestro amor me salvó. La purificación de las sombras limpió el fragmento que llevaba dentro, y ese fragmento me reconstruyó. Me devolvió. Me trajo de vuelta. Soy vuestro hijo adoptivo.

El silencio que siguió fue tan profundo que Jen pudo oír el latido de su propio corazón.

—Entonces... —dijo Jen, con una voz que temblaba—. Entonces no has muerto.

—No —confirmó Malachi, con una sonrisa que era la más honesta que Jen le había visto—. No he muerto. He vuelto. Gracias a vosotros. Gracias a vuestro vínculo y a que sois demasiado tercos para dejaros matar.

Jen soltó una risa que era mitad llanto y mitad alivio. Se acercó a Malachi y lo abrazó, con los brazos rodeando su cuello y la cara enterrada en su hombro.

—Eres un idiota —susurró Jen contra su hombro.

—Lo sé —respondió Malachi—. Pero soy vuestro idiota.

Kaeros los miró a los dos, con los ojos grises brillando con una intensidad que era más emoción que cualquier sombra. Y entonces, por primera vez en cuatrocientos años, Kaeros sonrió sin miedo o pena.

No fue una sonrisa pequeña ni contenida. Fue amplia, luminosa, que le cambió el rostro por completo. Una sonrisa que decía: **todo ha valido la pena. Cada día de soledad. Cada noche de dolor. Cada siglo de espera. Todo ha valido la pena porque ahora estamos los tres juntos.**

—Bienvenido a casa, Emeric —dijo Kaeros, usando el nombre real de Malachi.

Malachi parpadeó. Algo cruzó sus ojos de carbón, algo rápido y profundo, como una chispa que se niega a morir.

—Gracias, Thalion —respondió, usando el nombre real de Kaeros —. Gracias por dejarme volver.

Los días que siguieron fueron de reconstrucción.

No solo del castillo, que tenía grietas en los muros, agujeros en el techo y un pozo que se había vuelto a hundir durante la batalla. Sino de todo. De la sociedad. De la confianza. De la esperanza.

El ejército del Conquistador se había retirado, pero no se había ido del todo. Las noticias que llegaban de los otros reinos eran preocupantes: Valcorin movilizaba tropas en la frontera norte. Sylvaen cerraba sus puertos a los refugiados de Draevorn. Zyrah enviaba emisarios con mensajes que sonaban a amenazas disfrazadas de cortesía. Y Eloria, el reino de las sirenas, guardaba un silencio que era más inquietante que cualquier declaración de guerra.

Draevorn había caído. O eso creía el mundo.

El Conquistador había perdido el control de su comandante. Su ejército había sido derrotado. Su emisario había sido destruido. Y su marca, la que había mantenido atado a Kaeros durante cuatrocientos años, había sido purificada por el vínculo entre el agua y la sombra.

Para los otros reinos, eso significaba una cosa: Draevorn era un reino caído. Un reino sin líder. Un reino vulnerable.

Un reino que podía ser conquistado.

—Nos llaman "el fuegos de los caídos" —informó Dain, con su voz grave y su expresión de siempre, esa que parecía un mapa de arrugas—. Los otros reinos creen que estamos acabados. Que sin el Conquistador, somos débiles. Que sin un comandante, somos presa fácil.

—Entonces están equivocados —respondió Kaeros, con una voz que pretendía ser firme y sonaba a cualquier cosa menos firme.

—Están equivocados —confirmó Dain—. Pero eso no les impide intentarlo.

La resistencia, que durante cuatrocientos años había trabajado contra el Conquistador, hizo algo que nadie esperaba: pidió perdón.

No con palabras. Con acciones.

Gorath, el elfo corpulento que había condenado a Jen a muerte y que había hablado del destino del mundo mientras comía pollo, se presentó en la torre de Kaeros con una delegación de la resistencia y una expresión que era mitad vergüenza y mitad determinación.

—Sabemos lo que hicimos —dijo Gorath, con una voz que ya no tenía nada de predicador—. Sabemos que trabajamos que Edric nos engañó. Sabemos que usamos a Jen y que la condenamos a muerte. Y aunque todo eso se hablase antes de la batalla final… Pedimos perdón ahora. Aquello fue una alianza por supervivencia. Esto es la realidad. Cometimos errores.

Kaeros lo miró desde su silla, con los ojos grises fijos en el elfo con una intensidad que habría hecho retroceder a cualquiera.

—Entonces, ¿qué queréis ahora? —preguntó.

—Queremos ayudar —respondió Gorath—. No por redención. No por perdón. Sino porque este reino es nuestro tanto como vuestro. Y si los otros reinos vienen a por nosotros, queremos estar del lado correcto.

Kaeros los miró un momento largo. Luego, sin decir nada, asintió.

—Bienvenidos —sentenció.

La resistencia se puso a trabajar. Los hombres de Gorath ayudaron a reforzar las murallas. Las mujeres de la aldea organizaron los suministros. Los artesanos repararon las armas. Los

niños llevaron agua a los soldados. Y Brokk, el enano borracho que había defendido a Jen cuando nadie más lo hizo, se sentó en la taberna "El Último Trago" con una copa de cerveza en la mano y una sonrisa desdentada, y dijo a quien quisiera escuchar:

—Sabía que la niña del agua lo conseguiría. Lo supe desde el primer día. ¿Quieren cerveza?

La coronación no fue una coronación.

No hubo corona. No hubo trono. No hubo trompetas ni heraldos ni nobles arrodillados. Hubo una asamblea en el patio de armas de Drakheim, con los soldados, los artesanos, los campesinos, los nobles menores y los miembros de la resistencia de pie en un círculo alrededor de la fuente seca, mirando a Kaeros con una mezcla de respeto, miedo y algo que se parecía peligrosamente a la esperanza.

Gorath habló primero.

—Hace cuatrocientos años —dijo, con una voz que ya no tenía nada de predicador, sino que sonaba a alguien que ha decidido decir la verdad cueste lo que cueste—, el Conquistador nombró a Kaeros como comandante de Draevorn. No porque lo eligiera. No porque lo mereciera. Porque lo rompió. Porque le arrebató lo que amaba y le ofreció la inmortalidad a cambio de su nombre y de su voluntad.

Hizo una pausa. El silencio era absoluto.

—Hoy —continuó Gorath—, nosotros, los habitantes de Draevorn, elegimos a Kaeros. No porque el Conquistador nos obligue. No porque tengamos miedo. Sino porque Kaeros ha demostrado, durante cuatrocientos años, que es el único que puede protegernos. Y porque Kaeros ha demostrado, durante las últimas semanas, que es el único que quiere protegernos.

Gorath se giró hacia Kaeros.

—¿Aceptas? —preguntó.

Kaeros miró a Gorath. Miró a los soldados. Miró a los artesanos. Miró a los campesinos. Miró a la resistencia. Miró a Jen, que estaba de pie en primera fila, con los ojos brillantes y una sonrisa que era mitad orgullo y mitad algo más cálido.

—Acepto —dijo Kaeros.

El aplauso que siguió no fue un aplauso ensordecedor. Fue un aplauso contenido, respetuoso, como el de alguien que ha aprendido que las celebraciones deben ser sobrias porque la guerra todavía no ha terminado. Pero estaba ahí. Y era real. Y era de verdad.

Jen se acercó a él cuando la multitud empezó a dispersarse.

—Bienvenido a casa, Rey Thalion —dijo, con una sonrisa que era mitad broma y mitad ternura.

—No me llames rey —respondió Kaeros, con un gruñido que pretendía ser malhumorado y sonaba a cualquier cosa menos malhumorado.

—¿Qué te llamo entonces?

—Thalion. Solo Thalion.

—Bienvenido a casa, Thalion.

Kaeros la miró un momento largo. Luego, sin decir nada, le cogió la mano.

Las sombras se movieron alrededor de los dos, cálidas, protectoras, como un abrazo de oscuridad. Y el vínculo entre el agua y la sombra brilló con una luz dorada que llenó el patio de armas como un amanecer.

Esa noche, Jen se sentó en la escalera de la torre con Malachi a su lado.

El semihumano de fuego tenía una copa de cerveza en la mano y la sonrisa torcida puesta, exactamente como siempre. Las marcas en sus manos se habían cerrado, dejando cicatrices blancas que brillaban débilmente a la luz de la luna. El pelo rojo le caía sobre la frente como brasas que se niegan a apagarse.

—¿Sabes qué es lo más divertido de todo esto? —dijo Malachi, bebiendo un trago de cerveza.

—¿Qué? —preguntó Jen.

—Que he muerto, he vuelto y lo primero que hago es sentarme en una escalera a beber cerveza. Eso es lo que se llama tener prioridades.

Jen soltó una risa que le salió del estómago.

—Eres un caso perdido, Malachi.

—Emeric —corrigió él, con una sonrisa que era mitad dolor y mitad algo más cálido—. Mi nombre es Emeric. Aunque Malachi me queda mejor para las presentaciones. Es más sexy. Más fácil de pronunciar. Y no tiene letras que se traben en la garganta.

—Emeric —repitió Jen, y el nombre le supo a algo que no sabía nombrar.

—Eso es —confirmó Emeric—. Ese es mi nombre. El único que tengo. El único que me queda.

Jen se quedó en silencio durante un momento. El viento soplaba entre las almenas, trayendo el olor a mar y a piedra mojada. Las estrellas brillaban sobre Drakheim, indiferentes a todo lo que había pasado y a todo lo que estaba por venir.

—¿Sabes qué más es divertido? —dijo Emeric de repente.

—¿Qué?

—Que ahora somos un objetivo. Los otros reinos nos odian. Nos llaman “fuego de los caídos". Creen que estamos acabados. Que sin

el Conquistador, somos débiles. Y van a venir a por nosotros.

Jen lo miró.

—¿Y eso te parece divertido?

—Me parece ridículo —respondió Emeric, con una sonrisa que era mitad broma y mitad algo más serio—. Porque no saben con quién se meten. Somos los mejores.

Emeric bebió un trago de cerveza y añadió, con una sonrisa que era la más honesta que Jen le había visto:

—No saben que estamos juntos. Y eso, Jen, es lo más peligroso de todo.

Jen lo miró un momento largo. Luego sonrió.

—Bienvenido a casa, Emeric.

—Gracias, Jen. ¿Hay cerveza?

—Siempre hay cerveza.

—Entonces estoy en casa.

Y en algún lugar, en la torre de cristal negro, Kaeros miraba por la ventana con los ojos grises fijos en el horizonte y una sonrisa que no había tenido en cuatrocientos años.

El reino estaba roto. El mundo era hostil. La guerra no había terminado.

Pero ellos estaban juntos.

Y eso, pensó Kaeros mientras las sombras se movían a su alrededor como un manto vivo, era más poderoso que cualquier ejército.

CAPÍTULO 31



"La propuesta"

Kaeros tenía las manos húmedas.

No por el agua de Jen. No por la lluvia. No por el rocío de la mañana que cubría las piedras de Drakheim con una capa de humedad brillante. Tenía las manos húmedas porque estaba nervioso. Absurdamente nervioso.

Él. Kaeros. El comandante de las sombras. El ser de cuatrocientos treinta y ocho años que había sobrevivido a guerras, a traiciones, a la muerte de su esposa, a cuatrocientos años de soledad, a un Conquistador que quería destruirlo, a un emisario de hueso que le había arrancado el corazón a su mejor amigo y a una marca en el pecho de la mujer que amaba que era una cuenta atrás.

Todo eso lo había superado.

Pero no podía superar esto.

Se miró las manos. Temblaban como las de un niño antes de su primer día de escuela.

Esto es ridículo, pensó Kaeros, y la voz en su cabeza sonó sospechosamente a la de Malachi cuando se burlaba de los soldados. **Has sobrevivido a cuatro siglos de guerras, de traiciones, de noches en las que las sombras te devoran por dentro, y ahora estás nervioso porque vas a pedirle matrimonio a una mujer de veintitrés años que huele a agua y que se pierde por los pasillos.**

No estoy nervioso, se dijo a sí mismo. *No estoy...*

—Estás pálido como un muerto.

La voz de Malachi llegó desde detrás de una columna de piedra, seguida de la aparición del semihumano de fuego con su sonrisa torcida, su copa de cerveza y su expresión de quien ha visto algo muy gracioso y está conteniendo las ganas de reírse.

—No estoy pálido —mintió Kaeros.

—Estás más pálido que la leche. Más pálido que la nieve. Más pálido que...

—Malachi.

—¿Qué?

—Cállate.

—Me callo. Pero antes de callarme, quiero que sepas que llevas media hora hablando solo en tu habitación, gesticulando con las manos y murmurando palabras que no entiendo. Y eso, Thalion, es preocupante.

Kaeros apretó los puños. Las sombras a su alrededor se movieron con más agitación, como un animal que detecta peligro.

—No estoy hablando solo —mintió Kaeros por segunda vez.

—Claro que no. Estabas ensayando. ¿El qué? ¿Un discurso? ¿Una declaración de guerra? ¿Una...

—Voy a pedirle matrimonio a Jen.

Las palabras salieron de la boca de Kaeros antes de que pudiera detenerlas. Como un pájaro que escapa de una jaula. Como un secreto que alguien ha guardado durante demasiado tiempo y que ya no cabe dentro.

Malachi se quedó inmóvil. La copa de cerveza se detuvo a medio camino entre la mesa y la boca. Los ojos de carbón se abrieron como platos. La sonrisa torcida se congeló en su sitio.

Luego, lentamente, como el amanecer que se levanta después de una noche larga, la sonrisa se ensanchó.

—¿Qué? —dijo Malachi, con una voz que pretendía ser calmada y sonaba a cualquier cosa menos calmada.

—Voy a pedirle matrimonio a Jen —repitió Kaeros y esta vez la voz sonó más firme, como si decirlo en voz alta le diera permiso para creerlo.

Malachi dejó la copa de cerveza sobre la mesa con un golpe seco. Se puso de pie. Se acercó a Kaeros con paso lento, deliberado, de alguien que ha esperado un momento durante mucho tiempo y que no quiere estropearlo.

—¿Cuándo? —preguntó.

—Hoy.

—¿Dónde?

—En el lago. El lago de los susurros.

—¿Cómo?

—No lo sé. Todavía no. Estoy... Estoy pensando.

Malachi lo miró un momento muy largo. Luego soltó una carcajada. No una risa educada ni una sonrisa cortés, sino una carcajada de verdad, de esas que sacuden el cuerpo y hacen que la cerveza en la copa vibre.

—Cuatrocientos treinta y ocho años —dijo Malachi, secándose una lágrima de la comisura del ojo—. Cuatrocientos treinta y ocho años de vida. Has sobrevivido a guerras, a traiciones, a la muerte de tu esposa, al Conquistador, a un emisario de hueso, a una marca en el pecho de la mujer que amas. Y ahora estás aquí, temblando como un flan, porque vas a pedirle matrimonio a una chica que puede ahogarte en una discusión.

—No es gracioso —gruñó Kaeros.

—Es graciosísimo —replicó Malachi—. Es lo más gracioso que he visto en cuatrocientos años. Incluido al guardia al que le tiraste un hueso de fruta desde el balcón.

Kaeros lo fulminó con la mirada. Malachi no se inmutó. Nunca se inmutaba.

—Escucha, Thalion —dijo Malachi, cambiando el tono al de alguien que ha decidido dejar de bromear y empezar a hablar en serio—. Voy a decirte algo que tal vez necesites oír.

—No quiero tus consejos.

—Los vas a escuchar igual. Porque soy tu mejor amigo y porque llevo años dándote consejos que no pides y que siempre resultan ser correctos.

Kaeros apretó los puños, pero no dijo nada.

Malachi se acercó, se sentó en la silla de al lado y apoyó los codos en la mesa.

—Jen te quiere —dijo, con una voz que ya no tenía nada de humorística—. Lo sé porque te mira como si fueras la primera persona que la ha visto de verdad. Y porque dice tu nombre como si fuera una plegaria.

Kaeros sintió que el corazón se le detenía.

—¿Dijo mi nombre?

—Dijo "Thalion". Y después dijo algo que no entendí, pero que sonaba a "idiota". Probablemente se refería a ti.

Kaeros sonrió.

—¿Y si dice que no? —preguntó y la voz le salió más pequeña de lo que pretendía.

—¿Por qué diría que no?

—Porque... porque soy un monstruo. Porque tengo cuatrocientos años. Porque maté personas. Porque el Conquistador me usó durante siglos. Porque...

—Thalion —lo interrumpió Malachi, con una voz que era mitad ternura y mitad impaciencia—. Eres un hombre. Un hombre que ha sufrido más de lo que nadie debería sufrir. Un hombre que ha perdido todo y que sigue de pie. Ese hombre no es un monstruo. Es el mejor hombre que he conocido en cuatrocientos años. Y si Jen no lo ve así, entonces Jen es más ciega que yo cuando me quemo las cejas con mi propio fuego.

Kaeros lo miró. Los ojos de carbón de Malachi lo encontraron en la penumbra de la habitación y por un instante, solo un instante, Kaeros vio algo en ellos que no esperaba: orgullo. El orgullo de alguien que ha visto a otro crecer, cambiar, convertirse en algo que vale la pena.

—Gracias, Emeric —dijo Kaeros, usando el nombre real de Malachi.

—De nada, Thalion —respondió Malachi—. Ahora ve. Antes de que te dé un infarto y tenga que ir yo a pedírselo.

—¿Tú?

—Sí, yo. Y créeme, no quieres que sea yo. Soy un desastre con las palabras románticas. La última vez que intenté declararme a alguien, le dije que olía a cerveza rancia y que tenía los ojos como dos huevos fritos. No acabó bien.

Kaeros soltó una risa que le salió del estómago. Una risa cansada, rota, como la de alguien que ha estado cargando un peso durante mucho tiempo y que de repente descubre que hay alguien ayudándole a llevarlo.

—Eres un idiota, Emeric.

—Y tú eres un sentimental disfrazado de tirano. Entre los dos formamos un equipo estupendo. Ahora ve. Y no te olvides de respirar. Y si te quedas sin palabras, simplemente di "te quiero". Eso siempre funciona.

Kaeros se levantó. Las manos todavía le temblaban, pero menos que antes. El corazón todavía le latía con fuerza, pero ya no era un pánico. Era algo más parecido a la esperanza.

—Emeric —dijo, deteniéndose en la puerta.

—¿Qué?

—Si dice que sí... ¿celebramos?

Malachi sonrió. La sonrisa más amplia, más honesta, más cálida que Kaeros le había visto en cuatrocientos años.

—Si dice que sí —respondió Malachi—, voy a beberme toda la cerveza de Drakheim. Y luego voy a buscar más.

Kaeros negó con la cabeza, pero la sonrisa no se borró de su rostro.

Y bajó las escaleras de la torre en busca de Jen.

Jen estaba sentada en la orilla del lago de los susurros, con los pies descalzos en el agua y la mirada perdida en el reflejo de las montañas.

Era el mismo lago donde, hacía semanas, ella y Kaeros habían abierto sus heridas el uno al otro.

Donde, por primera vez, se habían sentido menos solos.

Jen no sabía por qué había vuelto. No tenía un motivo. No tenía una razón. No tenía nada excepto los pies que la habían llevado hasta allí sin pedirle permiso, como si el cuerpo supiera algo que la mente ignoraba.

El agua estaba fría. No el frío del invierno ni el frío de la cueva. El frío del lago era diferente: más suave, más antiguo, como si el agua estuviera recordándole algo que ella había olvidado.

Estoy en casa*,* pensó Jen, y la idea le produjo algo que no sabía nombrar. **No en la cueva. No en Drakheim. Aquí. En este lago. Con esta agua. En este mundo que no elegí pero que es mío.

Cerró los ojos. El sol de la mañana le calentaba la cara. El agua le refrescaba los pies. El viento le movía el pelo. Y en algún lugar profundo de su memoria, el cartel del helado en la pared de la cueva brilló como un faro en la oscuridad.

Ya no necesito el helado, pensó Jen*. *Ya no necesito el cartel. Ya no necesito el deseo. Porque lo que tengo es mejor que cualquier helado. Lo que tengo es real.**

Escuchó los pasos antes de verlo.

Pasos lentos, pausados, de alguien que no tiene prisa. Pasos que Jen había aprendido a reconocer en el templo de las Crestas de Humo, en la plaza donde Kaeros la había derrotado, en el lago donde ambos habían abierto sus heridas. Pasos que sonaban como si el mundo pudiera esperar.

Jen abrió los ojos.

Kaeros estaba al otro lado del lago, de pie junto a un pino retorcido, mirándola. No llevaba la túnica negra de comandante. Vestía una camisa de lino blanco, desabotonada en el cuello, con las mangas arremangadas hasta los codos. El pelo oscuro le caía sobre la frente sin peinar. Y no había sombras alrededor de él.

Ninguna.

Las sombras que siempre lo acompañaban, que se movían como un manto vivo, que se arrastraban por las paredes y se enroscaban en los muebles, no estaban. Kaeros estaba solo. Sin sombras. Sin poder. Sin la armadura de oscuridad que llevaba cuatrocientos años construyendo alrededor de sí mismo.

Era, pensó Jen con una claridad que le quitó el aliento, un hombre.

Solo un hombre.

Mirando a una mujer.

—¿Puedo sentarme? —preguntó Kaeros, y su voz sonó más pequeña de lo que Jen le había oído nunca.

—Siempre puedes —respondió Jen.

Kaeros caminó alrededor del lago y se sentó a su lado. El espacio entre ellos era de unos centímetros, lo suficiente para sentir el calor del cuerpo del otro sin llegar a tocarlo. El sol de la mañana les calentaba la cara. El agua del lago brillaba bajo la luz como un espejo.

Silencio.

—Jen —dijo Kaeros, y la voz le temblaba ligeramente, como una cuerda que alguien ha tensado demasiado.

—¿Qué?

—Necesito decirte algo.

Jen lo miró. Los ojos grises la encontraron en la luz de la mañana y Jen vio en ellos algo que no esperaba: miedo. No el miedo del guerrero ante el enemigo. El miedo de un hombre normal ante una mujer que quiere.

—Dime —respondió Jen.

Kaeros tragó saliva. Las manos le temblaban sobre las rodillas. Las sombras, que normalmente lo envolvían como un manto, estaban ausentes, dejándolo desnudo, vulnerable, expuesto.

—He vivido cuatrocientos treinta y ocho años —dijo Kaeros, con una voz que pretendía ser firme y se desmoronaba en los bordes—. He visto guerras. He visto traiciones. He visto la muerte y el dolor. He visto todo lo que este mundo tiene para ofrecer y la mayor parte ha sido horrible.

Jen no dijo nada. Se quedó mirándolo, esperando.

—Pero también he visto cosas buenas —continuó Kaeros—. A un niño bajo un puente que me enseñó lo que es la lealtad. Un pueblo que eligió creer en mí cuando yo no creía en mí mismo. Y he visto a una mujer de veintiocho años que huele a agua y que llora cuando le dan helado de fresa.

Jen sintió que los ojos se le humedecían.

—Kaeros...

—Thalion —la corrigió él, con una sonrisa que era mitad triste y mitad algo más cálido—. Mi nombre es Thalion. Y Thalion quiere decirte algo que no ha dicho en cuatrocientos años.

El silencio se alargó. El viento soplaba entre los pinos, trayendo el olor a resina y a tierra húmeda. El lago estaba inmóvil, como si contuviera la respiración.

—Te quiero —dijo Kaeros—. Te quiero desde que te vi caer en la plaza, con esa forma tuya de poner las manos hacia adelante, como si quisieras atrapar el suelo antes de que el suelo te atrapara a ti. Desde que le corté la carne en la cena porque no sabías usar un tenedor. También desde que te compré un helado de fresa y te vi llorar de felicidad. Te quiero desde que dormí contigo abrazada y sentí, por primera vez en cuatrocientos años, que el mundo tenía sentido.

Las lágrimas le cayeron por las mejillas a Jen sin permiso. No las limpió. Dejó que cayeran.

—Y quiero pasar el resto de mi vida contigo —continuó Kaeros, con una voz que ya temblaba abiertamente—. No sé cuántos años me quedan. No sé si el Conquistador volverá. No sé si los otros reinos nos atacarán. No sé nada. Solo sé que te quiero. Y que, si tú me quieres a mí, entonces el resto no importa.

Kaeros extendió las manos. De entre sus dedos, algo brilló.

Era un anillo.

No un anillo de oro ni de plata ni de ninguna piedra preciosa. Era un anillo de agua y sombra. De agua cristalina, como la del Lago Espejo y de sombras suaves, como las que se movían alrededor de Kaeros cuando estaba tranquilo. Los dos elementos se entrelazaban como dedos de dos manos, formando un círculo que brillaba con una luz que era mitad azul y mitad negra, mitad frío y mitad calor.

—Lo hice con lo que somos —dijo Kaeros, con una voz que sonaba como si le hubieran pasado papel de lija por dentro—. Con tu agua y con mis sombras. Es lo único que tengo para ofrecerte. Un anillo hecho de lo que somos.

Jen miró el anillo. Miró a Kaeros. Miró el anillo de nuevo.

—¿Te casarías conmigo? —preguntó Kaeros, y la pregunta sonó como la cosa más pequeña y más grande que había dicho en su vida.

Jen no respondió durante un momento largo. El silencio se alargó hasta hacerse eterno. El viento soplaba entre los pinos. El lago estaba inmóvil. El sol de la mañana les calentaba la cara.

Luego Jen sonrió.

No fue una sonrisa pequeña ni contenida. Fue una sonrisa amplia, luminosa, que le cambió el rostro por completo. Una sonrisa que decía: *sí. Mil veces sí. Millones de veces sí.*

—Sí —dijo Jen, y la palabra le supo a todo lo bueno que nunca había tenido—. Sí. Me caso contigo. Me caso contigo, Thalion. Me caso contigo, Kaeros.

Kaeros le puso el anillo en el dedo. El agua y la sombra se fundieron con su piel, cálidas, permanentes, como un tatuaje que brilla con una luz propia. El anillo no se derritió. No se enfrió. Se quedó donde estaba, como si hubiera estado esperando toda la vida para encontrar su lugar.

Jen miró el anillo. Miró a Kaeros. Luego lo abrazó con todas sus fuerzas.

No fue un abrazo elegante. Fue el abrazo torpe y desesperado de alguien que ha creído que nunca tendría algo bueno y que de repente lo tiene. Los brazos de Jen se cerraron alrededor de Kaeros con una fuerza que sorprendió incluso a ella y Kaeros la atrajo hacia sí con las manos grandes y callosas, apretándola contra su pecho como si temiera que pudiera desvanecerse.

—Te quiero —susurró Jen contra su cuello.

—Yo también —respondió Kaeros contra su pelo—. Más de lo que las palabras pueden decir.

Y entonces una voz resonó desde detrás de un pino.

—¡MENOS MAL!

Jen y Kaeros se separaron como si les hubieran dado un electroshock.

Malachi estaba de pie detrás del árbol, con una copa de cerveza en la mano —a las diez de la mañana— y la sonrisa puesta. Tenía los ojos brillantes y la nariz roja, como si hubiera estado llorando, aunque él nunca lo admitiría.

—¿Cuánto llevas ahí? —preguntó Kaeros, con un gruñido que pretendía ser enfadado y sonaba a cualquier cosa menos enfadado.

—Desde el principio —respondió Malachi, dando un sorbo a su cerveza—. ¿Crees que iba a dejar que mi mejor amigo le pidiera matrimonio a la mujer de su vida sin estar presente para verlo? Soy un mal amigo, pero no tan malo.

—Espiaste —acusó Jen, con una sonrisa que no podía contener.

—Espié —confirmó Malachi, sin el menor atisbo de vergüenza—. Y me entró algo en el ojo.

—¿Lloraste? —preguntó Jen.

—¿Yo? ¿Por quién me tomas? Solo un poco. Fue cuando dijo "te quiero". Soy muy sensible a las declaraciones de amor. Es mi punto débil. Como la cerveza. Y el fuego. Y las declaraciones de amor.

Kaeros negó con la cabeza.

—Eres un caso, Emeric.

—Lo sé. Pero soy vuestro caso. Y ahora que ya estáis prometidos, tengo algo que decir.

—¿Qué? —preguntó Jen.

Malachi se acercó, con la copa de cerveza en la mano y la sonrisa torcida puesta, y dijo, con una solemnidad que contrastaba con lo absurdo de la situación:

—Menos mal que has dicho que sí, Jen. Porque si hubieras dicho que no, yo habría tenido que casarme con el jefe. Y créeme, no quiero casarme con el jefe. Me gusta mi puesto de perro de fuego. Es cómodo. Tengo cerveza. Y nadie me pide que lave los platos.

Jen soltó una carcajada que llenó el claro como el sonido del agua corriendo por un arroyo. Kaeros negó con la cabeza, pero la sonrisa no se borró de su rostro.

—Eres un idiota, Emeric —dijo Kaeros.

—Y tú eres un hombre enamorado, Thalion —respondió Malachi —. Y eso, después de cuatrocientos años, es lo mejor que me ha pasado.

Se quedaron los tres en la orilla del lago, con el sol de la mañana calentándoles la cara y el agua brillando bajo la luz como un espejo. Jen con el anillo de agua y sombra en el dedo. Kaeros con la sonrisa que no había tenido en cuatrocientos años. Y Malachi con su copa de cerveza y su sonrisa torcida y su corazón que, a pesar de cuatrocientos años de dolor, seguía siendo capaz de sentir algo que se parecía peligrosamente a la felicidad.

—¿Celebramos? —preguntó Malachi.

—¿Con qué? —respondió Kaeros.

—Con cerveza. ¿Hay algo mejor?

—Hay helado de fresa —dijo Jen.

Malachi la miró con una expresión que era mitad asombro y mitad respeto.

—Helado de fresa —repitió, como si la idea fuera tan revolucionaria como descubrir un nuevo continente—. A las diez de la mañana. Después de una pedida de mano. Junto a un lago que no tiene nombre.

—Tiene nombre —dijo Jen—. Se llama el lago de los susurros.

Malachi asintió lentamente.

—El lago de los susurros —repitió—. Donde dos personas se enamoraron y un borracho lloró escondido detrás de un árbol. Me gusta. Tiene un toque poético.

Jen rio. Kaeros y Malachi rieron.

Y en algún lugar, muy lejos, en el corazón de Kaelthar, algo se movió en la oscuridad. Algo que había estado dormido durante mucho tiempo. Algo que había sentido el vínculo entre el agua y la sombra y que sabía que, tarde o temprano, tendría que enfrentarse a él.

Pero eso era para después.

Ahora, en la orilla del lago de los susurros, con el anillo de agua y sombra brillando en su dedo y el hombre que amaba a su lado y el mejor amigo del mundo bebiendo cerveza a las diez de la mañana, Jen Delay estaba feliz.

Por primera vez en su vida, estaba feliz.

Y eso, pensó Jen mientras el sol de la mañana les calentaba la cara y el agua del lago brillaba como un espejo, era más de lo que nunca había esperado tener.

EPÍLOGO



"El puesto de perro”

Un año después, Drakheim olía a pan.

No era el olor del pan quemado que impregnaba las calles antes de la guerra, cuando los hornos funcionaban con harina rancia y los panaderos cerraban antes del mediodía por falta de clientes. Era el olor del pan recién horneado, de los que tienen esperanza y de los que creen que mañana será mejor que hoy.

La torre de cristal negro seguía en pie, con sus sombras moviéndose por los muros como serpientes perezosas y su balcón asomado al horizonte como un ojo que nunca se cierra. Pero dentro, dentro de la torre, algo había cambiado.

Las paredes ya no estaban desnudas. Jen había puesto tapices, no los tapices descoloridos de batallas antiguas que colgaban antes, sino telas nuevas, con colores que ella misma había elegido: azules como el agua, verdes como los bosques de Sylvaen, dorados como el sol que apenas se asomaba entre las montañas de Draevorn. Había velas en los candelabros, flores en los jarrones y una

chimenea que ahora funcionaba porque Jen había convencido a Borin de que la reparara.

—Una chimenea que no funciona no es una chimenea —le había dicho a Thalion con la firmeza de una arquitecta que ha pasado demasiado tiempo en edificios sin calefacción—. Es una broma cruel.

—Lleva cuatrocientos años sin funcionar —había respondido Thalion.

—Pues lleva cuatrocientos años siendo una broma cruel.

La chimenea funcionaba ahora. Y en la chimenea, una llama perpetua que olía a madera de pino y a algo más, algo más cálido, más antiguo, como el recuerdo de una fogata que alguien encendió hace mucho tiempo y que se niega a apagarse.

Era el fuego de Emeric. El residuo de su esencia que se había adherido a la piedra de Drakheim cuando cayó en el campo de batalla. Jen había convencido a Thalion de que lo trasladaran a la chimenea de la torre, para que el calor de Emeric calentara el hogar que él había ayudado a construir.

—Para que siempre esté con nosotros —había dicho Jen —Pero no se lo digas que se viene arriba.

Jen estaba sentada en la ventana de la torre, con los pies sobre el alféizar y la mirada perdida en el horizonte.

El sol de la mañana se colaba entre las nubes grises de Draevorn con la parsimonia de un invitado que llega tarde y no se disculpa. Las montañas se extendían ante ella como dientes negros contra el cielo y más allá de las montañas, el bosque de Sylvaen se perdía en la bruma como un sueño que alguien ha tenido y que todavía no ha decidido si quiere recordar.

Tenía veintinueve años. Los había cumplido la semana pasada, en la torre, con Thalion a su lado y Malachi enfrente y una tarta de

manzana que Brokk había horneado con una receta que nadie reconocía pero que todos devoraron en silencio porque nadie quería enfadar al enano.

—Es la mejor tarta que he comido en cuatrocientos años —había dicho Thalion, con la solemnidad de alguien que pronuncia un veredicto.

—Es la única tarta que has comido en cuatrocientos años —había corregido Malachi.

—Eso no cambia mi opinión.

Jen se miró las manos. Las mismas de siempre: pequeñas, huesudas, con los nudillos marcados y las uñas cortas. Pero ahora tenían algo nuevo: el anillo de agua y sombra que Thalion le había puesto en el dedo el día que le pidió matrimonio, junto al lago de los susurros, con Malachi espiando detrás de un pino. El anillo no se había derretido. No se había enfriado. Seguía ahí, brillando con una luz que era mitad azul y mitad negra, como un recordatorio de que lo imposible, a veces, es posible.

Y tenía algo más.

Se llevó la mano al vientre.

Todavía no se notaba. Todavía era plano, sin la curva que pronto empezaría a marcar la diferencia. Pero Jen sabía que estaba ahí. Lo sabía porque el agua dentro de ella vibraba de una manera diferente: más cálida, más suave, como si el poder que llevaba en las venas se hubiera adaptado para proteger algo más que a ella misma.

Estaba embarazada.

La había descubierto hacía dos semanas, cuando el agua dentro de ella empezó a moverse de una manera que no reconocía. No era el poder de su madre, que era un látigo que la obligaba a obedecer. No era el vínculo con Thalion, que era un puente entre el agua y la

sombra. Era algo nuevo. Algo más pequeño. Algo que latía con un ritmo que era mitad suyo y mitad de otro.

Thalion lo supo antes que ella. Lo supo por las sombras, que se movían alrededor de Jen con más suavidad de lo normal, como si quisieran proteger algo que estaba dentro de ella. Lo supo por el agua, que vibraba con una frecuencia diferente cuando él estaba cerca. Lo supo porque, después de cuatrocientos años de soledad, su cuerpo había aprendido a reconocer la presencia de otra vida.

No le dijo nada esa noche. Solo la abrazó con más fuerza, con más cuidado, con más ternura. Y Jen supo que sus sombras eran unas chivatas, aunque ninguno de los dos dijera nada.

Se lo dijo tres días después, en el balcón de la torre, con el sol de la mañana calentándoles la cara y el viento del mar trayendo el olor a sal y a libertad.

—Estoy embarazada —dijo Jen, y la palabra le supo a algo que no sabía nombrar.

Thalion no respondió durante un momento largo. El silencio se alargó hasta hacerse eterno. Luego, sin decir nada, se arrodilló frente a ella, le puso las manos en el vientre y cerró los ojos.

Las sombras se movieron alrededor de los dos, cálidas, protectoras, como un abrazo de oscuridad. Y debajo de las manos de Thalion, debajo de la piel de Jen, algo vibró: un latido pequeño, lejano, como el sonido de una campana que alguien ha hecho sonar muy lejos.

—Está ahí —susurró Thalion, con una voz que temblaba—. Está ahí. Lo siento.

—Está ahí —confirmó Jen, con una sonrisa que era mitad alegría y mitad terror—. Y va a necesitar un padre que no le tire huesos de fruta a los guardias desde el balcón.

Thalion rio. Una risa que le salió del estómago, una risa que era la más auténtica y la más rota y la más hermosa que Jen le había escuchado nunca.

—No prometo nada —dijo.

—Prométeme que lo intentarás.

—Eso sí puedo prometerlo.

Malachi llegó al día siguiente, con una copa de cerveza en la mano, a las ocho de la mañana, y la sonrisa torcida puesta.

—Buenos días, Majestades —dijo, entrando en la torre como si fuera suya, saludando a con un gesto de la cabeza y sentándose en la silla que siempre ocupaba en la sala del trono, la que estaba más cerca de la chimenea y más lejos de la puerta—. ¿Qué hay para desayunar?

—Pan quemado —respondió Jen, desde la ventana donde estaba revisando los planos de las nuevas murallas.

—Perfecto. Mi favorito.

Thalion apareció del despacho con la túnica negra de siempre y la expresión de alguien que ha dormido bien por primera vez en mucho tiempo. Se sentó frente a Malachi, le sirvió un vaso de agua, porque Malachi seguía sin beber agua, pero Thalion seguía insistiendo y dijo:

—Tenemos que decirte algo.

Malachi dejó la cerveza sobre la mesa. Los ojos de carbón se movieron de Thalion a Jen y de Jen a Thalion con la velocidad de alguien que ha aprendido a leer las emociones de las personas antes de que las personas sepan que las tienen.

—Estáis embarazados —dijo Malachi.

El silencio que siguió fue tan denso que Jen pudo oír el crepitar de la chimenea y el sonido lejano del viento entre las almenas.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Thalion.

—Porque llevo cuatrocientos años mirándote la cara, Thalion. Y la última vez que tenías esa expresión fue cuando te comiste un sospechoso pastel de manzana entero en una boda. Es la cara de alguien que ha comido demasiado y que está feliz de haberlo hecho.

—No he comido un pastel entero. Solo comí pastel el otro día.

—Cierto. Seguramente sería un postre de manzana rancio. Pero has hecho algo mejor. Has puesto un niño en el vientre de tu esposa. Y eso, Thalion, es mejor que cualquier pastel.

Thalion apretó los puños sobre la mesa. Las sombras se movieron a su alrededor con más agitación, como un animal que intenta contener algo que no puede contener.

—Es un niño —confirmó Thalion, con una voz que pretendía ser firme y se desmoronaba en los bordes—. O una niña. Todavía no lo sabemos.

—Niño o niña —dijo Malachi, dejando la cerveza sobre la mesa—. Da igual. Lo que importa es que va a tener los ojos de su madre, el carácter de su padre y el humor de su tío.

—¿Su tío? —preguntó Jen, desde la ventana.

—Yo —respondió Malachi, señalándose con el pulgar—. El tío Malachi. El mejor tío del mundo. El que le va a enseñar a beber cerveza a los diez años y a tirar piedras a los guardias a los doce.

—No vas a enseñarle a beber cerveza a los diez años —dijo Thalion.

—¿A los doce?

—Tampoco.

—¿A los catorce?

—Malachi.

—¿A los dieciséis?

—¡Malachi!

—Vale, vale. A los dieciocho. Pero entonces le voy a enseñar todo. A beber, a pelear, a tirar piedras, a insultar a los nobles. Todo.

Thalion lo miró un momento largo. Luego, sin poder evitarlo, soltó una risa que le salió del estómago.

—Eres un idiota, Emeric.

—Y tú eres un padre, Thalion. Y eso es lo más asombroso que he oído en cuatrocientos años.

Jen apareció de la ventana con los planos en la mano y la expresión de alguien que ha estado escuchando la conversación entera sin hacerlo notar.

—Malachi —dijo.

—¿Qué?

—Queremos que seas el padrino.

Malachi dejó la cerveza sobre la mesa. Los ojos de carbón parpadearon con una intensidad que era más emoción que fuego.

—¿El padrino? —repitió, con una voz que pretendía ser calmada y sonaba a cualquier cosa menos calmada.

—El padrino —confirmó Thalion—. Si algo nos pasa a los dos, tú te haces cargo.

—¿De un niño?

—De un niño.

—¿De vuestro niño?

—De nuestro niño. Del futuro rey o reina de Draevorn.

Malachi se quedó en silencio durante un momento largo. El silencio se alargó hasta hacerse incómodo. Luego, con una lentitud deliberada, dejó la copa de cerveza sobre la mesa, se puso de pie, se sacudió la túnica y dijo:

—Bien.

—¿Bien? —repitió Jen.

—Bien —confirmó Malachi—. Pero tengo condiciones.

—¿Condiciones? —preguntó Thalion, enarcando una ceja.

—Condiciones —repitió Malachi, con una seriedad que contrastaba con la situación—. Primera condición: quiero que me tripliquen el sueldo.

—No tienes sueldo —dijo Thalion.

—Exacto. Tres veces cero es cero. Pero quiero que conste en acta que me lo deben. Segunda condición: quiero que el niño me llame tío Emeric. No tío Malachi. Tío Emeric. Es más formal. Más elegante. Más adecuado para alguien de mi posición.

—¿Qué posición? —preguntó Jen.

—La posición de perro de fuego —respondió Malachi, con una seriedad que era tan falsa como su indignación—. Es un puesto muy importante. Requiere dedicación, sacrificio y una cantidad alarmante de cerveza. Y ahora, además, requiere que me convierta en el mejor tío del mundo. Eso es mucho trabajo. Merece una compensación. Y quiero una habitación propia en la torre. Con ventana. Y chimenea. Y un barril de cerveza personal.

—No vas a tener un barril de cerveza en la torre —dijo Thalion.

—Entonces no soy el padrino.

—Malachi.

—¿Qué?

—Puedes tener una habitación. Pero sin barril.

—¿Con ventana?

—Con ventana.

—¿Y chimenea?

—Y chimenea.

Malachi lo pensó un momento. Luego asintió.

—Trato hecho. Pero quiero que conste que he cedido. Que he sacrificado mi barril por el bienestar de mi futuro sobrino. Que soy un hombre generoso y desinteresado.

—Eres un borracho con aires de tío —corrigió Thalion.

—Eso también. Pero soy vuestro borracho con aire de tío. Y eso, Majestades, no tiene precio.

Thalion lo miró un momento largo. Luego, sin decir nada, se levantó de la silla, rodeó la mesa y abrazó a Malachi.

No fue un abrazo elegante. Fue el abrazo torpe y desesperado de alguien que ha perdido todo y que ha encontrado, en la vida de su hijo, una razón para seguir adelante. Los brazos de Thalion se cerraron alrededor de Malachi con una fuerza que habría roto huesos humanos, pero Malachi no se quejó. Se limitó a devolver el abrazo, con sus manos grandes y callosas y su sonrisa torcida y sus ojos de carbón cerrados.

—Gracias —susurró Thalion contra el hombro de Malachi.

—De nada, hermano —respondió Malachi, con una voz que ya no tenía nada de humorística.

Jen los miró desde la ventana, con los planos de las murallas todavía en la mano y el vientre todavía plano bajo la túnica, el anillo de agua y sombra brillando en su dedo. Y por primera vez en su

vida, Jen Delay no se sintió como un arma ni como una herramienta ni como una pieza en un tablero.

Se sintió como parte de una familia.

En una torre de cristal negro que ya no estaba sola.

En un reino que empezaba a sentirse como un hogar.

Con un hombre que la amaba y un amigo que la protegía y un niño que crecía dentro de ella con el latido de dos mundos en las venas.

Y eso, pensó Jen mientras el sol de la mañana se colaba por las ventanas de la torre y el fuego de Emeric crepitaba en la chimenea y las sombras de Thalion se movían alrededor de los tres como un manto de oscuridad cálida, era más de lo que nunca había esperado tener.

El mundo seguía girando.

Pero por primera vez, Jen no tenía miedo de lo que viniera después.

EPÍLOGO 2

"Los ojos verdes"

Vonderia olía a muerte y a hielo. No era el olor del invierno, que es limpio y vasto y huele a promesa de algo nuevo después de la espera. Era el olor del invierno cuando el invierno ha sido encerrado, cuando las tormentas han sido controladas, cuando las nevadas obedecen a una voluntad que no es la suya. El olor del invierno cuando el invierno es prisionero.

Fenris lo sabía porque él era el carcelero.

El semihumano estaba de pie en el borde de un glaciar que se extendía como una herida blanca en el costado de las montañas, con los pies descalzos sobre el hielo y el viento del norte azotándole la cara. Era enorme. Más alto que cualquier hombre, más ancho que cualquier guerrero, con un cuerpo que era mitad carne y mitad bestia. La piel era gris, del color de la piedra mojada, y los músculos se movían bajo ella como animales atrapados en una jaula demasiado pequeña. Los ojos eran azules, del color del hielo más profundo, del color de los glaciares cuando la luz los atraviesa: azules, brillantes, con una luz propia que brillaba en la oscuridad como dos faros en una noche sin luna.

Tenía cuatrocientos quince años. Y cada uno de esos años le había enseñado algo: que la debilidad es un lujo que solo pueden permitirse los que no tienen poder, que el amor es una cadena que te ata a algo que eventualmente perderás y que la única forma de sobrevivir en un mundo que te quiere destruir es ser más frío que el hielo que te rodea.

Fenris no había amado nunca. No había llorado nunca. No había sentido nunca la necesidad de tener a alguien a su lado. Su voz era suave, más suave de lo que correspondía a un cuerpo de su tamaño y eso lo hacía más aterrador, no menos. Porque cuando alguien que

parece un monstruo te habla como si fuera tu amigo, sabes que algo está mal en el mundo.

En sus manos, enormes, con dedos que terminaban en garras de hueso, sostenía una mujer.

No la conocía. No sabía su nombre. No sabía de dónde venía. Solo sabía que la había encontrado en la frontera de Vonderia, sola, descalza, con la ropa hecha jirones y los pies sangrantes de haber caminado demasiado sobre el hielo. Solo sabía que la había atrapado como se atrapa a un animal herido: sin esfuerzo, sin violencia, con la facilidad de alguien que ha cazado demasiadas veces como para necesitar hacerlo con estilo.

La mujer estaba asustada. Eso era evidente. Los ojos verdes, del color de las esmeraldas más puras, del color de la esperanza cuando la esperanza todavía existe, lo miraban con una mezcla de terror y de desafío que a Fenris le pareció fascinante. Fascinante de la misma manera en que un gato encuentra fascinante a un ratón que todavía intenta morder: no porque sea una amenaza, sino porque su resistencia es tan inútil como conmovedora.

—¿Sabes dónde estás? —preguntó Fenris, con esa voz suave que contrastaba con su tamaño.

La mujer no respondió. No podía. Tenía los labios agrietados, la garganta seca, los ojos muy abiertos. El pelo le caía sobre los hombros como una cortina oscura, lleno de hielo y de sangre seca. Era joven. Más joven de lo que Fenris esperaba. ¿Veinte? ¿Veinticinco? ¿Treinta? Era difícil saberlo cuando alguien está tan sucia y tan asustada y tan herida.

—¿Sabes dónde estás? —repitió Fenris, con la misma voz suave, la misma paciencia, la misma calma de alguien que tiene todo el tiempo del mundo y que sabe que la persona que tiene delante no tiene ninguno.

—V... Vonderia —tartamudeó la mujer, con una voz que sonó como cristal rompiéndose.

—Correcto —confirmó Fenris, con la satisfacción de un profesor que ha hecho una pregunta fácil—. Vonderia. Mi reino. Mi tierra. Mi hielo. Y tú estás en él. Sin permiso. Sin invitación. Sin escolta.

La mujer tragó saliva. El movimiento le debió doler porque hizo una mueca que le contrajo todo el rostro.

—Me he perdido —susurró, con una voz que pretendía ser firme y sonaba a cualquier cosa menos firme—. No sabía dónde estaba. Solo caminaba. Solo...

—No te has perdido —la interrumpió Fenris, con la misma voz suave, la misma paciencia, la misma calma—. Nadie llega a Vonderia por accidente. Nadie cruza la frontera sin querer. El hielo no lo permite. El frío no lo permite. Las tormentas no lo permiten. Algo te trajo aquí. Alguien te trajo aquí. Y yo quiero saber quién. El Conquistador también querrá saberlo.

La mujer negó con la cabeza. Un gesto pequeño, desesperado, como el de un animal que sabe que ha sido atrapado y que no tiene adónde huir.

—No lo sé —susurró—. No recuerdo nada. Solo... solo sé que algo me persigue. Que algo me ha marcado.

Fenris la miró. Los ojos azules la encontraron en la luz gris del amanecer, y por un instante, solo un instante, algo cruzó por ellos que no era crueldad. Era curiosidad. La curiosidad de alguien que ha visto demasiado y que ha dejado de sorprenderse hace mucho tiempo, pero que de repente encuentra algo que no encaja en su mapa del mundo.

—¿Marcado? —repitió Fenris, con una voz que sonaba suave y era más aterradora por eso—. ¿Marcado por quién?

La mujer cerró los ojos. Las lágrimas le cayeron por las mejillas sin ruido, mezclándose con el hielo y la sangre seca. Luego, con una lentitud que era mitad miedo y mitad rendición, se llevó la mano al pecho.

Se abrió la túnica harapienta hasta la clavícula.

Y Fenris vio la marca.

No era una marca normal. No era un tatuaje ni una cicatriz ni una quemadura. Era un símbolo. Un símbolo que brillaba con una luz azulada, fría, diferente a cualquier magia que Fenris hubiera visto en cuatrocientos quince años. Un símbolo que pulsaba al ritmo del corazón de la mujer, como si estuviera vivo, como si estuviera esperando. Era una espiral, o quizás una serpiente enroscada, o quizás algo más que Fenris no podía descifrar porque cada vez que intentaba fijarlo con la vista, cambiaba ligeramente, como si estuviera vivo.

Fenris la reconoció. No el símbolo. No la marca. La marca era del Conquistador. La había visto antes, en los documentos antiguos de Vonderia, en los pergaminos que habían sobrevivido a la purga de los archivos reales, en las historias que los sabios contaban en voz baja cuando el frío era demasiado y el silencio demasiado profundo. Era la marca de vinculación. La marca que el Conquistador ponía en sus herramientas, en sus armas, en sus siervos. La marca que decía: esto es mío. Esto me pertenece. Esto obedece mi voluntad.

Él mismo estaba marcado así.

Fenris dejó de caminar. Se quedó de pie frente a la mujer, con las manos enormes a los lados y los ojos azules clavados en la marca con una intensidad que era más evaluación que amenaza.

—¿Quién te ha puesto esto? —preguntó Fenris, con una voz que ya no era suave sino fría, tan fría como el hielo que los rodeaba.

—No lo sé —susurró la mujer—. No recuerdo nada. Solo... solo sé que estaba ahí cuando desperté. Que siempre ha estado ahí. Que es parte de mí.

—No es parte de ti —sentenció Fenris, con una voz que cortó el aire como un cuchillo de hielo—. Es parte de él. Del Conquistador. Y si el Conquistador te ha marcado, es por una razón.

La mujer lo miró con esos ojos verdes como esmeraldas, esos ojos que eran más hermosos y más aterradores que cualquier cosa que Fenris hubiera visto en cuatrocientos quince años y en ellos no había comprensión. Solo había miedo. Miedo desnudo, animal, el miedo de alguien que sabe que ha sido atrapada y que no tiene adónde huir.

—No sé quién soy —susurró la mujer—. No sé de dónde vengo. No sé por qué tengo esta marca. Solo sé que algo me persigue. Que algo me ha traído aquí. Que algo quiere que muera.

Fenris la miró un momento largo. Los ojos azules brillaban con una luz que era más fría que el hielo que los rodeaba, más profunda que el glaciar que se extendía bajo sus pies, más antigua que los cuatrocientos quince años que llevaba en este mundo.

Y entonces hizo algo que la mujer no esperaba.

Se arrodilló.

No con el temple de alguien que se arrodilla por cortesía. Con la lentitud de alguien que se arrodilla porque quiere estar a la altura de los ojos de otra persona. Porque quiere mirarla de frente. Porque quiere que ella sepa que lo que va a decir viene de alguien que la está mirando a los ojos, no desde arriba.

—¿Quién eres? —preguntó Fenris, con una voz que ya no era la voz del comandante de Vonderia, ni la voz del semihumano de hielo, ni la voz del monstruo que todos temían. Era la voz de alguien que ha encontrado algo que no entiende y que necesita entenderlo antes de destruirlo.

La mujer lo miró. Los ojos verdes como esmeraldas encontraron los ojos azules como glaciares, y por un instante, solo un instante, algo cruzó entre los dos que no era miedo ni crueldad ni poder. Era algo más antiguo, más profundo, más suyo que cualquier cosa que ninguno de los dos pudiera nombrar.

—No lo sé —susurró la mujer—. No recuerdo nada. Solo... solo sé que mi nombre empieza por S. Solo eso. Una letra. Una sola letra de un nombre que alguien me quitó.

Fenris la miró. La marca brillaba en su pecho como un segundo corazón frío. Los ojos verdes brillaban como

Próximamente.

FIN

¿HAS DISFRUTADO DE LA LECTURA?



Espero que hayas disfrutado de la lectura y la novela.

¿Te ha gustado? Por favor deja un comentario o reseña donde la hayas adquirido. Para mí es muy importante, ayuda a mejorar y hace más fácil este trabajo.

También muchos lectores podrán hacerse una idea de la novela que encontrarán gracias a vuestras palabras. Cinco minutos de tu tiempo que marcarán la diferencia.

Y si deseas hablar conmigo estaré encantada de atenderte en mis redes sociales.

Gracias.

Búscame por redes sociales si deseas hablar conmigo y darme tu impresión.

BÚSCAME

Facebook: https://www.facebook.com/Tania.Lighling

Fan Page: https://www.facebook.com/LighlingTucker/

Instagram: @lighling.tucker.tania

OTROS TÍTULOS

Saga Devoradores de Pecados:

—No te enamores del Devorador.
—No te apiades del Devorador.
—No huyas del Alpha.
—No destruyes al Devorador.
—No confíes en el Devorador.
—No hables con el Devorador.
—No beses al Devorador.
—No temes al Devorador.
—No soy un Devorador.

Más títulos como **Lighling Tucker**:

—Lord de acero y fuego.
—La última carta de papá Noel.
—Un alfa a tus pies.
—Demonio de lujuria y caos.
—Hostal Dreamers.
—Acordes de fuego.
—Sin compasión.
—Conquístame si puedes.
—No soy tu rosa ni tu tulipán.
—Eternos.
—Huyendo de Mister Lunes.
—Las catástrofes de Alicia.
—Los encuentros de Cristina.

—Navidad y lo que surja.

—Se busca duende a tiempo parcial.

—Todo ocurrió por culpa de Halloween.

—Cierra los ojos y pide un deseo.

—Alentadora Traición.

—La ayudante de Cupido.

Como **Tania Castaño**:

—Redención.

—Renacer.

—Recordar.